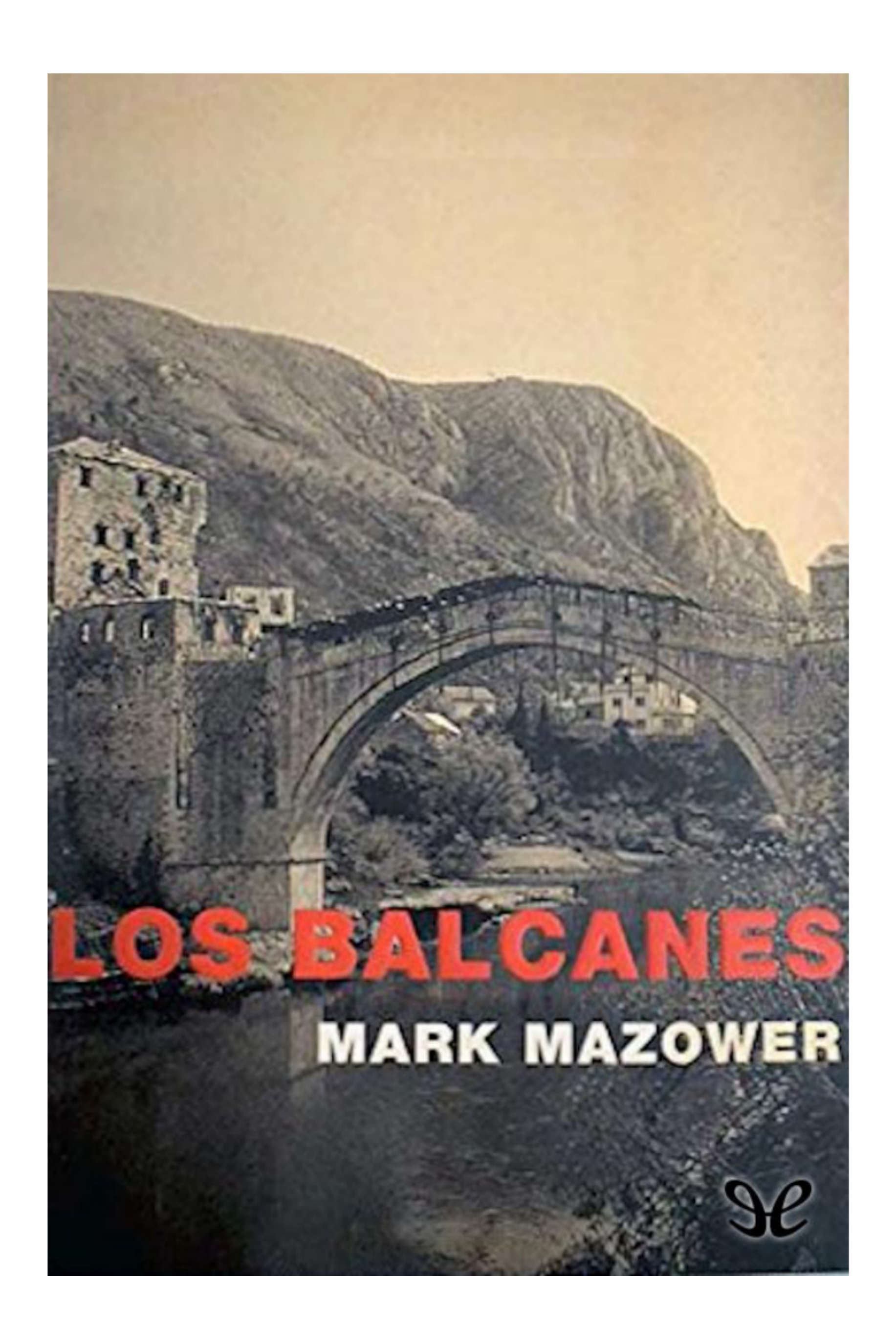

LOS BALCANES
MARK MAZOWER

Los Balcanes han protagonizado tantas noticias en el último siglo que parecen formar parte de la vieja Europa desde siempre y, sin embargo, hace apenas doscientos años no existían bajo tal nombre. La región que estuvo bajo el dominio del imperio otomano era conocida como «Rumeli», un territorio conquistado a Bizancio, junto con su población cristiana, que había formado parte del Imperio romano.

Puente entre Europa y Asia, los Balcanes han estado expuestos durante siglos a constantes incursiones de pueblos nómadas; por otro lado, sus cadenas montañosas dificultaban los cultivos e impedían el control político. Todo ello hizo posible que, hasta finales del siglo XX, convivieran pequeñas comunidades contiguas que conservaban sus propias costumbres y creencias.

Mark Mazower, reconocido historiador de la Europa moderna, ha escrito un libro de extraordinaria riqueza y concisión. Imperios, religiones y montañas encajan en su relato para ofrecer al lector las claves de la cuestión balcánica y de las complejas relaciones de esta región con el resto de Europa.

Mark Mazower

Los Balcanes

ePub r1.0
Titivillus 13.04.2023

Título original: *The Balkans*
Mark Mazower, 2000
Traducción: Jordi Beltrán Ferrer
Ilustración de la cubierta: Puente viejo de Mostar (Bosnia Herzegovina), Gervasio Sánchez, archivo Cover Photonica

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



Índice de contenido

A Dimitri Gondicas

Índice de mapas

Cronología

Algunas de las fechas que se indican son aproximadas o especulativas.

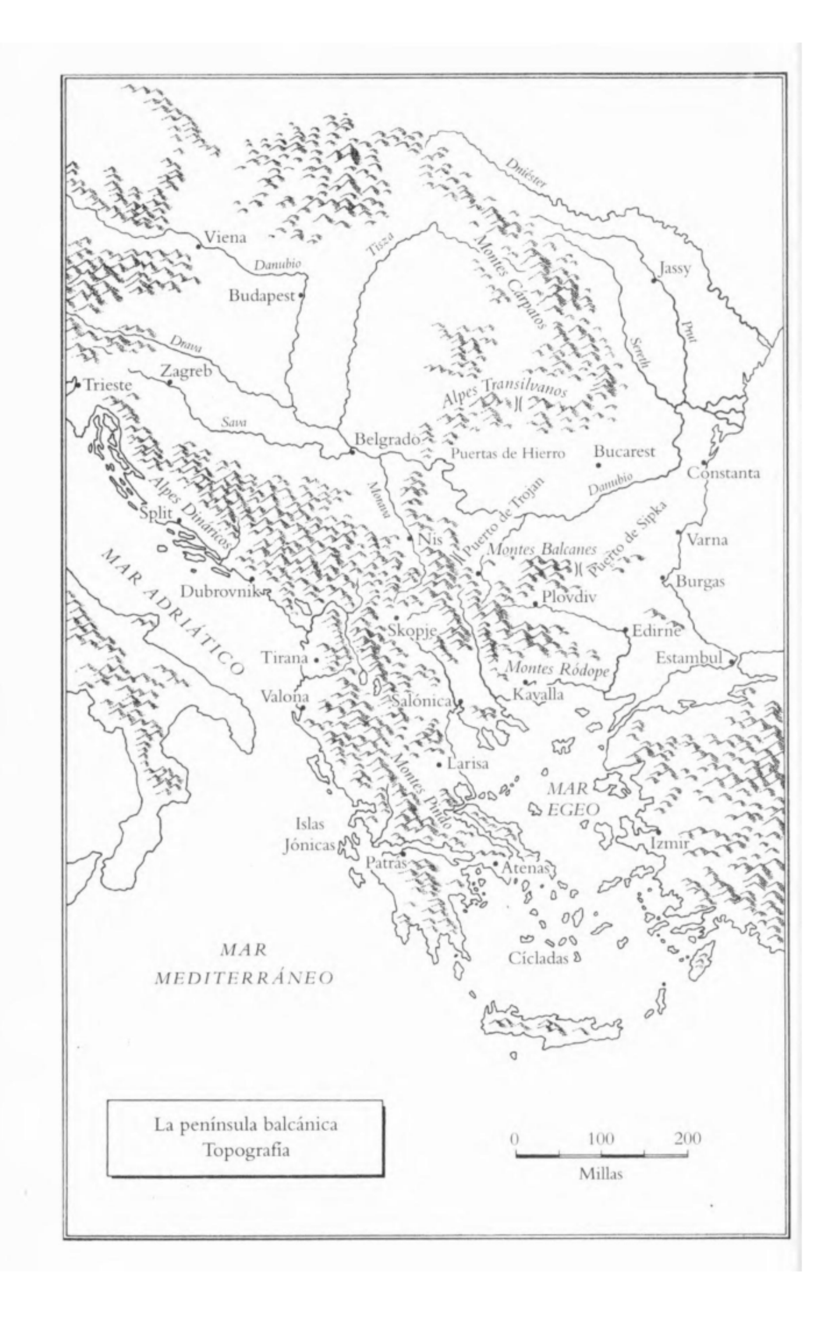
330 Fundación de Constantinopla
395 División del Imperio romano
siglos VI-VII Invasiones y colonización eslavas
865 Los búlgaros aceptan el cristianismo
1071 Batalla de Mantzikert: conquista de Anatolia por los selyúcidas
1204 Saqueo de Constantinopla durante la cuarta cruzada
1243 Los mongoles derrotan a los turcos selyúcidas
1352 Los turcos otomanos se apoderan de Gallípoli
1402 Edirne/Adrianópolis se convierte en la nueva capital otomana
1453 Los otomanos toman Constantinopla
1463 Conquista de Bosnia por los otomanos
1476 Valaquia pasa a ser estado vasallo del Imperio otomano
1512 Moldavia se convierte en estado vasallo del Imperio otomano
1526 Batalla de Mohács: los otomanos derrotan a los húngaros y toman Buda
1572 Derrota de la flota otomana en la batalla de Lepante
1573 Los venecianos ceden Chipre al Imperio otomano
1669 Los otomanos arrebatan Creta a los venecianos
1683 Fracaso del asedio de Viena por los otomanos
1699 Paz de Karlowitz

1711-1715 Los príncipes fanariotas empiezan a gobernar en los principados danubianos
1718 Paz de Passarowitz
1736-1739 Guerra ruso-austriaco-turca
1768-1774 Guerra ruso-turca
1770 Revuelta en el Peloponeso
1774 Tratado de Kuchuk-Kainarzhi
1787-1792 Guerra ruso-austriaco-turca
1797 Fin de la república de Venecia
1804 Primer levantamiento serbio
1815 Segundo levantamiento serbio
1821 Empieza la guerra de la independencia de Grecia
1827 Batalla de Navarino
1830 Grecia obtiene la independencia
1839 Promulgación de leyes reformistas en el Imperio otomano
1858 Unificación de los principados danubianos (Rumania)
1870 Creación del exarcado de la Iglesia ortodoxa búlgara
1877-1878 Guerra ruso-turca
1878 Tratado de San Stefano, sustituido por el tratado de Berlín: autonomía para Bulgaria; Serbia, Montenegro y Rumania reconocidas como estados independientes; Chipre ocupada por los ingleses: Austria-Hungría ocupa Bosnia-Herzegovina
1893 Fundación de la Organización Revolucionaria Interior de Macedonia
1903 Levantamiento de Ilinden
1908 Revuelta de los Jóvenes Turcos. Crisis de la anexión de Bosnia
1912 Primera guerra balcánica
1913 Segunda guerra balcánica
1914-1918 Primera guerra mundial
1918 Instauración del reino de los serbios, croatas y eslovenos (Yugoslavia)
1919-1922 Guerra greco-turca en Anatolia
1923 Tratado de Lausana entre Grecia y Turquía e intercambios de población; Los italianos bombardean Corfú
1939 Invasión italiana de Albania
1940 Rumania obligada a ceder territorio a la URSS, Hungría y Bulgaria; Invasión italiana de Grecia

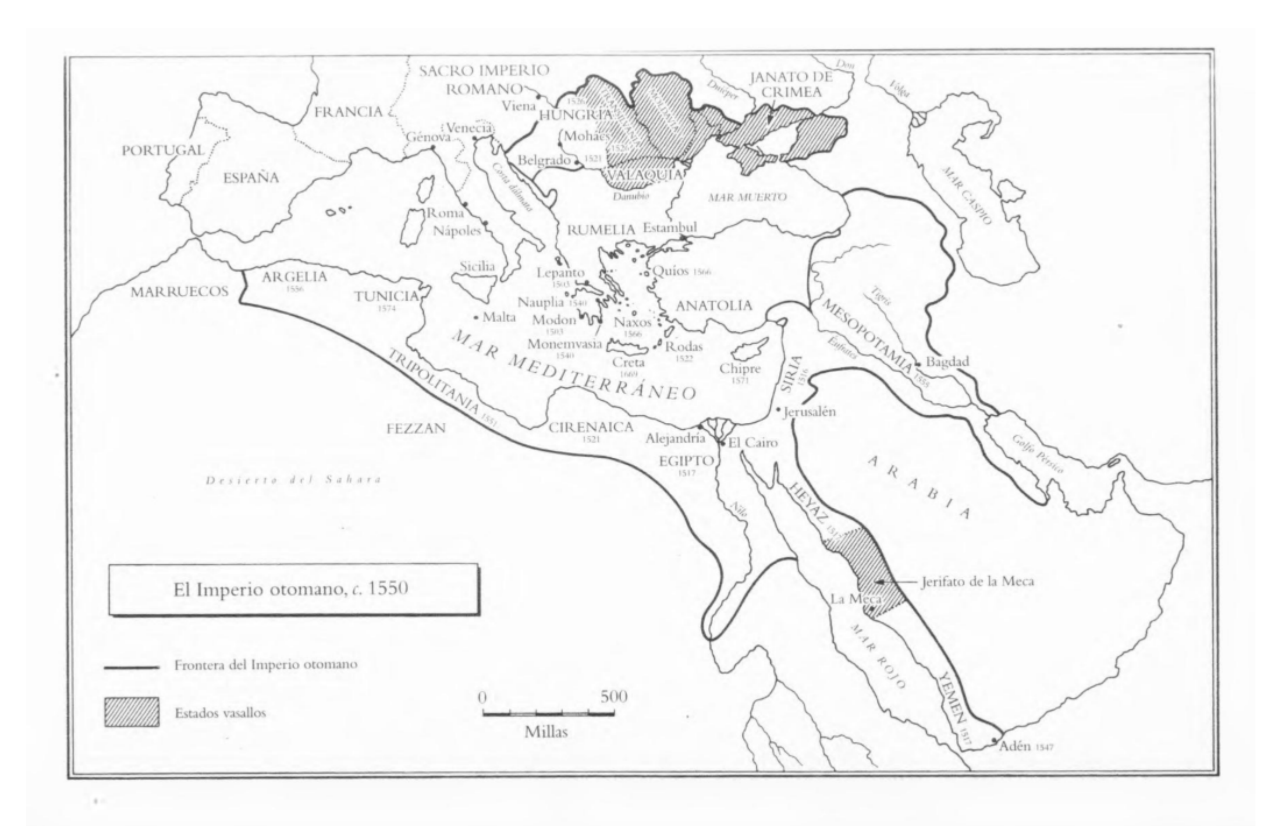
1941 Los alemanes invaden Yugoslavia y Grecia
1941-1944 Ocupación por parte del Eje: creación del estado independiente de Croacia
1944-1945 Retirada alemana de los Balcanes
1946-1949 Guerra civil griega
1948 Ruptura entre Tito y Stalin
1967-1974 Dictadura en Grecia
1980 Muere Tito
1989 Caída de los regímenes comunistas en toda la Europa oriental
1990-1991 Luchas en Eslovenia y Croacia
1992-1995 Guerra en Bosnia
1999 Guerra en Kosovo entre los estados de la OTAN y Serbia

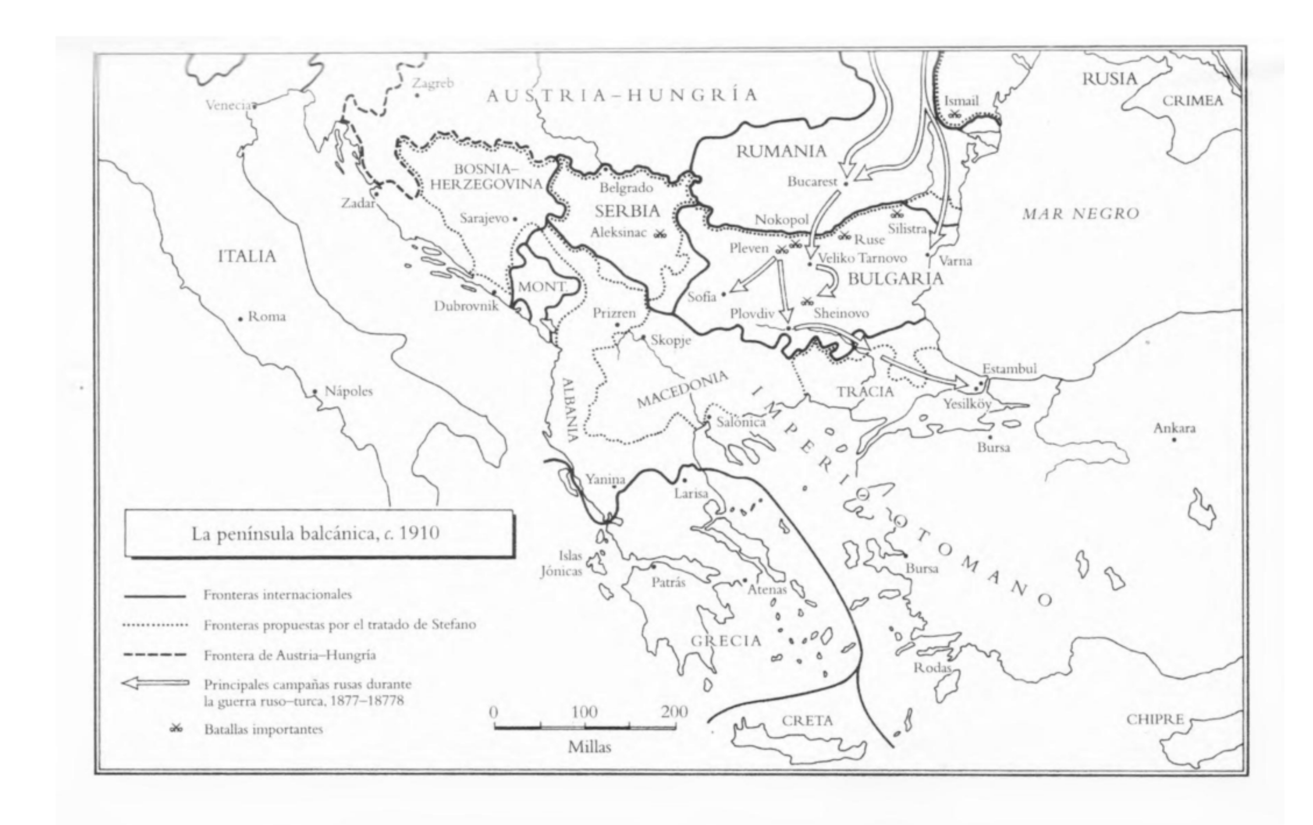
Agradecimientos

Estoy profundamente agradecido a Phil Nord por permitirme pasar dos años en Princeton, donde he tenido la suerte de contar con un extraordinario grupo de amigos y colegas. Por sus comentarios, sus consejos, su orientación y sus críticas en relación con este proyecto doy las gracias en particular a: Peter Brown, Marwa Elshakry, Laura Engelstein, Bill Jordán, Tia Kolhaba, Liz Lunbeck, Arno Mayer, Ken Mills y Gyan Prakash. Molly Greene y Heath Lowry me introdujeron pacientemente a las realidades otomanas; Polymeris Voglis y Dimitris Livanios hicieron muchas sugerencias y críticas valiosas. En Londres, Peter Mandler me dio consejos y ayuda. Johanna Weber me ofreció muchísimo aliento y criticó mi prosa línea por línea: no hay palabras para expresar la deuda que he contraído con ella. Doy también las gracias a Nicholas Dirks y Tony Molho por las oportunidades de poner a prueba partes de mi argumento en la Universidad de Columbia *y* Brown, *y a Fergus Bremmer por sus refrescantes y fructíferas ideas, así como por el diseño de la sobrecubierta de la edición inglesa. Estoy en deuda con la British Academy y el Leverhulme Trust por su generoso apoyo a mi trabajo. A lo largo de muchos años, Dimitri Gondicas ha convertido el Programa de Estudios Helénicos de Princeton en un importante centro de investigación e intercambio intelectual. A él, como muestra de mi gratitud, admiración y profundo afecto, dedico el presente libro.*



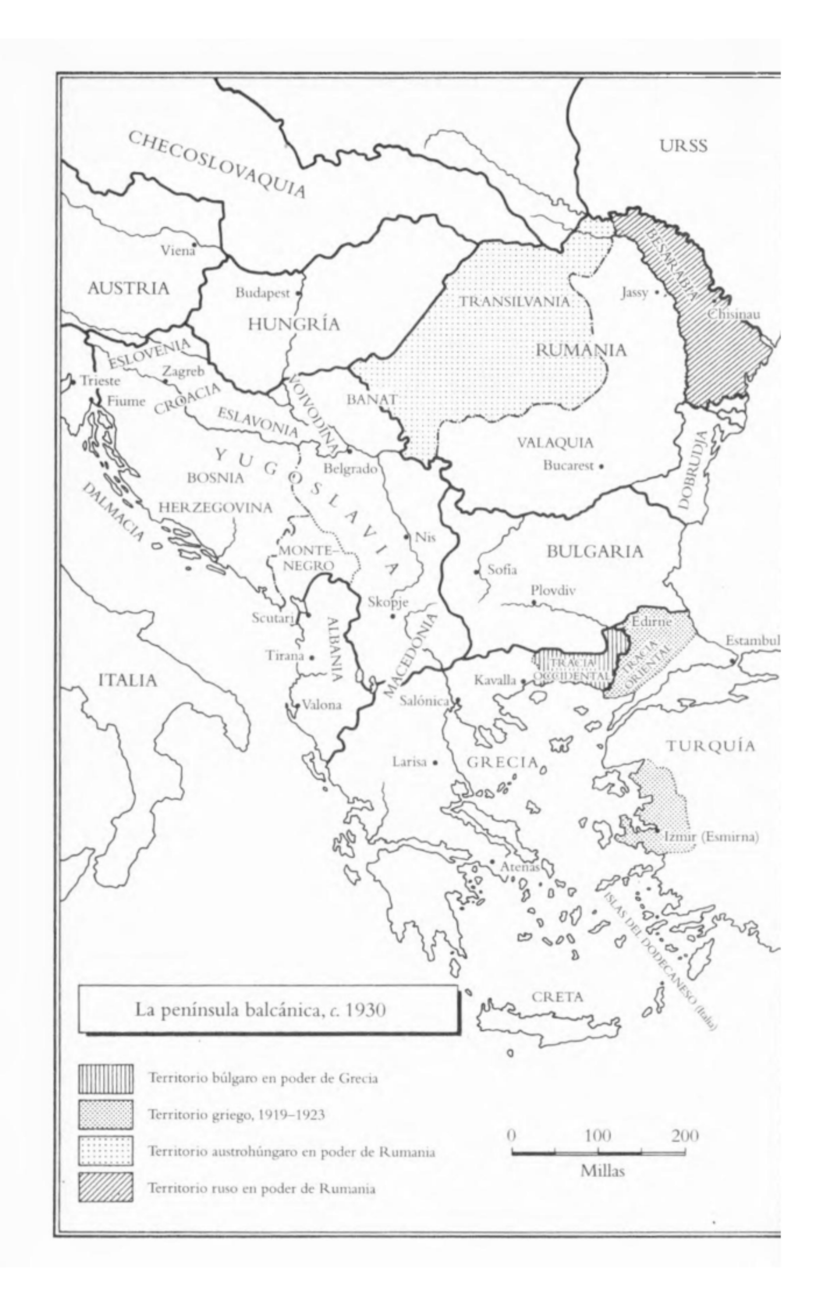
Dniéster
Viena
Danubio
Tisza
Montes Cárpatos
Jassy
Budapest
Prut
Drava
Sereth
Zagreb
Trieste
Alpes Transilvanos
Sava
Belgrado
Puertas de Hierro
Bucarest
Constanta
Danubio
Morava
Puerto de Trojan
Puerto de Sipka
Alpes Dináricos
Split
Nis
Varna
Montes Balcanes
MAR ADRIÁTICO
Burgas
Dubrovnik
Plovdiv
Skopje
Edirne
Tirana
Estambul
Montes Ródope
Valona
Salónica
Kavalla
Larisa
Montes Pindo
MAR
EGEO
Islas
Jónicas
Izmir
Patras
Atenas
Cícladas
MAR
MEDITERRÁNEO
La península balcánica
Topografía
0
100
200
Millas


El Imperio otomano, c. 1550
Frontera del Imperio otomano
Estados vasallos
0
500
Millas
SACRO IMPERIO
ROMANO
Viena
HUNGRÍA
1526
Mohács
Belgrado
1521
VALAQUIA
Danubio
JANATO DE
CRIMEA
Don
Dniéper
Volga
MAR CASPIO
MAR MUERTO
FRANCIA
PORTUGAL
ESPAÑA
Génova
Venecia
Costa dálmata
Roma
Nápoles
Sicilia
Malta
MARRUECOS
ARGELIA
1556
TUNICIA
1574
TRIPOLITANIA
1551
FEZZAN
Desierto del Sahara
RUMELIA
Estambul
Lepanto
1503
Nauplia
1540
Modon
1503
Monemvasia
1540
Quíos
1566
Naxos
1566
Rodas
1522
Creta
1669
ANATOLIA
MAR MEDITERRÁNEO
Chipre
1571
SIRIA
1516
Jerusalén
CIRENAICA
1521
Alejandría
El Cairo
EGIPTO
1517
Nilo
MESOPOTAMIA
1555
Bagdad
Tigris
Éufrates
Golfo Pérsico
ARABIA
HEYAZ
1517
Jerifato de la Meca
La Meca
MAR ROJO
YEMEN
1517
Adén
1547


La península balcánica, *c.* 1910
Fronteras internacionales
Fronteras propuestas por el tratado de Stefano
Frontera de Austria–Hungría
Principales campañas rusas durante la guerra ruso–turca, 1877–18778
Batallas importantes
0
100
200
Millas
AUSTRIA–HUNGRÍA
RUSIA
CRIMEA
MAR NEGRO
RUMANIA
SERBIA
BOSNIA–HERZEGOVINA
MONT.
BULGARIA
ALBANIA
MACEDONIA
TRACIA
IMPERIO OTOMANO
GRECIA
ITALIA
CRETA
CHIPRE
Islas Jónicas
Zagreb
Venecia
Zadar
Sarajevo
Belgrado
Aleksinac
Dubrovnik
Roma
Nápoles
Prizren
Skopje
Sofia
Plovdiv
Pleven
Nokopol
Bucarest
Ruse
Silistra
Ismail
Varna
Veliko Tarnovo
Sheinovo
Estambul
Yesilköy
Bursa
Ankara
Salónica
Yanina
Larisa
Patrás
Atenas
Rodas



La península balcánica, *c.* 1870


CHECOSLOVAQUIA
URSS
Viena
AUSTRIA
Budapest
HUNGRÍA
TRANSILVANIA
Jassy
BESARABIA
Chisinau
RUMANIA
ESLOVENIA
Zagreb
Trieste
Fiume
CROACIA
ESLAVONIA
VOIVODINA
BANAT
VALAQUIA
Bucarest
DOBRUDJA
YUGOSLAVIA
BOSNIA
Belgrado
DALMACIA
HERZEGOVINA
Nis
MONTE-NEGRO
BULGARIA
Sofia
Plovdiv
Skopje
Scutari
Edirne
Estambul
ALBANIA
Tirana
MACEDONIA
TRACIA OCCIDENTAL
TRACIA ORIENTAL
Kavalla
ITALIA
Salónica
Valona
TURQUÍA
Larisa
GRECIA
Izmir (Esmirna)
Atenas
ISLAS DEL DODECANESO (Italia)
CRETA
La península balcánica, c. 1930
Territorio búlgaro en poder de Grecia
Territorio griego, 1919–1923
Territorio austrohúngaro en poder de Rumania
Territorio ruso en poder de Rumania
0
100
200
Millas


CHECOSLOVAQUIA
URSS
Viena
AUSTRIA
Budapest
HUNGRÍA
TRANSILVANIA
RUMANIA
ESLOVENIA
Zagreb
CROACIA
ESLAVONIA
VOIVODINA
BANAT
VALAQUIA
Bucarest
DOBRUDJA
YUGOSLAVIA
Belgrado
BOSNIA
HERZEGOVINA
Nis
BULGARIA
Sofia
Plovdiv
MONTENEGRO
Scutari
Skopje
Edirne
ALBANIA
Tirana
Estambul
ITALIA
Kavalla
Salónica
Valona
TURQUÍA
Larisa
GRECIA
Izmir (Esmirna)
Atenas
ISLAS DEL DODECANESO
CRETA
La península balcánica, c. 1950
Territorio italiano en poder de Grecia
Territorio rumano en poder de Bulgaria
Territorio rumano en poder de Rusia
Territorio italiano en poder de Yugoslavia
0
100
200
Millas



La península balcánica, *c.* 2000

Introducción: Nombres

> La reputación, el nombre y la apariencia, la medida y el peso habituales de una cosa, aquello para lo que cuenta, al principio casi siempre erróneo y arbitrario… todo esto crece de una generación a otra, meramente porque las personas creen en ello, hasta que poco a poco pasa a formar parte de la cosa y se convierte en su cuerpo mismo. Lo que al principio era apariencia acaba convirtiéndose, casi invariablemente, en la esencia y lo real como tal.

FRIEDRICH NIETZSCHE [1]

A finales del siglo XX la gente hablaba de los Balcanes como si hubieran existido siempre. Doscientos años antes, aún no habían nacido. Lo que gobernaban los otomanos no eran los Balcanes, sino «Rumelia», las antiguas tierras «romanas» que habían arrebatado a Bizancio. Los educados súbditos cristianos ortodoxos del sultán se llamaban a sí mismos «romanos» («romaioi») o, de manera más sencilla, «cristianos». Para los occidentales, familiarizados con términos regionales clásicos tales como Macedonia, Epiro, Dacia y Mosia, la palabra «Balcán» les decía poco. «Mis expectativas aumentaron —escribió un viajero en 1854— al oír que estábamos a punto de cruzar un *Balcán*; pero no tardé mucho en descubrir que este título altisonante denota solo una cadena de montañas que divide las aguas, o un puerto de montaña, sin que sea consecuencia necesaria de ello que ofrezca un paisaje majestuoso o romántico». [2]

«Balcán» era al principio un nombre que se aplicaba a la

cordillera que el viajero occidental con estudios clásicos conocía mejor por el nombre del «antiguo Hetm», por la que se pasaba al ir de la Europa central a Constantinopla. A principios del siglo XIX, el conde de Albermarle y otros oficiales del ejército exploraron sus poco conocidas laderas. «El interior del Balean —escribió un diplomático prusiano que lo cruzó en 1833— ha sido poco explorado, y apenas si se han tomado unas cuantas medidas exactas de su elevación». Poco había cambiado cuando, veinte años después, las «Notes on a Journey into the Balkan, or Mount Haemus» de Jochmus fueron leídas ante la Royal Geographical Society. Fueron estas montañas las que cruzó el ejército ruso al avanzar sobre Constantinopla en 1829 y de nuevo en 1877. «La travesía de los Balcanes —escribió el autor de una historia popular de la guerra ruso-turca de aquel año— debe considerarse una de las hazañas más notables de la guerra». [3]

Para entonces, un puñado de geógrafos ya había dado a la palabra un significado más amplio que abarcaba toda la región, basándose sobre todo en la suposición errónea de que la cordillera balcánica cruzaba toda la península de la Europa suroriental del mismo modo que los Pirineos demarcaban la parte superior de la península ibérica. En el siglo XVIII, el conocimiento geográfico de los dominios turcos era muy vago; todavía en 1802, John Pinkerton señaló que los «mapas recientes de estas regiones aún son muy imperfectos». La mayoría de los estudiosos, incluidos los autores griegos del estudio más antiguo de la región, utilizaban el nombre de la «Turquía europea», que era mucho más común, y las referencias a «los Balcanes» siguieron siendo escasas hasta bien entrado el siglo XIX. No aparecen, por ejemplo, en los escritos del sabio Ami Boue, cuya minuciosa exploración de toda la región —*La Turquie d'Europe* de 1840— sentó pautas de exactitud y detalle que no tuvieron igual durante generaciones. [4]

Y tampoco hubo muchas referencias a pueblos «balcánicos» antes del decenio de 1880. El mundo de la ortodoxia abarcaba a griegos y eslavos por igual, y transcurrió mucho tiempo antes de que se hicieran distinciones etnográficas y políticas entre las diversas poblaciones ortodoxas. En 1797 el agitador revolucionario

Rhigas Velestinlis, inspirado por la Revolución francesa, predijo la caída del sultán y proclamó la necesidad de una «república helénica» en la cual todos los habitantes de «Rumelia, Asia Menor, el Archipiélago, Moldavia y Valaquia» fueran reconocidos como ciudadanos, a pesar de sus «diferentes razas y religiones». En la vasta república futura que propugnaba Rhigas, el griego sería le lengua no solo del saber, sino también del gobierno. En el decenio de 1850 los comentaristas informados todavía se mofaban de «los observadores superficiales, que consideran a las razas eslavas como "griegas" porque la mayoría de ellas son de la religión "griega"». Incluso el estudioso alemán Karl Ritter propuso dar a toda la región situada al sur del Danubio el nombre de la «Halbinsel Griechenland» (la península griega). «Hasta hace bastante poco —escribió el historiador británico E. A. Freeman en 1877— todos los súbditos ortodoxos del turco eran iguales a los griegos a los ojos de la mayoría de los europeos». [5]

Mucho después de la inconfundible ascensión del nacionalismo eslavo, aún resultaba difícil discernir qué pauta de estados y pueblos sucedería a los turcos. Algunos comentaristas imaginaban que existirían varios estados cristianos autónomos bajo una soberanía global otomana, mientras que otros preveían que se dividiría la región entre un estado griego y una federación eslava del sur. Casi nadie previó el proceso de fragmentación que ocurrió en realidad. «Incluso en nuestros días —escribió un autor francés en 1864— con cuánta frecuencia he oído preguntar a quién pertenecen los habitantes cristianos de Turquía: "A Rusia, a Austria, a Francia". Y cuando algunos soñadores contestaban: "Estas personas son dueñas de sí mismas", cuánto regocijo, cuánta lástima despertaba semejante utopía». [6]

Durante los siglos XVIII y XIX la «Turquía europea» fue el nombre geográfico preferido. Pero en el decenio de 1880 ya resultaba evidente que la «Turquía europea» tenía los días contados. Durante el siglo XIX habían surgido estados sucesores —Grecia, Bulgaria, Serbia, Rumania y Montenegro— que competían por repartirse lo que quedaba. Entre 1878 y 1908 las conferencias diplomáticas redujeron el territorio otomano y sometieron lo que quedaba a la supervisión de las grandes potencias. Viajeros, periodistas y propagandistas occidentales acudieron en gran número a la región y

popularizaron el nuevo y más amplio uso del término «Balcanes». Al estallar la primera guerra balcánica en 1912 —que puso fin al gobierno otomano en Europa (exceptuando el *hinterland* de Constantinopla)—, el término ya había pasado a ser de uso común. Esto irritó a los puristas. Un geógrafo alemán habló con enojo de «la península del sureste de Europa (o, como cada vez dice más gente, perpetuando con ello el error de medio siglo) *balcánica*». Un experto búlgaro se quejó de que «a esta región la llaman erróneamente la península balcánica». Pero la tendencia era contraria a semejante pedantería. En menos de medio siglo, debido en gran parte a súbitos cambios militares y diplomáticos, un nuevo concepto geográfico echó raíces en el habla cotidiana. En 1917 una historia estándar de la «cuestión oriental» ya hablaba de las «tierras que los geógrafos de la última generación denominaban "Turquía europea", pero para la cual hemos tenido que buscar un nombre nuevo debido a los cambios políticos. El nombre que por lo general se da a ese segmento es el de "península balcánica", o sencillamente "los Balcanes"». [7]

Desde buen principio los Balcanes fueron más que un concepto geográfico. El nombre, a diferencia de sus predecesores, estaba cargado de connotaciones negativas —de violencia, salvajismo, primitivismo— en una medida que no tiene parangón. «¿Por qué "la Europa salvaje"? —preguntó el periodista Harry de Windt en su libro homónimo de 1907—. Porque… la expresión describe exactamente los países turbulentos y sin ley que hay entre los mares Adriático y Negro». En armonía con una historia de revueltas y venganzas que se remonta hasta casi un siglo antes y alcanza su apogeo después de 1900 con los atentados terroristas de la Organización Revolucionaria Interior de Macedonia, el regicidio serbio de 1903 y las matanzas generalizadas que perpetraron todos los bandos durante las guerras balcánicas, Europa pasó rápidamente a asociar la región con la violencia y el derramamiento de sangre. Poco hizo por cambiar la situación un decenio de nuevas luchas que terminó en 1922 con la derrota de los griegos a manos de los turcos en Asia Menor y el intercambio forzado de casi dos millones de refugiados. Es verdad que ahora los pueblos balcánicos se gobernaban a sí mismos, como habían deseado tantos de sus defensores occidentales. Pero ¿cuál fue el resultado? Una colección

de pequeños estados inviables que estaban enemistados unos con otros y en cuyo interior reinaba la intolerancia. La situación se parecía exactamente al *kleinstaaterei* que habían temido los adversarios de la propagación sin restricciones de los estados nacionales. A los liberales les resultaba difícil conciliar su feliz ideal de autodeterminación nacional con las realidades de un mundo fragmentado y desestabilizado. En el caso de estados nuevos tales como Alemania e Italia, el nacionalismo decimonónico había unido una serie de estados minúsculos y anacrónicos para formar con ellos unidades mayores y más racionales desde el punto de vista económico; en los Balcanes el resultado había sido lo contrario. **[8]**

Entre las dos guerras mundiales, novelistas y directores de cine convirtieron la región en escenario de exóticos relatos de corrupción, muertes expeditivas y delincuencia fácil. Para Eric Ambler, en *La máscara de Dimitrios*, los Balcanes simbolizaban la decadencia moral de Europa en el período de entreguerras. Para Agatha Christie, menos sutil que Ambler, la región, en su novela de 1925 *El secreto de Chimneys*, era el lugar de origen del infame Boris Anchoukoff, que procedía de «uno de los estados balcánicos… Ríos principales: se desconocen. Montañas principales: se desconocen también, pero bastante numerosas. Capital: Ekarest. Población: principalmente bandidos. Hobby: asesinar reyes y organizar revoluciones». Rebecca West empieza su libro de viajes *Black Lamb, Grey Falcon* diciendo: «La violencia era en verdad lo único que sabía yo de los Balcanes: lo único que sabía de los eslavos del sur». La película «negra» de 1942 *La mujer pantera*, dirigida por Jacques Tourneur, fue todavía más lejos y convirtió los Balcanes —por medio de la personalidad trastornada de la protagonista serbia— en el semillero de un «pecado antiguo» que transformaba a los seres humanos en letales depredadores sexuales que amenazaban con destruir las «vidas normales y felices» de los norteamericanos corrientes. **[9]**

En la posguerra, algunos de estos clichés perdieron fuerza. Los Balcanes desaparecieron de la conciencia de Occidente durante la guerra fría, y el telón de acero atravesó el sureste de Europa y separó Grecia de sus vecinos comunistas. Albania se volvió prácticamente impenetrable. La Yugoslavia de Tito fue idolatrada por los encargados de formular la política norteamericana y por la

nueva izquierda europea; las palabras sobre la no alineación en el plano internacional y la autogestión obrera en casa cayeron en oídos receptivos en el extranjero. En Rumania, el gobierno de Ceausescu era más conocido por el pronunciado antisovietismo de su política exterior que por la extrema represión que implantó en el interior. En general, Grecia pasó a ser una zona marginal de «Occidente», mientras los otros estados balcánicos constituían la parte menos estudiada de la Europa oriental comunista. El turismo de masas trajo millones de personas a las playas y las pistas de esquí de la región y convirtió la cultura campesina en espectáculo para después de cenar. Lo pintoresco sustituyó a lo violento, y los peores problemas que la mayoría de los turistas preveía encontrar eran las carreteras malas y los retretes diferentes de los de su país.

Estos fueron los beneficios del largo período de paz que vivió Europa durante la guerra fría. Para muchas personas de hoy parecen no solo lejanos, sino ilusorios, un hiato en el cual el verdadero carácter de los Balcanes quedó oculto durante un tiempo. Desde la caída del comunismo, ha sido más fácil volver a ver el sureste de Europa como una sola entidad, pero también han reaparecido sus arraigadas connotaciones peyorativas. De hecho, los conflictos que causó la desmembración de Yugoslavia probablemente han hecho que tales connotaciones arraigaran más que nunca en la imaginación popular: ahora Tito y el comunismo no son los únicos culpables de la violencia de masas, sino que también lo es la diversidad étnica, así como las antiguas divisiones históricas entre religiones y culturas. Es difícil encontrar personas que tengan algo bueno que decir sobre la región y más difícil todavía hablar de ella sin mencionar el bien o el mal. El principal reto del presente libro es averiguar si es posible ver los Balcanes de otra manera, sin que los refracte el prisma de «los Balcanes» como ha ocurrido durante tanto tiempo.

Si la historia intelectual de los estereotipos occidentales de los Balcanes no tuviera más de un siglo de antigüedad, sería difícil explicar la influencia que todavía ejercen sobre nosotros. Pero el término, aunque es de cosecha relativamente reciente, se apoya en unos cimientos formados por otras asociaciones que calan más hondo en el pensamiento occidental. Una de ellas es la tensión entre el cristianismo ortodoxo y el católico que cristalizó con el saqueo de

la Constantinopla bizantina por los cruzados en 1204. Pero más importante aún es seguramente el profundo cisma de incomprensión que se extiende entre los mundos cristiano e islámico, que durante más de un milenio —desde el siglo VII hasta al menos finales del XVII— estuvieron enzarzados en una lucha compleja por conquistar territorio y ganarse a la gente en Europa.

A la primera *yihad*, que introdujo la cultura musulmana en una región que se extendía desde España (y gran parte de África) hasta las fronteras de la India y de China, respondió la cristiandad con la reconquista de la península ibérica, la recuperación de tierras en el sur de Italia y, lo más importante, las cruzadas. Puede que las «guerras santas del Mediterráneo» fueran a la larga, como dice Eric Christiansen, «una triste pérdida de tiempo, dinero y vidas». Pero, aunque dos siglos de lucha contra los sarracenos no lograron recuperar Jerusalén para el cristianismo, contribuyeron enormemente a fortalecer en la Europa cristiana una tradición de intolerancia marcial para con los herejes, los paganos y, sobre todo, los musulmanes. Mientras que los estados musulmanes aceptaban a gentes de otras religiones como súbditos —los no musulmanes fueron siempre una mayoría de la población en los Balcanes durante la dominación otomana—, los estados cristianos expulsaron a los musulmanes (y controlaron estrictamente la instauración de pequeños asentamientos de judíos a partir de la época medieval) y los consideraron como una amenaza. **[10]**

La segunda campaña islámica contra la cristiandad fue capitaneada por un pueblo nómada de Asia central, los turcos. Poco a poco, entre los siglos XI y XVII, los pueblos turcos invadieron y derrotaron al Imperio bizantino, conquistando puestos avanzados de los cristianos en el Egeo oriental y en las orillas del mar Negro, hasta que finalmente subieron por Hungría y llegaron a las tierras germánicas del centro de Europa. Dos veces sitiaron Viena los ejércitos otomanos. Los cristianos interpretaron la caída de Constantinopla en 1453 como prueba de la degeneración de la ortodoxia, el fracaso definitivo de Bizancio como sistema imperial y un castigo divino por los pecados de los hombres. Cuando los barcos turcos pasaban por delante de la costa de Italia, los católicos piadosos eran instados a «rezar para pedir la ruina del islam». Puede que la dinastía otomana se viera a sí misma como la sucesora de las

monarquías universales de Roma y Bizancio, «la sombra de Dios en la tierra». Pero a los ojos de muchos cristianos, como, por ejemplo, el historiador isabelino Richard Knolles, era la encarnación más reciente del peligro islámico y «el terror actual del mundo». [11]

A pesar de la animosidad religiosa entre cristianos y musulmanes, los europeos del siglo XVI respetaban y temían el poderío, la relevancia y la eficiencia de los turcos. El «Gran Signore», como se llamaba comúnmente al sultán otomano, era considerado como tal vez el gobernante más poderoso del mundo conocido. Los observadores renacentistas decían de él que era el sucesor de Alejandro Magno y de los emperadores romanos, y hacían comparaciones desfavorables con el estado de desorganización de los ejércitos cristianos. En 1525 el siempre precario frente unido de la cristiandad se derrumbó cuando Francisco I, rey de Francia y «primogénito de la Iglesia», se alió con Solimán el Magnífico contra el Sacro Imperio Romano Germánico. «La unión sacrílega de la lis y la media luna» fue el principio de una larga asociación entre la católica Francia y los turcos. También los venecianos quedaron impresionados por los recursos territoriales y humanos, al parecer ilimitados, de una máquina imperial construida para la guerra. En 1521 su embajador Marco Minio ya había advertido de que el «Gran Signore» «parece tener en su poder las llaves de toda la cristiandad». [12]

Thomas Fuller opinó en 1639 que el imperio del sultán era «el más grande y más compacto que jamás haya visto el sol. Juntando el mar y la tierra… y de Buda en el oeste a Tauris en el este, se extendía unos cuatro mil ochocientos kilómetros… Se encuentra en el corazón del mundo, como un osado paladín que desafíe a todos sus vecinos, dominando los países más fructuosos de Europa, Asia y África». Con dos metrópolis —Constantinopla y El Cairo— que asombraban a los visitantes por su dimensión, y empequeñecían a Londres, París, Amsterdam y Roma, su magnificencia eclipsaba a sus pendencieros vecinos de la cristiandad. Y su poderío atraía a los europeos además de repelerlos. «Viendo cuántos se pasan de nosotros a ellos —comentó sir Henry Blount, refiriéndose a los cristianos que se convertían al islam—, y cuán pocos de ellos se pasan a nosotros; se observa qué importancia tiene la prosperidad de una causa para atraer a los hombres a ella». [13]

Este tono de respeto para con el régimen otomano empezó a desaparecer paulatinamente. A partir de la segunda mitad del siglo XVII, incluso antes de que Montesquieu publicara sus escritos sobre el tema, cada vez fue más frecuente hablar de «tiranía» o «despotismo» al referirse al Imperio otomano, a la vez que disminuían las anteriores alusiones a su tolerancia religiosa y se hacía más hincapié en su falta de legitimidad, su dependencia de la corrupción, la extorsión y la injusticia, y la inevitabilidad de su decadencia final.

Este cambio de opinión tuvo lugar en un momento en que en el equilibrio de poder entre los turcos y sus enemigos se estaba produciendo una modificación visible y parecía que los ejércitos otomanos se acercaban a los límites de su capacidad. La Europa cristiana era cada vez más fuerte gracias al crecimiento del comercio y del imperio en la otra orilla del Atlántico, la aparición del capitalismo mercantil y la formación de un nuevo sistema de estados después de la guerra de los Treinta Años. En particular, la ascensión de Rusia y de la Austria de los Habsburgo como amenazas militares capaces de pasar a la ofensiva contra los otomanos alteró fundamentalmente el equilibrio de poder en la Europa del este y la región del mar Negro. A partir del segundo sitio de Viena en 1683, el poderío otomano en Europa entró en decadencia; los ejércitos austriacos se apoderaron de Hungría, Croacia y las regiones adyacentes, que repoblaron con colonizadores cristianos y convirtieron en una zona fronteriza militar. El Imperio otomano también se estaba debilitando internamente y sus propios oficiales se dieron cuenta de que el estado central iba perdiendo el control de las provincias; el llanto por la edad de oro del siglo XVI pasó a ser un tópico de la literatura política otomana. La vida en gran parte del imperio, y ciertamente en los Balcanes, se volvió menos segura. **[14]**

Grandes cambios de valores acompañaron a estos fenómenos militares y políticos. Tras las guerras de religión del siglo XVII, la ciencia y la Ilustración trajeron a Europa un nuevo secularismo que unificó la cultura de las elites e hizo que la estructura político-religiosa del Imperio otomano pareciera anticuada. A partir de este momento surge en Occidente una condena que va dirigida contra el desmesurado poder religioso —tanto de los prelados ortodoxos

corruptos como de los «fanáticos» islámicos— y que ha durado hasta nuestros días. En los escritos de los viajeros, los entendidos y los filósofos aparecen nuevas y grandes polaridades: entre el civilizado Occidente y el bárbaro Oriente, entre la Europa amante de la libertad y el Oriente despótico. Sensual, lento de movimientos, soñador: Oriente era el espejo en que el visitante europeo se contemplaba a sí mismo. **[15]**

Los Balcanes ocupaban una zona cultural situada entre Europa y Asia: estaban en Europa, pero no formaban parte de ella. En comparación con sus predecesores, los viajeros del siglo XIX eran mucho más conscientes de que abandonaban Europa para pasar a Asia en cuanto cruzaban las tierras otomanas y también tenían más en cuenta su escala de valores. En 1875, encontrándose en la orilla del río Sava, la frontera entre la habsburguesa Croacia y la otomana Bosnia, Arthur Evans, que a la sazón era muy joven, empezó a darse cuenta de «en qué nuevo mundo estamos. Los bosnios mismos hablan de la otra orilla del Save [*sic*] llamándola “Europa” y tienen razón; porque a electos prácticos un viaje de cinco minutos te lleva a Asia. Los viajeros que han visto las provincias turcas de Siria, Armenia o Egipto, cuando entran en Bosnia se sorprenden en seguida al encontrarse con las escenas habituales en Asia y África reproducidas en una provincia de la Turquía europea». Los occidentales se fijaban en la inseguridad de la propiedad privada, los misterios de la ley otomana y la clara e importantísima distinción entre la religión dominante y las religiones sometidas. Sobre todo, les llamaba la atención una serie de impresiones estéticas, casi teatrales: los colores y olores inesperados, las mezclas de razas. Al desembarcar en Préveza, enfrente de las islas Jónicas, en 1812, el joven Henry Holland escribió: «Al entrar en estas regiones, la escena cambia de repente, y tienes ante los ojos una nueva especie de seres, con todos aquellos sugerentes atributos del carácter y el paisaje orientales que durante tanto tiempo han deleitado a la imaginación en los cuentos de Oriente. Los hábitos uniformes del turco, derivados de su religión y otras circunstancias, hacen que este cambio sea casi tan notable en la primera población turca en la que entras como en las que están mucho más alejadas de la vecindad de las naciones europeas». Un siglo después, un joven periodista ruso —que más adelante se haría famoso con el nombre

de Lev Trotski— miró por la ventanilla de su vagón, durante un viaje en tren de Budapest a Belgrado en vísperas de la primera guerra balcánica, y exclamó con entusiasmo: «¡Oriente! ¡Oriente! ¡Qué mezcla de rostros, indumentarias, tipos étnicos y niveles culturales!». [16]

La desconcertante interpenetración de Europa y Asia, Occidente y Oriente, se encuentra en la mayoría de las descripciones de los Balcanes que datan de los tiempos modernos. Europa aparece como fuerza civilizadora, un proyectil que se incrusta en la materia pasiva de Oriente. Los viajeros comentan como cosa normal las señales de vida «europea» tales como casas con cristales en las ventanas, cubertería, cabarés u hoteles con salas de billar. Con frecuencia dicen que las ciudades balcánicas poseen una fachada europea detrás de la cual se esconde una realidad oriental, es decir, pintoresca pero sucia, maloliente, de madera y no planificada. Los ferrocarriles son europeos, los caminos carreteros no lo son; la tecnología es decididamente europea, pero no lo son las prácticas religiosas. El tejido social está casi siempre dividido entre una superficie modernizadora y una sustancia tradicional. Se supone que las realidades orientales —el poder de la religión, el predominio de la pobreza agraria— son fenómenos que no han cambiado durante siglos. A finales del siglo XIX, como atestiguan numerosas crónicas, era prácticamente imposible que los viajeros occidentales —expuestos a los embriagadores deleites y al orientalismo sensual de escritores tales como Pierre Loti— *no* viesen los Balcanes de esta manera.

En el plano diplomático —y a pesar del vínculo con Francia— desde hacía ya mucho tiempo se consideraba que el Imperio otomano se hallaba fuera del concierto de las potencias europeas. No había tenido representación en el congreso de Viena en 1815, por ejemplo, y los comentaristas de derecho internacional lo excluían de «la familia cristiana de naciones». Si entró en ella fue solo gracias a la *realpolitik*, fruto de la evidente decadencia del propio imperio y la preocupante ascensión de Rusia. Después de la guerra de Crimea, cuyo objetivo esencial fue proteger a los turcos contra los rusos, en 1856 las potencias victoriosas finalmente declararon «a la Sublime Puerta admitida para participar en las ventajas del derecho público y el sistema de Europa». Pero a cambio

de ello, se obligó a los turcos a introducir reformas en los ámbitos de la propiedad, la justicia y la igualdad religiosa, ya que las potencias cristianas insistían en que tales reformas eran necesarias para un estado moderno y civilizado. [17]

Los turcos nunca fueron aceptados como europeos. En el vocabulario cada vez más racista del siglo XIX, eran «asiáticos», «nómadas» y «bárbaros» que gobernaban las «tierras donde nació la civilización europea». «Los turcos —escribió lord John Russell en 1828— parecen distinguirse de las naciones que ocupan el resto de Europa en casi todas las circunstancias». Incluso para Latham, uno de los etnógrafos victorianos más sensatos, «el turco es europeo del mismo modo que el habitante de Nueva Inglaterra es norteamericano, es decir, no lo es en sentido riguroso». Si bien Latham desdeñó la idea de que los turcos eran «recién llegados» a Europa o «asiáticos» en algún sentido significativo de la palabra, opinaba que debido a su religión era «imposible que fuesen miembros del sistema Europeo». Existía la creencia general de que los musulmanes eran más propensos a los actos de barbarie que sus súbditos cristianos. «Ninguna guerra, antigua o moderna —escribió un diplomático norteamericano en 1842— se hizo jamás con tan implacable furia y tanta crueldad como la guerra de los turcos contra los griegos. Es asombroso que durante tanto tiempo las naciones cristianas de Europa hayan sido espectadoras silenciosas de sus atrocidades». A pesar de lo que escribieron hombres como George Finlay, que en su historia de la guerra de la independencia de Grecia no se mordía la lengua al describir una «guerra de exterminio mutuo», en la imaginación popular la violencia era unilateral. Gladstone aprovechó eficazmente esta circunstancia al denunciar los «horrores búlgaros»: en general, nadie hizo caso de las pruebas de que también los cristianos cometían atrocidades, o a veces las provocaban deliberadamente. «Cuando un musulmán mata a un musulmán, no se le da importancia —escribió Edith Durham resumiendo las actitudes occidentales—. Cuando un cristiano mata a un musulmán, se considera un acto justificado; cuando un cristiano mata a un cristiano, es un error de juicio del cual es mejor no hablar; solo cuando un musulmán mata a un cristiano se considera una auténtica atrocidad». [18]

La ceguera de la Europa cristiana ante las víctimas musulmanas

impedía ver los grandes movimientos de población que provocó el declive otomano. «En Occidente se habla con frecuencia de transportar a todos los turcos, dicho de otro modo, los musulmanes, a Asia con el fin de que Turquía en Europa se convierta en un imperio exclusivamente cristiano —había escrito Ami Boue en 1854 —. Un decreto en este sentido sería tan inhumano como la expulsión de los judíos de España, o de los protestantes de Francia, y, de hecho, no sería posible porque los europeos siempre olvidan que en la Turquía europea la mayoría de los musulmanes son eslavos o albaneses cuyo derecho a la tierra es tan antiguo como el de sus compatriotas cristianos». Sin embargo, se calcula que cerca de cinco millones de musulmanes fueron expulsados de antiguas tierras otomanas de los Balcanes y la región del mar Negro durante un período de cien años a partir de 1821; en los Balcanes propiamente dichos entre 1 700 000 y 2 000 000 musulmanes emigraron voluntaria o involuntariamente entre 1878 y 1913 a lo que más adelante sería la república de Turquía. La lengua turca decayó como lengua franca de la región, los cristianos se apoderaron de asentamientos urbanos y los edificios otomanos fueron derribados deliberadamente o abandonados hasta que se derrumbaron. La voladura con dinamita de mezquitas y otras obras maestras arquitectónicas en Bosnia-Herzegovina a comienzos del decenio de 1990 fue, pues, la continuación de forma extrema de un proceso de desislamización que había empezado decenios antes. **[19]**

Cuando en 1912-1913 se derrumbó el Imperio otomano en los Balcanes, muchos occidentales pensaron que era el fin definitivo del poderío «asiático» en Europa y el triunfo del vigor religioso y racial de la cristiandad. El periodista norteamericano Frederick Moore escribió en la revista *National Geographic* que los turcos asiáticos habían aplastado a sus súbditos europeos imponiéndoles la dominación islámica. Habían tratado de vigorizar su propio tronco racial por medio de la conversión, pero al final no habían podido prevalecer sobre las razas europeas porque estas eran superiores desde el punto de vista biológico. Ahora «[el turco] volverá a Asia tal como vino hace siglos, sin haber cambiado mucho a causa de su asociación con los pueblos de Europa, a los que ha mantenido tal como los encontró, en condiciones medievales, con toda la barbarie de la Europa medieval, con todo su pintoresquismo, su color, su

miseria y su fe irreflexiva». En cuanto al futuro, Moore predijo que habría pocos cambios entre los antiguos gobernantes de los imperios dado que «[el turco] es musulmán, y el alma del verdadero musulmán es indiferente al progreso». Pero «parece que se puede predecir sin temor a equivocarse que los estados balcánicos agrandados experimentarán un desarrollo rápido siguiendo pautas modernas, porque hemos visto cómo todos ellos, pese a las grandes dificultades, han cumplido al menos en parte sus aspiraciones y han adoptado las instituciones civilizadoras de Europa». [20]

La predicción de Moore coincidía totalmente con las expectativas liberales referentes a las relativas capacidades civilizadoras de los pueblos islámicos y cristianos. Reflejaba el razonamiento que en el resto de Europa había dado origen a poderosos e influyentes grupos de presión a favor de la liberación de Bulgaria, Serbia y Grecia del dominio otomano. Pero esta actitud fue precisamente la causa de la decepción casi inevitable que vino después. Ya en 1836, tras el primer triunfo del nacionalismo balcánico, un francés que viajó a Grecia había detectado el cambio emocional. «Cuando eran esclavos de los turcos, los griegos daban lástima —escribió—. Los griegos, una vez libres, solo inspiran horror. Su vida es una secuencia de robos y asaltos, los incendios y los asesinatos son su pasatiempo». De forma parecida, el optimismo liberal de 1912 no tardaría en verse defraudado de forma aún más desagradable. Los victoriosos estados balcánicos, que acababan de derrotar al ejército otomano, se volvieron inmediatamente unos contra otros y estalló la segunda guerra balcánica. Llegaron noticias de la brutalidad con que sus ejércitos regulares trataban a los civiles, especialmente en Macedonia, Kosovo y las fronteras de Montenegro. «Todo esto presenta este aspecto cuando lo ves de cerca —comunicó Trotski—. La carne se está pudriendo, carne humana además de carne de buey; los poblados se han convertido en columnas de fuego; los hombres están exterminando "a personas no menores de doce años de edad"; todo el mundo es objeto de un trato brutal y pierde su aspecto humano». [21]

Sobre todo, en junio de 1914 tuvo lugar el asesinato del archiduque Francisco Fernando por parte del estudiante nacionalista serbio Gavrilo Princip. La segunda crisis bosnia, y tercera guerra balcánica, del siglo XX se convirtió en el baño de

sangre continental que destruyó de forma definitiva el antiguo orden de Europa. Esto fue suficiente para que en lo sucesivo los Balcanes fueran un lugar maldito en la conciencia europea. Solo las personas más comprometidas con alguna de estas pequeñas naciones continuaron arguyendo que merecían que se les prestara apoyo. Aún menos eran las que se tomaban la molestia de argüir que no se las debía abrumar con los supuestos culturales de Occidente, sino comprenderlas tal como eran.

Una comprensión más verdadera y menos parcial de los Balcanes requiere que tratemos de aclarar de qué manera las actitudes ante la región han sido el resultado no solo de acontecimientos que tuvieron lugar en ella, sino también del proceso general de evolución de la identidad y la civilización europeas. El reto historiográfico fundamental estriba en encajar los siglos de dominio otomano en el conjunto de la historia del continente. Muchos eminentes estudiosos de Europa han considerado que la respuesta era obvia. Sir John Marriott empieza su sobria historia de la «cuestión oriental» con la escueta afirmación de que «el factor primario y más esencial del problema es la presencia, incrustada en la carne viva de Europa, de una sustancia extraña. Esa sustancia es el turco otomano». Dicho de otro modo, el dominio otomano separó los Balcanes del resto del continente y señaló el comienzo de una nueva edad oscura para la región, dado que —como dijo el historiador polaco Oskar Halecki— «en el transcurso de la historia europea en el sentido apropiado de la palabra, Europa fue prácticamente idéntica a la cristiandad». El hecho de que antes de los turcos la región formara parte del Imperio bizantino, que era objeto de un desprecio solo ligeramente menor, no hizo más que reforzar esta manera de examinar el problema. [22]

No todo el mundo acepta esta sencilla equiparación de Europa con el cristianismo (católico). Arnold Toynbee y el eminente historiador rumano Nicolaie Iorga arguyeron —siguiendo, después de todo, las afirmaciones del propio Mehmet el Conquistador— que fue en realidad el Imperio otomano el sucesor del «estado universal» de la ortodoxia bizantina. Iorga en particular sugirió que hubo una «Bizancio después de Bizancio» que sobrevivió bajo el dominio de los sultanes. Pero esta afirmación de las afinidades que podrían unir al cristianismo y el islam ha caído en gran parte en oídos sordos.

Muchos más estudiosos —y probablemente el grueso de la opinión popular— han seguido a Halecki, quien insiste en que, «desde el punto de vista europeo, debe observarse que el Imperio otomano, completamente extraño a sus súbditos europeos en su origen, su tradición y su religión, lejos de integrarlos en un nuevo tipo de cultura, nada les aportó salvo una degradante dominación extranjera que interrumpió durante aproximadamente cuatrocientos años su participación en la historia europea».

Siguiendo esta lógica, los estados sucesores en los Balcanes buscan sus raíces nacionales en el pasado medieval o clásico y animan a sus historiadores a pasar por el período de dominación otomana tan rápidamente como sea posible, como si de aquellos años no pudiera salir nada bueno. «Cuando a finales del siglo XIV Bulgaria cayó bajo la dominación otomana —afirmó Todor Zivkov en 1981— el curso natural de su desarrollo histórico se detuvo y dio marcha atrás». Esta opinión era anterior al régimen comunista de Zivkov y además ha sobrevivido a él. La leyenda serbia de la batalla de Kosovo en 1389 refleja la misma obsesión con la herencia. Es mucho más probable que los historiadores y los preservadores griegos trabajen en la historia antigua, bizantina o moderna que en el período otomano. Los historiadores británicos, en general, no dedican mucho tiempo a preguntarse cuánto debe su país a su herencia anglosajona, normanda o hannoveriana; pero las cuestiones relativas a la continuidad, la ruptura y la herencia histórica son ineludibles en el caso de los Balcanes porque lo que Halecki llama «el punto de vista europeo» ha dado forma a muchas de las preocupaciones de los estudiosos y de la opinión popular en la propia región. Y esto no se debe a que sus habitantes tengan alguna propensión especial a perderse en la noche de los tiempos, sino más bien a que ser europeo ha significado nada menos que negar la legitimidad del pasado otomano. Reconstruir una historia respetable de lucha y resistencia nacionalistas contra la opresión imperial se convirtió en una condición necesaria para ser socio del club europeo. Dicho de otra manera, las pasiones y las ansiedades nacionalistas son expresiones del esfuerzo por producir el tipo de pedigrí histórico que en otro tiempo requería —cuando no requiere todavía— la propia Europa. **[23]**

Debido a que los Balcanes han tenido mala prensa durante tanto

tiempo en Europa, a algunos estudiosos les ha resultado difícil resistirse a subrayar las virtudes de la región. Las historias nacionales —hasta fecha muy reciente— presentaban el pasado como el triunfo inevitable y totalmente merecido de la nación sobre sus enemigos. Más recientemente, la desilusión con el nacionalismo ha despertado nostalgia de los tiempos del imperio; una nueva tendencia de la historiografía otomana hace hincapié en la coexistencia étnica y religiosa bajo los sultanes, y convierte el imperio en una especie de paraíso multicultural *avant la lettre*. Pero la versión plausible de la dominación otomana no representa una gran mejora respecto de la negatividad de antaño, excepto como correctivo de la misma. La verdad es que si bien durante muchos siglos la coexistencia religiosa fue sin duda mayor bajo los otomanos que casi en cualquier área de la cristiandad, ciertamente la igualdad religiosa no existía en ningún sentido. La ausencia de conflictos étnicos no era debida a la «tolerancia», sino a que no había ningún concepto de la nacionalidad entre los súbditos de los sultanes, y a que el cristianismo enfatizaba la «comunidad de creyentes» más que la solidaridad étnica. [24] La historia normativa establece una pauta de evolución histórica como estándar y luego trata de explicar las desviaciones respecto de ella. En el siglo XIX se daba por sentado que la historia funcionaba de esta manera, y que lo que se describía era el éxito o el fracaso de determinada sociedad en el camino que llevaba del atraso y la barbarie a la civilización. Al preferir hablar del camino que va de la tradición a la modernidad, los estudiosos del siglo XX han cambiado los términos, pero han conservado gran parte de la misma visión lineal. Han recurrido a modelos supuestamente universales de desarrollo económico y democratización política con el fin de comprender por qué los estados y las sociedades de los Balcanes siguieron siendo pobres e inestables y no han llegado a ser lo que se esperaba que fueran. Pero es discutible que la relativa pobreza del sureste de Europa o, de hecho, la política de violencia étnica sean realmente una señal de atraso. La mezcla étnica de los Balcanes es sorprendentemente igual desde hace siglos y durante la mayor parte de este tiempo no ha habido ningún conflicto étnico: ¿por qué el cóctel no empezó a dar muestras de inestabilidad política hasta hace uno o dos siglos? Es muy posible que en los Balcanes las

contingencias contemporáneas de la política de masas y la vida urbana e industrial, la ascensión de nuevas estructuras estatales y la difusión del alfabetismo y la tecnología resulten tan importantes como las supuestas verdades eternas de la fractura religiosa, el arraigo campesino y la división étnica. Quizá entonces nos encontraríamos con que la historia que contamos no confirma una sensación de superioridad europea, sino que la debilita. Porque del mismo modo que Europa dio a los Balcanes las categorías con que sus pueblos se definieron, también les dio las armas ideológicas —representadas principalmente por el moderno nacionalismo romántico— para destruirse. Dicho de otro modo, el intento de comprender los Balcanes nos obliga a examinar la historia como algo más que un espejo que alzamos en el aire para borrar el pasado y reflejar nuestras propias virtudes.

1

La región y sus habitantes

Primero están las montañas.

FERNAND BRAUDEL [1]

A lo largo de millones de años, el movimiento de las placas tectónicas de la tierra levantó una serie de cordilleras en el Mediterráneo a lo largo de la frontera geológica entre Europa y África. Se extienden desde la península ibérica en el oeste hasta las cordilleras del sureste de Europa en el este y acaban enlazando con las cadenas de montañas de Asia Menor y Asia central. Al norte de ellas, las vastas tierras bajas euroasiáticas se extienden casi sin interrupción desde Calais hasta los Urales. La región es muy lluviosa, abunda en ella la tierra cultivable y numerosos ríos navegables comunican el interior con el mar. Al sur, la cosa es diferente: la buena tierra de labranza es más escasa, el terreno es más accidentado y la lluvia, menos frecuente.

A diferencia de las cadenas de montañas que protegen los istmos de las penínsulas ibérica e italiana, las cordilleras de los Balcanes no presentan ninguna barrera contra posibles invasiones, por lo que es fácil acceder y atacar a la región desde el norte y el este. En cambio, su formación irregular obstaculiza el movimiento entre un valle y otro. La comunicación con zonas situadas fuera de la península suele ser más fácil que entre las partes que la componen, de tal manera que Dubrovnik, por ejemplo, durante gran parte de su historia ha tenido lazos más estrechos con Venecia que con

Belgrado. De esta manera, las montañas han hecho que el comercio dentro de la región sea más caro y han complicado el proceso de unificación política.

El efecto de las montañas se nota en todas partes desde el cielo hasta el mar. Las sequías orográficas privan a gran parte de la península de la humedad que se encuentra en la zona climática continental de Europa. Kolasin, en Montenegro, registra una media anual de lluvia de 2641,6 milímetros, mientras que un poco hacia el este, en Skopje, en Macedonia, la media es de solo 457,2 milímetros al año. Una diminuta franja costera que va de la costa dálmata al oeste de Grecia disfruta de lluvia suficiente para suavizar los efectos de los severos veranos mediterráneos. En Corfú la vegetación es exuberante; las Cicladas, en cambio, son secas, agostadas. Aquella puede mantenerse, estas —como demostró la hambruna durante la guerra— dependen de las importaciones de alimentos para seguir adelante. En general, la precipitación anual al este de las montañas es como mínimo de 254 a 508 milímetros menos que más al oeste y causa sequías recurrentes incluso en las fértiles llanuras. «Una deprimente llanura árida y arenosa —fue como se presentó el valle del Vardar a una intrépida inglesa que lo cruzó a mediados del siglo XIX—. A lo largo de muchos kilómetros no hay en la región ni un solo árbol». [2]

En la zona climática mediterránea, las corrientes de agua se secan durante el verano y dejan lechos y cañones rocosos. El resultado son tierras altas agostadas y accidentadas en las que escasea el agua: un entorno duro para los seres humanos y apropiado principalmente para las plantas que necesitan poca agua. «Un rasgo curioso de las montañas empezó a hacerse sentir dolorosamente —comentó Arthur Evans en 1875 al cruzar a pie el *karst* de Herzegovina—. No había agua». Evans describe «una perspectiva de desolación… En todas las direcciones se alzaban montañas bajas, simples montones de piedra caliza desintegrada, desnudas de vegetación… comparadas acertadamente con un glaciar petrificado o un paisaje lunar». Donde la lluvia estival lo permite, bosques montañosos y tierras boscosas —con hayas, robles y castaños dulces— son testimonios de que reciben agua corriente de forma ininterrumpida. Aun así, la península sufre más sequías que cualquier otra parte de Europa, excepto el sur de España y

Malta, y todavía en 1917 llegaron de Montenegro noticias sobre muertes causadas por la escasez de agua. [3]

No todas las zonas de los Balcanes son tan secas. En el macizo de Ródope, los ríos llevan agua durante todo el año; las tierras altas de Albania recuerdan a los viajeros los prados alpinos. Más al este, regiones extensas de la antigua Yugoslavia, Rumania y el norte de Bulgaria disfrutan de una pauta meteorológica más cercana a la del centro de Europa. Largos y fríos inviernos y fuertes lluvias nutrían la impenetrable Shumadija, que en otro tiempo abarcaba gran parte de las tierras bajas serbias, con sus espesos bosques de robles. «Interminables e interminables ahora a ambos lados los altos robles se cerraban sobre nosotros —escribió Kinglake en *Eothen*, describiendo un viaje a caballo a Constantinopla en 1834—. A través de esto se extendería nuestro camino a lo largo de más de ciento sesenta kilómetros». [4]

Al este, el estuario del Danubio tiene rasgos climáticos en común con las estepas del sur y el mar Negro, aunque sufre a causa de la falta de lluvia donde la sequía orográfica de los Cárpatos se hace sentir. Debido a las montañas, el contraste entre las zonas meteorológicas mediterráneas y las del norte y del este es súbito, como sabrá cualquier persona que haya subido desde Kotor en la costa dálmata hasta Cetinje, la antigua capital de Montenegro. «El clima había cambiado de repente —escribió un viajero después de atravesar los Balcanes en la Bulgaria otomana—. Un aire más cálido nos rodeaba. Toda la Turquía europea, desde los declives meridionales del Hemo, tiene un clima delicioso que puede mostrar todos los encantos de los trópicos, así como el vigor de las latitudes más altas, sin sufrir sus efectos desagradables». [5] En el caso de este norteño privado de sol ni siquiera la peste fue suficiente para eclipsar su sensación de calor y bienestar al acercarse más al Mediterráneo.

Los ríos son generalmente cruciales para la prosperidad porque hasta los tiempos modernos el transporte resultaba más fácil y más barato por agua que por tierra. Algunos historiadores explican el «milagro europeo» basándose en la abundancia de vías fluviales navegables que comunican las costas con el interior. Pero en el sureste del continente no existen sistemas fluviales que puedan compararse con el Rin y el Ródano en la Europa occidental ni con la

ruta comercial del Vístula y el Dniéper en la oriental. Los ríos balcánicos, cuando son algo más que torrentes invernales, descienden con demasiada rapidez para ser navegables o, en caso contrario, discurren perezosamente formando curvas y meandros lejos de la costa más cercana. Ríos importantes como el Sava, el Vardar y el Aliakmon tienen, pues, poca utilidad para el comercio y las comunicaciones. «Nada puede ser más sorprendente —escribió Henry Tozer en 1867 al viajar hacia el sur por el Vardar— que la ausencia total de ciudades a lo largo de esta gran arteria de comunicación interna… El río mismo es un magnífico espectáculo cuando fluye en una sola corriente, pero… la tarea de hacerlo navegable resultaría ahora difícil». [6] Hasta el Danubio ha servido a la región menos bien de lo que podría servirla, aislado del Mediterráneo por las montañas y luego dirigiéndose al norte —la dirección que no conviene desde el punto de vista del comerciante — antes de llegar al mar Negro. Antes de la segunda guerra mundial el curso bajo del Danubio permanecía helado cuatro o cinco meses al año. Antes de comienzos del siglo XIX, mientras los rusos y los turcos luchaban por él, apenas se usaba para el comercio; las caravanas comerciales entre los Balcanes y la Europa central viajaban por tierra, a la vez que los viajeros y diplomáticos que se dirigían a la capital otomana solían abandonarlo en la mitad de su curso y hacían el resto del viaje por tierra.

Las mismas montañas que no permiten que los ríos lleguen al mar también impedían construir canales del upo que contribuyó a que el comercio floreciera en Inglaterra y Francia en el siglo XVIII. Asimismo, dificultaban la construcción de ferrocarriles. El ferrocarril atravesó Europa igual que la frontera que sustituyó las ciudades de madera por las de ladrillos: en un movimiento lento y gradual desde el norte y el oeste hasta el sureste del continente. Mientras que la red ferroviaria básica alemana quedó instalada antes de 1870, y se había ramificado hasta el imperio de los Habsburgo al concluir el decenio, al sur del Danubio no se tendieron líneas ferroviarias hasta después de finales del decenio de 1880. Tanto las autoridades austriacas como las otomanas hicieron un decidido esfuerzo por modernizar sus dominios balcánicos, pero factores políticos, estratégicos y topográficos complicaron la construcción de ferrocarriles. Y aunque permitieron que las

mercancías penetrasen en los mercados interiores desde las zonas costeras, los ferrocarriles no ayudaron a crear una economía regional más unificada o coherente. Las propias redes ferroviarias eran menos densas en los Balcanes que en cualquier otra parte de Europa al oeste de Brest-Litovsk: 21,9 kilómetros por mil kilómetros cuadrados en Grecia en el decenio de 1920, y 31,5 en el antiguo reino de Rumania antes de la guerra comparados con 97 en Francia, 123 en Alemania y 370 en Bélgica. [7]

Las autoridades otomanas, que heredaron una espléndida red de calzadas empedradas interregionales construidas por los romanos, crearon un eficaz servicio postal por medio de una red de posadas, caravasares y postas donde los correos del gobierno tártaro encontraban caballos de refresco y alojamiento para pernoctar cuando era necesario. En el siglo XVIII, sin embargo, este sistema ya estaba a punto de derrumbarse: se producían retrasos y no había suficientes caballos, aunque en 1841 seguía funcionando lo bastante bien como para impresionar a un viajero que afirmó que era «quizá el único servicio público razonablemente organizado que existe en este país». A mediados del siglo XIX el estado de las calzadas era tan malo que algunos pensaban que ello era debido a una política deliberada de las autoridades turcas. «Una idea favorita de todos los príncipes bárbaros —afirmó un viajero— es que el mal estado de los caminos aumenta considerablemente la fuerza natural de sus dominios». Pero los habitantes de los poblados de las montañas también estaban interesados en que las vías de comunicación fuesen malas porque esto hacía que a las autoridades les resultara más difícil recaudar los impuestos. También hacía que el comercio fuese más costoso. «A causa de la falta de caminos que vayan más allá del distrito la exportación es prácticamente imposible»: fue uno de los diagnósticos de por qué la fértil llanura de Monastir exportaba tan poco a mediados del siglo XIX. En la misma época, los caminos búlgaros se encontraban en «su estado natural» y se decía que eran «bastante buenos en el verano». Los caminos de Besarabia tuvieron fama de estar entre los peores de Europa hasta bien entrado el decenio de 1930. Antes de las mejoras que se llevaron a cabo por orden del príncipe serbio Milos Obrenovic, se tardaba una semana en recorrer los cien kilómetros que separan Belgrado de Kragujevac.

A partir de mediados del siglo XIX se pusieron en práctica planes

para mejorar los caminos en todos los Balcanes; sin embargo, en los dominios otomanos era frecuente que un gobernador empezase a hacer mejoras y luego las abandonara sin más cuando lo destinaban a otra parte; debido a la falta de mantenimiento, por ejemplo, un camino nuevo que se construyó cerca de Serres en el decenio de 1860 dejó de ser transitable para los vehículos de ruedas en solo cinco años. El Club Ciclista de Salónica, que se formó a finales del siglo XIX, no podía organizar excursiones más allá de la ciudad propiamente dicha por culpa de lo malos que eran los caminos. La llegada de los ferrocarriles, que eran lo que realmente preocupaba a las autoridades otomanas, con frecuencia contribuía a que los caminos locales empeorasen aún más porque las mercancías y el comercio se pasaron al tren. **[8]**

Si los caminos bien cuidados no habían sido necesarios para los planes de conquista otomanos, fue gracias en gran parte a que el imperio aventajaba a sus rivales en lo que se refería a animales de carga: el búfalo de agua, la mula, el asno y, sobre todo, el arma especial de los turcos, el camello, cuya novedad e importancia asombraron a los observadores contemporáneos. En 1684, el año después de que los turcos fueran rechazados a las puertas de Viena, Johann Christoph Wagner incluyó en su estudio exhaustivo de los dominios otomanos un largo panegírico de las virtudes de este animal «espléndidamente útil» que tenía «fama especial» de ser «la mejor creación de Dios», «¿De qué voy a hablarte? —escribió lady Mary Wortley Montagu a una de sus amistades en 1717—. Nunca en la vida has visto camellos y tal vez su descripción te parezca nueva». Los rápidos avances de los ejércitos otomanos, que partían de Edirne o de Constantinopla al empezar la temporada de campañas, dependían especialmente de estos animales temperamentales, que podían transportar cargas enormes por caminos de tierra, eran indiferentes al barro y resistían el cansancio y la sed mejor que los caballos. «Hay trescientos camellos que transportan armas —señaló Konstantin Mihailovic, que sirvió en el ejército otomano a finales del siglo XV— porque no tienen carretas que retrasen su avance cuando van a la guerra». Para el agudo Ogier de Busbecq, había «dos cosas de las cuales, en mi opinión, sacan los turcos la mayor ventaja y beneficio, el arroz entre los cereales y los camellos entre las bestias de carga; ambas se adaptan

admirablemente a las campañas que llevan a cabo en lugares lejanos… Los camellos pueden llevar cargas muy pesadas, soportar el hambre y la sed, y requieren muy poca atención». Estos animales continuaron empleándose en la región hasta mucho después del final de la época heroica; Agnes Smith vio algunos utilizados por los agricultores cerca de Delfos en 1884: quizá eran descendientes de los que los revolucionarios griegos arrebataron a las tropas otomanas en el Pcloponeso durante la guerra de la independencia sesenta años antes. En el decenio de 1920 ya se habían convertido en una curiosidad para los turistas. **[9]**

En contraste, los caballos que utilizaban los mercaderes para el viaje de cincuenta días de Macedonia a Viena —caravanas de hasta mil caballos transportaron mercancías de los Balcanes a la Europa central hasta bien entrado el siglo XIX— daban malos resultados en los caminos abruptos y el terreno irregular y pedregoso. Los caballos de Ruse, en la Bulgaria danubiana, que se criaban especialmente para la caballería del ejército a principios del siglo XIX, eran muy apreciados por su capacidad de aguante en terreno rocoso. Pero alimentarlos, darles de beber y cuidarlos resultaba muy costoso. En las llanuras, búfalos y bueyes tiraban de carros, arados e incluso carruajes, mientras que en las montañas propiamente dichas la mula era todavía la bestia de carga preferida en el decenio de 1940, cuando reatas de cientos de estos animales —cuyos arrieros hablaban con soltura el recién desaparecido lenguaje de los muleros— transportaban armas alemanas y británicas a través de las montañas de Yugoslavia y Grecia durante la guerra.

Así pues, en lo que siempre fue una zona fronteriza de Europa, los costes que todo estado tenía que sufragar para ejercer su autoridad en la región eran mayores debido a las características del terreno. La inseguridad fue endémica durante siglos y afectaba a la vida económica. En el verano de 1997, tras el levantamiento en el sur de Albania, bandas armadas cruzaban la frontera griega y atracaban a los automovilistas, por lo que viajar de noche resultaba peligroso incluso para la policía de la región. Eran el capítulo más reciente de una historia mucho más antigua; un siglo antes también el estado otomano había sido incapaz de garantizar la seguridad de los viajeros después del anochecer. En algunas zonas, por supuesto,

tampoco podía protegerlos durante el día. «El bajá, a quien preocupaba nuestra seguridad, no quería ni oír hablar de cruzar los Balcanes en Sumía, ya que allí habían ocurrido atracos y asesinatos —escribió Von Tietz en 1836—, pero nos recomendó que fuéramos por Tarnovo, lo cual, aunque más incómodo, era mucho más seguro». Por mar, los viajeros se enfrentaban a la amenaza de los piratas. La rivalidad política y la agitación en el Mediterráneo permitieron que corsarios y piratas operasen entre el siglo XV y principios del XIX. Los piratas siguieron siendo una amenaza en el Egeo hasta que los otomanos y los griegos se pusieron de acuerdo para acabar con ellos en 1839. [10]

El estado otomano podía hacer frente a esta situación. Estaba acostumbrado a negociar con los forajidos, rebeldes y bandidos que eran demasiado poderosos o escurridizos para castigarlos y matarlos, y a veces los amnistiaba y los ponía a su servicio. Hasta la ascensión del estado moderno en los siglos XIX y XX —entidad definida en parte por su insistencia en preservar el monopolio del uso de la fuerza armada y en parte por la medida de su ambición de controlar a sus propios habitantes— no se buscó y dio caza a estos elementos que perjudicaban su prestigio. Cuando una banda de delincuentes de este tipo saqueó Samos en 1925 y mantuvo la capital de la isla en su poder durante varios días, los periódicos de Atenas pusieron el grito en el cielo: «No deberíamos reparar en sacrificios ni medios con el fin de eliminar radicalmente a los autores de actos que deshonran al país y causan más daño a su progreso —escribió uno de ellos—. El estado no tiene solo la obligación, sino el mayor interés en poner fin, sin el más ligero retraso, a estas desgracias… y demostrar que su poder está por encima de todos y de todo». Los métodos modernos de mantener el orden, las burocracias y las carreteras alteraron el equilibrio de poder a favor de las autoridades centrales; a resultas de ello, en el siglo XX el bandolerismo y la piratería dejaron de acosar al comercio y a los viajeros. Solo durante breves períodos de grave desestabilización —en los decenios de 1940 y 1990— se produjeron débiles repeticiones de lo que en otro tiempo había sido un problema social crónico. [11]

Si nos remontamos mucho en la historia, las cifras demográficas solo nos permitirán formular hipótesis en lugar de ofrecernos

hechos. Las cifras demográficas absolutas de cualquier lugar del mundo antes del siglo XVIII son en gran parte conjeturales. Incluso en el caso del siglo XIX los cálculos del número de habitantes de, por ejemplo, Bulgaria han oscilado entre quinientos mil y ocho millones de personas. Por una parte, desde hace mucho tiempo las estadísticas correspondientes a los Balcanes se han manipulado con fines políticos; por otra parte, las cifras otomanas oficiales no estaban pensadas para que las estudiasen los eruditos modernos. Aun así, las tendencias demográficas a largo plazo en los Balcanes son bastante claras. Durante gran parte de su historia, el sureste de Europa fue un desierto en el que había grandes extensiones de tierra sin cultivar y relativamente pocos habitantes, sobre todo en las tierras bajas. Es probable que la despoblación fuera consecuencia de la inestabilidad política crónica en las etapas finales del Imperio bizantino, y es evidente que los esfuerzos otomanos por repoblar los Balcanes con colonizadores turcos nómadas no lograron remediarla. Las densidades demográficas en 1600, en plena floración del Imperio otomano, todavía eran quizá la mitad de las de Francia o Italia, y una tercera parte de las de los Países Bajos, aunque eran mucho más elevadas que en los dominios otomanos de Asia. «Todo el país desde Ragusa hasta un radio de pocos kilómetros de Constantinopla está en su mayor parte sin cultivar y es horrible —comentó Benedetto Ramberti, el embajador veneciano ante la Sublime Puerta—, no por obra de la naturaleza, sino a causa de la desidia de los habitantes, lleno de bosques peligrosos y terribles precipicios, muy inseguro a causa de los bandoleros, muy calamitoso en lo que se refiere al alojamiento». «En el estado de los otomanos —escribió William Lithgow en 1632—, hay grandes bosques y regiones desérticas, debido a la escasez de personas que habitan allí». **[12]**

Sin embargo, la población de la península aumentó y disminuyó al mismo ritmo que la media en el resto de Europa hasta el siglo XVII. La conquista otomana en el siglo XV no solo *no* interrumpió esta tendencia, sino que es evidente que el siglo XVI fue una época de prosperidad y de gran crecimiento demográfico en los Balcanes, como en otras zonas de Europa. Los estudios efectuados en la región indican que incluso cristianos que habían huido de los invasores turcos volvieron más tarde de los dominios venecianos

para reclamar sus propiedades. [13]

La verdadera crisis llegó más adelante, en el siglo XVII. Los tiempos eran difíciles en toda Europa, pero en el sureste se vieron afectados desastrosamente por una combinación de inestabilidad política, guerras interminables, frecuentes epidemias de peste y hambrunas. La peste en particular podía reducir la población de una ciudad a la mitad o incluso menos, y los Balcanes eran vulnerables por encontrarse en la ruta que seguían las enfermedades del Cercano Oriente a la Europa occidental: algunas ciudades eran azotadas por la peste casi todos los años. «La enfermedad parece empeñada en despoblar la ciudad», comentó sir Thomas Roe en 1625 al huir de Constantinopla. Calculó que el número de muertos diarios era de más de 1000 en su momento culminante, y de «cerca de 200 000» en total. En las epidemias de 1781-1783 murieron más de trescientas personas al día en Salónica, «reducida a casi un desierto», según dijo el cónsul veneciano, a la vez que 16 000 murieron en Sarajevo. El número de víctimas de las distintas epidemias de peste variaba muchísimo —no todas tenían consecuencias tan catastróficas—, exactamente igual que en el resto de Europa. La peste también azotó Londres y Marsella en el siglo XVII y es posible que Marsella perdiera la mitad de sus habitantes en 1720. La diferencia estribaba en que al empezar el siglo XVIII la mayoría de las ciudades del oeste y el centro de Europa ya habían adoptado rigurosas y eficaces medidas de prevención (las cuarentenas se aplicaban con frecuencia a los viajeros procedentes de los dominios otomanos): de hecho, el control y el tratamiento de las enfermedades contagiosas fueron un estímulo importante para la aparición del moderno estado burocrático; en cambio, en el Levante la peste siguió haciendo estragos durante otro siglo y medio, y la última de las grandes epidemias se produjo en el período 1835-1838 sin ir más lejos. [14]

Las cifras totales no son fiables, pero la tendencia es clara. Hasta principios del siglo XIX no empezó la población de los Balcanes a acercarse de nuevo al nivel que había alcanzado a finales del siglo XVI y comenzó a aumentar de forma constante. En 1831, año en que se realizó el primer censo otomano, era probablemente de

alrededor de 10 millones, o de poco menos de 20 millones si se incluían la población de Serbia y las de las futuras Croacia y Rumania. Una vez los estados balcánicos obtuvieron su independencia, su población empezó a aumentar muy rápidamente. A principios del siglo XX el antiguo problema otomano de la baja densidad de población había dado paso a un fenómeno históricamente nuevo, a saber: la presión de las tasas de natalidad y el descenso de las de mortalidad. En 1920 la población de los Balcanes era de unos 42,5 millones y aumentaba más rápidamente que en cualquier otra zona de Europa. Según un informe de 1940, «Los hechos cardinales son que [los estados balcánicos] son agrícolas, superpoblados y pobres». **[15]**

Esta presión demográfica sobre la tierra no tenía precedentes. Incluso a principios del siglo XIX un inglés que visitó Valaquia quedó impresionado por la «increíble riqueza del suelo» —la hierba le llegaba hasta el codo, las malas hierbas tenían la altura de un hombre— y comentó «la insignificante población de Valaquia (alrededor de un millón), que no es la décima parte de la que el suelo podría alimentar». Con la independencia, las densidades demográficas aumentaron rápidamente: de 18,1 habitantes por kilómetro cuadrado en 1834 a 55,7 en 1905 en Serbia, de 11,8 a 36,1 entre 1803 y 1859 en Moldavia. La consecuencia fueron grandes cambios en las pautas de asentamiento y en las de utilización de la tierra. **[16]**

Mientras el número de seres humanos se disparaba, el de ovejas disminuía y el oficio de pastor entraba en decadencia. El bandolerismo (en el siglo XIX) y la emigración (en el XX) fueron dos respuestas a este problema demográfico. «Los habitantes viven de la agricultura o, en las malas temporadas, del bandolerismo, aunque últimamente los hombres jóvenes han empezado a emigrar a América», escribieron dos viajeros británicos que estuvieron en la Macedonia occidental en
1910-1911.
Abandonar el campo para buscar trabajo en las ciudades, o especializarse en los cultivos comerciales eran otras opciones. Pero entre las dos guerras mundiales el estado acabó con el bandolerismo (o lo intentó), Estados Unidos restringió la inmigración y los cultivos comerciales dejaron de ser rentables por culpa de la

depresión económica. Hasta después de la segunda guerra mundial no se encontraron soluciones para el «subempleo» en los Balcanes por medio del rápido crecimiento económico, la reanudación de la emigración y la industrialización. Después de 1960 la prosperidad hizo descender las tasas de natalidad hacia la media europea en toda la península salvo en las zonas más pobres. Dicho de otro modo, la aparición en los Balcanes de poblaciones urbanas en un nivel próximo a la norma europea, con su pauta característica de familias pequeñas, consumo elevado, industria y servicios, es totalmente fruto de las últimas cinco o seis generaciones. Hasta bien entrado el siglo XX, el campesino predominaba, ya que eran pocas las personas que vivían en las ciudades, y pocas de estas carecían de vínculos estrechos con la tierra. [17]

Al ver a los campesinos vestidos con sus indumentarias pintorescas, impresionaba a los visitantes extranjeros la persistencia de lo que consideraban una forma de vida anticuada. «En la mayoría de los aspectos el nativo parece haber cambiado poco desde los tiempos bíblicos —escribieron dos estudiosos británicos de Macedonia en 1921—, de tal modo que casi puede decirse que observar al macedonio moderno representa estudiar al tipo de personas entre las cuales predicaba y viajaba san Pablo». Estos dos estudiosos opinaron que «el primitivismo del campesinado nativo es su rasgo más acentuado», y esta opinión la compartían implícitamente muchos autores de libros de viajes, así como los teóricos de la modernización y los antropólogos sociales de la posguerra. Los etnógrafos, a quienes cautivaba la romántica visión decimonónica de los campesinos como depositarios de la tradición nacional, atribuyeron orígenes paganos a sus creencias, ornamentos y costumbres; los estudiantes de clásicas norteamericanos oían en la poesía épica oral de los *guslari* [*] serbios a los descendientes directos de Homero. Es como si la aparición de la idea de la modernidad en la Europa del siglo XIX, con su acusado sentido del tiempo que avanza rápidamente, alentase a ver los Balcanes como un lugar donde «el tiempo se ha detenido». [18]

Es cierto que muchas tecnologías agrícolas y de producción de alimentos cambiaron poco a lo largo del tiempo. Las chozas construidas por campesinos búlgaros con ramas entrecruzadas cubiertas de follaje que Robert de Dreux vio en las afueras de Serres

a finales del siglo XVII no podían ser muy distintas de las de mil años antes. Aún más elementales eran las casuchas donde vivían los campesinos rumanos del siglo XIX: «El *non plus ultra* de la suciedad repugnante y la miseria —escribió un viajero—, consistentes en agujeros excavados en el suelo sobre los cuales se coloca un tejado apuntalado, raras veces cubierto de paja y generalmente de tepe». Los aperos de los campesinos —los arados y las ruedas de carro de madera, los pistaderos de piedra— tardaron más en cambiar que en otras regiones de Europa, y lo mismo puede decirse del sentido del tiempo, que no se medía por horas y minutos, sino por el paso del sol y los días de los santos. A los ojos de los cristianos ortodoxos, la adopción del calendario gregoriano por la Europa católica fue una innovación inaceptable. Los relojes públicos se introdujeron más tarde que en el resto del continente; todavía en 1868 no había ninguno en Montenegro. **[19]**

Pero el campesino primitivo y eternamente invariable era fruto de la imaginación romántica occidental. A pesar del abismo grande y creciente que los separaba de la agricultura comercial de la Europa occidental, los campesinos balcánicos eran capaces de adaptarse, moverse y cambiar con rapidez. La suya no es una historia de estancamiento, sino de innovación y experimentación con nuevas cosechas (por ejemplo, maíz, tabaco, cítricos, la patata y el tomate). A mediados del siglo XIX, cuando los códigos oficiales relativos a la indumentaria perdición su carácter jurídico, fueron los habitantes de las ciudades quienes empezaron a vestirse a la usanza «de los francos», mientras que el campesinado permanecía fiel a la antigua indumentaria distintiva; sin embargo, también los campesinos cambiaron y los paraguas, las máquinas de coser y las medias negras cruzaron los puertos de montaña más remotos con mayor rapidez que la gendarmería otomana.

Lejos de estar arraigados en la tierra, los campesinos emigraban a distancias sorprendentes, ya fuera para apacentar los rebaños, para buscar trabajo estacional en las posadas o en la construcción de carreteras o para trabajar de picapedreros y carpinteros. Hombres del campo búlgaro, provistos de pan hecho en casa suficiente para dos semanas, recolectaban el trigo de la Europa central en el decenio de 1920. El barón Sina, uno de los hombres más ricos de la Viena de los Habsburgo, descendía de campesinos

valacos de Pindó que habían emigrado al norte. A veces poblados enteros se trasladaban a otra parte debido a cambios políticos, económicos o ambientales: la rectificación de fronteras, las catástrofes naturales, como, por ejemplo, las sequías o las grandes fluctuaciones de los precios de las cosechas, bastaban para causar la migración en masa. Los asentamientos se trasladaban montaña arriba para alejarse del peligro procedente del mar o de la tierra, y luego volvían a bajar cuando pasaba el peligro. Y algunas instituciones campesinas básicas, como, por ejemplo, la *zadruga* eslava, que estudiosos anteriores suponían que era de gran antigüedad —tal vez porque se inclinan a pensar que la familia es una institución que cambia poco en las sociedades rurales— resultaron ser innovaciones relativamente modernas. En resumen, aunque el pequeño agricultor siguió siendo el pilar principal del mundo balcánico durante más de un milenio —con lo que superó a los imperios bizantino y otomano—, no fue porque él y su familia se estuvieran quietos. Y se dio la irónica circunstancia de que justamente cuando los occidentales descubrieron estos fósiles vivientes —en los últimos doscientos años— fue cuando los campesinos cambiaron más para responder a los retos del capitalismo y la producción comercial. [20]

Con frecuencia se ve la llegada de los turcos como el comienzo de una nueva edad oscura de la cual los cristianos balcánicos nunca se recuperaron del todo. En realidad, es probable que el dominio otomano beneficiase a los campesinos. Durante más de doscientos años habían sufrido a causa de la inestabilidad política del mundo bizantino en sus últimos tiempos y de las luchas internas entre sus amos y señores. Terratenientes cristianos —griegos, eslavos, franceses, venecianos y catalanes— los habían gobernado con creciente dureza en los siglos anteriores; fue a esta clase dominante a la que eliminó la conquista otomana. Solo en los principados danubianos (y en zonas de bosnia) siguió existiendo una clase terrateniente autóctona —gracias a que la dominación otomana era más indirecta— y el resultado fue que bien entrado el siglo XX los campesinos que vivían allí todavía eran víctimas de una explotación más severa que los de cualquier otra área del sureste de Europa. En todo el resto de los Balcanes, el campesino se encontró con que su antiguo opresor había desaparecido —gracias a los turcos— y con

una libertad de movimientos —gracias a las montañas— que les estaba negada a los siervos de Prusia, Hungría y Rusia. Siglos después, al obtener la independencia, los estados balcánicos serían «democracias campesinas», sin ninguna aristocracia propia, lo cual era una forma de sociedad fundamentalmente distinta de la que existía en casi toda Europa. **[21]**

No hace falta decir que nuevos amos ocuparon el lugar de los anteriores. Soldados otomanos (tanto musulmanes como cristianos) eran recompensados con propiedades y algunas de las antiguas obligaciones laborales bizantinas siguieron estando en vigor. Algunas familias griegas y serbias importantes se convirtieron al islam y pasaron a formar parte de la elite otomana; unas cuantas, durante un tiempo, conservaron sus propiedades sin convertirse. Pero la ruptura crucial con el pasado fue de carácter jurídico: bajo el régimen que instituyó el nuevo imperio, casi toda la tierra cultivable pertenecía al gobernante. Como dice un documento otomano: «La tierra que estaba en manos del *reaya* [campesinado] cuando la conquista les fue asignada una vez más con la propiedad tenida en fideicomiso en nombre de la comunidad musulmana». **[22]**

En el modelo otomano clásico el estado central, por medio de sus tribunales y su burocracia, controlaba y regulaba las relaciones entre los campesinos y sus señores. Como no podían transmitir fácilmente sus posesiones a sus herederos, los nuevos hacendados nunca constituyeron una clase aristocrática que pudiera representar una amenaza para el poder de la dinastía gobernante. Oprimían a sus agricultores campesinos, pero nunca fueron dueños de ellos; lo que poseían era el derecho a sus productos. Además, el estado los controlaba tan implacable y eficazmente como a sus campesinos. Es probable que las cargas fiscales globales sobre los agricultores no fueran más elevadas que las que existían antes de que llegasen los otomanos. Y los propios campesinos disfrutaban de mayor control sobre su vida que sus homólogos de la mayor parte de Europa. Las guerras casi incesantes que habían asolado áreas de los Balcanes en el siglo XIV dieron paso a la estabilidad que comportó un estado imperial organizado que seguía una política deliberada de repoblación. Durante el primer siglo después de la conquista, aumento la extensión de los cultivos. La propagación de lo que podría llamarse cosechas «políticas» tales como naranjas, tomates,

moras y, más adelante, algodón y albaricoques —todas las cuales exigen invertir en costosos sistemas de riego— es un indicador de estabilidad en la tierra. También lo es el rápido crecimiento de la población de Constantinopla (y de ciudades más pequeñas), cuyo sustento dependía de una economía agrícola saneada. **[23]**

Después de entre dos a tres siglos de dominación otomana, sin embargo, surgieron dificultades nuevas y el imperio encontró una oposición militar más fuerte a medida que se expandía y le resultaba cada vez más difícil recaudar impuestos suficientes para pagar sus incesantes guerras. Comparados con los de otras potencias europeas —Francia, España, incluso Venecia—, los métodos otomanos de cesión de la acción recaudatoria a particulares obstaculizaban la expansión en lugar de fomentarla. Las economías de la Europa occidental avanzaban hacia la nueva banca comercial, el comercio colonial, el fomento de la propiedad privada y el crecimiento de las manufacturas. También algunos miembros de las elites provinciales del Imperio otomano se convirtieron en empresarios privados, pero la antigua economía dirigida continuó regulando el comercio y la producción de la mayoría de los artículos principales y frenando las inversiones privadas. Para este leviatán balbuciente los Balcanes eran indispensables, toda vez que de allí procedían aproximadamente dos tercios de la recaudación tributaria de todo el imperio. El grueso de estos impuestos lo pagaba el campesinado.

En los escritos de un funcionario otomano del siglo XVIII, Sari Mehmet Bajá, hallamos el tradicional argumento de la burocracia para tratar bien a los campesinos y vigilar a los beyes provinciales. «Que no opriman a los *rayah* [campesinos] pobres —declara— ni se cause su enfado con la exigencia de nuevos impuestos añadidos a los ya muy conocidos impuestos anuales que están acostumbrados a dar. Todos los sabios experimentados han comparado la recaudación de más dinero del que pueden soportar los *rayah* para gastos no esenciales con sacar de los cimientos de un edificio y trasladarlo al tejado… Siendo así, no hay que turbar a los campesinos pobres con ninguna suerte de innovación perniciosa». **[24]**

A pesar de ello, se estaba produciendo una innovación importante: la aparición de una nueva elite provincial —en su

mayoría musulmana, aunque incluía algunos notables cristianos— que poseía poblados y campos, y transmitía estas propiedades a la siguiente generación. El antiguo régimen agrario otomano iba desapareciendo y ocupaba su lugar otro en el cual las fincas de propiedad privada invadían antiguas tierras comunales y desposeían a los campesinos. Las causas de la ascensión de estas propiedades hereditarias, *chiflik* —su naturaleza y su extensión—, son uno de los asuntos debatidos con mayor encono en la historiografía otomana. Ya fueran estas propiedades fruto, como se creía en otro tiempo, de las crecientes oportunidades comerciales de la economía internacional, o la respuesta, como ahora parece más probable, al creciente poder político de una clase más explotadora de terratenientes encargados de recaudar impuestos, el resultado fue el empeoramiento de la condición de los campesinos. **[25]**

Sin embargo, estos campesinos todavía eran más afortunados que los siervos agrícolas de las llanuras del centro y el este de Europa. Muchos poblados conservaron su autonomía bajo el liderazgo de notables del lugar, que cobraban los impuestos y tenían un interés personal en que la carga impositiva del campesinado siguiera siendo soportable. Porque cuando se volvía demasiado opresiva, los campesinos huían en número creciente de las llanuras a las ciudades, a tierras situadas fuera de la región y, sobre todo, a las montañas. Poblados enteros eran abandonados cuando los que al principio habían optado por quedarse se daban cuenta de que tenían que pagar los impuestos de los que ya se habían ido. Asimismo, la introducción del cultivo del maíz y su rápida propagación tuvo, como dice McNeill, «un efecto revolucionario en las montañas», ya que permitió a los pueblos de las tierras altas alimentar a más personas que antes. La agricultura a cargo de la familia y el clan garantizaba los brazos necesarios para desbrozar los bosques y labrar pequeñas parcelas en las tierras altas. Aunque para casarlas había que pagar la dote, se consideraba a las mujeres capaces de transportar la mitad de la carga de un burro y eran mano de obra barata. A menudo su cuerpo reflejaba la dureza de su posición social. «Las mujeres se agotan pronto —comentó Edith Durham—. Especialmente en Montenegro hay una diferencia de estatura muy grande entre los hombres y las mujeres. Las mujeres que encontré solían ser más bajas que yo (unos 1,57

metros), mientras que los hombres de más de metro ochenta no son raros». [26]

A salvo de los piratas, la malaria, la peste, los recaudadores de impuestos y las milicias merodeadoras, la gente de las montañas podía negociar con el gobierno imperial para obtener condiciones fiscales más favorables. En regiones remotas tales como las Agrafa (es decir, «las tierras no registradas»), las tierras altas de Albania y Montenegro, las comunidades campesinas autónomas —de hecho, prácticamente libres— podían prescindir más o menos de sus señores nominales. «Pagan un tributo anual —escribió Dimitrius Cantemir refiriéndose a la "república" montañesa moldava que había cerca de Suceava a comienzos del siglo XVIII—. Si el príncipe decide tratarlos severamente, no dedican tiempo a negociar, sino que se niegan en redondo a pagar el tributo y se retiran a las zonas más inaccesibles de las montañas. Por este motivo los príncipes nunca les piden más de lo debido». Otros poblados lograban la exención de impuestos accediendo a hacer de «defensores de los puertos de montaña» contra los bandoleros y garantizando la seguridad de los viajeros. En agosto de 1715, después de una victoriosa campaña de verano contra los venecianos en el Peloponeso, el gran visir Alí Bajá negoció este asunto con una delegación de griegos de la montañosa Manía, cuyos poblados «forman una especie de república», según el cronista de la campaña. [27]

Sin embargo, la autonomía política tenía un precio que consistía en una lucha constante para ganarse el sustento. En el siglo XIX las comunidades montañesas se enfrentaron por primera vez al fenómeno de la superpoblación. Su dieta básica era sana y, por término medio, las personas eran más altas que en las llanuras. Pero las resecas montañas no producían alimentos suficientes para todo el año —en Metsovo, según los cálculos, la cosecha apenas daba para uno o dos meses— y sus habitantes se veían obligados a buscar medios de vida complementarios. Los bosques proporcionaban bayas y setas (su recolección era otra habilidad que ahora estaba desapareciendo), carbón vegetal y madera para vender. Los habitantes de los poblados de las montañas también vendían nieve a las tierras bajas; todavía en el decenio de 1920 —antes de la llegada de la refrigeración en gran escala— se vendía nieve en Yanina y el

negocio seguía siendo rentable a pesar de una tasa de licuefacción del 65 por 100. Necesitaban algo que vender con el fin de comprar la sal de las tierras bajas que era lo único que hacía que la vida fuese posible en estas comunidades donde la alimentación era deficitaria.

El bandolerismo ofrecía una manera más «heroica» de ganar dinero. El típico bandido de mediados del siglo XIX, según el autor de un esclarecedor estudio del fenómeno, era «un montañés joven, de entre veinte y treinta años de edad o menos, y, la mayoría de las veces, pastor trashumante». Declarado fuera de la ley, con frecuencia por sus propios actos violentos, el principal propósito del bandolero solía ser lograr una amnistía y, si era posible, un nombramiento oficial al servicio del estado como vigilante local. Mientras tanto, hablaba como un hombre violento y procuraba mostrarse tan intimidatorio como fuera posible. «Tu café es nuestro, tu dinero es nuestro y tu sangre es nuestra —recordó un bandolero albanés a su cautivo británico—. Todo el mundo está en deuda con el salteador. Aquí yo soy el sultán; aquí yo soy el rey de Inglaterra». **[28]**

Los salteadores y los ladrones de ovejas fueron un problema creciente en los siglos XVIII y XIX. Al contraerse y desintegrarse el Imperio otomano, aumentó el número de fronteras que los bandoleros podían cruzar para huir de sus perseguidores y a menudo los estados vecinos les ofrecían protección política como sedicentes patriotas. En realidad, lo mismo robaban a los agricultores pobres cristianos que a los musulmanes y frecuentemente, a modo de excusa interesada y de falsa superioridad moral, alegaban que los cristianos que permanecían bajo el dominio turco no eran mejores que los turcos. «Por doquier reinaba una gran alarma a causa de los salteadores —comentó el intrépido viajero David Urquhart, que viajó al monte Athos en el decenio de 1830—. Habían cometido espantosas atrocidades y, al atacar en diversas ocasiones a los campesinos, habían soliviantado a las gentes contra ellos». No eran bandoleros con conciencia social que robaran a los ricos para ayudar a los pobres y tampoco eran héroes nacionales; eran más bien un síntoma de la pobreza que imperaba en las grandes altitudes y un intento de mitigarla. Tenían el sentido del honor muy desarrollado; robar ovejas o ganado

vacuno se consideraba una actividad más heroica que las formas convencionales y sedentarias de ganarse la vida. Sin embargo, la vida del bandolero, despojada de su mística, era miserable. El griego que mandaba la banda que secuestró a Urquhart trató de excusarse ante su cautivo: «Mira a estos hombres, algunos de ellos descalzos, con ropa de cordel en lugar de paño, con las petacas vacías, y los estómagos vacíos; ¿qué les hace llevar semejante vida, y qué moderación puedes imponer a unos hombres que viven así… conducidos como bueyes en el campo, o cazados como osos en las montañas?». **[29]**

Al lado de los bandoleros —soportándolos, sufriéndolos y a veces uniéndose a ellos— estaban los pastores, cuya forma de vida era la que más se había beneficiado del derrumbamiento de la agricultura estable en las llanuras. El período comprendido entre el siglo XVII y principios del XX fue la edad de oro de la economía pecuaria en los Balcanes. Según un documento de Rumelia fechado en 1609, algunos militares se estaban apoderando de propiedades abandonadas para poblarlas de esclavos y dedicarlas a apacentar el ganado. Con sus enormes rebaños de ovejas, los pastores invernaban en los valles a partir del día de San Demetrio (8 de noviembre) y volvían a levantar el campamento el día de San Jorge (6 de mayo) para pasar el verano en los pastos de las montañas, lo que a veces les obligaba a viajar cientos de kilómetros. Los pastores tenían que pagar los impuestos en efectivo, por lo que estaban familiarizados con las exigencias de una economía monetaria. Vendían su ganado, pieles de cordero, prendas de lana y quesos en los mercados rurales o en las grandes ferias anuales que fueron los motores del comercio balcánico hasta comienzos del siglo XX. Poco a poco algunos se establecieron como mercaderes: una pequeña población montañesa como Metsovo, situada en lo alto del Pindo, era, de hecho, sorprendentemente rica gracias a sus empresas comerciales a mediados del siglo XIX. **[30]**

De vez en cuando los asentamientos montañeses gozaban de la mezcla de aislamiento, agua y materias primas que era apropiada para lo que los historiadores de la economía llaman protoindustrialización. «Los lugares que son menos favorecidos en lo que se refiere al suelo —escribió Leake— tienen el recurso de dedicarse a la manufactura de algodón y lana… Se calcula que un

tercio de los habitantes de las Agrafa se gana la vida tejiendo. Hay también muchos que trabajan el oro y la plata; y en Skatina hay una fábrica de hojas de espada, cañones de fusil y cerrojos de pistola». La producción textil en pequeñas fábricas que existía en los asentamientos griegos y especialmente en los búlgaros de las tierras altas se extendió en los decenios que precedieron a la independencia de estas regiones Pero a comienzos del siglo XIX la competencia de las importaciones occidentales ya la estaba perjudicando seriamente y fabricantes montañeses que antes eran prósperos, como, por ejemplo, los de Ambelakia, vivieron tiempos difíciles. En lo sucesivo, estas actividades desaparecieron o descendieron a las poblaciones y las ciudades. **[31]**
La llegada de la dominación otomana tuvo tal vez mayores repercusiones en el habitante de la ciudad que en el campesino. Durante la conquista, si una ciudad se rendía sin luchar, los otomanos solían abstenerse de saquearla. Sin embargo, los conquistadores devastaron muchas ciudades bizantinas empezando por la capital. Pero los otomanos sabían que las ciudades eran vitales para la administración del imperio; Mehmet el Conquistador consideraba que la renovación de las ciudades era la «mayor guerra» y que, comparada con ella, la victoria militar había sido meramente «la guerra menor». Los otomanos se apresuraron a repoblar los principales centros urbanos, como, por ejemplo, Constantinopla, y para ello obligaron a cristianos, judíos y musulmanes a mudarse a ellas. Por motivos parecidos, el sultán Bayaceto II recibió con los brazos abiertos a los judíos sefardíes expulsados de España, Portugal y el sur de Italia a finales del siglo XV y destacadas comunidades sefardíes arraigaron en las poblaciones del imperio. **[32]**

Al finalizar el siglo XV, la Sublime Puerta había hecho un esfuerzo decidido por dar nuevo vigor a la vida urbana. Alentó a altos oficiales de la corte a financiar complejos de edificios públicos —caravasares, mercados cubiertos, baños públicos, mezquitas y escuelas, hospitales, acueductos— con el fin de proporcionar los servicios que requería la población urbana. Muchas antiguas ciudades bizantinas —especialmente la capital— recuperaron su fortaleza, a la vez que se construían varios asentamientos nuevos, entre ellos Bosna Seraj (Sarajevo), Banja Luka y Mostar en Bosnia,

Tirana —la futura capital de Albania— y poblaciones más pequeñas como Elbasan y Yannitsa. Los habitantes de estos lugares solían ser musulmanes en su mayoría, mientras que el campo seguía siendo en gran parte cristiano. Según los registros tributarios de 1520-1530, más del 80 por 100 de los habitantes de los Balcanes eran cristianos. Sin embargo, los musulmanes superaban en número a los cristianos en la mayoría de los principales asentamientos urbanos de los Balcanes. [33]

Los historiadores están divididos sobre si el efecto global de la dominación otomana representó una disyunción o una continuación de la vida ciudadana. Una cosa es clara, sin embargo: no hubo una decadencia general. Solo bajo los sultanes ocurrió que fortalezas amuralladas como Belgrado crecieron hasta convertirse en grandes centros comerciales y administrativos con extensas periferias. Importantes proyectos urbanos, tales como grandes mezquitas, se terminaron con rapidez en comparación con las pautas europeas, lo cual da fe de la capacidad del imperio para movilizar eficazmente mano de obra incluso en pequeñas poblaciones con mercado tales como Serres y Prizren. En conjunto, el grado de urbanización de los Balcanes aumentó en las primeras fases del gobierno otomano, y prosperaron ciudades comerciales de la costa como, por ejemplo, Salónica y Dubrovnik (que, de hecho, era vasalla de los otomanos). En 1600 Constantinopla era la mayor ciudad de Europa; aunque aceptemos un cálculo bajo de 250 000 habitantes, todavía eclipsaba a Londres (unos 200 000), París (unos 220 000) y Roma (unos 105 000). Berlín (unos 25 000), Madrid y Viena (unos 50 000) eran ciudades medianas que no llamaban la atención. El Cairo, en cambio, era incluso mayor que la capital del imperio; «la más admirable y más grande ciudad vista en la tierra», según Lithgow, que podía compararla con la mayoría de sus rivales. En cuanto a Edirne, sede ocasional de la corte otomana, lady Mary Wortley Montagu, que estuvo allí en 1717 y no quedó demasiado impresionada, reconoció de todos modos que había «365 tiendas provistas de toda suerte de ricos artículos expuestos para la venta de la misma manera que en el New Exchange de Londres, pero las aceras se mantenían mucho más pulcras, y todas las tiendas estaban tan limpias que parecían recién pintadas. Gente ociosa de toda

condición paseaba por ellas como esparcimiento o para divertirse bebiendo café o helados de agua nieve». Estas cosas eran elementos básicos de la vida urbana otomana antes de que se implantaran en las ciudades de la Europa occidental. [34]

Se favorecía a las ciudades precisamente porque eran indispensables para el gobierno del imperio. Eran centros administrativos desde los cuales el estado podía recaudar impuestos, supervisar el comercio y extraer su monopolio de mercancías vitales como, por ejemplo, la sal. Existían a la sombra de Constantinopla, a la que alimentaban mediante cupos de compra de alimentos y un complicado sistema de abasto que se encontraba en el corazón del Imperio otomano. Incluso después de que el estado otomano central se debilitara durante el siglo XVII, las barreras a la acumulación de capital privado basadas en el modelo occidental continuaron siendo altas. El comercio y, por ende, el capital pasaron poco a poco de los musulmanes y los judíos a los comerciantes cristianos ortodoxos, que constituían una especie de burguesía incipiente. Pero estos eran muy conscientes de su vulnerabilidad en el imperio y se aseguraron de tener afiliados fuera del alcance del mismo —en Viena, Odessa o Marsella— a los que pudieran transferir fondos sin ningún problema. Las ciudades siguieron siendo centros de comercio y artesanía. Además, eran muy propensas a las epidemias y sufrieron lo que Stoianovich llama «pestilencias excepcionales» cada doce años por término medio durante los siglos XVII y XVIII. Y dado que el empleo de ladrillo y piedra en la construcción, como en el norte de Europa, tardaba en llegar al sureste, las casas continuaban edificándose principalmente de madera y los incendios devastaban ciudades a comienzos del siglo XX sin ir más lejos. [35]

A principios del siglo XIX el silencio de las ciudades turcas era lo que llamaba la atención del visitante occidental: no se oían campanas de iglesia ni ruido de ruedas de vehículo ni herraduras, todo lo cual significaba que no había herreros, trabajadores del metal ni maquinaria. «Entre las novedades que llaman la atención del europeo a su llegada —escribió William Turner en 1812— nada le sorprende más que el silencio que reina en una capital tan grande». Si las poblaciones que se encontraban bajo la dominación otomana no se estaban industrializando, era debido a las mismas

causas que impedían que la agricultura comercial hiciera grandes progresos en el imperio: la falta de carreteras bien conservadas y seguras, las obstrucciones burocráticas, las objeciones religiosas a la difusión de los medios de comunicación impresos y del conocimiento científico, y unos niveles de desorden público que, en todo caso, probablemente fueron en aumento al intensificarse la lucha política por Macedonia. La falta de seguridad que padecía la población rural era un problema que venía de antiguo. «Todo el territorio del Gran Signor está despoblado por falta de justicia, o más bien a causa de represiones violentas», había señalado sir Thomas Roe en 1622. Pero el problema no desapareció. En el decenio de 1840 existían en Rumania «haciendas de extensión monstruosa sin un solo habitante». Cuando los griegos de un poblado de las tierras bajas le hablaron de cómo las autoridades turcas abusaban de ellos, un visitante británico comprendió mejor el sistema de seguridad que habían adoptado. «Encontramos los perros muy molestos —escribió el capitán Best en 1842—. No es extraño que tengan perros tan feroces cuando los habitantes están expuestos a semejante trato». Pero los perros tenían escasa utilidad contra el recaudador de impuestos. «Lo primero que hace un obispo griego —escribió un observador local— después de llegar a su sede, es saquear». Los particulares que se encargaban de recaudar los impuestos y los prestamistas explotaban la vulnerabilidad de los campesinos a las fluctuaciones de la cosecha y su impotencia ante la fuerza armada. «El valaco es holgazán —escribió un observador de las tierras rumanas— porque sabe que no podría gozar de los frutos de la laboriosidad, toda vez que le serían arrancados bajo el nombre de diezmos». La despoblación consiguiente provocó el abandono de tierras, la agricultura extensiva y el uso de la tierra cultivable para pastos. La deforestación —que fue consecuencia de la presión demográfica en lo alto de las montañas— aceleró la erosión del suelo, la obstrucción de los valles aluviales por el cieno y la propagación de la malaria. **[36]**

Este panorama deplorable no existía en todas partes, desde luego. En el valle del Morava había «ricas cosechas de maíz… bien cultivadas, y… una extensión llana de campos fértiles». En los siglos XVIII y XIX, entre los grandes terratenientes que habían empezado a acumular tierras había unos cuantos gobernantes

provinciales y notables «mejoradores». Alí Bajá de Yanina introdujo los gusanos de seda, los morales y el cultivo del arroz en sus dominios. Antes de ser derrocado por el sultán, «procedió con la mayor severidad» contra las grandes bandas de salteadores que habían infestado sus tierras, y «abriendo el país a los mercaderes y velando por la seguridad de su persona y sus mercancías, no solo ha incrementado sus propios ingresos, sino que ha mejorado la condición de sus súbditos». Los Bushatli, otra familia notable albana del siglo XVIII, cultivaban arroz y algodón en sus dominios y los exportaban a Italia; alrededor de Serres también se extendió con gran rapidez el cultivo del algodón. Algunos funcionarios otomanos reformistas también procuraron modernizar el campo y las ciudades. Midhat Bajá —probablemente el más grande de los funcionarios otomanos del siglo XIX, a quien los turcos llamaban «Giaour Bajá» por su supuesta parcialidad a favor de los cristianos— incrementó la recaudación tributaria y la producción agrícola en la Bulgaria danubiana. Pero Midhat Bajá no duró mucho y fue víctima de la inseguridad política, que pronto deshizo su obra.

Si bien las tierras otomanas nunca notaron todo el efecto de terratenientes mejoradores como los que existían en el oeste y el centro de Europa, no pudieron librarse de las crecientes repercusiones del capitalismo occidental, especialmente cuando el comercio vinculó el imperio con los mercados de Europa central, Francia y otras áreas. Al intensificarse la crisis de gobierno, la necesidad de reformas urgentes, que de manera intermitente se habían intentado desde comienzos del siglo XVIII, se hizo obvia a ojos de la Sublime Puerta. Durante cerca de un siglo, el poder de la casa del sultán había disminuido a causa de la incapacidad de controlar al cuerpo de jenízaros, la milicia cortesana que en otro tiempo había sido parte integrante de la maquinaria de conquista otomana. Con el paso del tiempo los jenízaros evolucionaron y dejaron de ser una cohorte militar de elite y leal para convertirse en un grupo de interés independiente, mal pagado y revoltoso que a veces incluso deponía al sultán. En el siglo XVIII la defensa de sus privilegios ya era una amenaza mucho mayor para los habitantes del propio imperio que para sus enemigos. Eran temidos por sus vecinos cristianos, a los que atacaban con impunidad en las calles, por los demás musulmanes y por la misma Sublime Puerta. Después

de la derrota de Napoleón y la ascensión del disidente Muhammad Alí en Egipto, el estado central otomano reafirmó su autoridad en un intento de modernizar sus fuerzas militares y recuperar su propio prestigio: en 1826 el cuerpo de jenízaros de la capital fue exterminado y sustituido por un ejército profesional. Poco después, la presión británica obligó a la Sublime Puerta a liberalizar el comercio y a prometer la igualdad ante la ley para todos los súbditos del imperio. En el decenio de 1850 fue finalmente posible —al menos en teoría— comprar y vender tierra (hay que señalar que el cambio no tuvo lugar mucho más tarde del que se estaba produciendo en el campo húngaro). Todo esto debilitó la antigua economía imperial, que era intrusiva y reguladora, y permitió la expansión de la agricultura comercial —algodón y tabaco, cerdos serbios y trigo rumano— dentro de un mercado internacional. A continuación, llegaron capital, mercancías e inversores extranjeros.

La mayoría de los campesinos era todavía autosuficiente y desconfiaba del dinero: con motivo, ya que probablemente su posición económica había empeorado a causa del triunfo del capitalismo. Ahora hacía frente a un estado imperial centralizado que trataba de recaudar los impuestos de manera más eficiente y daba mayor poder legal a los terratenientes al tiempo que reducía los derechos tradicionales de los campesinos a la tierra y sus productos. El capitalismo estaba obligando al Imperio otomano a cambiar y era la mayor amenaza de disolución de aquella noción de justicia tradicional en que se apoyaba el sentido del orden natural que tenía el campesinado balcánico. Con el tiempo, esto empujó a los campesinos hacia lo que Stoianovich llama con concisión «una estrategia de abolición tanto de los terratenientes como de las haciendas que se negaban a abolir a los terratenientes». Dicho de otro modo, el capitalismo y la modernización del estado otomano tuvieron consecuencias políticas. En el Imperio turco —como en Austria-Hungría y en la Rusia zarista— la llegada de una economía monetaria y del estado moderno rompió antiguas pautas de relaciones sociales y, además, contribuyó a preparar el camino para los cambios políticos.[37]

Solo a la luz de esta drástica ruptura económica y social es posible entender la aparición del nacionalismo de masas en los Balcanes durante el siglo XIX. El nacionalismo como movimiento de

masas afectó de forma inevitable a los campesinos, pero lo que contaba para estos no era la nación ni ningún otro concepto político abstracto, sino sus derechos a la tierra, al sustento y a unos impuestos equitativos. Al monetarizarse la agricultura y sustituir las obligaciones monetarias a las tradicionales, las tensiones de clase aumentaron, en el campo. La revuelta de 1875 en Herzegovina, que causó una grave caída del poder otomano en los Balcanes, fue provocada por la pérdida de la cosecha y los malos tratos que sufrieron los campesinos a manos de los soldados que acompañaban a los recaudadores de impuestos. Había empezado, según escribió el cónsul francés en Sarajevo, «con protestas de los súbditos de todas las religiones contra las excesivas exigencias tributarias». Otro testigo presencial se mostró todavía más claro. «Es principalmente una guerra agraria… en su origen agraria más que política». El antagonismo de clase y el nacionalismo aparecieron juntos. [38]

En esencia, los campesinos tenían razón: la independencia política les favoreció al crear condiciones de relativa tranquilidad y seguridad de sus propiedades. La independencia no puso fin a la presión demográfica sobre la tierra ni al bandolerismo; de hecho, ambas cosas persistieron durante decenios en Grecia, Montenegro y Serbia después de obtener la independencia, y a menudo avergonzaban públicamente a los líderes de los nuevos estados. Pero es innegable que incrementó la seguridad global de la mayoría cristiana, con resultados inmediatos. En 1841 Blanqui había acertado al predecir que «cuando Bulgaria disfrute de un régimen de seguridad, se cultivarán las inmensas regiones que hoy se abandonan a los estragos que causan las cabras y a los malos pastos». Al pasar de las tierras otomanas a la semiindependiente Serbia en 1853, un viajero —que no tenía inquina a los turcos— se sorprendió porque «parecía que hubiéramos entrado en un clima nuevo: todo el valle estaba pleno de cosechas abundantes, el camino se había construido con esmero… y todo denotaba laboriosidad y comodidad, fruto de la seguridad». El resultado fue que después de la independencia los habitantes de las montañas descendieron de nuevo a las llanuras, la población aumentó con rapidez y pronto disminuyó el margen de tierra no cultivada. [39]

El campesinado, al que se acababa de conceder el derecho al voto, parecía poseído «de un insaciable deseo de tierra» y empezó a

talar los bosques antiguos y a extender sus propiedades. «Durante el último decenio se ha desbrozado una alarmante extensión de bosque», escribió un alemán que visitó Rumania en 1900. Los grandes bosques de la Shumadija serbia desaparecieron en pocos decenios. La economía pecuaria, que había florecido durante los anteriores trescientos años, entró en crisis cuando los pastizales se convirtieron en cultivos y el gobierno dividió las haciendas rústicas y repartió la tierra entre los pequeños propietarios campesinos. Las reformas agrarias que se efectuaron en los Balcanes durante el decenio de 1920, a las que siguió una segunda oleada después de 1945 en los países gobernados por partidos comunistas, repartieron grandes extensiones de tierra entre los agricultores que se dedicaban a los cultivos comerciales y privaron a las ovejas de sus tradicionales dehesas de invierno. Las nuevas fronteras políticas dividieron las dehesas de verano de las de invierno. Los pastores trashumantes se convirtieron en una especie en vías de extinción que ya era rara en el decenio de 1950 y hoy prácticamente ha desaparecido. «Antes de 1922 no era excepcional qué un hombre fuese propietario de 2000 ovejas —escribió un antropólogo británico en 1964—. Hoy un rebaño de 500 se considera importante». **[40]**

Así pues, la independencia comportó nuevas dificultades para los que trabajaban la tierra. «La tierra se está convirtiendo en una mercancía», señaló un estudioso croata de la vida campesina en 1935. Los campesinos se veían atraídos de forma inexorable y con frecuencia a regañadientes hacia el nexo del pago al contado, pero con unas condiciones que hacían que cada vez les fuera más difícil evitar las deudas. Repartían las propiedades entre sus herederos por lo que en el plazo de unas cuantas generaciones la tierra de labranza quedó irremediablemente fragmentada y dejó de ser posible utilizarla de manera eficiente. El gran crecimiento demográfico aceleró esta creación de una pauta de parcelas pequeñísimas e inviables. Por si fuera poco, las antiguas pautas de agricultura colectiva, especialmente fuertes entre los eslavos, empezaron a desaparecer; la *zadruga*, forma de colectividad que combinaba tres o cuatro familias emparentadas en una sola unidad de vida y trabajo, se rompió al instalarse cada familia por su cuenta. La atomización hizo que el agricultor fuese menos autosuficiente y

dependiese más de la agricultura para ganar dinero. Pero había pocas cosechas que permitiesen a una familia campesina gozar de cierto grado de prosperidad durante más de una o dos generaciones. Los productos que se destinaban a la exportación —por ejemplo, el tabaco, las pasas de Corinto, las ciruelas serbias y los cerdos— estaban expuestos a los caprichos del mercado internacional. En la Rumania independiente, que se convirtió en una de las principales exportadoras de cereales del mundo a finales del siglo XIX, las tensiones sociales en el campo —entre los aparceros campesinos sumidos en la pobreza y los comerciantes, a menudo judíos, que arrendaban las propiedades moldavas— provocaron la revuelta campesina de 1907. El peor levantamiento campesino de la historia moderna de los Balcanes fue sofocado por el ejército rumano, pero se calcula que el número total de muertos fue de once mil. Rumania tenía la pauta de propiedad rural menos equitativa de los Balcanes: un 1 por 100 de terratenientes poseía casi el 50 por 100 de las tierras cultivables y los pastos, mientras que tal vez el 85 por 100 de los cultivadores campesinos se encontraba en el nivel de subsistencia o por debajo de él. Pero la presión de las elevadas tasas de reproducción y la fragmentación de las propiedades estaba empobreciendo a otros agricultores de los Balcanes también. [41]

La emigración en masa, especialmente a ultramar, demostraba que a los nuevos estados independientes les estaba resultando muy difícil hacer que la agricultura campesina diera buenos resultados. Los visitantes del museo de Ellis Island, en Nueva York, pueden ver los retratos de campesinos judíos de Montenegro, Croacia, Grecia y Rumania, testimonio de la gran oleada de inmigrantes que llegó a Estados Unidos procedente de los Balcanes. La migración había empezado a acelerarse en los últimos decenios de la dominación otomana, pero continuó en lo sucesivo. En 1912 ya eran 250 000 los griegos que habían emigrado a Estados Unidos, casi el 10 por 100 de la población y el mayor porcentaje procedente de un estado europeo después de 1900. Pueblos enteros pasaron a depender de las remesas de dinero que llegaban de ultramar, y algunas regiones empezaron a sufrir escasez de mano de obra antes de la primera guerra mundial, y luego las restricciones norteamericanas a la inmigración cortaron la salida de emigrantes. En el decenio de 1950 se registraría la misma pauta cuando campesinos griegos y

yugoslavos abandonaron la tierra para emigrar a Australia y Alemania: la tierra sencillamente no podía sustentar las tasas de reproducción más elevadas de Europa.

Los campesinos trataron de oponer resistencia a las incursiones de la modernidad. La generosidad y la hospitalidad con que trataban a los viajeros —a menudo convertidas en costumbre— coexistían con la profunda desconfianza que inspiraban los vecinos, los habitantes del pueblo de al lado, por no hablar de los terratenientes. El odio que existía entre los habitantes de la montaña y los del valle era muy conocido. «Antes me casaría con un turco que tener que ir por ahí vestida de negro y con un pañuelo en la cabeza», decían las chicas elegantes de las tierras bajas de Dalmacia para burlarse de los pastores de las tierras altas que acudían al mercado a principios del siglo XVII. «Las llanuras eran siempre propiedad de alguien ajeno a los montañeses, que tenían hambre de pan y de tierra, y estaban cansados de los riscos pelados pero hermosos que constituían su hogar», escribió el montenegrino Milovan Djilas. En sus memorias, Djilas describe vívidamente la inquina mutua que existía entre los campesinos y la gente de las ciudades. «Si los habitantes de las ciudades, que antes eran campesinos, despreciaban a los campesinos —escribe—, estos a su vez odiaban a los de la ciudad… Los campesinos despreciaban a los ciudadanos porque los consideraban una raza lenta, artera y mentirosa, gente que comía poco y delicadamente, sopas raras, callos y pastelillos… y se consumía en habitaciones pequeñas, húmedas y abarrotadas». **[42]**

Durante siglos, el poblado había sido la principal unidad política, administrativa, fiscal y militar en torno a la cual se organizaba la vida colectiva de los habitantes de las zonas rurales de los Balcanes. Era al poblado al que llamaban su «patria» y sus representantes hablaban en su nombre ante los dignatarios del estado y otros intrusos. En el siglo XIX esta colectividad aislada empezó a sufrir una serie de cambios que a sus habitantes les costaba comprender. Acostumbrados a un mundo en el cual las poblaciones eran centros administrativos y comerciales, habitadas principalmente por turcos y mercaderes y tenderos extranjeros, los campesinos tendían a identificarse con la esencia moral de la vida nacional. «Los únicos miembros de la nación serbia son los

campesinos», declaró Vuk Karadzic a comienzos del siglo XIX. El dinero significaba explotación, las tiendas y el comercio implicaban degeneración. Algunos campesinos se lamentaban de que los jóvenes estuvieran tentados de «robar comida de sus casas para comprarse artículos inútiles y de poco valor en la tienda». [43]

Pero ahora se encontraban con que la independencia no les había proporcionado ninguna forma de librarse de estos males. Habían expulsado a los terratenientes y oficiales turcos y ahora se encontraban con que una nueva clase gobernante había sustituido a la anterior, con nuevos medios de enriquecerse y nuevas pretensiones. «Al analizar el carácter nacional —comentó un joven diplomático británico refiriéndose a la Serbia finisecular—, tienes que considerar dos clases distintas, la gubernamental y comercial, que lleva chaqueta, pantalones y botas, pero no siempre calcetines; y la campesina, que usa chaqueta, enaguas y sandalias». [44] El lugar del arbitrario y corrupto otomano particular encargado de recaudar los impuestos lo ocupaba ahora una burocracia asalariada y modernizadora que ansiaba reemplazar la antigua «anarquía monetaria» con una sola divisa, mandar gendarmes, maestros, agrimensores y encargados de realizar el censo a clasificar, registrar y trazar mapas de la tierra y educar a quienes la trabajaban. Todo esto daba la impresión de más injerencia y explotación en vez de menos. No cabe duda de que el estado balcánico moderno se entrometió más en la vida del agricultor que el estado otomano; había más funcionarios por habitante en los Balcanes que en Alemania o Gran Bretaña. «Mejor la bala turca que la pluma griega» —la expresión que oí en boca de un campesino macedonio en el decenio de 1990— sin duda la pronunciaban muchos de sus antepasados en la época de la independencia de los Balcanes.

Sin embargo, los campesinos obtuvieron solo un éxito limitado al expresar sus agravios en los nuevos parlamentos y poco podían hacer al respecto. En el plano político, la incapacidad de organizarse les costó cara. A pesar de constituir una mayoría abrumadora, siguieron siendo insignificantes desde el punto de vista político. Otros partidos los cooptaron por medio de redes de clientelismo mientras el estado utilizaba al gendarme, al maestro de escuela y al recaudador de impuestos para vigilar los poblados. La independencia, por tanto, resultó ser la última victoria del

campesinado balcánico. Las reformas agrarias del decenio de 1920 fueron un éxito de los campesinos, si así se le puede llamar, que reflejaban los temores de los políticos balcánicos de que si no sobornaban a los campesinos, tal vez no podrían impedir que el bolchevismo revolucionario subvertiera la sociedad. Sin embargo, la reforma agraria sola no garantizaba los medios de vida del campesino. Al contrario, en el decenio de 1930 el resultado ya había sido una mayor fragmentación y una pauta todavía menos eficiente de tenencia de la tierra que antes. El triunfo político del campesino provocó su ruina económica. El éxodo de la tierra fue inexorable, y no encontró más obstáculos que las carreteras embarradas y la falta de perspectivas en otras partes.

En el fondo, el problema era que los valores campesinos no ofrecían ninguna forma de resolver las dificultades demográficas y económicas con que se encontraban los nuevos estados balcánicos. Las pequeñas propiedades sencillamente no creaban suficiente riqueza, ni tan solo en los buenos tiempos, para satisfacer a una sociedad que acababa de descubrir el consumismo; los poblados carecían de cines, espejos, gramófonos y demás diversiones que deslumbraban a los jóvenes. En el decenio de 1930 las jóvenes campesinas de Croacia «charlaban… sin parar de maquillaje, de zapatos de charol y tacones altos». Decían al visitante que preferían los vestidos elegantes a una alimentación mejor porque «nadie puede ver lo que llevo dentro, pero todos pueden distinguir lo que llevo puesto». Pero la depresión económica no les permitía ni ropa nueva ni suficientes alimentos. Entre las dos guerras mundiales, bajó el precio de casi todas las cosechas y los campesinos se endeudaron hasta las cejas. Los economistas de la época calcularon que entre seis y ocho millones de trabajadores rurales de los poco menos de treinta millones que había no tenían trabajo de verdad debido a lo que uno de ellos llamó «el círculo vicioso de presión demográfica, pobreza y ausencia de industrias». [45]

Hasta cierto punto, los años de guerra permitieron a los habitantes del campo vengarse de los de la ciudad; durante un breve período del decenio de 1940, ser productor de alimentos significó ser amo una vez más. Pero al volver la paz, las ciudades fueron de nuevo el escenario de la acción política y de la creación de riqueza. En 1974 el historiador Steven Runciman se lamentó de

la moderna «megalópolis» balcánica que había aportado altos bloques de pisos, atascos de tráfico y contaminación atmosférica a las pequeñas capitales soñolientas que había visitado por primera vez medio siglo antes. Pero las montañas ya no ofrecían una opción para la vida comunal como hicieran dos siglos antes, y no había forma de reemplazar los bosques destruidos. El número de habitantes de los poblados de las montañas del Pindó, que en el siglo XIX se contaba por miles, había quedado reducido a unos cuantos centenares. Con las excepciones del turismo y las remesas, no hay ninguna forma de que estos asentamientos puedan continuar. Antes las personas abandonaban las montañas por las llanuras y ahora dejan estas por las ciudades. En cincuenta años, el porcentaje total de la población trabajadora empleada en la tierra descendió del 80 por 100 al 37 por 100 en Bulgaria, del 78 por 100 al 29 por 100 en Yugoslavia, y del 77 por 100 al 29 por 100 en Rumania. En los Balcanes ya no existe una sociedad campesina, sino su sucesora. [46]

2

Antes de la nación

> Por supuesto, la geografía eclesiástica de estas regiones degradadas debe interesar solo al simple anticuario, ya que no puede arrojar luz alguna sobre su historia e incluso poca sobre su topografía.
>
> J. PINKERTON, *Modern Geography* (1802), II, 450

> Nuestra Iglesia es santa, pero nuestros sacerdotes son ladrones.
>
> Sirviente de Byron

A principios del siglo XX los patriotas griegos y búlgaros luchaban por ganarse la lealtad de los campesinos cristianos ortodoxos de la Macedonia otomana. Resultó ser inesperadamente difícil. «A mi llegada a Salónica —escribió un activista griego— la idea que tenían los campesinos griegos y la gente de la diferencia real entre la Iglesia ortodoxa griega y los cismáticos búlgaros no era muy clara. Me di cuenta de ello porque siempre que les preguntaba si eran *romaioi* [es decir, griegos] o *voulgaroi* [búlgaros] me miraban con cara de no entenderme. Se preguntaban unos a otros qué querían decir mis palabras, se persignaban y me respondían ingenuamente: "Pues, somos cristianos… ¿qué quiere decir con eso de *romaioi* o *voulgaroi*?"». [1]

De modo parecido, el probúlgaro Danil, «patriota ciudadano de reciente creación» como le llamó su compañera inglesa, «se enfadaba al ver la apatía de los habitantes de los poblados». Trató de explicar a los que vivían alrededor de los lagos de Prespa que el clero antibúlgaro los explotaba al obligarles a escuchar el oficio en la iglesia en griego en lugar de en su propia lengua eslava. «Pero

siguieron engullendo col cruda, acompañándola con mástic, y se limitaron a decir que no importaba; muchos de ellos hablaban griego. El sacerdote bebió un trago de la botella y dijo que era de la misma opinión. Hablaba el dialecto eslavo local para los asuntos corrientes, pero se había aprendido todos los oficios en griego. Era un buen oficio ¿y qué más daba? Danil estaba muy enfadado y me dijo que eran muy ignorantes; en realidad, todos eran búlgaros y deberían tener sacerdotes búlgaros, pero no lo sabían. Y, por lo que pude ver, tampoco aquí les importaba». **[2]**

Esta indiferencia hacia las categorías nacionalistas entre los súbditos cristianos del sultán reflejaba su sentimiento de pertenecer a una comunidad definida por la religión donde las diferencias lingüísticas entre griegos y búlgaros tenían menos importancia que su creencia común en la ortodoxia. Los encuentros de este tipo tuvieron lugar cuando los portadores del concepto de la política étnica moderna se infiltraron en el campo y encontraron un mundo prenacional. La diversidad lingüística, racial y religiosa de los pueblos que habitaban el sureste de Europa se remonta a las invasiones eslavas, como mínimo. Desde el punto de vista político, sin embargo, esta cuestión tuvo poca importancia hasta hace poco. Ni el Imperio bizantino ni el otomano tenían una base étnica. Durante siglos, la conversión y la aculturación hicieron que hombres de procedencias diferentes pudieran desempeñar cargos de elite.

La historia de los Balcanes la han escrito en su mayor parte los descendientes de los patriotas nacionalistas de los que hemos hablado y por este motivo las voces titubeantes y ambivalentes de los campesinos a los que trataban de educar raramente se encuentran en los archivos. Pero, incluso en fechas bastante recientes, es posible detectar la persistencia de hábitos mentales que son anteriores al triunfo de la política étnica. «Interrogué a unos muchachos de un remoto lugar de las montañas cerca de Ocrida, un poblado que no tenía maestro ni sacerdote permanente, y donde ni uno solo de sus habitantes sabía leer, con el fin de descubrir qué grado de conocimientos tradicionales poseían —escribió H. N. Brailsford en 1905—. Los llevé a las ruinas de la fortaleza del zar búlgaro que domina el lago y la llanura desde la cima de una montaña escarpada y curiosamente redondeada. “¿Quién construyó

este lugar?”, les pregunté. La respuesta fue significativa: “Los hombres libres”. “¿Y quiénes eran?”. “Nuestros abuelos”. “Sí, pero ¿eran serbios, búlgaros, griegos o turcos?”. “No eran turcos, eran cristianos”. Y, al parecer, esto venía a ser todo lo que sabían». [3]

La pregunta sobre si eran serbios, búlgaros o griegos tenía poco sentido para los chicos campesinos cristianos que vivían bajo el sistema otomano, de la misma manera que también los musulmanes concedían relativamente poca importancia a su origen étnico. «Hasta la fecha nunca ha habido ningún movimiento separatista, ya sea nacional o doctrinal, dentro del islam —señaló un diplomático británico en 1912, sorprendido ante la novedad de una organización nacionalista albanesa—. Todos los musulmanes, sean chiítas o sunnitas, turcos, árabes o kurdos, constan sencillamente como “musulmanes” en el registro». La conciencia de la mayoría de los súbditos del sultán no la formaba la escuela ni el ejército… las dos instituciones clave que emplea el estado moderno para propagar las identidades nacionales. El estado otomano los había tratado basándose en la religión y no en la lengua. De este modo no habían tenido que encontrarse con formas de clasificación tan novedosas como las que implicaban las preguntas de Brailsford, aunque sus nietos las considerarían como lo más natural del mundo. [4]

No es necesario remontarse mucho en la historia para ver cómo las migraciones humanas han dado forma a la etnografía de los Balcanes. Solo en el siglo XX, millones de personas se han trasladado de un país a otro, o las han trasladado. En el período de posguerra, trabajadores griegos y yugoslavos se fueron a Australia, Estados Unidos y la Europa occidental en busca de trabajo; en el decenio de 1990, nuevos movimientos de personas que buscaban trabajo o huían de la guerra representaron el último capítulo de una historia que ha durado milenios. Sin embargo, a pesar de este constante flujo y reflujo, la composición etnográfica básica de la península se estableció en una fecha muy lejana: el siglo VII d. C. La vida en las provincias romanas situadas al sur del Danubio había sufrido las incursiones y los ataques de las tribus germánicas y los hunos. Pero, aunque frecuentes y a menudo destructivas, eran incursiones breves y los atacantes se iban a otra parte. El efecto de las tribus eslavas fue muy diferente: durante unos doscientos años, numerosos eslavos se establecieron de forma permanente para labrar la tierra y

apacentar sus rebaños en toda la península, desde el norte hasta el Peloponeso en el sur. Su llegada a los Balcanes significó el fin del mundo antiguo y tuvo el efecto trascendental de abrir tilia brecha entre las mitades occidental y oriental del Imperio romano que acabaría contribuyendo a la división entre el catolicismo y la ortodoxia oriental. [5]

Los habitantes de la región se disputaban la tierra y el poder con los recién llegados. En Albania encontraron refugio en las montañas y conservaron su lengua en medio de lo que se convirtió en una zona de asentamiento de habla principalmente eslava. Los griegos —que decían ser «romaioi» («romanos», es decir, habitantes del Imperio romano) en vez de emplear la palabra más antigua «helenos» (que con el tiempo había adquirido el significado de «paganos»)— se vieron acorralados en regiones aisladas en —islas o en poblaciones amuralladas o ciudades despobladas— donde conservaron la cultura cívica grecorromana del imperio. De forma muy parecida a las elites gobernantes de Inglaterra, Normandía y la Rusia varega, los búlgaros turcos, que gobernaban a otras tribus eslavas en su janato alrededor del curso bajo del Danubio, terminaron adoptando la lengua de los pueblos sometidos a ellos. Hasta comienzos del siglo XX existió en Macedonia una pauta fundamental que consistía en que los poblados eran de habla eslava y en las ciudades se hablaba griego.

Al principio la división lingüística entre griegos y eslavos era a la vez religiosa, entre cristianos y paganos. Pero en los siglos IX y X los eslavos se convirtieron al cristianismo, como antes hicieran los griegos. Cirilo y Metodio, los dos hermanos que llevaron a cabo la misión evangelizadora, eran de Salónica, donde sin duda habían tenido ocasión de oír la lengua eslava que hablaban los campesinos: al crear un alfabeto y una liturgia en eslavo, los dos hermanos y sus sucesores hicieron que la lengua eslava pasara a estar bajo el dominio de la Iglesia en una época en que gran parte de la Europa del este y del norte todavía era fiel a dioses más antiguos. El precio que hubo que pagar por este éxito fue el sacrificio por parte de la Iglesia de la posición privilegiada de la lengua griega en la naciente comunidad balcánica ortodoxa, actitud que contrastaba con la insistencia cada vez mayor del papado en el latín: muchas lenguas, una sola Iglesia era el secreto de la ortodoxia bizantina.

Los Balcanes eran una región demasiado montañosa, vulnerable y fragmentada para que la homogeneización religiosa o lingüística resultara sencilla. Los albaneses no eran los únicos que buscaban la protección de las montañas. Los valacos eran un pueblo de pastores que conservó su lengua románica hasta hoy en medio de mayorías que hablaban griego y eslavo; los sarakatsani eran otro grupo nómada todavía más pequeño. La ortodoxia predominaba, pero no en todas partes. Los reyes de Croacia seguían el rito latino y el catolicismo a pesar de su origen eslavo, mientras que en Bosnia una tercera Iglesia bosnia se extendió antes de desaparecer con la llegada de los turcos. Un zar búlgaro fue coronado por el papa en 1204 a la vez que misioneros católicos y, más adelante, protestantes dedicaban sus energías —aunque con pocos resultados fuera de Albania y las islas del Egeo— a hacer proselitismo en nombre de la verdadera fe. También existían pequeñas comunidades judías en toda la península.

El griego, como lengua de los gobernantes durante el período bizantino, y como lengua de los Evangelios, de la cultura cristiana y del saber clásico también durante la época otomana, atrajo a ambiciosos jóvenes valacos o eslavos, como luego sucedería con el veneciano, el alemán y más tarde el francés. A finales del decenio de 1860, según las memorias de un oficial otomano, el griego todavía lo conocían «todos los rumanos distinguidos», y se usaba con preferencia al turco en los encuentros de notables otomanos y rumanos. Asimismo, el griego se convirtió en la lengua vernácula de comunidades judías que databan de los tiempos clásicos. También los europeos occidentales podían convertirse en griegos. En 1833 vanos centenares de mercenarios bávaros acompañaron al ley Otón a Atenas: un siglo después, oficiales de las SS que registraban Europa en busca de preciosa sangre germánica encontraron a los biznietos de aquellos mercenarios viviendo en sus granjas del Ática. La mayoría de ellos había olvidado el alemán y ahora hablaba griego y profesaba la religión ortodoxa. Por supuesto, la helenización, tenía sus límites. Al norte de la antigua Vía Egnatia el griego penetró poco en los poblados de habla eslava. También en el norte de Albania y las provincias danubianas su uso quedó limitado al clero superior y, en el segundo caso, las cortes de los príncipes nativos. Incluso dentro de lo que más adelante sería Grecia, muchos

campesinos hablaron albanés hasta el decenio de 1950. Pero, en general, el conocimiento del griego siguió siendo el camino principal para llegar al saber, la autoridad religiosa y el poder político mientras existió el Imperio bizantino. [6]

El dominio de la cultura griega sobre los cristianos de los Balcanes no desapareció con el derrumbamiento de Bizancio entre los siglos XIII y XV. Pero se transformó con la llegada de un pueblo nuevo —de habla turca y religión musulmana— que derrotó a las diversas potencias cristianas del sureste de Europa —no solo a los gobernantes de Bizancio, sino también a las dinastías serbia, genovesa, húngara, veneciana y otras— y unificó la región política y económicamente en un imperio que duró cinco siglos. Antes de conquistar los Balcanes, los turcos habían actuado en la región como aliados y auxiliares de las mismas potencias cristianas a las que acabarían sojuzgando; después de ello, continuaron usando a soldados cristianos, especialmente en sus campañas militares en Anatolia y Oriente Medio. Por tanto, las relaciones entre cristianos y musulmanes se basaban en generaciones de interacción, y la conquista y la colaboración se parecieron más a las pautas de la conquista de la India por los ingleses que a la invasión de Polonia por los alemanes.

Incluso antes de la caída de Constantinopla en 1453, los cristianos acudían al islam por muchas razones. Un arzobispo griego del siglo XV señaló con repugnancia la conversión voluntaria de aquellos a los que motivaba «el deseo de ganar plata, convertirse en notables y vivir en medio del lujo». A principios del siglo XVI probablemente se habían convertido varios centenares de miles. Los miembros de la nobleza bosnia y de la bizantina, incluidos algunos de la familia imperial, los Paleólogos, sirvieron lealmente al sultán en elevados cargos, como cristianos y, cada vez más, como conversos al islam: cuando el gran visir otomano Mahmud Bajá Angelovic negoció en 1457 con el gran voivoda de la corte serbia, Miguel Angelovic, en realidad trató con su propio hermanastro. Y más adelante fue con su primo, el filósofo bizantino Georgios Amiroutzis, con quien Mahmud Bajá también negoció la rendición de la bizantina Trebisonda: el cristiano Amiroutzis se refugió luego en la corte otomana y fue favorecido por el sultán: sus dos hijos se convirtieron al islam y llegaron a desempeñar altos cargos en la

corte. El propio Mahmud Bajá, que estaba bien relacionado, descendía de serbios y bizantinos; otros grandes visires de Mehmet II eran griegos o albaneses de nacimiento. Mui líos de estos hombres eran hijos de familias cristianas aristocráticas y se habían educado en la corte imperial. Otros se reclutaban entre el campesinado de humilde cuna y eran los niños que las comunidades cristianas de los Balcanes tenían que entregar en concepto de tributo. [7]

Hasta principios del siglo XVII la corte otomana dependió de los eslavos que reclutaba. «La mayoría de los habitantes de Rumania son de origen mixto —escribió Mustafá Alí en el siglo XVII—. Entre los más destacados hay pocos cuyas genealogías no se remonten a alguien que se convirtió al islam, o cuyos orígenes étnicos, ya sea por parte de padre o de madre, no se remonten a un sucio infiel, pese al hecho de que ellos mismos han crecido como musulmanes rectos y notables». La elite gobernante del imperio era objeto de admiración en toda Europa por su carácter meritocrático y los observadores veían con sorpresa que los oficiales de más categoría a menudo procedían de familias de humilde cuna; no existía ninguna aristocracia hereditaria otomana: «Ninguna nobleza de sangre», comentó George Sandys en 1610, y «pocos turcos, generalmente término de reproche». En efecto, aplicar al sistema otomano el adjetivo «turco» era un gran error. Todavía a finales del siglo XIX llamaba la atención que «ningún musulmán dice jamás ser turco; asimismo, llamarle así es insultarle». (El término se empleaba para referirse a los campesinos de Anatolia). Tan destacada era la presencia de conversos en la Sublime Puerta que durante un tiempo el eslavo rivalizó con el turco como lengua de la corte. «La gente de categoría superior usa la lengua eslava —comentó Wiiliam Lithgow —, el vulgo habla la lengua turca, que, siendo originariamente la lengua tártara, toman prestado de los persas las palabras que se refieren al estado, de los árabes sus palabras religiosas, de los griegos sus términos de guerra, y de los italianos sus palabras y títulos de navegación». Lady Mary Wortley Montagu observó que en la capital «hablan turco, griego, hebreo, armenio, árabe, persa, ruso, eslavo, valaco, alemán, holandés, francés, inglés, italiano, húngaro; y, lo que es peor, en mi propia familia se hablan diez de estas lenguas». [8]

Aunque en el caso de los individuos la conversión era el requisito previo para progresar y hacer carrera en el gobierno, la islamización en masa se observaba solo en unas cuantas regiones de los Balcanes. En las primeras provincias que conquistaron los otomanos —en Tracia y en Macedonia— gentes de Anatolia se establecieron entre los habitantes cristianos de la región. Pero las medidas imperiales de repoblación no eran la fuerza más importante para la islamización: en Bosnia, en algunas partes de Bulgaria y, más adelante, en Chipre, Albania y Creta, los campesinos cristianos se convirtieron en gran número y a menudo en masa. Sobre Bulgaria leemos que «todos los no creyentes de un poblado se han convertido al islam». «Poco a poco, todos los habitantes de un gran poblado de no creyentes se han convertido al islam», empieza diciendo otra *fetwa* otomana, que decreta la construcción de una mezquita nueva para servir a la comunidad. «Más de cuarenta mil personas abandonaron el cristianismo —escribió, alarmado, el obispo de Zagreb en noviembre de 1536—. Más y más gente hace lo mismo, con la esperanza de disfrutar de tiempos más pacíficos en lo que les queda de vida». [9]

La conversión en masa continuó hasta las postrimerías del período otomano. En Albania, los cristianos adoptaron el islam en el siglo XVIII. Alrededor del valle del Drina, a mediados del siglo XIX un viajero observó que los poblados mayoritariamente católicos «han sido tan perseguidos en los últimos años que gran número de personas se han hecho musulmanas». [10]

Un argumento convincente a favor de la conversión era el estatuto de segunda categoría que los no musulmanes tenían en el mundo otomano. Los cristianos (y los judíos) eran tolerados como «gente del Libro», pero eran objeto de discriminación y malos tratos a causa de su religión: no se les permitía montar a caballo, llevar prendas de color verde o construir iglesias de altura superior a ciertos límites. Su palabra contaba menos que la de un musulmán en los tribunales otomanos y tenían que pagar impuestos más onerosos, supuestamente para no cumplir el servicio militar. A pesar de estas penalidades, sin embargo, los Balcanes conservaban su carácter de región de habla predominantemente cristiana en vez de turca, lo cual contrastaba mucho con los dominios otomanos de Anatolia, donde el turco y el islam llegaron a predominar durante

muchos siglos a partir de la dominación selyúcida. [11]

En la Europa otomana el grueso de la población —probablemente alrededor del 80 por 100 del total— siguió siendo cristiano. Incluso en las áreas donde el islam penetró en el campo, raramente llevaba consigo la lengua turca: los musulmanes bosnios seguían hablando su lengua eslava natal; Alí Bajá de Yanina era musulmán y hablaba albanés y griego, pero no turco; los campesinos musulmanes de Creta hablaban griego y disfrutaban del poema épico de la isla —el Erotokritos— tanto como los cristianos, de los cuales, después de todo, descendía la mayoría de ellos. Fuera de las tierras centrales originales alrededor de Edirne, en los Balcanes el turco siguió siendo una lengua franca que se usaba en los asuntos administrativos y se hablaba solo en los centros urbanos. Ciudades como Bosna Seraj, Skopje y Sofía eran islas del gobierno imperial, muy islámicas y de habla turca, en un mar mayoritariamente cristiano, de modo muy parecido a las ciudades de habla alemana que existían en la Europa oriental eslava de la misma época. [12]

Una de las razones por las cuales los Balcanes no se convirtieron en otra tierra islámica fue que los sultanes no tenían ningún interés en que así fuera. Los impuestos que pagaban los cristianos eran más elevados y la conversión en masa hubiera empobrecido al imperio. «Muchos [griegos] —contaban los viajeros del siglo XVII— desean ser turcos porque no pueden seguir soportando esta cruel tiranía; pero muchos son rechazados, porque [dicen sus señores], al recibirlos en la fe musulmana, su tributo se reduciría mucho». También intervenían factores menos materiales. En las dos ocasiones (en 1517 y de nuevo en 1647) en que la Sublime Puerta consideró en serio la islamización forzosa de los cristianos de los Balcanes la idea encontró oposición por motivos relacionados con el Corán. En general, no había ningún equivalente musulmán del impulso generalizado de expulsar a los infieles y a los herejes que existía entre los cristianos. Al contrario, la ley islámica prescribía la tolerancia de las comunidades de creyentes cristianas y judías. Prohibía a los musulmanes convertirse a otras religiones, pero no insistía en que los que profesaban otras religiones se convirtieran al islam. De hecho, muchos conversos eran obligados a demostrar que el deseo de abrazar la fe verdadera no obedecía a motivos

materialistas o innobles.

Para la ortodoxia, por tanto, la dominación islámica fue mucho menos dañina que la católica. Los ejércitos católicos habían sembrado la destrucción entre los cristianos de los Balcanes durante las cruzadas de 1204 y 1144; la dominación veneciana había sido dura y represiva en Creta y el Peloponeso. Después de la breve ocupación de Quíos por los venecianos en 1694 los isleños decían que «estaban mejor bajo los turcos». «Antes me volvería turco que unirme a vosotros los latinos, que nos odiáis y perseguís», dijo un monje ortodoxo a un misionero católico en 1641. De hecho, las relaciones entre ortodoxos y católicos solían ser más armoniosas dentro del imperio que fuera de él: por ejemplo, durante el siglo XVII en las Cícladas, donde había una pequeña población católica, los católicos y los ortodoxos asistían con frecuencia a sus oficios mutuos y construían sus iglesias unas al lado de las otras. Todavía en 1749 el patriarcado ortodoxo reprendió a la gente de Sifnos y Miconos por no reconocer ninguna diferencia entre los dos ritos. Pero, en general, pocos campesinos ortodoxos se convirtieron al catolicismo, a pesar de las actividades de los jesuitas y otros misioneros en los Balcanes. La dominación turca inclinó el equilibrio de poder entre el patriarcado y el papado en favor del primero, lo cual se debió en no poca medida a que, a diferencia del segundo, servía a la Sublime Puerta. [13]

A mediados del siglo XVIII una disputa en torno a unos nombramientos en Antioquía hizo que de repente el patriarca se diera cuenta de los peligros que comportaba adoptar una actitud demasiado despreocupada ante la actividad de los católicos en el imperio. Fue en este momento cuando —simultáneamente con los intentos de reforma administrativa que llevaba a cabo la Sublime Puerta— el patriarcado ecuménico empezó a ejercer un control más riguroso sobre la comunidad de los creyentes y echó los cimientos del sistema de gobierno eclesiástico centralizado que con el tiempo se conocería por el nombre de sistema «de los *millets*». [*] De manera menos rigurosa, sin embargo, la Iglesia ortodoxa había entrado en el sistema de gobierno otomano mucho antes, al menos desde que el sultán Mehmet II —el conquistador de Constantinopla en 1453— estableció nuevas directrices para la administración de su «grey» cristiana (

re’aya

). Los cristianos, al igual que los judíos, eran reconocidos como «zimmi» —«pueblo protegido»— y se les permitía gobernarse a sí mismos de acuerdo con sus propias costumbres siempre y cuando siguieran siendo leales y pagaran sus impuestos. Los patriarcas ortodoxos —entre los que ocupaba un lugar preeminente el patriarca ecuménico de Constantinopla— eran garantes del cumplimiento de ambas obligaciones y andando el tiempo se les consideraría jefes de «los grupos de infieles». A cambio de ello se les autorizó a cobrar impuestos a la grey ortodoxa para fines comunales y a administrar justicia a los cristianos por medio de los tribunales de la Iglesia. Sus representantes gozaban de privilegios oficiales como, por ejemplo, ir acompañados de soldados turcos cuando recaudaban los impuestos. De esta manera el sultán asignó un nuevo papel a la jerarquía de la Iglesia; además de las funciones espirituales que había cumplido en el mundo bizantino, ahora fue entrando gradualmente en la política y la administración como portavoz de los súbditos ortodoxos del imperio. [14]

Así pues, lejos de aplastar a la ortodoxia cristiana, la conquista otomana de los Balcanes fue muy ventajosa para ella, como pudieron comprobar tanto el patriarcado como sus enemigos y rivales. Después del caos y la fragmentación de la última fase del gobierno bizantino, ahora la Iglesia pudo recuperar y, de hecho, ampliar su poder tanto en los Balcanes como en Anatolia. Gracias a los turcos, se libró en gran parte de la amenaza católica que representaban los venecianos y los genoveses en el Mediterráneo oriental. En realidad, el poderío otomano unificó los Balcanes por primera vez desde hacía siglos. A finales del siglo XVI se informaba desde la capital otomana de que los cristianos de allí «no quieren ninguna otra dominación con preferencia a los turcos». Y cuando las tropas turcas reconquistaron el Peloponeso, que estaba en poder de los venecianos, en 1715 los campesinos griegos les dieron la bienvenida y las apoyaron. [15]

El gobierno otomano brindó a los cristianos de los Balcanes no solo la autonomía religiosa, sino también una creciente prosperidad. Desde el principio mismo los cristianos controlaron parte de la recaudación tributaria y ello permitió a unos cuantos individuos amasar una riqueza extraordinaria. En el siglo XV se decía que

Miguel Cantacuzeno —hacedor y deshacedor de patriarcas— tenía trato con bajas y visires y que estos empleaban términos respetuosos para dirigirse a él. Más adelante, los mercaderes ortodoxos sacaron provecho de la caída de antiguos rivales como Venecia y de la apertura de mercados nuevos en la Europa central y el sur de Rusia. Amasaron fortunas en el comercio y crearon una importante flota mercante. Familias griegas adineradas y educadas en Occidente —llamadas fanariotas por el barrio de Constantinopla donde vivían— pasaron a hacer de intermediarias en los niveles más elevados de la administración otomana y empezaron a dominar los cargos laicos del patriarcado. Los dragomanes (intérpretes) griegos desempeñaron un papel crucial en la negociación de la entrega de Creta por los venecianos a mediados del siglo XVII, así como en la conferencia de paz de Karlowitz con los Habsburgo en 1698, donde el notable Alexandros Mavrokordatos sirvió al lado del principal negociador, Rami Mehmed Efendi. El hijo de Mavrokordatos fue nombrado príncipe en las provincias autónomas danubianas, el primero de aquellos príncipes griegos que, durante el siglo XVIII, convirtieron Bucarest y Jassy en centros de saber y cultura helénicos, cruce trascendental de influencias otomanas, rusas, italianas y centroeuropeas. Cristianos griegos de nacimiento, otomanos por lealtad e interés personal, los fanariotas eran, según las palabras finas y ambiguas de una de sus figuras más ilustres, «tan griegos como es posible ser». Ser griegos, para ellos, significaba prestigio, riqueza y gloria en el servicio imperial del sultán. «Cumplimos el precepto del Evangelio, "Dad al César lo que es del César" —escribió Alexandros Mavrokordatos—. Los cristianos no tenemos la costumbre de confundir lo que es temporal y corruptible con lo que es divino y eterno». **[16]**

Cuando se trataba de corrupción, los fanariotas tenían experiencia. Su ascensión coincidió con crecientes problemas económicos y éticos en el seno del patriarcado. Durante los cien años que siguieron a 1495 hubo solo diecinueve cambios de patriarca; en los cien años siguientes, hubo sesenta y uno. La Iglesia se corrompió de manera notoria debido a la compra y venta de sus cargos más elevados mediante el pago de enormes sobornos a los oficiales otomanos. El dinero, que los aspirantes a un cargo solían recibir en préstamo de fanariotas ricos, solo podía recuperarse por

medio de los impuestos que la Iglesia cobraba a los campesinos cristianos. La creciente centralización bajo el patriarca ecuménico incrementó los recursos que estaban en juego y probablemente hizo que el problema empeorase. «Un dicho común entre los campesinos griegos —según un viajero británico— era que “el campo trabaja bajo tres maldiciones, los sacerdotes, los *cogia bashis* [notables cristianos locales] y los turcos”, y citaban siempre las plagas por este orden». En la Bosnia del siglo XIX, «El patriarca griego pone mucho cuidado en que las eparquías las ocupen solo fanariotas, y por esto los cristianos ortodoxos de Bosnia, que forman la mayoría de la población, están sometidos a eclesiásticos que son extranjeros por sangre, por lengua, por simpatías, los cuales les oprimen en íntima colaboración con los oficiales turcos y suelen darles un ejemplo todavía peor de depravación moral». El motivo era claro: «Todos los años tienen que mandar sobornos enormes a la fuente». Esta historia de extorsión y corrupción anunciaba el fin del ecumenismo ortodoxo, creó inquina entre la Iglesia y su grey, e hizo que los campesinos que no eran de habla griega se sintieran explotados por la Iglesia «griega», lo cual preparó el terreno para el nacionalismo balcánico. [17]

Sin embargo, incluso mientras la corrupción iba penetrando en las instituciones de la Iglesia, floreció un mundo de ortodoxia balcánica cuyos horizontes se extendían del Mediterráneo al mar Negro, del norte de Italia a Rusia. Ejemplos de la libertad de movimiento y de pensamiento de que gozaban los cristianos educados e itinerantes en esta comunidad balcánica ortodoxa son las trayectorias profesionales y los viajes de hombres tales como Iossipos Mosiodax, distinguido pedagogo y estudioso que era valaco de origen y procedía de la margen meridional del Danubio, de lo que hoy es Rumania. Nacido en 1725, se educó y helenizó en escuelas de Tesalónica, Esmirna y el monte Athos antes de estudiar en Padua y enseñar luego en las academias principescas de Jassy y Bucarest, centros del saber griego en los Balcanes. Había viajado también a Venecia, Viena y Budapest, y afirmaba haber visto «todas las diásporas de los griegos». Su contemporáneo Constantine Dapontes nació en la isla de Skópelos, se educó en Constantinopla y viajó extensamente por las tierras otomanas. En 1757 Dapontes emprendió un viaje de ocho años por los Balcanes llevando la Cruz

Verdadera de su monasterio. Salió de Athos y atravesó las futuras tierras búlgaras para alcanzar el Danubio y Moldavia antes de volver al sur y a Constantinopla, salvando así a la ciudad de una peste, según sus propias palabras, que asolaba otras partes, tras lo cual regresó triunfalmente a la Montaña Santa en 1765.

Las peregrinaciones de Dapontes tuvieron lugar en un mundo en el cual su «patria» era su isla natal; el término «Grecia» no tenía ningún significado político ni territorial para él. El sureste de Europa era una región delineada no por estados-nación, sino por los símbolos de la ortodoxia. El tiempo se medía por los ritmos de la Iglesia oriental en vez de basándose en algún sentido secular de la historia. Lo divino y lo sobrenatural eran omnipresentes en la vida cotidiana. Sin embargo, la ortodoxia balcánica también tenía sus recompensas materiales: vinos dulces de Samos y Chipre; pistacho de Alepo; higos de Esmirna; manzanas de Moldavia y quesos de Valaquia. Al preguntar Christopher Dawson, el historiador de Europa, por qué el Imperio bizantino —a diferencia del papado en Occidente— no consolidó su influencia cultural y religiosa en aquella parte de Europa, no tuvo en cuenta que una cultura bizantina continuó evolucionando bajo la guía de la ortodoxia y el gobierno imperial otomano. Evolucionó en los artificiosos escritos de los fanariotas griegos de la capital del sultán, que oscilaban entre la fidelidad a la Sublime Puerta y las esperanzas de un renacimiento del Imperio bizantino, pero sin que en ningún momento dejaran de ser piadosos partidarios de la ortodoxia y el helenismo. Y evolucionó en las manos de un intelectual de la Iglesia como Eugenios Voulgaris —tal vez la figura más importante de la ortodoxia de finales del siglo XVIII—, que se educó en su Corfú natal (bajo el dominio veneciano), en la turca Yanina y en la Universidad de Padua, antes de llevar sus enseñanzas a Athos, Constantinopla y, finalmente, a la Rusia de Catalina la Grande, a la que predicó los peligros de un nuevo avance católico en el este de Europa. **[18]**

Las instituciones religiosas separadas pero paralelas eran fundamentales para la máquina gobernante otomana. Los súbditos del sultán se dividían en comunidades basadas en las creencias y gobernadas en gran parte por su propia jerarquía eclesiástica, en las cuales rabinos, obispos y cadíes presidían los tribunales, supervisaban los asuntos civiles y asumían la responsabilidad de

recaudar impuestos de su propia grey y de otras cuestiones económicas. Pero, aunque la religión actuaba así para definir las diferencias entre comunidades e individuos, e incluso para dividirlos, también constituía una actitud compartida ante los problemas y dilemas de la vida, especialmente bajo un sistema de gobierno que, comparado con los de otras zonas de la Europa de aquel tiempo, ofrecía un grado sin paralelo de tolerancia religiosa: «Había libertad de conciencia para todas las clases de religión, en todos sus dominios», según dijo Lithgow. **[19]**

El poder religioso era un recurso común que inspiraba temor y respeto, y era consultado por gentes de todas las religiones. Los cristianos aprovechaban la sabiduría musulmana y recogían amuletos o tierra santa de mezquitas o *tekkes* (santuarios). En la leyenda de un mártir cristiano también leemos cómo el patriarca curó a una mujer musulmana: después de que al principio se negara a verla, alegando que «no es apropiado que aceptemos a quienes son ajenos a nuestra fe», el patriarca cedió y dijo: «Aquel que acuda a mí de ninguna manera será rechazado». Y del mismo modo que visitaban a sacerdotes cristianos, los musulmanes también acudían a los rabinos judíos. Tenemos el caso, por ejemplo, de un hombre de Estambul que en el siglo XVI, víctima de una fiebre peligrosa, juró que si se curaba, renunciaría a su afición a los efebos. Al curarse, se lo pensó mejor, pero no se atrevió a faltar a su juramento. Después de que el ulema de Estambul le dijera que no podía librarse de un juramento, buscó el consejo de los rabinos de Salónica para ver si podían encontrar alguna escapatoria. (Sugirieron que probara las mujeres). **[20]**

Las personas que arrostraban peligros especiales, como, por ejemplo, los navegantes, con frecuencia daban muestras de piedad ecuménica. «Cuando [los turcos] han hecho los preparativos para un viaje —comentó Busbecq— acuden a los griegos y les preguntan si las aguas están benditas, y si les dicen que no lo están, aplazan el momento de zarpar, pero si les dicen que se ha celebrado la ceremonia, se embarcan y se hacen a la mar». Marineros de todas las creencias —especialmente los piratas y los corsarios— veneraban iconos de la Virgen María. Al verse atrapado por una tempestad, un marinero turco instó a un francés a rezar a la Virgen y pedirle ayuda, ya que había oído decir, cuando era cautivo en

Viena, que su intercesión era útil. En este mundo una persona necesitaba ayuda de cualquier procedencia: la impiedad era mucho más grave que la pertenencia a una fe diferente. Un esclavo inglés en un barco de guerra turco contó que «al subir a bordo por primera vez, les habían preguntado cuál era su religión, y al declararse cristianos católicos, habían intentado sin mucho empeño persuadirles a renunciar a su fe y hacerse mahometanos; pero al negarse ellos firmemente, les dijeron que, dado que rehusaban abrazar la fe verdadera, debían servir a Dios a su modo, que era la mejor probabilidad de salvarse después de la suya; y les asignaron inmediatamente un pequeño camarote que debían acondicionar como capilla y en la cual eran obligados a rezar todos los días con regularidad». [21]

La peste, las sequías, las inundaciones, los terremotos, los piratas, las guerras y los incendios —todas las aflicciones y peligros de la vida cotidiana en los Balcanes otomanos— imponían entre los seres humanos un respeto a los poderes celestiales y a la sabiduría y el conocimiento de lo divino que trascendía las fronteras religiosas. Se sabía, por ejemplo, qué santos protegían a determinadas ciudades; y cristianos y musulmanes por igual reconocían que dicho santo podía prevenir el peligro. «Tanto los cristianos como los turcos quedaron extasiados» cuando las reliquias de san Nicolás de Metsovo mitigaron la peste en la ciudad de Trikala y evitaron las langostas. Otra plaga de langostas —«igual que una nube oscura que los rayos del sol apenas podían atravesar»— fue vencida en Chipre utilizando la mano derecha de san Miguel, lo que también causó alivio general. Se decía que tanto los musulmanes como los cristianos reconocían las señales de santidad —la dulce fragancia «indescriptible» que emanaba del cadáver, el resplandor sobrenatural, la incorruptibilidad— cuando se ejecutaba a un mártir de la fe ortodoxa. Y la religión no podía impedir que cundiera el pánico en las ciudades que recibían la visita de los vampiros, como ocurrió en Agia, donde se les vio «volar de un lado a otro con grandes faroles en las manos»; en Adrianópolis en 1872 un *hodja* musulmán y un sacerdote cristiano no lograron exorcizar los vampiros de la ciudad y la alarma no disminuyó hasta después de que se avisara a un hechicero turco que hizo el trabajo como era debido. [22]

Los Balcanes otomanos eran, pues, un mundo densamente poblado de espíritus invisibles, tanto malévolos como benévolos. Algunas familias infundían temor porque se sabía que sus miembros eran vampiros con forma humana. Incluso se hablaba de hombres que tenían cola y la escondían entre la ropa interior. Devotos de todas las religiones usaban amuletos contra el mal de ojo, y también se empleaban ajos, sogas anudadas, colmillos de jabalí y cosas parecidas, así como ciertas bayas. Los sacerdotes no paraban de escribir mensajes en amuletos a petición de sus feligreses, y cuando los cristianos se encontraban con que sus propios amuletos no daban resultado, pedían a los musulmanes que les prestaran los suyos. Muchas de estas creencias perduran hoy día, aunque el temor a las burlas luce que raramente se expresen en público. **[23]**

Sin embargo, las burlas eran precisamente la reacción de muchos observadores extranjeros cuando, con una mezcla de fascinación, regocijo, distanciamiento etnográfico y horror, contemplaban lo que para ellos era una muestra de ignorancia supersticiosa. Los observadores católicos, molestos al ver el dominio casi absoluto que el clero ortodoxo de los poblados ejercía sobre su grey, eran especialmente propensos a resaltar la ignorancia de los mismos. El cultísimo estudioso jesuita Ruggiero Giuseppe Boscovich —nacido en el seno de la cultura eslavo-italiana de Dubrovnik— se escandalizó al conversar con un sacerdote búlgaro en las afueras de Constantinopla en 1762: «Su ignorancia y la de toda esta pobre gente son increíbles. No saben nada de su religión excepto los ayunos y las fiestas, la señal de la cruz, el culto de alguna imagen… y el nombre de un cristiano. A juzgar por lo que pude ver aquella tarde… no conocen ni el padrenuestro ni el credo, y tampoco los misterios esenciales de la religión». Casi un siglo después, al viajar por Valaquia, Warrington Smyth deploró en términos parecidos «el estado de profunda ignorancia que predomina entre el pueblo… Los sacerdotes apenas son más inteligentes que la gente rústica, y se puede ver al "popa" de la parroquia vestido con pieles siguiendo el arado como el más humilde de sus feligreses». **[24]**

Lo que podía decirse del sacerdote rural era aún más aplicable a su grey. En 1615 el obispo católico de Senj informó de que sus nuevos feligreses «creen en la santa Iglesia de Roma, pero ignoran por completo la doctrina cristiana». «Los agricultores son religiosos,

pero no tanto porque crean en la esencia más honda del cristianismo como por temor», comentó un etnógrafo griego tres siglos más tarde. Los campesinos de los Balcanes dividían a los santos en «pesados» y «ligeros» según el daño que causaran a la persona que no les rindiese el culto merecido. Al describir su muy rudimentaria formación como sacerdote rural a finales del siglo XVIII, el serbio Prota Matija Nenadovica recordó cómo «ciertas viejas e incluso algunos hombres decían a mi madre: "Qué suerte tienes, hermana mía, de tener en casa a un hijo tan instruido que puede nombrarte a los santos para que no trabajes cuando no debes trabajar"». **[25]**

Sin embargo, esta costumbre de subrayar la ignorancia doctrinal solía arrojar más luz sobre la concepción particular del cristianismo (y, de hecho, de la religión misma) que tenían los observadores —los visitantes occidentales, los estudiosos, los clérigos superiores que andaban buscando errores doctrinales, los profesionales de la caza de herejes— que sobre las personas sencillas de los Balcanes y sus sacerdotes. A un estudioso francés de principios del siglo XX los campesinos no le parecieron «muy ilustrados». Pero los comentarios de este tipo daban por sentado que la religión también debía ser una cuestión de «ilustración» basada en una doctrina claramente elucidada, lo cual era un punto de vista que tenía más sentido entre las cultas elites urbanas que entre los analfabetos fieles ortodoxos del campo, para los cuales la práctica importaba mucho más que el dogma. Daba por sentado también que la religión era un asunto de la conciencia reflexiva y privada, una cuestión de teología más que de creencias y prácticas colectivas; la distinguía claramente del mundo de la ciencia y del conocimiento técnico, por un lado, y del de la magia y lo sobrenatural, por el otro. Si los sacerdotes ortodoxos eran en general menos cultos y conocedores de las sutilezas teológicas que los católicos, era debido a que en los Balcanes el pietismo y la orientación moral eran menos importantes que el ritual y la observancia apropiada. **[26]**

Observadores más comprensivos de la religión popular ven en ella el deseo de evitar los riesgos de la vida, de explicar y, si es posible, prevenir sus dificultades y tragedias. Es, dicho de otro modo, una forma de racionalidad campesina: el ajo evita el mal de ojo; la tierra sagrada o las reliquias, si se recogían como era debido,

mientras el sacerdote o el *hodja* pronunciaba el nombre de un familiar, podían guardarse para usarlas en caso de apuro si dicha persona enfermaba o sufría un accidente. En su versión extrema esta forma de interpretar la religión la reduce a una especie de seguro. Pero tiene el mérito de reconocer lo que los propios campesinos eran libres de admitir, que las diferencias de doctrina no acostumbraban a tener mucha importancia para ellos. En las zonas rurales donde no había suficientes iglesias esto provocaba incluso mucha coincidencia entre lo que los forasteros (incluido el estado otomano) consideraban religiones distintas. «Los mahometanos de aquí no son verdaderos mahometanos —comentó un telegrafista turco en Albania a comienzos del siglo XX—, y los cristianos no son verdaderos cristianos». Como señaló lady Mary Wortley Montagu: «La gente que vive entre cristianos y musulmanes y no está versada en polémicas se declara absolutamente incapaz de juzgar cuál de las dos religiones es mejor: pero para tener la certeza de no rechazar la verdad, con mucha prudencia cumplen con ambas y van a la mezquita el viernes y a la iglesia el domingo». Cuando les preguntaban cuál era su religión, los cautos campesinos de Macedonia occidental se persignaban y decían: «Somos musulmanes, pero de la Virgen María». Siglos antes, sorprendido al ver que había turcos presentes en los ritos griegos en la isla de Lemnos, Busbecq había oído explicaciones parecidas: «Si les preguntas por qué hacen esto, contestan que muchas costumbres se han conservado desde la antigüedad porque la larga experiencia ha demostrado que son útiles; dicen que los antiguos sabían y podían ver más que nosotros, y las costumbres que les parecían bien no debían perturbarse sin motivo». **[27]**

En este mundo compartido, la práctica devocional trascendía las divisiones teológicas, no solo en el reino de lo sobrenatural, sino también en la vida cotidiana y prosaica del mundo otomano. Los tribunales islámicos y la administración turca, por ejemplo, estaban a la disposición de los no musulmanes, así como de los musulmanes. Los primeros podían recurrir a ellos como tribunales de apelación, pero también, a veces, porque les permitía pasar por encima de las autoridades religiosas o los tribunales que les correspondían. Así, oficiales musulmanes ayudaban a cristianos y judíos a resolver asuntos tributarios, comerciales y agrarios de acuerdo con al

derecho islámico.

En los siglos XVI y XVII, a veces los gobernadores otomanos incluso intervenían para resolver disputas relacionadas con los nombramientos episcopales en el seno de las comunidades cristianas locales. Musulmanes, cristianos y judíos eran miembros de los gremios que seguían la práctica bizantina de ponerse bajo la protección de un santo, jeque u hombre santo. Los ortodoxos recurrían a veces a los tribunales de la *sharia* incluso para asuntos en los que no intervenía ningún musulmán. «Vendí una vaca a mi hijo —decía la queja de un campesino cristiano de Chipre ante un juez islámico—. Quiero el dinero. Me viene con evasivas. Lo quiero de acuerdo con la *sharia*». **[28]**

Esta coexistencia de religiones determinaba los aspectos más íntimos de la vida personal. Las actitudes de la Iglesia cristiana ante el matrimonio, por ejemplo, tenían que hacer frente a una competencia inesperada. Al amparo del islam, existían tanto la poligamia como los contratos de matrimonio temporal, el divorcio era más fácil de obtener (especialmente en el caso de las mujeres) y las relaciones sexuales no estaban confinadas al matrimonio ni eran validadas exclusivamente por la procreación. Poca iluda cabía de cuál era la religión que ofrecía las posibilidades más intrínsecamente atractivas. Al parecer, la jerarquía eclesiástica toleraba la poligamia (que, en todo caso, no era común entre los musulmanes de los Balcanes); pero los matrimonios temporales eran una cuestión diferente. La práctica de contratar una relación con una mujer por una suma especificada durante un período limitado —que William Biddulph ya había observado en 1600— tenía un atractivo natural para los cristianos además de para los musulmanes. Finalmente la Iglesia se vio obligada a consentir esta práctica, que se extendió bastante en el siglo XVIII. En algunas regiones se convirtió en un medio de ganar una dote, una especie de prostitución legitimada. Desconcertado, lord Charlemont comentó en las Cícladas:

> Si un forastero desea gozar de alguna de las jóvenes solieras, se dirige inmediatamente a sus padres y pide a la muchacha en matrimonio. Finalmente se hace un trato y se lleva a la pareja a presencia de un magistrado, ante el cual se juran mutua fidelidad mientras el hombre resida en la isla, y el novio se compromete a que, en el momento de su

> partida, pagará una gran suma de dinero, así como un adelanto en ese momento… Se separa la porción de este dinero que corresponde a la muchacha, y con ella, al marcharse su consorte, pronto se procura un esposo de verdad entre sus compatriotas, que no la aprecian ni un ápice menos debido a su anterior relación y la consideran como una viuda a efectos prácticos.

Esta era la adaptación de la práctica islámica que los isleños cristianos hicieron para su propia conveniencia, ratificada por los oficiales turcos y tolerada por los sacerdotes de los poblados. **[29]**

Aparte de estos casos, durante la dominación otomana de los Balcanes hubo matrimonios entre musulmanes y cristianas: el resultado fue que muchos musulmanes eran hijos de madre cristiana y por ello conocían la religión materna y a veces estaban apegados a ella. El déspota serbio Jorge Brankovic casó a su hija, Mara, con el sultán Murat II en 1435, probablemente en un vano intento de congraciarse con este. Alí Bajá de Yanina tenía una esposa cristiana griega y decían que había construido una capilla para ella. Más tarde todavía, el oficial otomano Ismail Kemal Bey, que era albanés de nacimiento, se casaría con una mujer griega después de raptarla —con su consentimiento— para vencer las objeciones de la madrastra de la mujer. Y en los niveles inferiores al de la elite abundaban los ejemplos de relaciones entre cristianos y musulmanes. **[30]**

La conversión ofrecía ventajas especiales a las cristianas que se veían atrapadas en matrimonios infelices. Al convertirse al islam, obtenían automáticamente la anulación de su matrimonio, a menos que su esposo se convirtiera también. Para ello había una fórmula especial. «Cako fue honrada con el islam en presencia de musulmanes —oyó un tribunal de cadíes—, y tomó el nombre de Fatma. Se ofreció a su esposo la oportunidad de convertirse al islam, pero la rechazó». En otro caso parecido, Fatma bint Abdullah registró su conversión al islam, y se tomó nota de que «mi esposo, Yanno bin Manolya, fue invitado a someterse al islam, pero no se hizo musulmán. Reconoce que no tiene ninguna demanda contra Fatma». Llama la atención que los matrimonios musulmanes también se vieran afectados por la más leve sugerencia de apostasía. En un compendio jurídico islámico del siglo XVIII leemos:

> Pregunta: Zeyd y su esposa Hind van a la iglesia y aprueban ciertos

> actos de los infieles que entrañan descreimiento. ¿Deben Zeyd y Hind someterse a una renovación de la fe y una renovación del matrimonio?
>
> Respuesta: Sí. **[31]**

En un artículo escrito en 1993, el politólogo norteamericano Samuel Huntington afirmaba discernir en la guerra de Bosnia un «choque de civilizaciones» y situó los Balcanes en uno de los puntos de ruptura entre las civilizaciones. Sea cual sea la validez de esto como visión del futuro, sin duda es evidente que no puede servir como modelo del pasado de la región. El estado otomano y sus líderes religiosos hicieron distinciones claras entre el islam, la ortodoxia y el catolicismo; pero en la vida cotidiana estas distinciones eran menos claras. En esta zona liminar del equilibrio de poder euroasiático, muchas fricciones potenciales —autóctonas o introducidas por gente de fuera— se suavizaron o desactivaron gracias a las prácticas locales compartidas.

Las costumbres evolucionaron y acabaron ofreciendo seguridad por encima de las divisiones religiosas. En la ceremonia de hermanamiento de sangre, jóvenes de familias e incluso religiones diferentes se juraban lealtad mutua. De la zona fronteriza de Livno —donde existía un conflicto de poder entre los venecianos, los Habsburgo y los otomanos— nos llega una crónica turca que habla de una batalla que se libró a mediados del siglo XVII y terminó con la captura de numerosos prisioneros cristianos. Cuando, siguiendo la costumbre, el victorioso bajá ordenó la ejecución de los cautivos que le correspondían, uno de sus propios soldados rogó que perdonaran la vida a uno de ellos. Al pedírsele una explicación, el soldado dice: «Durante la batalla di mi religión a este infiel y tomé la suya. Nos hemos declarado hermanos. Si lo matáis, irá al paraíso con mi religión y eso será malo para el pobre de mí». El bajá, perplejo, se vuelve hacia sus otros soldados y estos le explican la costumbre:

> Cuando uno de nuestros *yunaks* [soldados auxiliares] en estas fronteras cae prisionero de los infieles puede que, mientras come y bebe con ellos, uno de los infieles prometa salvarle del cautiverio, y el musulmán también promete salvarle de los turcos si cae en nuestro poder. Hacen un pacto y dicen: «Tu religión es la mía y mi religión es la tuya». Cada uno de ellos lame la sangre del otro y el infiel y el

> musulmán se convierten en «hermanos en la religión»… Es verdad que nada de esto se encuentra en los libros de los musulmanes, o de los infieles. No obstante, esta herejía es muy común en estas regiones fronterizas.

El indignado bajá puso en libertad a ambos hombres. [32]

La difuminación de la línea divisoria entre las tres grandes doctrinas monoteístas fue un rasgo de uno de los movimientos religiosos que creció con mayor rapidez en los Balcanes durante los siglos XVII y XVIII: la variedad de misticismo islámico llamada bektasismo. La doctrina bektasi, que se oponía a las jerarquías oficiales del islam sunnita, afirmaba que «Un santo pertenece al mundo entero». Según un folleto de finales del siglo XIX, «Los bektasis creen en el Gran Señor y en los santos verdaderos Muhammad Alí, Cadija, Fátima y Hasán y Hussein… También creen en todos los santos, así antiguos como modernos, porque creen en Dios y le rinden culto. Y del mismo modo que creen en estos y los aman, creen en Moisés y Miriam y Jesús y sus siervos y los aman». Los bektasis adaptaron los santuarios de los santos cristianos y los rebautizaron con los nombres de los suyos; otros lugares que fundaron realmente los bektasis eran visitados por los cristianos como santuarios de sus santos. En un marco así, las fronteras religiosas se disolvían con facilidad. «Creía que aquí eran todos musulmanes», dijo una viajera británica a los sacerdotes de un *tekke* bektasi. «Lo somos —le contestaron—, pero, por supuesto, celebramos el día de san Jorge». Vinculado durante siglos a los conversos esclavos de la corte otomana, el bektasismo se extendió por todo el sureste de Europa con el imperio y se hizo popular en gran parte del sur de Albania, donde sigue arraigado incluso después de la caída del comunismo. [33]

Albania era tal vez un caso especial desde el punto de vista de la religión. «Los albaneses tenemos ideas muy peculiares —dijo un notable a Edith Durham—. Estamos dispuestos a profesar cualquier religión que nos permita portar armas de fuego. Por tanto, la mayoría de nosotros es musulmana». «La ligereza con que un albanés lleva la religión» era muy conocida en el siglo XIX, pero dejar el «mundo de la ignorancia» de «la religión de los infieles» por «la verdadera fe» era para muchos habitantes del mundo otomano

un paso menos trascendental o súbito de lo que ahora nos parece, ya que la palabra conversión nos hace pensar en apostasía, angustia existencial y traición personal y nacional. En ocasiones ingresar en una fe nueva representaba añadir nuevas creencias a las que ya se tenían más que renunciar a ellas para sumergirse en las recién adquiridas. De hecho, los conversos solían preservar sus prácticas y hábitos religiosos, aunque a menudo tenían que mantenerlos en secreto, para que nadie sospechase que su apego al islam no era del todo sincero: pintaban huevos de color rojo durante la pascua, a la vez que se decía que los musulmanes que antes profesaban el judaísmo —los misteriosos *donmeh*— preservaban sus antiguas prácticas religiosas en la intimidad de sus hogares. **[34]**

El secretismo también se encontraba detrás de la costumbre de poner dos nombres; así, un Solimán se llamaba también Constantino y un Hussein, Giorgi. Llevar dos nombres permitía esquivar las categorías oficiales inconvenientes y, además, servía para ocultar el nombre verdadero: los religiosos franciscanos de Albania se horrorizaban cuando sus feligreses persistían en usar su nombre musulmán en vez del cristiano, pero era imposible persuadir a los jóvenes de que rompieran con esta costumbre. Se defendían preguntando si había alguna manera de evitar la maldición de una bruja que fuese mejor que ocultar el nombre verdadero. Ya fuera para protegerse de la brujería o los recaudadores de impuestos, o en algunos casos de los investigadores de la Inquisición veneciana, los nombres múltiples eran un arma que los débiles usaban contra los fuertes, el individuo particular contra los poderes mayores de lo divino y del mundo secular. Por tanto, revelar el nombre verdadero representaba un paso decisivo en la afirmación individual contra el poder. En la biografía de san Elías leemos la conversación fatídica que precedió a su martirio. Después de abrazar el islam —según se nos cuenta— empujado por el deseo de librarse de los fuertes impuestos, al preguntarle «¿No eres Mustafá Ardouris?», responde «Sí, lo soy. Pero no soy Mustafá, sino Elías, el cristiano ortodoxo». **[35]**

Sin embargo, las fronteras entre las religiones no eran completamente permeables y la coexistencia no significaba tolerancia. «Los armemos (y los griegos) eran perros y cerdos… sobre los que se escupía», señala un etnógrafo británico a finales del

siglo XIX. Incluso antes de entonces, los miembros de la religión dominante solían despreciar a los «perros infieles» en el habla cotidiana. La variedad de los insultos que se usaban de forma general impresionaba a los viajeros:

> Llaman a Pera *el barrio de los cerdos*, quizá porque, contrariamente a la costumbre de los turcos, los francos que habitan en él comen carne de cerdo; y a los soldados turcos (que atienden a los embajadores extranjeros) los llaman *piara de cerdos*. Llaman a los italianos *gente de mil colores*, es decir, *estafadores*; a los ingleses, *lenceros*; a los franceses, *granujas*; a los alemanes, *jaraneros malhablados*; a los españoles, *haraganes*; a los rusos, *malditos*; a los polacos, *infieles parlanchines*; a los venecianos, *pescadores*; a los valacos, *ratas*; a los moldavos, *borregos sin cuernos o zafios estúpidos*; a los griegos, *liebres*; a los armenios, *comedores de porquería*; a los judíos, *perros*; a los árabes, *tontos*; a los persas, *pelirrojos* o *herejes*; a los tártaros, *comedores de carroña*.

«Abdi me llamó infiel, hijo de infiel», se queja Mustafá bin Mehmed ante un tribunal otomano del siglo XVII, ofendido al ser objeto de un insulto de los que normalmente se aplican a los «falsos creyentes». «Mehmed [Bey] me llamó judío», afirmó otro. **[36]**

Los cristianos no podían quejarse tan fácilmente. Debido a la conversión de numerosas iglesias cristianas en mezquitas, eran conscientes de su condición de ciudadanos de segunda. Raras veces obtenían permiso para construir iglesias nuevas, especialmente en las regiones donde también vivían musulmanes, y no podían hacer sonar las campanas en dichas regiones y, en su lugar, tenían que llamar a los fieles golpeando tablones de madera con badajos. «En Serbia —comentó un viajero francés desde el Levante en 1836—, la religión cristiana está totalmente libre de restricciones. Nos sorprenden agradablemente los sonidos de las campanas después de tanto tiempo sin oírlos». Pero a veces incluso esto se consideraba una demostración provocadora de «infidelidad» y se prohibía. **[37]**

En el campo, las diferencias entre musulmanes y cristianos no se ocultaban, y las dos comunidades vivían una al lado de la otra. Y

tampoco sus interacciones cotidianas se caracterizaban siempre por la tensión o los conflictos. Unas memorias búlgaras sobre la vida en el decenio de 1870 recordaban:

> Turcos y búlgaros se llevaban bien juntos. En un pueblo, las mujeres de un barrio que lindaba con las casas de los turcos se mezclaban con las mujeres turcas como buenas vecinas, a la vez que los niños jugaban con los pequeños turcos como con sus propios amiguitos. Las mujeres y los niños turcos hablaban muy bien el búlgaro y los búlgaros, al igual que sus hijos, se defendían con el turco, y el resultado era una especie de dialecto. Los turcos que trabajaban en casas de búlgaros eran aceptados como amigos íntimos… Estábamos acostumbrados a los turcos. Los búlgaros vivíamos nuestra propia vida, desde luego, teníamos nuestra propia forma de vestir, nuestras propias costumbres y nos aferrábamos a nuestra propia fe, mientras que ellos vivían de otra manera, tenían otras costumbres y otras formas de vestir, su fe era diferente también. Pero todo esto nos parecía natural. **[38]**

En las ciudades, donde la presencia musulmana era mayor, la dinámica de la interacción era con frecuencia bastante distinta y se caracterizaba por la concentración de minores, de fanatismo y de violencia contra los no musulmanes. Constantinopla fue un lugar peligroso para los no musulmanes hasta principios del siglo XIX; si eran prudentes, durante el ramadán se abstenían de salir a la calle. En los siglos XVII y XVIII los jenízaros solían atacar impunemente a los cristianos y los judíos. Después de que los eliminaran, esta amenaza desapareció y la modernización hizo surgir una cultura burguesa nueva y compartida que también pasó por encima de las fronteras religiosas. Por primera vez, las pautas de asentamiento en las grandes zonas urbanas se basaron en la clase social en vez de la religión. Las casas de los cristianos prósperos, que antes de las reformas liberalizadoras del período del Tanzimat, solían ser deliberadamente poco atractivas por fuera, con el fin de no llamar la atención, en los últimos decenios del siglo XIX pasaron a ser más lujosas y ostentosas. Musulmanes, cristianos y judíos se mezclaban en los sindicatos de trabajadores, los gremios y los clubes burgueses de Salónica. Puede que las distinciones de clase no suprimieran las categorías religiosas, pero crearon otros lazos de solidaridad e

intereses.

O hubieran podido crearlos de haber parecido más estable el imperio. El estado de las relaciones entre las comunidades dependía del momento, así como del espacio. Debido a la ascensión de la católica Austria y la ortodoxa Rusia las religiones del imperio se vieron sometidas a nuevas tensiones. Las relaciones entre las iglesias ortodoxa y católica empeoraron de manera acentuada a partir de mediados del siglo XVIII; antes habían reflejado una cordialidad y un espíritu de cooperación sorprendentes. Y en el siglo XIX, por supuesto, la aparición de movimientos nacionalistas griegos y serbios fue un desafío a las actitudes otomanas ante la ortodoxia. Por tanto, el momento de aparente liberalismo constitucional en el imperio fue también de creciente inquietud de los musulmanes ante la hostilidad de los cristianos. Cientos de miles de rencorosos refugiados tártaros y circasianos que huían del avance de Rusia hacia el mar Negro llegaron a tierras otomanas y se instalaron en las provincias danubianas y en Bulgaria.

En particular, durante el reinado de Abdulhamid II a partir de 1876 se produjo la reacción otomana contra la intromisión occidental en los asuntos del imperio. La constitución de 1876 definía el islam como «la religión del estado» y la creciente ira popular y oficial contra la intervención de las grandes potencias se manifestó por medio de la violencia del populacho y el resultado fueron matanzas de armenios en 1895 y de griegos cristianos en Creta el año siguiente. Como ha comentado un historiador reciente, los otomanos interpretaron la exigencia occidental de «libertad religiosa» como la libertad de defender su religión de la injuria que representaba la falta de respeto de los cristianos. La decadencia del poderío otomano intensificó la sensación de estar a la defensiva entre los musulmanes en un mundo cristiano que daba muestras de una firmeza desconocida. Así pues, la modernidad fue incrementando las divisiones religiosas entre las comunidades en la última fase del gobierno imperial y les dio un perfil político nuevo. **[39]**

Las antiguas actitudes que iban camino de desaparecer se evocan en la historia del martirio de un obispo de Larisa en el siglo XVII. «Siendo mala su intención y mala su conducta —se nos dice—, fue engatusado por las palabras y las promesas de ciertos europeos y

con la cooperación del diablo, y habiendo reunido una multitud suficiente, declaró la guerra a los turcos, que reinaban entonces… Después de un breve espacio de tiempo fue capturado y pagó el justo precio de sus acciones, siendo ejecutado miserablemente por los turcos, con el permiso de Dios, por haber hecho lo que era indigno de su oficio». **[40]**

Esta historia describe un mundo de obispos cristianos rebeldes y turcos despiadados. Pero el clérigo cristiano no es un héroe a ojos del narrador (cristiano) (como lo sería para posteriores historiadores nacionalistas), sino que es un hombre a quien el diablo ha llevado por el mal camino. Puede que los turcos sean crueles, pero matan al obispo de acuerdo con la voluntad de Dios. Esta historia, pues, no describe una sociedad libre de conflictos o de antagonismos religiosos. Describe un mundo violento y agitado, pero también un mundo donde los cristianos deben lealtad a un estado musulmán y, sobre todo, donde la acción humana todavía se interpreta en términos religiosos en vez de nacionales.

Puede que la cultura musulmana influyera mucho en las creencias, los gustos y las prácticas del campesinado cristiano, pero al mismo tiempo este conservó canciones folclóricas y leyendas ancestrales que hablaban del renacimiento de un imperio cristiano. Las predicciones, los lamentos y las profecías habían circulado entre los campesinos cristianos desde la caída de Constantinopla en aquel funesto martes de 1453. Los obispos ortodoxos serbios y los caudillos de Mania conspiraban constantemente con diplomáticos venecianos y austriacos para rebelarse contra los turcos. En 1657 un patriarca fue ahorcado por predecir temerariamente el fin del islam y el renacimiento de la dominación cristiana. La aparición de Rusia como la primera gran potencia ortodoxa de Europa dio origen a profecías sobre una raza de guerreros rubios que llegaría del norte y expulsaría a los musulmanes de Constantinopla. Fue la última de una larga serie de predicciones similares sobre reconquista cristiana y derrota otomana. En 1766 un hombre que afirmaba ser el zar Pedro III, el infortunado (y difunto) esposo de Catalina la Grande, apareció en Montenegro y mandó una coalición de clanes contra los turcos. Las actividades del impostor empujaron a la propia Catalina a mandar enviados a Montenegro para que proclamasen su apoyo a un levantamiento que se extendería hasta «la misma

Constantinopla, capital del antiguo imperio griego». Por supuesto, a los montenegrinos no les interesaba recuperar Constantinopla, pero no cabe duda de que a Catalina, sí, y delegó a su favorito, el conde Orlov, para que instigase una revuelta ortodoxa contra la Sublime Puerta. Los griegos de Montenegro que organizaron el levantamiento de 1770 le ayudaron, aunque consideraban que Orlov era un hombre cuya «imaginación se había inflamado a fuerza de leer historia antigua y cuentos mitológicos». **[41]**

Orlov proclamó que Rusia deseaba «levantar y liberar a toda la nación griega». Pero, aunque los campesinos cristianos del Peloponeso y de Creta respondieron con entusiasmo, las fuerzas otomanas aplastaron la revuelta sin dificultad. Cuarenta mil personas fueron muertas, reducidas a la esclavitud o huyeron de la región en 1770. ¿Fue una revuelta protonacionalista? Quizá. Después de todo, en 1774 el archimandrita Varlaam escribió a Catalina la Grande que los éxitos de esta «sin duda servirán para acelerar el muy deseado momento de nuestra liberación total». Pero en 1779 los caudillos griegos cooperaron con un ejército otomano en el Peloponeso y negociaron con el ilustre fanariota griego Nicolás Mavroyeni para reprimir a las fuerzas irregulares albanesas que estaban saqueando la región. Dentro del Imperio otomano había muchos cristianos, especialmente en la elite, que vieron en el fracaso ruso una advertencia, sobre todo porque demostró la falsedad de las predicciones que hablaban de la derrota del sultán y que mucha gente se había creído.

Constan tiñe Dapontes escribió:

> Si Dios, obligado por nuestros pecados (que Él me perdone por atreverme a decirlo) impidió que en el momento señalado sucediera lo que afirmaban los oráculos. Si, digo, juzgó conveniente que las afirmaciones de tantos astrónomos, estudiosos y santos resultaran vanas antes que dar el imperio a hombres indignos no solo de este imperio sino de la vida misma, ¿cómo iba a ser posible que resucitara el Imperio romano…? Si así fuera, ni los griegos ni los rusos reinarán en la ciudad hasta el fin del mundo. Que Dios misericordioso se apiade de nosotros, y nos conceda el reino de los cielos y no nos preocupemos por el de la tierra. **[42]**

Curiosamente, sin embargo, el propio Dapontes, pese a su

resignación, fue uno de los intelectuales ortodoxos que al difundir las ideas de la Ilustración europea en los Balcanes proporcionó un vocabulario nuevo para imaginar un mundo postotomano. Al principio, su aportación no fue explícitamente política en absoluto: formados en el nuevo saber humanista de la Europa central, y deseosos de sintetizarlo con la ortodoxia, predicaban las virtudes del conocimiento científico, el saber y la filosofía clásicos, y censuraban el atraso y la barbarie de su propia cultura. Con la difusión de la cultura impresa, sus escritos se multiplicaron. Al terminar el siglo XVIII el número de libros en griego impresos por griegos era siete veces el que se imprimía al principio. Casi todos estos intelectuales salieron del seno de la Iglesia y accedieron al saber por medio del sacerdocio. Sin embargo, aunque ellos no se daban cuenta, su devoción al racionalismo científico, por una parte, y a un sentido secular en vez de bíblico de la historia, por otra, debilitó las bases tradicionales de la autoridad religiosa. [43]

Es esta pequeña elite letrada la que, mientras la inmensa mayoría de los cristianos otomanos continuaba habitando en el mundo mental que hemos descrito antes, empezó a elaborar un lenguaje nuevo de naciones y etnicidades. El historiador Paschalis Kitromilides ha afirmado que su objetivo era integrar «las naciones olvidadas de la periferia europea en el destino histórico común del continente». Los intelectuales de la Ilustración balcánica sustituyeron la antigua concepción ortodoxa del tiempo cristiano por una nueva interpretación secular del tiempo como historia nacional y prepararon así el terreno para el nacionalismo moderno. A principios del siglo XVIII el fanariota Alexandros Mavrokordatos había dividido la historia en seis períodos —desde la creación hasta la segunda venida— a los que seguiría un séptimo período de «reposo sin fin en las mansiones eternas». Esta concepción bíblica del tiempo —en la cual se creía que las épocas históricas se correspondían con los días de la semana— fue la que se vio perjudicada por la importancia que ahora se concedía a la evolución de las civilizaciones y las culturas: la antigua Grecia (en el siglo XVIII) y Bizancio (en el XIX) se convirtieron en aspectos del pasado que primero había que redescubrir y luego renovar mediante la movilización política. La historia adquirió dirección.

Durante gran parte del siglo XVIII los sueños de emancipación

política de los intelectuales se apoyaban —como los de Voltaire— en que un déspota ilustrado acudiera en su ayuda, un rey filósofo platónico, un modernizador, al estilo tal vez de Catalina la Grande o José II. Los rusos siguieron siendo una fuente de ayuda en potencia, en especial cuando, durante la guerra ruso-turca de 1806-1812, tropas rusas llegaron al sur del Danubio y ello creó la impresión de que el «abuelo Iván» liberaría tierras balcánicas. Sin embargo, fue la Revolución francesa la primera en sugerir que la emancipación podía ser fruto de la acción de las propias masas. El derrocamiento de la monarquía francesa, la ascensión de Bonaparte y, sobre todo, su invasión del Egipto otomano en 1798 radicalizaron el pensamiento político de los intelectuales cristianos de los Balcanes. [44]

Entre la nueva generación de activistas había un antiguo secretario de los fanariotas, Rhigas Velestinlis, que desde Viena publicaba escritos en lengua griega que pedían el derrocamiento de la dinastía otomana y la formación de una nueva república basada en los derechos del hombre. La obra de Rhigas titulada *Nueva constitución política de los habitantes de Rumelia, Asia Minar, el Archipiélago y los Principados Danubianos* (1797) fue el proyecto para una nueva «república helénica»: el pueblo sería soberano, con independencia de su lengua o religión. A nosotros, acostumbrados a las futuras divisiones étnicas, nos llama la atención que Rhigas diera por sentado que el griego sería la lengua oficial del nuevo estado. Sin embargo, lo que llamaba todavía más la atención de la gente de la época era que no se hiciese ninguna referencia a la Iglesia. Para Rhigas la dinastía otomana y la Iglesia ortodoxa debían apartarse a favor de una «nación» que todavía estaba mal definida. [45]

Este radicalismo asustó a muchos, tanto musulmanes como cristianos, con su impiedad y su igualitarismo. Oficiales otomanos denunciaron «la conflagración de sedición y perversidad que estalló hace unos cuantos años en Francia y lanzó chispas y llamas de maldad y tumulto en todas las direcciones». Pero en Viena las autoridades austriacas no estaban más contentas y, tras detener a Rhigas, lo entregaron a los otomanos, que le dieron muerte en 1798. La Iglesia ortodoxa también estaba preocupada. El concepto

de libertad política, según muchos obispos, era inspirado por el diablo y empujaba a los fieles a no cumplir con su deber de lealtad al sultán. La «Exhortación paternal» del patriarca, que se hizo pública en el año de la muerte de Rhigas, arremetía contra «el tan cacareado sistema de libertad que… es una trampa del diablo y un veneno destructivo», y recordaba a los cristianos cómo Dios «sacó de la nada este poderoso imperio de los otomanos, en el lugar del Imperio romano [bizantino], que en cierto modo había empezado a desviarse de la fe ortodoxa, y elevó el imperio de los otomanos más que cualquier otro reino con el fin de demostrar sin duda alguna que fue fruto de la voluntad divina». Una sátira griega antiintelectual que circulaba por Constantinopla en aquel tiempo se burlaba de los francófilos: «Jóvenes románticos, notables ilustrados» que «dicen: “Soy ilustrado, y hablo francés, yo mismo llevo ropa de estilo europeo”». Dicho de otro modo, tanto la elite como el pueblo opusieron resistencia a las ramificaciones políticas del nuevo saber. [46]

Asimismo, poco a poco iban penetrando en los Balcanes las ideas del nacionalismo romántico que hacían hincapié en el valor cultural de las lenguas campesinas y chocaban con la antigua suposición de que el griego —como el latín en Occidente— era el camino que llevaba al saber. A comienzos del siglo XIX los intelectuales búlgaros, serbios y rumanos —con frecuencia educados en escuelas griegas— empezaron a definirse en términos de comunidades culturales por primera vez. Se impacientaban bajo lo que, a su modo de ver, era la dominación griega y dudaban sin disimulo de que el griego fuera su lengua o la «Hélade», su patria. Paisii Khilandarski escribió en su *Historia eslavono-búlgara*: «Hay quienes no quieren saber nada de su propia nación búlgara y adoptan costumbres y lenguas extranjeras; no les importa su propia lengua búlgara, sino que procuran leer y hablar griego y se avergüenzan de llamarse búlgaros». [47]

Pero en aquel tiempo pocas de las personas a las que Khilandarski dirigió su libro sabían leer búlgaro. Las nuevas ideas de afiliación política y cultural tardaron en pasar de los intelectuales, los libros y las ciudades a las pequeñas poblaciones con mercado y los hogares de la masa iletrada que vivía en el campo, de las diásporas de Viena, Trieste, Jassy y Odessa a las

tierras centrales de los dominios del sultán. La mayoría de la población seguía siendo analfabeta, ignorante de los libros y las doctrinas nuevas que contenían, habitantes de un mundo rural mucho más circunscrito. En 1810, por ejemplo, aún había solo dos escuelas elementales en el *pasalik* de Belgrado (el núcleo de la futura Serbia), y en ambas la instrucción se impartía en griego; en Montenegro la primera escuela elemental abrió sus puertas en 1834; el rumanismo se asociaba con los deseos de la nobleza de librarse de sus príncipes griegos y dejaba indiferentes a los campesinos; en cuanto al nacionalismo búlgaro, tuvo que esperar hasta la apertura de unas cuantas escuelas puramente búlgaras a mediados de siglo. **[48]**

Al empezar el nacionalismo a quitarle parte de su antigua clientela, el patriarcado trató de reaccionar. Su postura tradicional, que aceptaba el carácter distintivo de los diferentes grupos cristianos al tiempo que insistía en su lealtad religiosa común, la expresó el arzobispo Ignacio de la siguiente manera:

> Los helenos, los búlgaros, los valacos, los serbios y los albaneses forman hoy naciones, cada una con su propia lengua. Sin embargo, toda esta gente, así como la que habita en el este, unificada por su fe y por la Iglesia, forma un único cuerpo y una única nación bajo el nombre de griegos o romanos [*romaioi*]. Así, el gobierno otomano, al dirigirse a sus súbditos cristianos ortodoxos los llama en general romanos, y al patriarca se le llama siempre patriarca de los romanos. **[49]**

Pero la posición del «patriarca de los romanos» se veía debilitada por varios flancos. Los intelectuales griegos no le hacían caso porque lo consideraban un *quisling*, «que es o bien un necio o un pastor que se ha transformado en lobo». Los intelectuales eslavos se inclinaban cada vez más a considerarle como griego. Los turcos desconfiaban y veían en él un servidor desleal de la Sublime Puerta, y en 1821 ejecutaron al patriarca Gregorio V pese a haber hecho pública una carta pastoral en la que excomulgaba a los revolucionarios griegos. **[50]**

El nacimiento de los estados-nación balcánicos después de 1830 redujo más el poder del patriarcado. Las naciones independientes del sureste de Europa (al igual que los rusos en el siglo XVII) no

podían tolerar que la suprema dirección religiosa de sus ciudadanos permaneciera en manos de un oficial del gobierno otomano. «La Iglesia oriental está unida al estado en todas partes, nunca separada de él, nunca dividida de los soberanos desde la época bizantina y siempre subordinada a ellos», escribió un partidario de la nueva Iglesia de Grecia, que se formó en Atenas en 1833, sin la aprobación del patriarca de Constantinopla. Otras siguieron su ejemplo: los búlgaros (incluso antes de la independencia) obtuvieron su Iglesia propia en 1870 —el llamado exarcado— después de una larga querella con el patriarca sobre la necesidad de sacerdotes que pudieran celebrar los oficios en lengua eslava. El año siguiente se fundó una Iglesia rumana autocéfala. En 1921 incluso se presentó a la asamblea nacional de Ankara un proyecto de ley para la creación de una Iglesia ortodoxa turca, culminación lógica del mismo proceso. En 1929 se instauró en Albania una Iglesia ortodoxa independiente. Solo los serbios siguieron la ruta canónica y obtuvieron la autorización patriarcal en 1879 para instaurar su propia Iglesia. Cada uno de estos actos provocó una ruptura con el patriarcado de Constantinopla, que vio cómo su grey iba disminuyendo de manera gradual; en cada caso, el patriarcado acabó viéndose obligado a inclinarse ante las nuevas realidades políticas. En exactamente un siglo la grey del patriarcado disminuyó de forma espectacular y en vez de abarcar toda la población ortodoxa de los Balcanes y Anatolia quedó reducida a unas cuantas decenas de miles de creyentes, la mayoría de ellos en Constantinopla. La ascensión de los estados-nación cristianos prácticamente destruyó a la más poderosa, más rica y más próspera institución cristiana del Imperio otomano. [51]

Sin embargo, la Ilustración balcánica tampoco se salió totalmente con la suya. Puede que sus intelectuales liberales, que eran cada vez más nacionalistas, atacaran a la Iglesia como parte de su argumento a favor de la existencia de comunidades nacionales, pero, en realidad, los creadores de los nuevos estados-nación fueron los campesinos con sus levantamientos y los campesinos siguieron apegados firmemente a su Iglesia. Los misioneros católicos no habían logrado avanzar mucho entre los campesinos ortodoxos de los Balcanes; en el decenio de 1820 los misioneros protestantes norteamericanos imprimieron más de un millón de folletos y

educaron a docenas de jóvenes con un coste de un cuarto de millón de dólares: el resultado fueron tres conversiones. No es extraño que el ateísmo de muchos intelectuales balcánicos del siglo XVIII cayera en saco roto. La ortodoxia cristiana (y la religión en general) siguió siendo un importante factor político en los Balcanes después de la caída del Imperio otomano. Pero su carácter cambió. La religión pasó a ser una señal de identidad nacional de diversas formas que antes no se conocían, y, por tanto, se distinguía más claramente de las otras religiones. Se convirtió en lo que el novelista Georgios Theotokas llamó «una religión nacional», lo cual no dejaba espacio para el tipo de secularisino contra la Iglesia que apareció en la Europa occidental e Italia en la lucha contra el catolicismo. Hoy día, mientras que el pontífice romano sigue siendo una importante fuerza política en el mundo, el patriarca de Constantinopla se aferra desesperadamente a la vida y solo tiene jurisdicción sobre los pocos habitantes ortodoxos que quedan en Turquía. En el sureste de Europa el moderno estado-nación —entidad que data de no más de doscientos años— ha derrotado por completo a los antiguos valores ortodoxos. [52]

3

Cuestiones orientales

La gran época del mundo empieza de nuevo
Vuelven los años de oro
… Sonríe el cielo, y relucen las fes y los imperios
como restos de un sueño que se disuelve

PERCY BYSSHH SHELLEY [1]

Si investigamos las causas de la decadencia interna del Imperio turco, y las examinamos bajo su manifestación más general, debemos afirmar que es debido al hecho de que el imperio se opone a otra sección del mundo cuyo poderío es inconmensurablemente superior al suyo. Esa otra sección podría pulverizarlo en un momento; y aunque tolera que exista por motivos particulares, por una necesidad secreta ejerce sobre él una influencia indirecta e invisible.

LEOPOLD VON RANKE [2]

Durante el largo siglo XIX, que empezó con la Revolución francesa y se prolongó hasta la caída definitiva del Imperio otomano en 1923, surgió el mapa político de los actuales Balcanes. Una serie de estados modernos formados de acuerdo con el principio de nacionalidad sustituyó al imperio, que duró quinientos años, del que se había autoproclamado sucesor de los romanos, «esclavo de Dios y sultán de este mundo», el padisah otomano. El triunfo del nacionalismo se debió en parte a los esfuerzos de los propios habitantes de los Balcanes, que con sus levantamientos y su resistencia había ayudado a sacudirse la dominación otomana. Pero sus esfuerzos no dieron fruto hasta que las grandes potencias de

Europa intervinieron a su favor. Con la primera guerra mundial culminó esta implicación de las luchas de liberación de los Balcanes en el sistema de estados europeos.

Los planes extranjeros para poner fin a la dominación turca en los Balcanes se remontaban al siglo XV, pero no fueron plausibles hasta que los estados cristianos lograron que la Sublime Puerta se pusiera a la defensiva. Después de 1699 Austria conquistó Hungría-Croacia. Rusia llegó al mar Negro y en 1774, tras destruir a la marina turca en una prolongada guerra, un tratado le concedió el derecho de intervenir en los asuntos otomanos con el fin de garantizar el buen gobierno de los principados danubianos, así como el derecho de proteger a los súbditos cristianos de la Sublime Puerta. La víctima de estas dos potencias depredadoras (a las que hay que sumar Prusia) acabó siendo Polonia, y no Turquía, a finales del siglo XVIII. (Una consecuencia involuntaria fue que los estados-nación aparecerían en el sureste de Europa varias generaciones antes que en otras áreas del este del continente). Sin embargo, las particiones de Polonia no saciaron el apetito de los monarcas de estos países. [3]

José II y Catalina la Grande trazaron un plan para dividir los Balcanes de acuerdo con el cual Austria se apoderaría de Bosnia y Herzegovina, parte de Serbia, Dalmacia y Montenegro, a la vez que Rusia controlaría el resto. El nieto de Catalina —llamado a propósito Constantino— se sentaría finalmente en el trono de un Imperio bizantino reconstituido en Estambul. En 1787 los monarcas austriaco y ruso viajaron juntos por los territorios del mar Negro que Rusia acababa de adquirir, y pasaron por debajo de un arco triunfal en el que había una inscripción que rezaba «El camino de Bizancio». Pero el proyecto griego de Catalina nunca se hizo realidad, porque la mayoría de las otras grandes potencias estaba interesada en impedirlo y Catalina tuvo que contentarse con la anexión de Crimea. [4]

Lejos de apoyar a los movimientos independentistas de los Balcanes, estos déspotas ilustrados se proponían sustituir la dominación imperial musulmana por su equivalente cristiano: reemplazar el sultán por varias dinastías autocríticas que gobernarían sus propios reinos políglotas en constante expansión. Pero la Revolución francesa alteró muchos de sus supuestos. «A mi

juicio —escribió el luchador griego Theodoros Kolokotronic en sus memorias—, la Revolución francesa y las acciones de Napoleón abrieron los ojos del mundo. Antes, las naciones no sabían nada, y el pueblo pensaba que los reyes eran dioses en la tierra y se veía obligado a decir que todo lo que hacían estaba bien hecho. Debido al presente cambio, es más difícil gobernar al pueblo». En efecto, mientras que los rusos siguieron considerándose defensores de la ortodoxia contra los turcos, los Habsburgo se mostraron cada vez más conservadores, y a partir de Metternich, vieron con desagrado las luchas por la liberación de los eslavos que tenían lugar a pocos pasos de sus fronteras. Francia y Gran Bretaña vacilaban entre apoyar a los cristianos oprimidos por el despotismo musulmán y proteger a los otomanos de Rusia. Las aspiraciones de los pueblos balcánicos al autogobierno se vieron limitadas así por los intereses antagónicos de las grandes potencias. «Cuanto más piensas en la inmensa cuestión de la caída del Imperio turco —escribió Nesselrode, ministro ruso de Asuntos Exteriores, en 1829—, más te adentras en un laberinto de dificultades y complicaciones». La gestión internacional de este imprevisible proceso de decadencia otomana e insurgencia nacional recibió el nombre de la «cuestión oriental». **[5]**

Pese al declive del Imperio otomano, los cristianos de los Balcanes eran demasiado débiles para conquistar la libertad sin apoyo extranjero. Carecían de organización, de líderes, de la capacidad o la voluntad de triunfar sobre una potencia que seguía siendo una de las principales del mundo. No fueron infieles desarmados, sino poderosas elites musulmanas que en gran parte han caído en el olvido —beyes de Bosnia, *kapetans* de Herzegovina, gobernadores provinciales de Albania, Pasvanoglu de Vidin en el norte— quienes representaban el desafío interno más grave para el gobierno de Estambul en la época napoleónica. Las rebeliones constantes que hubo en Bosnia a mediados del siglo XVIII empujaron al sultán a hablar de la «reconquista» de la provincia. La situación empeoró con el tiempo. «Los bajás o gobernadores provinciales son todavía más independientes del sultán de lo que eran los grandes barones de la corona en los tiempos feudales de la cristiandad —escribió un observador británico en junio de 1803—. Casi toda la Turquía europea presenta un deprimente espectáculo de anarquía,

rebelión y barbarie». [6]

Mientras el sultán se esforzaba por controlar a Pasvanoglu, el caudillo de Vidin, justo al lado, en el diminuto *pasalik* de Belgrado, en la otra orilla del río, frente a tierras habsburguesas, oficiales insubordinados de los jenízaros también estaban forjando sus propios feudos. «De todos los jenízaros del imperio —escribe Ranke—, ninguno se oponía más al sultán que los de Belgrado». Con el propósito de establecer su propia base de poder, asesinaron al representante del sultán, el visir de Belgrado, por ser precristiano, y luego perpetraron una matanza entre los nocibles (*knezes*) cristianos que le apoyaban. Estos se alzaron en armas en nombre del sultán; al principio lo que les empujaba no eran sueños de independencia, sino la necesidad de defenderse. Pero el sultán titubeó en aceptar su apoyo. Armar a cristianos para que luchasen contra musulmanes —por más que aquellos fuesen leales y estos fuesen rebeldes— era una idea que no gustaba a la Sublime Puerta. [7]

En vista de ello, en 1806 los *knezes* serbios pidieron ayuda a los rusos y este paso hizo que lo que hasta entonces había sido fundamentalmente una insurrección local se convirtiera en una lucha por la liberación. Los rusos apreciaban muchísimo la lealtad de los cristianos ortodoxos, pero no querían que el Imperio otomano se desintegrase y cayera en manos de Napoleón. Además, los rusos estuvieron muy ocupados después de que Napoleón invadiera su país y un ejército turco recuperó el control de los alrededores de Belgrado. Así pues, el primer levantamiento serbio terminó en una derrota que en gran parte fue la consecuencia de las luchas entre las grandes potencias en Europa. Pero el Imperio otomano había necesitado nueve años para poner fin a una pequeña guerra fronteriza contra agricultores y comerciantes cristianos mal armados y desorganizados. No era un buen augurio, y reforzó los argumentos de los modernizadores de Estambul que pedían una reforma general del estado otomano. Cosas todavía peores iban a suceder.

No todos los serbios huyeron al extranjero como el líder de la insurrección, Karagjorgje. «¿Cómo beneficiará al sultán tener una tierra vacía? —razonó uno de los rebeldes, que decidió quedarse y confiar en la clemencia de los oficiales—. ¿Qué valdrá Serbia si

matan a todos los serbios?». El astuto líder serbio Milos Obrenovic también se quedó para servir al sultán y fue nombrado gran *knez* con el fin de pacificar el país. Dos años después asumió el mando de un segundo levantamiento. En la primavera de 1815 llevó primero a su hermano de sangre musulmán Aschin Bey a lugar seguro y luego proclamó el comienzo de una nueva «guerra contra los turcos». Se enviaron mensajes a todo el país pidiendo a los habitantes que mataran a toda persona que fuera vestida de verde, pues significaba que era musulmán. **[8]**

En esta ocasión los serbios eligieron mejor el momento: la derrota de Napoleón en Waterloo permitió a los rusos atender a sus clientes de los Balcanes, y los turcos, presionados por los rusos, tuvieron que hacer concesiones a los serbios. Una guarnición turca permaneció en Belgrado, pero los musulmanes fueron confinados a las poblaciones del *pasalik*. A cambio de reafirmar su lealtad al sultán, Milos se convirtió en su gobernante *de facto*. Su forma de gobernar a los serbios era muy parecida a la de los propios bajás: mandó la cabeza de su rival político, Karagjorgje, al sultán, asesinó a otros hombres que discutían su autoridad y ahorcó a los campesinos rebeldes. En lo que se refería a la Sublime Puerta, el acuerdo trajo la paz al minúsculo *pasalik* en un momento en que el gobierno otomano tenía que hacer frente a desafíos mucho más graves en Epiro y Bosnia, donde beyes bien armados ponían en entredicho la autoridad del sultán. Al estallar la revuelta de los griegos, Milos permaneció prudentemente a un lado para demostrar su lealtad a la Sublime Puerta. Obtuvo su recompensa cuando en 1828-1829 otra guerra ruso-turca dio origen a nuevas concesiones otomanas: su reconocimiento como príncipe hereditario de Serbia y la autonomía interna total. A partir de este momento, fue posible ver a Serbia como estado separado. Pero antes de 1878 —año en que obtuvo la independencia oficial en el congreso de Berlín— también podía verse de manera más ambigua como principado cristiano autónomo dentro del Imperio turco, de forma muy parecida a los principados danubianos o al recién formado principado de Samos, todos los cuales ofrecían formas de autogobierno cristiano dentro de los dominios otomanos. El triunfo final del estado-nación todavía estaba lejos. **[9]**

Tal vez el más formidable y duradero de los gobernadores provinciales que desobedecían al sultán a principios del siglo XIX fue el astuto Alí Bajá, albanés de aspecto venerable pero de carácter despiadado, cuya influencia se extendía desde su base en Yanina hasta el río Vardar en el este y el golfo de Corinto en el sur. Durante su larga lucha con la Sublime Puerta, y en medio de complejos dobles juegos con diplomáticos británicos y franceses, Alí consideró la posibilidad de utilizar a los griegos. Sabía que en los círculos de revolucionarios griegos de Odessa, Viena y otras partes se tramaba desde hacía tiempo una lucha de liberación y que la semisecreta Sociedad de los Amigos estaba preparando el terreno para la insurrección. Alí hablaba griego, tenía una esposa ortodoxa griega y tenía a su servicio consejeros griegos que le instaban a convertirse al cristianismo y a la vez que él les hablaba en tono alentador de la restauración del «imperio de los romanos». Las escuelas griegas florecían en su capital, Yanina, que era un importante centro de saber y educación cristianos. **[10]**

En 1821 la Sublime Puerta organizó una campaña cuyo objetivo era aplastar a Alí y enviar tropas contra él en Yanina. Mientras se llevaba a cabo dicha campaña, los griegos se sublevaron en dos lugares separados por centenares de kilómetros. El primer levantamiento, que fue menos afortunado, ocurrió en las tierras danubianas, cerca del próspero mundo griego del mar Negro. Su líder era un fanariota y ex oficial del ejército ruso llamado Alexandros Ypsilantis. Rusia se había convertido en una importante fuente de apoyo para los griegos: un centro de riqueza, conspiraciones y simpatía en altos círculos diplomáticos. El propio Ypsilantis era general del ejército ruso y edecán del zar Alejandro I; Ioannis Capodistrias, que rechazó el liderazgo de la insurrección y más adelante fue el primer presidente de la Grecia independiente, era una figura influyente en los círculos diplomáticos rusos. Pushkin, que se encontraba en la cercana Kishinev, escribió que los griegos

> publicaban proclamaciones que rápidamente se difundían por todas partes: en ellas se dice que el Fénix de Grecia renacerá de sus propias cenizas, que ha llegado la hora de la caída de Turquía, ¡y que una gran potencia aprueba la noble hazaña! Los griegos han empezado a agruparse bajo tres banderas; de ellas, una es tricolor, en otra ondea

> una cruz coronada de laureles, con el texto «Con este signo vencerás» [la promesa que Dios hizo a Constantino el Grande], en una tercera se ve al Fénix naciendo de sus cenizas. **[11]**

Si Rusia hubiera prestado apoyo a los sublevados, como esperaba Ypsilantis, tal vez el levantamiento de las tierras danubianas hubiese sido el preludio del renacimiento imperial bizantino con que soñaban los fanariotas. Pero, en realidad, el zar ansiaba preservar la paz en Europa. «Al emperador le han parecido muy mal [los métodos] que, al parecer, el príncipe Ipsilanti desea emplear para liberar a Grecia —escribió Capodistrias a un amigo—. En un momento en que Europa se ve amenazada en todas partes por explosiones revolucionarias, cómo es posible que alguien no reconozca en las que han estallado en los dos principados el efecto idéntico de los mismos principios subversivos, las mismas intrigas que atraen a las calamidades de la guerra… la más temible plaga de despotismo demagógico». El ejército turco aplastó fácilmente a los rebeldes después de que los campesinos rumanos también se negaran a apoyarles. «No estoy dispuesto a derramar sangre rumana por los griegos», declaró el líder insurgente rumano Tudor Vladimirescu. El resultado fundamental de este fracaso fue la pérdida de la influencia de los fanariotas al norte del Danubio y, finalmente, la desaparición de un importante centro del saber griego. **[12]**

Al cabo de un mes —al empezar una nueva estación de luchas con la llegada de la primavera— estalló una segunda revuelta griega muy al sur, en el Peloponeso, donde la mayoría del campesinado era de habla griega y donde ya había tenido lugar una importante insurrección provocada por los rusos en 1770, con sangrientas consecuencias. El triunfo final de este levantamiento en lugar del de Ypsilantis significó que al crearse un estado griego, no fue este un nuevo Bizancio que se extendiera por Europa y Anatolia, sino un pequeño y modesto reino que establecería su capital en la pequeña población otomana de Atenas. Pero también allí el éxito distaba mucho de ser seguro.

Al principio todos los ojos se posaron en la lucha entre la Sublime Puerta y el rebelde y astuto Alí Bajá en el norte. En Patrás, los griegos todavía albergaban la esperanza de que el gobernante

albanés musulmán de Yanina «venciera y los liberase» de la dominación otomana. De hecho, las autoridades otomanas del Peloponeso temían lo mismo. Provocaron sin querer la revuelta de los griegos al encarcelar a los notables que pudieron encontrar como medida preventiva contra los partidarios cristianos de Alí. Al tener que elegir entre ser detenidos o rebelarse, muchos griegos optaron por esto último y empezaron a atacar los asentamientos musulmanes. «Parece que la nube de tinieblas que se extendió hacia el oeste durante tantos años empieza ahora a proyectar su sombra de desolación y horror en este país —dijo un observador británico en Macedonia al recibir la noticia del estallido de la revuelta—. Parece que este espíritu revolucionario de independencia avanza en otras zonas de Grecia también». Se calcula que unos quince mil de los cuarenta mil habitantes musulmanes del Peloponeso murieron a manos de bandas de insurgentes durante los primeros meses; los supervivientes se refugiaron en las poblaciones y los fortines. Aquel verano fuerzas griegas pusieron sitio a la capital provincial de Trípolis y acabaron saqueándola. «La hueste que entró en ella —recordó uno de los griegos— estuvo matando a hombres, mujeres y niños desde el viernes hasta el domingo. Se dijo que el número de muertos fue de treinta y dos mil… Murieron unos cien griegos; pero todo terminó. Se dio la orden de poner fin a la matanza». **[13]**

A finales de 1821 los líderes de la revuelta griega celebraron una asamblea, proclamaron una Constitución y pidieron ayuda a Europa. Sus simpatizantes declararon que el control que los otomanos ejercían sobre territorio europeo era «una vergüenza eterna para los gobiernos ilustrados». Pero los griegos —al igual que antes los serbios— estaban desorganizados y eran pendencieros. Lucharon entre sí y desaprovecharon sus victorias anteriores; después de 1825 una fuerza de invasión turco-egipcia bien organizada asoló el Peloponeso. Al llegar aquí, la historia se hubiera limitado a dejar constancia de una insurrección fracasada más si Europa no hubiese acudido en auxilio de los griegos. El primer ministro británico, Canning, temiendo que el ejército de Ibrahim Bajá esclavizara a los cristianos del Peloponeso, advirtió que «no permitiría que se implantara un sistema de despoblación». Se ordenó a Ibrahim que «desautorizase o renunciara oficialmente… a la intención de convertir Morea en un estado de Berbería

transportando la población a Asia y África y sustituyéndola por gente de aquellos países». Las represalias otomanas tres años antes en Quíos, que costaron la vida a miles de griegos mientras miles más eran vendidos como esclavos, habían horrorizado a la conciencia liberal de Europa (y Delacroix las había inmortalizado). Para vigilar la situación, las grandes potencias enviaron una flotilla de barcos de guerra al Peloponeso que en la batalla de Navarino destruyó a la flota turca. El ejército egipcio se retiró entonces bajo la mirada vigilante de una fuerza expedicionaria francesa. De esta manera, gracias en gran parte a la intervención exterior, en 1830 se formó un estado griego independiente, y dos años después las grandes potencias nombraron rey de Grecia al joven príncipe Otón de Baviera, que era un católico de diecisiete años de edad. [14]

Los historiadores explican a menudo por qué lo que sucedió tenía que suceder. En el caso del nacimiento del estado-nación balcánico, sus grandes esquemas explicativos atribuyen el éxito del nacionalismo cristiano a incipientes diásporas de comerciantes y al efecto de la ideología occidental. Ninguna de estas cosas hubiera contado de no haber sido por la debilidad militar y administrativa de los otomanos —sobre todo en la periferia del imperio— y por el cambiante equilibrio de poder internacional. Los serbios fueron derrotados militarmente antes de 1810, los griegos antes de 1827, pero, pese a ello, pudieron fundar sus respectivos estados. «Es dudoso —escribe un historiador— que los serbios hubieran podido obtener la independencia del Imperio otomano sin el pleno apoyo de una o más de las grandes potencias». Lo mismo puede decirse de los griegos. En ambos casos, el resultado fue un estado minúsculo e inseguro, pálida sombra de las grandes visiones de imperios resurrectos que habían animado a los revolucionarios balcánicos.

La potencia dominante en la región seguía siendo el Imperio otomano. Después de perder Grecia (y Egipto), la Sublime Puerta destruyó definitivamente a los obstructivos jenízaros, modernizó su ejército y emprendió una serie de reformas. Alí Bajá fue muerto en 1822, los beyes de Bosnia fueron derrotados en 1831 y el estado imperial centralizó su poder. Las reformas dieron origen a algunos intentos de reducir la opresión arbitraria que los beyes locales ejercían sobre los cristianos de los Balcanes. «Los *rayah* han sufrido lo suficiente hasta ahora —afirmó un oficial otomano en 1837,

reprendiendo a los terratenientes por obligar a los campesinos a trabajar en domingo—. Es la voluntad del sultán que se les proteja y se les permita disfrutar plenamente de su religión». [15]

El «enfermo de Europa» todavía estaba vivo: tropas turcas derrotaron al ejército griego en una batalla que tuvo lugar en 1897 sin ir más lejos. También había vitalidad económica: muchos griegos y serbios siguieron siendo ciudadanos otomanos y mostraron poca inclinación a emigrar a su nueva «madre patria»; por el contrario, algunos huyeron de los elevados impuestos y las escasas perspectivas del nuevo reino de Grecia y se trasladaron a la otomana Anatolia o a los puertos del mar Negro. Los mercados del imperio continuaron atrayendo a mercaderes cristianos y había aún cristianos ortodoxos que servían a la Sublime Puerta en calidad de embajadores y consejeros. [16]

Los dos estados nuevos eran países rurales y empobrecidos. Serbia, según Lamartine, era «un océano de bosques», con más cerdos que seres humanos. La vida intelectual de los serbios en las tierras de los Habsburgo era mucho más avanzada que en Belgrado. Unos ochocientos mil griegos habitaban en el nuevo reino griego, mientras que más de dos millones seguían siendo súbditos de la Sublime Puerta. En lo relativo a cosmopolitismo y riqueza, ningún asentamiento urbano de Grecia podía compararse con ciudades otomanas tales como Esmirna, Salónica y la capital misma. Había, desde luego, señales convincentes de revitalización para quienes quisieran verlas. Así, por ejemplo, se construyeron ciudades nuevas que seguían la pauta cuadriculada del urbanismo moderno. Estas ciudades, que registraron una rápida expansión, sustituyeron a los antiguos asentamientos otomanos de Atenas, Patrás, Trípolis y otros. Asimismo, los nuevos gobiernos independientes construyeron mansiones neoclásicas y edificios públicos. «Algunos cuarteles, un hospital, una prisión construida según nuestro propio modelo —escribió Blanqui desde Belgrado en 1841— anuncian la presencia de una civilización incipiente». En realidad, las ciudades otomanas también se estaban transformando de acuerdo con tendencias parecidas del urbanismo y la arquitectura europeos. [17]

La división entre los habitantes de los nuevos estados siguió siendo tan feroz en la paz como antes en la guerra. En Serbia, los partidarios de Karagjorgje y los de Obrenovic se peleaban por el

poder, los nativos rivalizaban con los llamados «alemanes» (inmigrantes serbios procedentes de las tierras de los Habsburgo), los turcófilos se enfrentaban a los rusófilos. En Grecia había luchas parecidas entre facciones regionales, entre partidarios de las diversas potencias, cada una de las cuales patrocinaba a su propio partido, y entre «autóctonos» y «heteróctonos». Estas divisiones enconaron la política desde el principio. Los nuevos estados se habían liberado de la dominación musulmana, pero una aguda sensación de inferioridad ante las grandes potencias atemperaba el orgullo que sentían por haber obtenido un lugar propio en el mundo. Asimismo, tampoco hay que pensar que su triunfo significara que los habitantes de los Balcanes empezasen inmediatamente a considerarse ciudadanos de estados-nación. Al contrario, «Rumania» y «Bulgaria» eran conceptos que todavía en 1830 animaban solo a un puñado de intelectuales y activistas, y es más que probable que «Albania» y «Macedonia» no animasen prácticamente a ninguno. En el sureste de Europa, lejos de obtener la nación un estado independiente —como imaginaban los nacionalistas románticos—, los líderes de los nuevos estados tuvieron que crear la nación a partir de una sociedad campesina que estaba imbuida de la visión del mundo de su pasado otomano. «Serbia —comentó Blanqui— debe a Milos las primeras carreteras que penetran en sus bosques, la puesta en orden de sus finanzas, la creación de la nacionalidad serbia». **[18]**

En los principados danubianos de Valaquia y Moldavia —la futura Rumania— vivía en la mayor miseria un campesinado de habla rumana dominado por boyardos terratenientes nativos y gobernados por príncipes griegos que estaban sometidos al sultán. Estos principados, que Turquía y Rusia se disputaron durante la mayor parte del siglo XVIII, eran el ejemplo más importante de las provincias autónomas que ocupaban un espacio intermedio entre la incorporación total al imperio y la independencia. Después del fracaso de la revuelta griega que estalló en ellos en 1821, la decadencia del poder de los fanariotas dejó abierto el camino para que los príncipes de las provincias fueran elegidos de entre los propios boyardos, lo cual fue un paso importante hacia la creación de una elite gobernante nativa. Empujada por los rusos, la Sublime Puerta se vio obligada a aceptar este cambio en 1826. En 1829,

después de una campaña en la que sus ejércitos llegaron a tres días de marcha de Constantinopla, Rusia impuso el gobierno militar, aunque las provincias —al igual que Serbia— permanecieron nominalmente bajo el sultán. Según el artículo V del tratado de paz de Adrianópolis, los principados «gozarían del libre ejercicio de su culto, de total seguridad, de un gobierno nacional independiente y de plena libertad de comercio». **[19]**

Pero la promesa de independencia nacional no cuadraba con la realidad de la ocupación militar rusa. Los administradores rusos modernizadores, influidos por las teorías sobre la reforma agraria que llegaban de Gran Bretaña y Francia, intervinieron en los asuntos internos de las provincias mucho más que sus predecesores turcos o fanariotas. La Iglesia fue sometida al estado, como en Rusia. Los urbanistas transformaron Bucarest, donde se puso número a las casas y nombre a las calles (solo dos decenios después de Berlín), se iluminaron las calles y se construyeron alcantarillas nuevas. Al igual que los bávaros que administraban el reino de Otón en Grecia, los rusos basaron sus reformas en teorías que procedían de la burguesía conservadora ilustrada. Con las regulaciones orgánicas de 1832, introdujeron una economía monetaria en las propiedades rurales, fomentaron la producción de cereales, formalizaron la propiedad legal de la tierra por parte de los boyardos y exacerbaron las tensiones entre las clases en el campo. **[20]**

Los nuevos señores de los rumanos no tardaron en ser tan impopulares como los anteriores. En el año revolucionario de 1848, tropas rusas y turcas actuaron juntas para sofocar los levantamientos nacionalistas liberales en Bucarest y Jassy. Al igual que ocurriera antes con la de los griegos, disminuyó la influencia de los rusos entre los rumanos, que abrazaron el latinismo y, en particular, la cultura de su «nación hermana» latina, Francia. El francés sustituyó al griego en los círculos elegantes y se utilizaba en los boletines oficiales. Algunos rumanos soñaban con convertir Bucarest, la capital de Valaquia, en el «París de los Balcanes». **[21]**

Después de la derrota de Rusia en la guerra de Crimea, los franceses fomentaron la idea de una unión de los dos principados como barrera que impidiese una mayor penetración zarista hacia Constantinopla. El apoyo francés y las inteligentes maniobras de las

elites rumanas dieron este resultado. En 1859 las dos asambleas provinciales eligieron al mismo hombre, Alejandro Cuza, «jugador de cartas que prefería el ron jamaicano a los asuntos públicos», como gobernante, y las dos asambleas votaron a favor de la unificación. De esta extraña manera nació Rumania (aunque tuvo que esperar hasta 1878 para obtener su reconocimiento internacional oficial). El reinado de Cuza —al igual que el de la mayoría de los gobernantes de los nuevos estados balcánicos— fue breve, aunque al menos se libró de morir asesinado. Se creó enemigos entre los terratenientes debido a sus reformas agrarias y fue obligado a dejar el poder en 1866. Como antes sucediera en Grecia, las elites del país no aceptaron a un jefe de estado nativo y fue necesario importar una casa real del extranjero. Según se decía, el príncipe Carlos de Hohenzollern-Sigmaringen, primo del rey de Prusia, nunca había oído hablar de Rumania antes de que le nombrasen rey de dicho país, pero, al igual que su contemporáneo el rey Jorge de Grecia (un «buen chico pero no demasiado brillante, y un joven muy poco agraciado», fue el comentario de la reina Victoria), disfrutó de un largo y provechoso reinado hasta su muerte, acaecida en 1914.
El nacimiento de Bulgaria fue relativamente tardío —a raíz de la última invasión rusa de la Europa otomana en 1877— y muy controvertido. A pesar de la presencia de una reducida intelectualidad búlgara y del renacimiento cultural y económico de signo nacionalista que se registró en el siglo XIX, la proximidad de Constantinopla había hecho que a los turcos y al patriarcado les resultase relativamente fácil controlar entre los dos a los eslavos de Bulgaria. Fuerzas irregulares albanesas habían aplastado sin piedad y eficazmente un levantamiento campesino en 1841 y muchos búlgaros habían huido al norte para refugiarse en los principados danubianos, en Rusia y, más adelante, en Serbia; las escasas conspiraciones revolucionarias que siguieron tramándose tenían por marco los cafés y las posadas de Bucarest y Jassy. Las tropas otomanas aplastaban con facilidad las bandas armadas búlgaras que cruzaban el Danubio. La mayoría de los notables búlgaros eran partidarios de la cultura griega y leales al sultán. Al visitar Bulgaria en 1830 con el fin de recoger materiales para sus estudios pioneros de historia y etnografía, el estudioso ruso Yuri Venelin encontró a

los búlgaros apáticos y reacios a contestar a sus preguntas. No era claro lo que significaba llamarse búlgaro. «Incluso hace cuarenta años —escribió un observador en 1900—, el gentilicio “búlgaro” era casi desconocido y toda persona educada procedente de aquel país decía ser griega como cosa corriente y normal». [22]

La falta de sentimientos patrióticos entre los campesinos y los mercaderes y el fracaso de sus intentos de insurrección armada desilusionaron a los revolucionarios búlgaros, que decidieron recurrir a estrategias no militares y soñaron con crear una confederación autónoma de cristianos ortodoxos que compartiese el poder con el sultán. El éxito que obtuviera Hungría al crear la monarquía dual partiendo del imperio de los Habsburgo en 1867 ponía de manifiesto los beneficios de una lucha pacífica. Y durante un momento pareció que la reforma también era posible bajo la Sublime Puerta: muchos búlgaros vivían en el modélico vilayato del Danubio, administrado por el reformista Midhat Bajá, cuyos oficiales cristianos gozaban de igualdad —al menos en teoría— con los musulmanes. Pero la mayoría de estos cristianos no la formaban búlgaros, sino emigrados polacos, húngaros y croatas; y el propio Midhat fue relevado al cabo de tres años, víctima de la perenne inestabilidad interna de la administración otomana. [23]

Los cambios religiosos contribuyeron más que el activismo patriótico a dar forma a la naciente conciencia búlgara. Misioneros protestantes norteamericanos tradujeron el Nuevo Testamento a una lengua que pudieran entender los campesinos búlgaros y con ello empezaron a reducir la dominación del griego. Aun así, los misioneros se encontraron con que eran tan pocos los campesinos que sabían leer su propia lengua ¡que pensaron seriamente en la posibilidad de imprimir biblias en turco escrito con caracteres eslavos! En 1849, a raíz de las presiones de los gremios búlgaros de Constantinopla, se consagró una iglesia búlgara en los terrenos del domicilio del notable Stefan Bogoridi, consejero del sultán y príncipe de Samos, que era en parte de origen búlgaro. Hubo nuevos brotes de agitación contra la dominación del patriarcado por parte de los griegos, así como contra las exacciones de los obispos griegos en el campo, y el resultado fue que en 1870 se instauró una Iglesia búlgara independiente. Sin embargo, mucho tiempo después de ello había aún numerosos campesinos de habla búlgara —como

se vería claramente en Macedonia— que se consideraban griegos, lo cual no quería decir que apoyaran los planes expansionistas del reino de Grecia en el sur, sino que asistían a los oficios que se celebraban en las iglesias administradas por el patriarcado. Pasó mucho tiempo antes de que la gente tuviera conciencia de que hablar búlgaro significaba pertenecer a una nación búlgara. [24]

En 1876 fracasó en Bulgaria la última de una serie de revueltas cuyo objetivo era encontrar apoyo entre el campesinado o los habitantes de las ciudades. «El levantamiento de abril —escribe Jelavich—, que sería la principal efemérides de la mitología nacionalista búlgara, fue un fracaso total como revolución». El centenar y pico de civiles turcos que murió a manos de los rebeldes no causó mucha preocupación en Europa. Sin embargo, el sultán —que ya tenía que hacer frente a una insurrección grave en los Balcanes occidentales— se alarmó al ver que estallaba otra sublevación tan cerca del centro del imperio y ordenó su rápida y brutal supresión. Las noticias de los «horrores búlgaros» perpetrados por fuerzas irregulares otomanas —que mataron a entre doce mil y quince mil cristianos— preocupó a Europa e incluso se convirtió en el centro de una campaña electoral en Gran Bretaña. Al hacer el sultán oídos sordos a los llamamientos europeos para que llevase a cabo reformas internas, Rusia invadió los Balcanes en 1877 y, después de chocar con una resistencia turca sorprendentemente tenaz, acabó avanzando sobre Constantinopla. Las condiciones de paz que se dictaron a los turcos aquel año disponían la independencia para Rumania, Serbia y Montenegro, y de esta manera señalaron el final del Imperio otomano tal como había existido durante siglos. Pero la cláusula que armó más revuelo fue la instauración de un estado búlgaro vasto y autónomo que se hubiera extendido hasta Skopje y el valle del Vardar en el oeste y Salónica y el Egeo en el sur. Era la Bulgaria de San Stefano, llamada así por el tratado que le dio origen. [25]

La Bulgaria de San Stefano duró solo unos meses. Las otras potencias, sobre todo Gran Bretaña, consideraron que representaba una extensión inaceptable del poder ruso hacia el interior de los Balcanes. En el congreso celebrado en Berlín en 1878, Disraeli insistió en que el nuevo estado búlgaro se redujera a una extensión inferior a la mitad de la prevista al principio. Macedonia volvió a

quedar bajo la dominación otomana y se creó un nuevo estado tapón —Rumelia oriental— entre Bulgaria y Constantinopla. Bulgaria no tardó en anexionarse la nueva provincia y transcurrieron solo treinta años antes de que el país dejara de ser un principado autónomo que rendía tributo al sultán y obtuviera la plena independencia. Pero los búlgaros nunca olvidaron el estado que los rusos les habían prometido al principio y las «tierras perdidas» de Macedonia en particular se convirtieron en el objeto de sus sueños de expansión.

El proceso de construcción de naciones en los Balcanes duró todo el siglo XIX. Fue prolongado y experimental y, al terminar, gran parte de la «gente humilde» de la región seguía sometida al poder imperial, ya fuera el de los otomanos o —como en el caso de los croatas, eslovenos, serbios, rumanos y otros— el de los Habsburgo. Sin embargo, la autonomía resultó no ser una alternativa a la plena independencia, como habían esperado muchos federalistas dentro y fuera del Imperio otomano, sino su preludio: el paso de la autonomía a la independencia tardó más de un siglo en los principados del Danubio, decenios en Serbia y Bulgaria, y menos de tres años en Grecia. Creta y Samos, que también obtuvieron la autonomía dentro del imperio, pasaron a formar parte de Grecia antes de la primera guerra mundial.

Las grandes potencias intervinieron demasiado en los asuntos internos de los nuevos estados. Nombraron sus reyes entre los vástagos sin empleo de las casas principescas de Europa, redactaron sus constituciones y seleccionaron equipos de consejeros militares y civiles: de los bávaros que administraban Grecia bajo el rey Otón en el decenio de 1840 a los rusos que hacían lo propio en Bulgaria, incluidos su ejército y su Ministerio de la Guerra, en el de 1880. Las grandes potencias definían fronteras y ajustaban territorios en las conferencias diplomáticas e imponían sus deseos a todos los partidos por medio de la diplomacia de cañón y las presiones económicas. Sin embargo, su control de los nuevos estados no estaba asegurado, como pudieron comprobar los rusos en Rumania y Bulgaria y los austriacos en Serbia. Las grandes potencias habían cedido ante las fuerzas del nacionalismo y habían creado estados independientes. Pero en lo sucesivo trataron de preservar lo que quedaba del Imperio otomano. El factor que hizo que sus esfuerzos

fracasaran fue la fuerza del expansionismo como eje principal de la política popular en los países que ellas mismas habían creado. En ello radicaba la inestabilidad fundamental de la nueva situación en los Balcanes.

En la política balcánica, lo que impulsaba a la idea de tener una misión que cumplir era el sueño de expansión territorial. Todos los estados tenían hermanos «irredentos» o tierras históricas que quedaban fuera de las fronteras que las grandes potencias les habían asignado: rumanos en la Transilvaniá húngara; serbios en la Croacia habsburguesa y en tierras otomanas; búlgaros en las tierras del estado de San Stefano que les habían quitado por medio de engaños; griegos que eran esclavos de la «gran idea» de un nuevo Imperio bizantino y andaban redimiendo el helenismo en todo el Imperio otomano, desde Creta hasta el mar Negro. El irredentismo popular movilizaba la opinión pública, financiaba las incursiones de fuerzas irregulares al otro lado de las fronteras, y a menudo obligaba a los monarcas balcánicos a emprender a regañadientes aventuras temerarias en contra de los consejos o deseos de las grandes potencias. Milán Obrenovic no tuvo más remedio que hacer caso omiso de sus propias inclinaciones y declarar la guerra a Turquía en 1876 para apoyar a los cristianos ortodoxos que se habían sublevado en Bosnia, y en 1885 invadió Bulgaria. Ninguna de las dos aventuras salió bien, y en ambas ocasiones solo la intervención de las grandes potencias evitó que los serbios sufrieran más humillaciones. Entre 1854 y 1897 los griegos organizaron una serie de invasiones de tierras otomanas que fracasaron sin excepción; con el desastre de 1922 en Asia Menor terminó la última de una serie de expediciones militares mal planeadas. Los griegos atribuirían luego su fracaso a la falta de apoyo de las grandes potencias. **[26]**

Pero si los estados balcánicos sobrevaloraron sus propias capacidades irredentistas, las grandes potencias no se las tomaron suficientemente en serio. Tenían muy mala opinión de los estados que habían creado y con frecuencia los trataban como marionetas. En 1873 el ministro de Asuntos Exteriores de Austria, Andrassy, opinaba que los vecinos de su país en el Cercano Oriente eran «indios indómitos a los que solo se podía tratar como caballos salvajes, ofreciéndoles maíz con una mano mientras con la otra se

les amenazaba con un látigo». El archiduque Francisco Fernando dijo que Serbia era una tierra de «ladrones, asesinos, bandidos y unos cuantos ciruelos». Después de que el ejército austriaco ocupara la Bosnia otomana en 1878, y adquiriese con ello una nueva y larga frontera con Serbia, los diplomáticos de Viena creyeron que habían frenado la expansión serbia y que tenían al corrupto Obrenovic en el bolsillo. Pero la opinión pública en los Balcanes veía con malos ojos la sumisión a las grandes potencias, y los monarcas que se dejaban manejar demasiado por los vecinos poderosos se exponían a terminar como Alejandro Obrenovic, que fue asesinado en 1903 por oficiales del ejército serbio y sustituido por su rival, el rey Pedro, que se mostraba menos servil ante los austriacos.

Rusia también creía disfrutar de un dominio inquebrantable de la lealtad de los eslavos. Sin embargo, aunque Rumania y Bulgaria debían su existencia misma a Rusia, pronto se sintieron ambas molestas a causa de la injerencia de su gran vecina del norte. Tal vez la expresión más clara del exceso de confianza de los rusos ocurrió en 1912: los diplomáticos rusos alentaron a los estados balcánicos a unirse en la Liga Balcánica para ejercer presión sobre Austria-Hungría. Pero en vez de ello la Liga se volvió contra Turquía y la expulsó de Europa —cosa con la que los rusos no habían contado— antes de volverse contra sí misma y escindirse. A pesar de los temores de los aprensivos occidentales, ni la solidaridad eslava ni la ortodoxa fueron jamás un factor poderoso en las relaciones entre los Balcanes y Rusia.

Si en 1878 alcanzó su apogeo el control de los Balcanes por parte de las grandes potencias, los treinta años siguientes fueron de ruptura. La estabilidad europea estaba asegurada mientras las relaciones entre Austria y Rusia fuesen buenas. Bajo Bismarck, Alemania hizo de intermediario entre ellas y la alianza de estas tres potencias evitó que los políticos balcánicos sacaran partido de cualquier rivalidad entre ellas. Pero Bismarck se retiró de la política en 1890 y sus sucesores en Berlín adoptaron una actitud cada vez más antirrusa. Austria tenía los ojos puestos en las tierras de los eslavos del sur mientras otras grandes potencias se repartían África y ampliaban sus imperios en ultramar. Aun así, en 1897 Austria y Rusia llegaron a un acuerdo para «eliminar el peligro de una rivalidad desastrosa para la paz de Europa en el agitado suelo de la

península balcánica». En este momento, la política exterior rusa estaba dirigida hacia el Lejano Oriente en lugar de los Balcanes. Hasta después de ser derrotada por Japón en 1905, Rusia no volvería a ocuparse del sureste de Europa, con el consiguiente empeoramiento de las tensiones con Austria-Hungría. El punto en que se centró el conflicto fue el corazón de lo que quedaba de la Europa otomana: Macedonia.

Macedonia era una región sin fronteras claras que ni tan solo existía oficialmente como entidad administrativa del Imperio otomano. Era una desconcertante mezcla de pueblos diferentes, rodeada por los estados recién creados —Grecia al sur, Serbia y Bulgaria al norte—, que pasó a ser el centro de las ambiciones expansionistas de dichos estados al terminar el siglo. Desde el punto de vista etnográfico, sin embargo, era problemática incluso para el más apasionado nacionalista balcánico y había cambiado hasta hacerse irreconocible desde la época de Alejandro Magno. El campesinado de la región era predominantemente ortodoxo, y eslavo en su mayor parte; los habitantes de habla griega bordeaban las zonas costeras y habitaban en las ciudades. La capital, Salónica —la «ciudad codiciada», como la llamó un comentarista—, era un prototípico puerto políglota del Imperio otomano cuyos limpiabotas se hacían entender en media docena de lenguas, pero poseía un rasgo singular: del calidoscopio étnico que formaba su población, el grupo más numeroso no eran los griegos, los turcos, los albaneses ni los eslavos, sino los judíos sefardíes. Ningún grupo étnico predominaba dentro y fuera de la ciudad. Solo con la ayuda de la violencia extrema y haciéndose muchas ilusiones podía ofrecer el nacionalismo una base para gobernar un país de semejantes características.

«En cierto sentido —escribió sir Charles Eliot en 1900—, en Macedonia una raza no es más que un partido político». Las facciones progriega y probúlgara luchaban por ganarse al campesinado ortodoxo eslavo. Ambos bandos fundaron escuelas para difundir sus ideales nacionales, crearon iglesias leales a «sus» obispos, elaboraron mapas y etnografías que justificaban sus reivindicaciones y financiaron bandas de patriotas armados —algunas locales, otras apoyadas por agentes exteriores— para lograr el apoyo de los campesinos a su causa allí donde métodos más pacíficos no ofrecían ninguna garantía de buenos resultados. Los

serbios y los rumanos también hacían propaganda, aunque con menos entusiasmo. Los griegos tardaron un poco en organizarse, a la vez que los búlgaros se vieron perjudicados por una escisión fatal en sus propias filas entre los que luchaban por una Gran Bulgaria y la Organización Revolucionaria Interior de Macedonia, que aspiraba a la autonomía para Macedonia. En su mayoría, las autoridades turcas se cruzaron de brazos mientras contemplaban cómo los cristianos luchaban entre sí, y de vez en cuando mandaban fuerzas irregulares albanesas si las cosas amenazaban con desbordarse. **[27]**

La etnicidad era a la vez consecuencia y causa de esta agitación; la violencia revolucionaria producía afiliaciones nacionales, y viceversa. A los infortunados campesinos les interesaba más recuperar un poco de estabilidad en su vida que morir por el nacionalismo. «Nuestros padres eran griegos y ninguno mencionaba a los búlgaros —confesó uno—. Nos convertimos en búlgaros, vencimos. Si tenemos que ser serbios, no hay problema. Pero de momento es mejor que seamos búlgaros». Atrapados entre los revolucionarios intransigentes y el estado otomano con su represión imprevisible, muchos emigraron: a Bulgaria, Grecia, la Europa central o a la otra orilla del Atlántico. Los que se quedaron fueron títeres en una lucha política entre bandos que recurrían de forma progresiva a la violencia para ganarse su apoyo. **[28]**

Cuando activistas probúlgaros organizaron un levantamiento en Djumaya y los habitantes de los pueblos locales reaccionaron con indiferencia, las autoridades otomanas los recompensaron quemando sus casas y vendiendo su ganado. La primavera siguiente, revolucionarios de la ORIM perpetraron atentados con bombas en Salónica y en el otoño desencadenaron la revuelta de Ilinden, que provocó un levantamiento mayor de los campesinos y más represalias de los turcos. Su propósito, como el de tantos insurrectos antes y después, era involucrar a las grandes potencias para que apoyasen sus reivindicaciones de autonomía. Pero fue en vano: por última vez el zar ruso Nicolás y el emperador austriaco Francisco José lograron ponerse de acuerdo sobre un programa de reformas para la provincia otomana. **[29]**

Las reformas de Murzsteg representaron la última cooperación real entre las dos grandes potencias involucradas en los Balcanes. Austria se alarmó ante la agresividad de Serbia después del

asesinato del rey Alejandro Obrenovic, que era proaustriaco. Cuando Serbia y Bulgaria establecieron una unión aduanera secreta en 1905, los austriacos las obligaron a disolverla. El año siguiente hubo una nueva disputa porque los serbios compraran armas en Francia en lugar de en el imperio de los Habsburgo. En la «guerra de los cerdos» los austriacos intentaron de nuevo coaccionar a los serbios, esta vez por medio de sanciones económicas. Dado que entre el 80 y el 90 por 100 de sus exportaciones pasaban por el imperio, cabía esperar que los serbios cediesen. En lugar de ello, desviaron su comercio hacia el sur y se acercaron más a Rusia. Los austriacos empezaron a temer —como dice Sorel— que «cuando la cuestión oriental parezca haberse resuelto, Europa se encuentre inevitablemente ante la cuestión austriaca». A mediados del siglo XIX el pequeño estado independiente del Piamonte había creado Italia al hacerse con las provincias italianas de los Habsburgo; ahora Viena temía que Serbia hiciera lo mismo con los eslavos del sur del imperio.

En 1908, furiosos ante la debilidad otomana y la continua intervención de los occidentales, oficiales reformistas del ejército que servían en Macedonia capitanearon una revuelta contra la Sublime Puerta. Cuando el sultán Abdulhamid declaró que estaba restaurando la Constitución de 1876, una oleada de euforia recorrió la provincia y pareció que el imperio fuera a transformarse bajo los revolucionarios en un estado multiétnico con libertad religiosa y derechos cívicos para todos. En Macedonia hubo un breve momento de celebración. «Los *mullahs* ofrecieron plegarias, el obispo griego y los representantes del Comité Unión y Progreso pronunciaron discursos», decían los informes que en julio llegaron de una población. «Militares y paisanos han arengado a la multitud desde las escalinatas de los edificios gubernamentales —informó un diplomático británico en Salónica, el centro de la revuelta, el 23 de julio—. Hablan a favor de la libertad y del gobierno representativo y afirman que la Constitución ya ha sido proclamada oficialmente». **[30]**

Pero había quienes tenían motivos para no ver con agrado la salvación del Imperio otomano. La dinastía otomana temía que fuese más probable que la reforma le hiciera perder partidarios entre la población musulmana en lugar de encontrarlos entre los

cristianos. Al viajar Abdulhamid en tren por primera vez, la reacción de los espectadores musulmanes había sido cáustica: «El padisah se ha convertido en un *giaour* [cristiano]». Al igual que el ferrocarril, el constitucionalismo representaba la intrusión perturbadora de los valores cristianos en el mundo jerárquico del islam otomano. Sin embargo, esta revolución constitucional también infundía temor a Austria, que había ocupado la provincia otomana de Bosnia-Herzegovina en 1878. Preocupada por la posibilidad de que los Jóvenes Turcos tratasen de hacer extensivo el derecho al voto a dicha provincia, Viena procedió a su anexión inmediata. **[31]**

Como mínimo un experto habsburgués en asuntos relacionados con los eslavos del sur vio los problemas que se avecinaban. En 1908 muchos campesinos bosnios todavía consideraban al emperador Habsburgo como «nuestro anciano padre [*stari otac*]». Pero esta deferencia tradicional ante la autoridad dinástica empezaba a disminuir. Las carreteras, los ferrocarriles y las escuelas que los austriacos estaban construyendo en su nueva provincia facilitaban la propagación del nacionalismo serbio entre los ortodoxos de Bosnia. Y el nacionalismo serbio estaba vinculado a la cuestión agraria. Mientras que en Croacia, Hungría y Serbia los campesinos eran libres, en Bosnia-Herzegovina las cuatro quintas partes esperaban la emancipación y vivían bajo un orden feudal otomano que los austriacos preservaban. «Es obvio que nadie se ha parado nunca a considerar la impresión que por fuerza hará… en las mentes de una población que sabe que en la otra orilla de los ríos Drina y Sava no hay ningún bajá que se apropie de una tercera parte de la cosecha todos los años para el bey o el aga». Los intentos de los Habsburgo por inculcar en los bosnios un sentido de la nacionalidad habían fracasado. **[32]**

La única alternativa parecía consistir en salvar Bosnia para el imperio «situando el centro del mundo de los eslavos del sur dentro de Austria». En el siglo XIX había aparecido un movimiento a favor de la cooperación entre los eslavos del sur debido al carácter cada vez más autocrítico del gobierno de Hungría sobre los serbios y los croatas. El obispo Strossmayer, miembro del Reichsrat de Viena, era uno de los que querían forjar lazos más estrechos entre los serbios, los croatas y los eslovenos, y por medio de instituciones tales como

la Academia Yugoslava y la Universidad de Zagreb pusieron los cimientos para un movimiento que pudiera obtener derechos para los eslavos del sur dentro del sistema habsburgués. Pero incluso dentro del imperio esta política encontró la firme oposición de los húngaros, que no deseaban compartir el poder con los eslavos del sur.

Fuera del imperio, los serbios veían su patria como un Piamonte balcánico que tenía la misión de liberar al resto de los eslavos del sur del cautiverio. Interpretaron la anexión de Bosnia por parte de Austria como una medida contra ellos. Los rusos también se oponían a ella, en especial porque sabían que los austriacos pensaban construir un ferrocarril que llegara al Egeo en el sur. Un diplomático británico comentó: «Es evidente que está empezando la lucha entre Austria y Rusia en los Balcanes». Tanto Rusia como Serbia exigieron una compensación de los austriacos, pero ninguna de las dos la obtuvo. Los serbios esperaban apoyo ruso, incluso una declaración de guerra contra Austria. «Todos piensan en la venganza, que solo se llevará a cabo con la ayuda de los rusos», comunicó el ministro austriaco desde Belgrado. Pero los rusos se echaron atrás cuando los alemanes advirtieron que se movilizarían a su vez en apoyo de Viena. «Rusia todavía no está preparada con su ejército y no puede hacer la guerra ahora», informó a los serbios el ministro de Asuntos Exteriores ruso. En 1914 recibirían una respuesta diferente. [33]

En Serbia y en la misma Bosnia surgieron sociedades secretas que se oponían a la dominación de los Habsburgo, entre ellas Unión o Muerte, la organización implicada en el atentado de Sarajevo en 1914. La victoria serbia en las guerras balcánicas convirtió «lo que hace un año era solo una esperanza —comunicó un observador austriaco al ver los sentimientos proserbios en Bosnia en octubre de 1913— en un movimiento político profundamente arraigado». El dilema para Austria-Hungría se agudizó. «Tenemos o que eliminar a Serbia o, si no podemos, aprender a amarla», comentó un analista. El asesinato de Francisco Fernando hizo que el gobierno austriaco optase por la primera opción y desencadenase una serie de acontecimientos casi idéntica a la de 1908; sin embargo, en 1914 los rusos pensaron que no podían echarse atrás por segunda vez. Por tanto, la segunda crisis bosnia de Europa condujo a la primera

guerra mundial. [34]

Pero para entonces el mapa de los Balcanes ya había cambiado de forma drástica a causa de la caída casi total del poder otomano en Europa. Lejos de reconciliar a los súbditos balcánicos con la dominación otomana, la revolución de los Jóvenes Turcos había acelerado la desintegración del imperio. El nacionalismo disolvió los antiguos lazos imperiales, como también tendrían ocasión de comprobar los Habsburgo. El nacionalismo turco —que era la base sobre la cual los revolucionarios del Comité Unión y Progreso esperaban modernizar el imperio— sencillamente incrementó la animadversión de los cristianos. En 1911 había ya más de doscientas bandas de guerrilleros operando en Macedonia y la perspectiva era más desalentadora de lo que había sido desde hacía muchos años.

En particular, los esfuerzos del gobierno otomano por modernizar el estado le hicieron perder el apoyo del único pueblo que era tradicionalmente leal al régimen, los albaneses. Cristianos y musulmanes, los albaneses habían servido al sultán en calidad de soldados irregulares y guardaespaldas, y su lealtad estaba asegurada porque la Sublime Puerta les permitía tener armas y autonomía. Edith Durham, observadora comprensiva, describió poblados cuyos hombres «al ser llamados a cumplir el servicio militar… con frecuencia se declararán cristianos y exentos, y después repelerán con armas de fuego a los hombres enviados a recaudar el impuesto del ejército alegando que son musulmanes y no les corresponde pagarlo». En 1910 hicieron falta veinte mil soldados otomanos para aplastar un levantamiento en el norte de Albania. Y el año siguiente —al entrar Italia en guerra con el Imperio otomano en Libia y proyectar una invasión de Albania— hubo una revuelta todavía mayor durante la cual los rebeldes pidieron por primera vez que se reconociera a Albania como nación aparte y prácticamente autónoma. «Un hecho especialmente significativo es que se haya formado en Dibër una comisión que se encargará de estudiar la exigencia de que en los registros oficiales los albaneses consten como “albaneses” y no como “musulmanes” o “no musulmanes” —señaló el embajador británico en Constantinopla—. Al parecer, los notables que forman la comisión son musulmanes y que consideren siquiera una propuesta para pedir un estatuto nacional en vez de

religioso es un hecho totalmente nuevo y muy notable». **[35]**

La rebelión de Albania presagió cambios radicales en el equilibrio de poder en los Balcanes. Demostró que la revuelta armada contra las autoridades turcas podía triunfar, lo cual incitó a los estados balcánicos a formular sus propias reivindicaciones de territorio otomano. Señaló la aparición del nacionalismo albanés organizado y militante, cosa que alarmó mucho a Serbia y a Grecia, ya que ambas reivindicaban territorios donde había importantes poblaciones de habla albanesa. Y alentó tanto a Austria como a Italia a soñar con establecer nuevas posiciones en el sureste de Europa, lo cual alarmó todavía más a los estados balcánicos.

En marzo de 1912, por tanto, Serbia y Bulgaria acordaron «unirse en defensa de su independencia y su integridad y en oposición a cualquier intento de una gran potencia de invadir los territorios balcánicos del Imperio otomano». Grecia y Montenegro pronto se unieron a ellas. Los diplomáticos rusos creían haber fomentado la creación de un bloque defensivo contra Austria, pero despertaron demasiado tarde y vieron cómo la Liga Balcánica atacaba a Turquía. «Rusia trata de poner freno —comentó Poincaré —, pero es ella quien ha puesto en marcha el motor». «Por primera vez en la historia de la cuestión oriental —señaló otro diplomático francés—, los estados pequeños han pasado a ser tan independiente de las grandes potencias que se sienten capaces de actuar prescindiendo por completo de ellas e incluso llevándolas a remolque». **[36]**

En la primera guerra balcánica de 1912-1913 el poderío otomano en Europa se desvaneció en unas semanas. Serbia y Grecia fueron las principales beneficiarias, ya que ambas adquirieron extensos territorios nuevos. Bulgaria ganó mucho menos y pronto estuvo incluso peor al declarar la guerra a sus antiguas aliadas, que la derrotaron en la segunda guerra balcánica. Las grandes potencias reconocieron a la Albania independiente y la defendieron de sus ávidas vecinas. La mayor perdedora en muchos sentidos —aparte del Imperio otomano— fue Austria-Hungría, que ahora se encontró ante una Serbia victoriosa y expansionista. Austria trató de fortalecer a Albania como contrapeso, pero no pudo impedir que Kosovo y tierras vecinas fueran asignados a Serbia y

Montenegro.

La verdad era que después de dos guerras balcánicas, Serbia no estaba en condiciones para una tercera. Pero en Viena, aquel verano de 1914, muchos creían que había llegado el momento propicio para aplastar a Serbia de una vez para siempre. Sabían que tenían el apoyo de los alemanes. Por otra parte, debido a los acontecimientos de la crisis de Bosnia en 1908, era prácticamente seguro que los rusos respaldarían a los serbios, puesto que no podían permitirse quedar mal por segunda vez. Por tanto, el enfrentamiento entre las grandes potencias era inevitable. Después del asesinato del archiduque en Sarajevo, el gobierno serbio hizo casi todas las concesiones que exigieron los austriacos. No fue suficiente. La tercera guerra balcánica en tres años la empezó Austria; y antes de que transcurrieran tres semanas, las obligaciones que imponía el sistema de alianzas rivales de Europa hicieron que todas las grandes potencias se viesen involucradas en el conflicto, que pasó a ser continental.

Si se examina aisladamente, había pocos motivos para que la ruptura del entendimiento austro-ruso en los decenios posteriores a 1878 llevara a la guerra. Después de todo, los intereses de Austria y los de Rusia se encontraban en lados opuestos de la península balcánica. Pero la sensación de debilidad de ambas potencias fue creciendo a medida que pasó el tiempo. Debido al crecimiento del nacionalismo balcánico y al vacío de poder resultante del declive de la autoridad otomana, les resultaba difícil asegurar sus intereses vitales: la obediencia de los eslavos del sur en los dominios de los Habsburgo; el control del mar Negro y el acceso al Mediterráneo en el caso de Rusia. Necesitaban aliados y representantes locales y, por tanto, tuvieron que intervenir en la confusa política de la región. No contribuyó a mejorar las cosas su falta de juicio al tratar con estos aliados, cuyas capacidades militares y diplomáticas subvaloraban con frecuencia. Los estados balcánicos tenían práctica en la «política de oscilación». En 1914, no por última vez en las relaciones de los Balcanes con las grandes potencias, «el rabo terminó meneando al perro».

Los *hadjuks*, los *klefts*, los armatoles y los bandoleros eran héroes en el panteón nacionalista balcánico. Leyendas y epopeyas orales hablaban de sus hazañas. La prosaica realidad era que las fuerzas

militares y navales de tipo convencional tenían más importancia en lo que se refería a determinar los resultados políticos. Los 160 000 soldados que los rusos lanzaron a la otra orilla del Danubio en 1877 contribuyeron más que los *hadjuks* y los *klefts* a obtener la libertad para los cristianos de los Balcanes. Durante los dos siglos que culminaron en la intervención de la OTAN en Kosovo en 1999, los ejércitos regulares siempre vencerían a las fuerzas irregulares, que solo podían imponerse si a su vez obtenían el respaldo de una fuerza militar más poderosa. Las dos contiendas balcánicas de 1912-1913 mostraron hasta qué punto todos los ejércitos de los Balcanes se habían adaptado a los requisitos de la guerra moderna. La carrera de armamentos entre ellos duró hasta 1914. Los otomanos reorganizaron su ejército con asesoramiento occidental y dieron el mando del mismo a emigrados polacos y húngaros, así como a mercenarios británicos, norteamericanos y alemanes (como Mehmet Alí Bajá, que asistió en calidad de delegado al congreso de Berlín y había sido soldado en el ejército prusiano antes de convertirse y llegar a comandante en el otomano). Los ejércitos balcánicos también importaron conocimientos técnicos y armamento occidentales, lo cual obligó a los nuevos estados, que eran pobres, a hacer inversiones enormes.

Los ejércitos regulares soportaron también el peso principal de la lucha. En 1914 los serbios tenían la friolera de 450 000 hombres sobre las armas. En 1916 ya eran menos de 150 000 y 100 000 habían resultado muertos. Después de dos invasiones habsburguesas de una incompetencia extraordinaria y de la tenaz resistencia del ejército serbio, este se vio finalmente obligado a retirarse hasta el mar y abandonar el país a la ocupación militar. Turquía entró en guerra al lado de los alemanes y los otros estados balcánicos vieron una oportunidad para lo que Todorov, ministro de Asuntos Exteriores de Bulgaria, calificó de «extorsión» y exigieron que en cualquier futuro acuerdo de paz se les concedieran territorios a cambio de entrar en guerra. Bulgaria tomó partido por las potencias centrales después de que estas le prometieran territorios serbios y griegos y acabó movilizando a 800 000 hombres.

Grecia y Rumania dejaron transcurrir más tiempo antes de apostar por el caballo que resultaría vencedor. El gobierno rumano

entró en guerra al lado de la Entente en el verano de 1916 y sucumbió rápidamente ante las potencias centrales. «Pretender que el ejército rumano hiciese una guerra moderna —se quejó un comandante ruso— era pedirle a un asno que bailara un minué». A Rumania se le daba mejor negociar que luchar. En pocos meses, el ejército rumano fue disuelto y se instaló en Bucarest un gobierno proalemán. «La intervención rumana —según Norman Stone— hizo posible que los alemanes continuaran luchando hasta bien entrado 1918». Por suerte para Rumania, otros ejércitos eran mejores que el suyo y permitieron que el país sacara mucho provecho de la conferencia de paz de París. **[37]**

En Grecia, los partidarios y los enemigos de la intervención en el conflicto dividieron el país antes de que finalmente se impusieran los primeros, capitaneados por el jefe del gobierno, Venizelos. Fuerzas griegas, serbias, italianas, británicas y francesas —los llamados «jardineros de Salónica»— ocuparon el frente macedonio contra las potencias centrales. En el otoño de 1918 las fuerzas de la Entente lanzaron en él una ofensiva victoriosa que les permitió avanzar mucho. De hecho, fue la caída de Bulgaria a finales de septiembre la que empujó a los jefes militares alemanes a sacar la conclusión de que la guerra estaba perdida. Lloyd George, uno de los principales «orientales» británicos, comentó amargamente: «Por desgracia, del mismo modo que había muchos que no podían imaginar que los acontecimientos en los Balcanes provocasen una guerra mundial, había también quienes se negaban a creer que los acontecimientos en una parte del mundo tan poco conocida pudieran poner fin a una». **[38]**

De hecho, aunque la primera guerra mundial terminó en 1918, en el sureste de Europa se continuó luchando durante algún tiempo. El Imperio otomano había empezado a desintegrarse mucho antes que los otros imperios plurinacionales de Europa, pero su derrumbamiento definitivo se produjo mucho después de que los Habsburgo y los Romanov abandonaran sus tronos respectivos. En 1919 fuerzas griegas desembarcaron en Asia Menor. Tras asegurarse de que las grandes potencias respaldarían una cabeza de puente alrededor de la ciudad de Esmirna, el propio Venizelos pensó que se le ofrecía la oportunidad de cumplir la gran idea irredentista y crear un nuevo Imperio bizantino basado en Constantinopla. Pero la

aventura de Grecia en Asia Menor terminó en un desastre: las fuerzas turcas obligaron a los griegos a retroceder hasta la costa mediterránea y acabaron expulsándolos por completo del continente; la numerosa población ortodoxa de Anatolia tuvo que huir. De las luchas de 1921-1922 salió la moderna república de Turquía, bajo el liderazgo de Mustafá Kemal, más conocido por Atatürk. El último sultán otomano, Mehmet VI, huyó de Constantinopla a bordo de un acorazado británico y murió en San Remo en 1926, con deudas tan grandes que sus acreedores retrasaron el entierro durante dos semanas. Atatürk, mientras tanto, emprendió la difícil tarea —que todavía continúa— de convertir el antiguo centro del imperio en un estado-nación turco. [39]

«Las potencias aliadas —afirmó el ministro de Asuntos Exteriores británico en junio de 1915— esperan que, como resultado de la guerra, el equilibrio político en los Balcanes se establezca sobre una base más amplia y más nacional». El resultado final fue más ambiguo que esto. La homogeneidad étnica de Grecia y Turquía aumentó como consecuencia del intercambio obligatorio de habitantes en 1923: los musulmanes se fueron de Grecia para trasladarse a Turquía, y los ortodoxos que vivían en Anatolia «regresaron» a Grecia. La Macedonia griega, donde los griegos eran menos de la mitad de la población antes de 1914, pasó de esta manera a ser griega en casi un 90 por 100. La Salónica judía se convirtió en la Tesalónica griega con la llegada de miles de refugiados de Asia Menor. En cambio, en Rumania, que obtuvo extensos territorios que antes eran rusos y habsburgueses, aumentó el número de minorías: en 1922 el país era un tercio mayor que antes de la guerra, pero solo dos tercios rumano desde el punto de vista étnico: las poblaciones húngara, judía y ucraniana eran muy numerosas. [40]

Sobre todo, tenemos el caso único del reino de los serbios, los croatas y los eslovenos, es decir, el estado que se creó en Versalles y que sería más conocido por su nombre posterior de Yugoslavia. Al empezar la guerra, ninguna de las potencias de la Entente tenía intención de desmembrar el Imperio austrohúngaro para crear una «Europa nueva». Además, también eran pocos los eslavos del sur

que aspiraban a esto. Pero a causa del derrumbamiento del imperio de los Habsburgo y la amenaza procedente de Italia, que tenía sus propias reivindicaciones territoriales en Dalmacia, poco podían hacer los croatas y los eslovenos salvo abrazar la unión de los eslavos del sur bajo el liderazgo de la dinastía serbia de los Karagjorgje. Desde el principio sospecharon que lo que les ofrecían no era federalismo, sino un gobierno centralizado desde Belgrado y la Gran Serbia: hubo tensiones en las conversaciones que líderes serbios, croatas y eslovenos celebraron durante la guerra y resistencia armada a la incorporación en el nuevo estado después de 1918 entre los campesinos de Croacia a Montenegro. La Constitución de 1921 confirmó sus peores temores: en lo sucesivo, funcionarios y militares serbios dominaron el nuevo estado yugoslavo. [41]

En 1923 la cuestión oriental había llegado a su fin. Un decenio de guerras había acabado destruyendo los imperios que durante siglos habían gobernado los Balcanes, así como gran parte de la Europa oriental. Pero la caída de los imperios no conllevó la paz que preveían los liberales de Occidente. Los estados sucesores apelaron al principio de la nacionalidad para reivindicar las tierras de sus vecinos: el irredentismo siguió vivo y pocas fronteras balcánicas no fueron objeto de disputa. Asimismo, el principio de la nacionalidad era un arma de dos filos. En todos los estados nuevos había minorías étnicas cuya existencia debilitaba las pretensiones de gobernar en nombre de la nación. Tampoco las grandes potencias de Europa lograron después de 1918 resolver las diferencias que las habían llevado a la guerra. Al contrario, sus rivalidades se agudizaron e intensificaron ahora debido a la ideología al extenderse el fascismo y el comunismo. Así pues, el siglo XX, al igual que el XIX, sufrió a causa del sangriento cruce de las disputas regionales de los Balcanes, por una parte, y la rivalidad de las grandes potencias, por la otra. La era de la religión había terminado y empezaba la de la ideología: el nacionalismo abarcaba ambas.

4

La construcción del estado-nación

> ¡Nos esforzábamos como águilas por encima de las nubes y ahora nos revolcamos en el polvo, en el pantano…! Si esta es la vida que lleva un pueblo libre, entonces esa libertad es inútil. Sembramos rosas, pero solo han brotado espinas.
>
> MIJALAKI GEORGIEV [1]

«La pretensión de instaurar estados de acuerdo con los límites de la nacionalidad es el más peligroso de todos los planes utópicos —advirtió el Ministerio de Asuntos Exteriores austriaco en 1853—. Proponer semejante pretensión significa romper con la historia; y ponerla en práctica en cualquier parte de Europa representa remover hasta los cimientos el orden firmemente organizado de los estados y amenazar al continente con la subversión y el caos». En el plazo de medio siglo, los nuevos estados-nación de los Balcanes habían derrotado al Imperio otomano; en 1918 los Habsburgo también se habían ido. El orden de los estados europeos establecido en el congreso de Viena se había visto reemplazado por el de Versalles. Pero, como señaló el historiador húngaro Oscar Jaszi, en un ensayo de 1925 sobre «el carácter irresistible de la idea nacional», la primera guerra mundial no resolvió el problema de la nacionalidad, toda vez que el derecho a la autodeterminación, como cuestión de política práctica, no podía hacerse extensivo a todos los grupos nacionales. De hecho, la existencia tanto de Yugoslavia como de Checoslovaquia atestiguaba la continuación de formas

alternativas de estado. En el calidoscopio étnico de los Balcanes, sobre todo, el principio de la nacionalidad era una fórmula para la violencia. [2]

Para los musulmanes otomanos, las repercusiones del triunfo cristiano en el sureste de Europa eran evidentes desde hacía mucho tiempo. Después de la conquista de Hungría y Croacia por parte de los Habsburgo a finales del siglo XVII, se borraron los vestigios de vida y monumentos musulmanes que había allí. En 1826 las potencias acordaron que en lo que se refería a Grecia, «Con el fin de efectuar una separación total entre los individuos de las dos naciones, y para prevenir choques que son consecuencia necesaria de una rivalidad tan duradera, los griegos deberían comprar las propiedades de los turcos». En 1830 los turcos recibieron la orden de retirarse de la campiña serbia a poblaciones con guarnición, y treinta años más tarde se acordó deportar a todos los turcos que no estuvieran en estas poblaciones y vender sus propiedades. [3]

En 1876-1878 una nueva oleada de refugiados cruzó la frontera otomano-serbia después de que las luchas en los alrededores de Nis dieran por resultado la expansión del territorio serbio. Decenas de miles de tártaros y circasianos musulmanes huyeron de Bulgaria cuando el ejército ruso la invadió en 1877; otros fueron asesinados por soldados rusos y campesinos cristianos. Tesalia, que era una provincia otomana, tenía alrededor de 45 000 habitantes musulmanes cuando Grecia se la anexionó en 1881; en 1911 quedaban solo 3000. En Creta, la población musulmana descendió de 73 000 en 1881 a 27 850 en 1911. Algunos huyeron para evitar la guerra, otros para librarse de la persecución por parte de bandas o civiles o sencillamente de humillaciones como la de tener que servir en el ejército bajo oficiales cristianos. Los intercambios oficiales y organizados de habitantes —que serían un rasgo de la política balcánica en el siglo XX— todavía no habían empezado. Cuando las autoridades musulmanas propusieron un intercambio de habitantes turcos y búlgaros en 1878, la idea fue rechazada. [4]

Pero el problema de la nacionalidad iba más allá de los reveses que sufrían los musulmanes de los Balcanes. El concepto liberal del estado-nación pretendía conciliar el gobierno étnico de las mayorías con las garantías de los derechos individuales. La tensión entre estos dos elementos ya había sido evidente en las luchas relacionadas con

la constitución rumana en el siglo XIX, que indignaba a las grandes potencias porque era claro que estaba concebida para negar a los judíos la condición de ciudadanos del nuevo estado. En teoría, la asimilación de la minoría a la mayoría tenía que servir para homogeneizar a la larga a la población. Pero la teoría colisionaba con las realidades de la política en los estados postimperiales de Europa, donde las tensiones, las animosidades y las suspicacias entre los grupos étnicos eran muy grandes. [5]

Los diez años de guerra comprendidos entre 1912 y 1922 pusieron de manifiesto la importancia del problema. El enfrentamiento entre bandas griegas y búlgaras en la Macedonia otomana había causado muchas víctimas. Pero el número de estas era muy inferior al de las bajas civiles que ocasionaron los ejércitos regulares durante las guerras balcánicas. En 1912, por primera vez en la historia de la región, los estados modernos aprovecharon un conflicto militar en sus intentos de alcanzar objetivos demográficos a largo plazo. En los antiguos distritos otomanos de Kosovo y Monastir, en particular, se cree que el ejército conquistador serbio mató a miles de civiles. Aunque algunos oficiales serbios hablaron con despreocupación de «exterminar» a la población albanesa, el motivo de las matanzas fue la venganza más que el genocidio. No obstante, lo ocurrido llenó de horror a los testigos presenciales y a los investigadores. «Los turcos huyen de los cristianos, los búlgaros de los griegos y los turcos, los griegos y los turcos de los búlgaros, los albaneses de los serbios —señaló la Comisión Carnegie, que investigó los hechos en 1914—. El medio que utilizan los griegos contra los búlgaros, los turcos contra los eslavos, los serbios contra los albaneses, ya no es el exterminio ni la emigración; es un método indirecto que, sin embargo, debe llevar al mismo fin, a saber: la conversión y la asimilación». Las conversiones forzosas, las ejecuciones en masa y la huida de decenas de miles de refugiados fueron las consecuencias de este intento de liquidar las provincias otomanas que quedaban en Europa de acuerdo con el principio de la nacionalidad. [6]

Las fuerzas militares siguieron mirando con suspicacia a los civiles de los Balcanes también durante la primera guerra mundial. En Kosovo continuó la lucha entre serbios y albaneses. La ocupación de Macedonia y el sur de Serbia por los búlgaros fue lo bastante

brutal como para provocar levantamientos. Pero los pueblos balcánicos no eran los únicos involucrados: la represión por parte de las potencias imperiales también era mayor que antes. El 8 de octubre de 1914, por ejemplo, el político austriaco Josef Redlich anotó en su diario que había recibido la visita de un periodista húngaro, Josef Diner-Denes, que describió una «guerra racial» (*Rassenkrieg*) dirigida por las autoridades austriacas contra los serbios en el sur de Hungría. «Han internado a centenares de serbios, muchos de ellos personas inocentes». Al cabo de poco más de un mes, Diner-Denes le trajo más noticias: «En Esmirna, dice Diner, han matado a diez mil serbios por traidores; han despoblado las regiones fronterizas» (*entvölkert*). Redlich lo interpretó como señal de que se había decretado una «política sistemática de exterminio» (*systematische Ausrottungspolitik*) contra los serbios. [7]

Los términos de este tipo prefiguraban los que emplearían los nazis aunque la escala de la represión habsburguesa no podía compararse con la destrucción que la Wehrmacht de Hitler desencadenaría en la misma región tres decenios más tarde. No obstante, los militares de Francisco José recurrieron a las ejecuciones en masa, los campos de concentración y la deportación de la elite serbia para garantizar el orden en los territorios ocupados. En Anatolia, cuando estalló la guerra, las autoridades otomanas deportaron a miles de griegos de la costa de Asia Menor al interior. Se calcula que más adelante, en 1915-1916, dieron muerte a un millón de armenios en una campaña organizada de exterminación sistemática: ejecutaron a algunos y dejaron que los otros murieran de hambre en las marchas forzadas. «¿Quién se acuerda ahora de los armenios?». La famosa pregunta que Hitler hizo en 1939 se refería a estos acontecimientos, como también hizo referencia a ellos Franz Werfel en *Die 40 Tage des Musa Dagh*, la alegoría antinazi apenas disimulada que escribió en el decenio de 1930.

Había métodos menos extremos de ocuparse del asunto de las minorías. Una política que tenía porvenir era lo que los expertos llamaban benévolamente «traslado de población». Tal vez el ejemplo más dramático de ella —el momento que señaló el final

definitivo del viejo mundo otomano— fue el intercambio bilateral y obligatorio de habitantes que Grecia y Turquía acordaron en 1923: más de un millón de ortodoxos griegos que vivían en Asia Menor y antes eran ciudadanos otomanos fueron trasladados a Grecia, a la vez que trescientos ochenta mil musulmanes abandonaron Grecia para dirigirse a Turquía. De hecho, es probable que el número total de refugiados a los que afectó el acuerdo estuviera más cerca de los dos millones, si se tienen en cuenta los refugiados griegos procedentes del litoral del mar Negro y el este de Tracia, así como los numerosos musulmanes que habían huido de otras zonas de los Balcanes. Solo se hizo una excepción con la comunidad griega de Constantinopla y los musulmanes de Tracia occidental. Así pues, una elevada proporción de los habitantes de ambos países —como mínimo una quinta parte en el caso de los griegos— había conocido el exilio, la huida y las privaciones, a la vez que el estado tuvo que hacer frente a problemas relacionados con la ayuda, las condiciones de salubridad, el reasentamiento y la desestabilización económica que causó la expulsión de comunidades tan numerosas. Pero desde el punto de vista nacionalista, tanto de Atatürk como de Venizelos —las figuras dominantes en los países respectivos—, el intercambio de habitantes era de la mayor importancia para crear estados-nación homogéneos en el aspecto étnico: la provincia griega de Macedonia pasó a ser abrumadoramente griega (el 89 por 100 en 1923 en comparación con el 43 por 100 en 1912), mientras la costa de Anatolia, en Turquía, pasó a ser casi totalmente musulmana, e Izmir —«la infiel», como antes la llamaba su población, en la que predominaban los cristianas— resurgió de las cenizas convertida en un puerto turco.

Aunque el intercambio de población entre griegos y turcos siempre gustó a los que controlaban el poder en el mundo, que lo consideraban un medio racional de mejorar la paz internacional —y, de hecho, contribuyó a mejorar las relaciones entre los dos estados después de 1930—, no continuó llevándose a cabo durante el período de entreguerras. En su lugar, las grandes potencias obligaron a los estados balcánicos a firmar tratados sobre los derechos de las minorías y la Sociedad de Naciones se encargaba de velar por su cumplimiento. Estos tratados no se limitaban a proteger a los individuos como en el siglo XIX, sino que abarcaban los

derechos colectivos, cuya importancia habían subrayado los resultados de la guerra. En 1918 Rumania había adquirido no solo inmensos territorios, sino también grupos numerosos de húngaros, alemanes, ucranianos y judíos. Los rumanos étnicos representaban únicamente el 72 por 100 de la población del país. Cerca del 15 por 100 de la población del reino de los serbios, los croatas y los eslovenos no pertenecía a ninguno de estos tres grupos. Una quinta parte de la población de Bulgaria no era búlgara. En Grecia —que tenía que vérselas con más de un millón de refugiados en una población total de poco más de seis millones— había minorías eslavas, judías y musulmanas; incluso Albania, con su pequeña minoría griega, fue incorporada al nuevo régimen de los derechos de las minorías. [8]

El nuevo sistema, sin embargo, no satisfizo a la minoría ni a la mayoría. La primera se encontró con que sus quejas caían en oídos sordos porque la Sociedad de Naciones no disponía de ninguna maquinaria eficaz para hacer que se cumpliera. La segunda se sentía irritada por una disposición que permitía que otros estados intervinieran en sus asuntos internos. Los nuevos estados balcánicos tenían que hacer frente a enormes problemas de reconstrucción y desarrollo en un período de crisis económica e incertidumbre política y era natural que viesen con malos ojos todo lo que les recordara su propia debilidad. Cuando leemos sobre la difícil tarea que representó para la Sociedad de Naciones obligar al gobierno albanés, en el decenio de 1930, a permitir que la minoría griega tuviese sus propias escuelas, resulta más fácil comprender hasta qué punto el régimen de los derechos de las minorías no había cumplido lo que se esperaba de él. [9]

En realidad, los estados balcánicos eran libres de tratar a sus minorías como deseasen. La rápida expansión territorial significó que con frecuencia imponían su autoridad empleando los mismos medios que las potencias coloniales y enviaban gendarmes, maestros, colonos agrícolas y recaudadores de impuestos a provincias remotas donde vivían personas que hablaban una lengua diferente. Los griegos en sus «nuevas tierras», los rumanos en Besarabia y Bucovina, los serbios en sus «nuevas regiones del sur» y, de hecho, en Croacia, Bosnia y Montenegro también: todos consideraban que estaban edificando un estado nuevo en medio de

gentes fundamentalmente hostiles. No obstante, ninguno llegó al extremo del estado polaco de entreguerras, que en su lucha con los nacionalistas ucranianos, terminó incendiando poblados y enviando al ejército, pero, de todos modos, hubo represión sistemática. A menudo las minorías eran víctimas de discriminación en las disputas relacionadas con la propiedad y obligadas a hablar la nueva lengua del estado en público; su lengua propia la reservaban para hablar en casa. «Todos los macedonios han tenido que "serbianizar" su nombre sustituyendo la terminación "off" por "itch"», escribió Henri Pozzi en 1935; en Grecia se utilizaban las terminaciones «os» o «is». [10]

Y, como sospechaban sus nuevos gobernantes, muchos miembros de estas minorías albergaban sentimientos revisionistas: habían visto con qué rapidez y de qué forma tan espectacular habían cambiado las fronteras entre 1912 y 1922 y tenían la esperanza de volver a cambiarlas. Organizaciones de emigrados croatas y macedonios conspiraban contra el acuerdo de Versalles y se alineaban con potencias revisionistas como la Italia fascista. Los autonomistas macedonios prácticamente gobernaban algunas zonas del oeste de Bulgaria como feudo independiente y fueron un factor desestabilizador de la política búlgara hasta que intervino el ejército. A la minoría húngara y, especialmente, a la alemana las consideraban quintas columnas en potencia. En el caso de los alemanes, esta sospecha se vio confirmada cuando los nazis utilizaron a los alemanes étnicos en el extranjero para sus objetivos en política exterior. Al estallar la segunda guerra mundial, los revisionistas trazaron su programa sobre el mapa del sureste de Europa: Yugoslavia desapareció otra vez y Albania, Bulgaria y Hungría incrementaron sus respectivos territorios a expensas de Rumania y Grecia.

Sin embargo, la represión étnica no era toda la historia y no debemos examinarla con independencia de los principios generales de gobierno de las elites balcánicas riel siglo XX. Más que los conservadores, eran los liberales quienes tendían a preconizar una política menos tolerante para con las minorías. Esto era debido a la creencia de que su política de modernización del estado saldría beneficiada si un poder central fuerte hacía que el país entrara en el siglo XX por medio de reformas activas de tipo social y económico.

Al fin y al cabo, de acuerdo con casi todos los indicadores —la alfabetización, el rendimiento de las cosechas o la longevidad— los Balcanes iban a la zaga del resto de Europa: la tarea de los modernizadores era inmensa. Estaban en contra de la fragmentación cultural que se producía al permitir que las minorías tuvieran sus propias escuelas y a favor de construir más escuelas estatales para que las minorías aprendieran la lengua de la mayoría. Pero no sospechaban solo de las minorías, sino de todos los grupos que pudieran escapar de su control, ya fueran las estructuras comunales y autónomas de las minorías étnicas, la Iglesia, los bandoleros o los movimientos obreros y campesinos potencialmente rebeldes. También eran partidarios, al menos en el decenio de 1920, de la industrialización, la reforma de la agricultura y el acceso a los mercados financieros del extranjero, y todo esto requería la participación de personas que poseyeran cualificación y lenguas urbanas, como era el caso de los alemanes, los judíos y otros grupos minoritarios. Dicho de otro modo, embarcados en la construcción del estado, los liberales no veían con buenos ojos las aspiraciones de las minorías, pero no eran totalmente exclusivistas. Con frecuencia la represión no era el objetivo final, sino un aspecto de la modernización del estado.

Había en esto un marcado contraste con la política nazi, que definía y trataba a las minorías con arreglo a los principios del racismo biológico, que en los Balcanes encontraba solo un débil eco. Si aprendían la lengua del país y tal vez modificaban su nombre, quizá era posible asimilar a los griegos en Albania, los valacos y los eslavos en Grecia, los ucranianos y los macedonios en Rumania; lo era en el caso de quienes profesaban otras religiones, por ejemplo, los judíos y los musulmanes, si se convertían. Solo en Rumania condonaron los gobiernos antisemitas pogromos y boicots, y limitaron la matriculación de judíos en las universidades. Movimientos antisemitas extremistas tales como el Partido Cristiano Nacional y la fascista Guardia de Hierro encontraron mucho apoyo allí. En las postrimerías de 1940, después de que la Guardia de Hierro entrara finalmente en el gobierno, hubo una serie de matanzas cuyas víctimas se contaron por miles. Pero en otras partes, durante el período de entreguerras, el antisemitismo no fue más allá de ser un elemento de la cultura popular cristiana y tuvo

escasas repercusiones políticas. Y, en general, los estados balcánicos no se tomaron la molestia de definir a las minorías en sus leyes y menos aún prohibir la interacción por motivos raciales o tomar medidas para segregarías, expropiarlas o expulsarlas como harían los nazis después de 1933. Las medidas de este tipo presuponían un grado de fe en la ciencia y la burocracia que no existía en las sociedades rurales del sureste de Europa, que eran pobres y estaban mal administradas. [11]

Después de 1941, sin embargo, los ocupantes nazis hicieron salir a la superficie —y aprovecharon— las tensiones entre los grupos étnicos y ofrecieron a algunas minorías la oportunidad de devolverles la pelota a los que habían sido sus amos durante el período de entreguerras. Por primera vez en la era moderna, Croacia obtuvo la independencia, como estado, títere del Eje; la gobernaba un partido nacionalista extremista, el de los ustachis, que no había encontrado mucho apoyo antes de la guerra. El gobierno prohibió el uso del alfabeto cirílico, persiguió a los serbios y los judíos e instauró un estado de partido único cuyo objetivo era «trabajar para el principio según el cual el pueblo croata y nadie más gobernará siempre en Croacia». Su definición jurídica de la nacionalidad croata era imprecisa («[alguien] de origen ario que con su conducta ha demostrado que no participó en actividades contra los esfuerzos del pueblo croata por la liberación») y dejaba lagunas que los funcionarios más moderados podían aplicar con discreción. Pero no había ni asomo de imprecisión en la violencia que el régimen desató casi inmediatamente, en su mayor parte contra los serbios y los judíos, ante la mirada de una Iglesia católica que distaba mucho de ser crítica. Varios centenares de miles de personas fueron encarceladas y asesinadas, especialmente en el campo de Jasenovac, y todo ello contribuyó en gran medida a la aparición del movimiento de resistencia de los partisanos. [12]

No fue Croacia el único país de los Balcanes donde la ocupación nazi provocó una guerra civil entre grupos étnicos. Los chetniks serbios proclamaron su intención de «limpiar Bosnia de todo lo que no sea serbio» y mataron a decenas de miles de personas de otras etnias. Las tropas búlgaras se anexionaron zonas de la Tracia griega, mataron a miles de civiles, prohibieron el uso del griego y trataron de repoblar la provincia con colonos búlgaros. Una política parecida

se intentó en la antigua Macedonia yugoslava, aunque en ambos casos la colonización durante la guerra fue un fracaso. Las represalias de los partisanos y las privaciones causadas por la guerra pesaron más que los atractivos de la tierra gratuita y la propiedad. La repoblación agraria en las tierras fronterizas tuvo en general poco éxito incluso en tiempos de paz, y en el período que va de los intentos yugoslavos en Macedonia entre las dos guerras mundiales a los que hicieron los griegos en su frontera del norte en el decenio de 1950, los campesinos raras veces se quedaban quietos y solían seguir el movimiento general hacia la seguridad y la riqueza que ofrecían las ciudades. No tiene nada de extraño, por tanto, que también fracasara durante la contienda. Lo significativo es que se intentara, puesto que índica que para algunos estados balcánicos, como, de hecho, para la propia Alemania nazi, una victoria militar no era el único objetivo de la guerra, sino que también pretendían hacer ingeniería demográfica permanente en territorios nuevos. [13]

Tampoco terminó la guerra civil étnica tan pronto como se retiraron los alemanes. Las luchas en Kosovo entre los albaneses y los partisanos yugoslavos duraron meses, incluso años en algunas regiones. Los alemanes étnicos fueron expulsados de Voivodina y Rumania y se repoblaron sus tierras. Los albaneses fueron obligados a abandonar el noroeste de Grecia en 1944-1945, y la guerra civil griega, que duró de 1946 a 1949, fue en parte una guerra entre el gobierno de Atenas y la minoría de habla eslava del norte, que esperaba obtener algún tipo de autonomía y tal vez enlazar con los estados comunistas que empezaban a surgir al otro lado de la frontera. [14]

En 1950 la composición étnica de los Balcanes ya había experimentado alteraciones drásticas. La población judía descendió de unas 856 000 personas en 1930 a menos de 50 000. Cientos de miles de alemanes étnicos fueron expulsados de Yugoslavia y deportados de Rumania.

Los eslavos y los albaneses huyeron del norte de Grecia y los serbios huyeron de Kosovo. Como consecuencia de la guerra total, el genocidio y los grandeˆ movimientos de refugiados durante la primera mitad del siglo XX, la homogeneidad étnica había

aumentado en todos los estados balcánicos. Por otra parte, seguía habiendo minorías importantes: musulmanes en Bulgaria, Grecia y Bosnia; húngaros en Rumania.

En Yugoslavia, Tito trató de resolver los problemas profundamente arraigados del país sustituyendo el sistema de gobierno del período de entreguerras, el de los serbios y la dinastía Karagjorgje, por el gobierno multinacional de un partido dictatorial único. En una etapa determinada, incluso pensó crear una federación comunista como medio de dominar Bulgaria, Albania y Grecia. Aunque este sueño se desvaneció a causa de la ruptura de Yugoslavia con Moscú en el verano de 1948, el federalismo siguió siendo la estrategia comunista para tratar a las nacionalidades que formaban parte de Yugoslavia. Puede que «Fraternidad y unidad» no respondiera a la realidad, pero era algo más que un lema: incluso después de la ruptura entre Tito y Stalin, la hegemonía de Moscú en la Europa oriental contribuyó a garantizar que los asuntos relativos a las minorías y el irredentismo, aunque nunca estuvieron ausentes del todo, no interrumpieran las relaciones entre los estados como había ocurrido antes de 1940. Pero las tensiones no habían desaparecido y reaparecerían al derrumbarse el comunismo. [15]

En la primera mitad del siglo XX la tierra era trabajada por la mayoría de los habitantes de los Balcanes, codiciada por los diplomáticos y disputada en el campo de batalla por los ejércitos. Los estados de la región sentían la misma hambre de tierra que el resto de Europa y creían que la expansión era necesaria: ya fuera para redimir a hermanos irredentos, para recuperar provincias que reivindicaban en virtud de algún derecho histórico o sencillamente para demostrar la vitalidad de la nación en un mundo darviniano.

En el decenio posterior a 1914, tanto el territorio como la población de Grecia aumentaron casi una cuarta parte; Rumania pasó de 138 565 a 316 757 kilómetros cuadrados y de 7,5 a 17,6 millones de habitantes. Bulgaria, que había perdido territorio, soñaba con reconstruir el estado gigantesco de San Stefano que se le había prometido brevemente en 1878; Albania, cuyas fronteras no se acordaron oficialmente hasta comienzos del decenio de 1920, tenía los ojos puestos en sus tierras irredentas en Grecia y Yugoslavia.

Sin embargo, el asunto urgente que debían afrontar todos estos

estados después de un decenio de guerra era cómo hacer que esta tierra alimentase a la población que vivía en ella. Antes de 1912 la emigración en enorme escala a la otra orilla del Atlántico había demostrado la dificultad de esta tarea: varios millones de campesinos empobrecidos huyeron del sureste de Europa —de Eslovenia al Peloponeso— a Estados Unidos, empujados por la desesperación nacida de la vida miserable que ofrecía la agricultura. Con el cierre de las rutas de emigración de antes de la guerra después de 1921, los nuevos estados del sureste de Europa tenían que demostrar que podían funcionar como economías viables.

La guerra hizo que todo el mundo tomara conciencia de que era necesario poder garantizar la autosuficiencia, pero también complicó inmensamente esta tarea. Además de los enormes problemas del socorro inmediato en la posguerra —tan grandes que hubo que pedir ayuda a organizaciones tales como la Near East Foundation, la Sociedad de Naciones y la Rockefeller Foundation—, había problemas estructurales más hondos. En 1918 los costes de la guerra ya habían provocado una total interrupción económica y financiera de los sistemas monetarios que existían antes del conflicto. Así pues, para los estados de la posguerra era prioritario —antes de poder albergar la esperanza de obtener empréstitos en los mercados monetarios del extranjero— estabilizar la moneda y reformar la banca. Pero esto entrañaba endurecer los impuestos y reducir los gastos.

En un sentido, los campesinos se beneficiaron enormemente al terminar la guerra: el miedo de que el bolchevismo se propagara de Rusia a la Europa oriental fue la causa de que los gobiernos llevaran a cabo reformas agrarias a gran escala. Los políticos albergaban la esperanza de que la creación de una clase de pequeños propietarios agrícolas sirviera para comprar tranquilidad social y prevenir la revolución. Por consiguiente, el número de pequeñas propiedades agrícolas en los Balcanes, donde ya ocupaban una posición dominante, aumentó a expensas de los grandes hacendados. Pero los costes económicos contrarrestaron los beneficios políticos de esta medida: la parcelación de la tierra obligó a los agricultores a producir cosechas comerciales, incrementó su dependencia de las fuerzas del mercado y provocó su endeudamiento. A comienzos del decenio de 1930, la deuda campesina ya era una carga pesada para

los reformadores agrarios, y la modernización del campo parecía tan lejana como siempre. Al caer los precios de las cosechas en los mercados mundiales, cayeron también los ingresos de los campesinos, pero estos siguieron soportando el grueso de la carga tributaria nacional, que en todos los países balcánicos era muy favorable a los impuestos indirectos sobre los artículos de consumo. «Un estado no puede ser democrático —advertía el preámbulo de la ley tributaria rumana de 1923— si en el momento en que desaparecen las grandes propiedades rurales permite que unas cuantas personas acumulen fortunas por medio del comercio y la industria mientras deja a la masa del pueblo en el estado de servidumbre de ayer». **[16]**

¿Por qué no aprovecharon los campesinos los derechos democráticos de que gozaban para votar a los partidos que los defendían? Detrás de su fachada liberal, los sistemas parlamentarios balcánicos eran corruptos y autocríticos que servían para que el poder siguiera en manos de los tribunales, las camarillas de militares y las elites urbanas, pero esto era solo parte de la explicación. La debilidad de la política de los campesinos era uno de los rasgos que llamaban la atención en la Europa de entreguerras. «Quién se acuerda hoy de la Internacional Verde, que se formó para unir a los partidos campesinos de Europa tanto contra los comunistas rojos como contra los reaccionarios blancos». En teoría, una sociedad que en gran parte era campesina debería haber visto en el poder a gobiernos parlamentarios que fueran sensibles a las necesidades agrarias, pero la realidad era que los campesinos —que en su mayoría seguían siendo analfabetos, lentos de movimientos y reacios a viajar— resultaban difíciles de movilizar políticamente. Es verdad que surgieron partidos campesinos en Bulgaria y Rumania, pero fueron neutralizados: por la fuerza en el caso de la Unión Agraria Búlgara, que obtuvo una arrolladora victoria electoral antes de que un *putsch* la derrocase. El Partido Campesino Nacional de Rumania estuvo en el poder durante dos años hasta que su líder, Maniu, dimitió a causa de una disputa con el rey. El popular Partido Campesino Croata se vio marginado durante la mayor parte del período de entreguerras por una elite política dominada por los serbios. En Grecia, los partidos agrarios siguieron siendo en gran parte inoperantes en un sistema polarizado

entre monárquicos y republicanos. [17]

Más fundamental es el hecho de que estos partidos no tuvieran una respuesta verdadera para los problemas económicos de sus países respectivos. Aligerar las cargas tributarias de los campesinos y fomentar la creación de cooperativas de crédito no eran medidas capaces de resolver la crisis estructural nacida del exceso de población y de la subindustrialización con que se enfrentaban los estados balcánicos. Los pequeños propietarios agrícolas no podían competir en los mercados mundiales, pero tampoco podían retroceder al siglo XIX y a la autarquía, toda vez que tenían deudas que pagar y familias cada vez más numerosas que alimentar. A pesar de la visión idealizada de la vida campesina que promovían los intelectuales urbanos y las nuevas oficinas de turismo de los gobiernos, era evidente que la solución del problema del crecimiento y la prosperidad no se encontraría en los poblados. Gran número de campesinos emigró a las ciudades durante los decenios de 1920 y 1930, pero tampoco allí había suficientes empleos.

Durante un breve momento de optimismo en el decenio de 1920, entre el final de la reconstrucción de posguerra y la quiebra de Wall Street, la mayoría de los estados de los Balcanes optó por reconstruirse ingresando de nuevo en la economía internacional liberal. Se crearon bancos centrales independientes, se adoptó el patrón oro y se intentó atraer a los inversores extranjeros, para lo cual los estados restringieron sus presupuestos y pagaron sus deudas. Los Balcanes recibieron gran cantidad de fondos franceses, británicos y norteamericanos. Sin embargo, el capitalismo internacional era muy exigente. Después de 1930 cesaron las exportaciones balcánicas y surgió la amenaza de una crisis de la deuda. Ni el gobierno británico ni el francés estaban dispuestos a permitir que los estados balcánicos obtuvieran divisas extranjeras tomando cantidades especificadas de sus bienes. El resultado fue que en 1932 ya sé había generalizado el incumplimiento del pago de la deuda, suspendido los tipos de cambio y derrumbado el orden económico internacional abierto que de manera tan deliberada se había reconstruido después de 1918.

Así pues, en el decenio de 1930 las economías balcánicas tuvieron que volver a echar mano de sus propios recursos. El estado

subió las barreras arancelarias, racionó las divisas extranjeras y, en general, se vio obligado a adoptar una política más dirigista e intervencionista: por primera vez, los gobiernos trataron de planificar la asignación de los recursos, proteger a los agricultores mediante la compra de sus cosechas y la cancelación de sus deudas. El crecimiento industrial en el decenio de 1930 fue boyante durante unos cuantos años, a la vez que el comercio de trueque con el Tercer Reich sustituyó a los antiguos mercados que se habían derrumbado. En cambio, los intentos de coordinar la política comercial de la región por medio de conferencias balcánicas que se celebrarían con regularidad tuvo un éxito muy limitado y los esfuerzos de algunos políticos por avanzar hacia una federación balcánica hicieron pocos progresos. **[18]**

La crisis económica también debilitó los fundamentos del gobierno parlamentario. Incluso antes de 1930, las instituciones democráticas de entreguerras no habían logrado adquirir legitimidad. Grecia sufría el azote de incesantes golpes militares y conspiraciones. La disputa en torno a la constitución de 1921 en Yugoslavia dejó ver el abismo que había entre los principales partidos serbios y Croatas, un abismo que se ensanchó de forma inevitable después de que el líder del Partido Campesino Croata, Radie, fuera asesinado en la sala del Parlamento. En Bulgaria, el primer ministro, Stambolijski, del partido agrario, fue asesinado brutalmente después de un golpe contra su gobierno. En Albania, Ahmet Bey Zogú instauró el gobierno permanente tras invadir el país con una fuerza de mercenarios en 1924 y hacerse proclamar primero presidente y después rey. Los partidos comunistas, que durante un breve período a comienzos del decenio de 1920 habían amenazado con obtener un apoyo generalizado, fueron prohibidos en la mayoría de los países. La principal amenaza para la democracia liberal entre las dos guerras mundiales procedía más bien de la derecha.

Después de 1929, la dictadura de derechas sustituyó a la democracia en la totalidad de los Balcanes. Pero no se trataba de dictaduras fascistas —el gobierno de un partido de masas que había accedido al poder por medio del proceso democrático—, sino de gobiernos autoritarios encabezados por los reyes y sus ministros seleccionados cuidadosamente. Nada ponía tan de manifiesto la

debilidad de la política de masas en el sureste de Europa como el hecho de que el estado pudiera aplastar y suprimir tan fácilmente los movimientos de izquierdas e incluso los fascistas populares, como la Guardia de Hierro rumana. El rey Alejandro disolvió el Parlamento en el reino de los serbios, los croatas y los eslovenos en 1929, y a partir de entonces gobernó el país, rebautizado ahora con el esperanzador nombre de Yugoslavia, por medio de una dictadura personal. El rey Boris de Bulgaria siguió su ejemplo en 1935 y convirtió la asamblea en un organismo consultivo a la vez que celebraba elecciones bajo la estrecha supervisión de la policía. El rey Jorge de Grecia prescindió del Parlamento en 1936; el muy detestado Carol de Rumania hizo detener y fusilar al popular líder fascista Codreanu, creó su propio Partido de la Nación, que los observadores consideraron «un fracaso total», y presidió un gobierno de unión nacional. [19]

Así pues, a pesar de que la región tenía experiencia de la política democrática, los partidos de masas de izquierdas y de derechas no duraron. A finales del decenio de 1930 el sistema parlamentario y los partidos políticos ya habían defraudado las esperanzas que los intelectuales liberales habían depositado en ellos. Pocas personas lloraron su desaparición. Sin embargo, los propios reyes dictadores y sus secuaces no estaban seguros de cuál era su misión y no eran muy queridos; resultaba demasiado obvio que defendían el orden imperante, que eran reacios a efectuar los radicales cambios socioeconómicos que hacían falta para sacar a los estados balcánicos del callejón sin salida del subempleo agrario. La desilusión que causaron tanto los políticos burgueses como los conservadores que les habían sucedido preparó el terreno para los proyectos izquierdistas de renovación económica que aparecieron después de 1945 bajo la mirada de la Unión Soviética.

En el decenio de 1940, la sacudida devastadora de la guerra total y sus secuelas barrió a las elites políticas de antes de la guerra. La ocupación nazi (y luego la soviética) subrayó de la forma más cruda la incapacidad del estado para proteger a sus ciudadanos de la violencia, la desnutrición y el empobrecimiento. Grecia sufrió una hambruna devastadora porque el estado fue incapaz de hacerse con el control del suministro de alimentos; Yugoslavia fue desmembrada y sometida a un régimen de represalias contra civiles, una guerra

civil interna y una desestructuración social que causaron centenares de miles de muertos. Los jefes de estado griego y yugoslavo se exiliaron y de esta forma se distanciaron de sus súbditos. En 1943-1944 los movimientos de resistencia de masas, que eran dominados por los comunistas, ya parecían a punto de hacerse con el poder en cuanto se retiraran los alemanes.

En octubre de 1944 Churchill y Stalin llegaron a un acuerdo sobre las esferas de influencia en el sureste de Europa en la posguerra: Grecia sería para los ingleses y los norteamericanos: el resto se dejaría para la Unión Soviética. Los comunistas griegos, sin embargo, se negaron a creer que se había hecho un reparto y no fueron derrotados hasta después de una larga guerra civil. Al restablecerse la paz en 1949, el número de personas muertas, encarceladas y obligadas a abandonar sus hogares era superior al que había causado la ocupación alemana. Así pues, la crisis del estado griego duró todo el decenio de 1940 y si se resolvió fue solo gracias a la masiva ayuda militar y económica que los ingleses y los norteamericanos prestaron a las fuerzas anticomunistas. En Yugoslavia y Albania, en cambio, los partisanos comunistas se hicieron rápidamente con el poder. El Ejército Rojo cruzó Yugoslavia persiguiendo a los alemanes que se retiraban, pero la toma del poder por Tito fue un asunto interno y se logró exclusivamente gracias al predominio militar de su movimiento de partisanos. Antes de que transcurriera un año los comunistas aplastaron a sus enemigos, esto es, los chetniks serbios, los ustachis croatas y los colaboracionistas eslovenos.

En Bulgaria y Rumania, la guerra propiamente dicha afectó a la sociedad menos que sus secuelas. Ambos países se alinearon con el Eje y por ello se libraron de las terribles experiencias de sus vecinos, pero significó también que la derrota de Alemania provocó la caída y el descrédito de las antiguas elites gobernantes. Fueron ocupados por las tropas soviéticas, que requisaron los cereales de los campesinos de forma mucho más rigurosa que los alemanes, y ayudaron a crear un movimiento comunista que pudo tomar el poder y conservarlo. En Bulgaria, en particular, la antigua administración del estado fue objeto de una purga violenta que supuso la muerte, la cárcel o el exilio para los que habían

colaborado con los alemanes durante la guerra y para los posibles enemigos pertenecientes a la clase política de antes del conflicto; en Rumania, el gobierno también ajustó cuentas con antiguos enemigos étnicos, en especial los alemanes. En ambos países, el número de afiliados al partido comunista aumentó mucho a partir de una base minúscula —de 14 000 a 422 000 en Bulgaria, por ejemplo, entre septiembre de 1944 y 1946— porque en ellos, por razones obvias, no había tenido lugar la expansión del partido que en otros países nació de la resistencia contra la ocupación nazi durante la guerra.

En 1950 la lucha ya había terminado y los Balcanes se convirtieron en un laboratorio en el cual el mundo libre y el comunismo soviético competían por conducir aquellas sociedades agrarias tradicionales a la modernidad. Todos los estados balcánicos tuvieron que industrializarse con el fin de crear puestos de trabajo para su población, que crecía rápidamente; todos, a la larga, necesitaban alcanzar el nivel de vida del resto de Europa. El contraste entre los dos lados del telón de acero fascinaba a los observadores de la época. «El hombre o la mujer corriente, no como animal político o económico, sino como ser humano, ¿encontrará que la vida vale más la pena vivirla en el lado oriental o en el lado occidental de la frontera?», preguntó la experimentada observadora británica Elisabeth Barker en 1948. La propia Barker señaló el contraste entre la anarquía de la política en Grecia y el rígido control en el norte, entre «un mínimo garantizado aunque duro de seguridad social a costa de un gran sacrificio de la libertad humana, e inseguridad social en la que el individuo se encuentra a merced de los parásitos de la sociedad». [20]

Muchos intelectuales de Occidente opinaban que los comunistas tenían la estrategia económica apropiada para la región. Esto no significa necesariamente que admirasen la brutalidad de los métodos comunistas, sino que se inclinaban a pensar que las medidas de los comunistas no solo constituían una mejora inmensa comparadas con el estancamiento de antes de la guerra, sino que además producirían cambios estructurales de carácter permanente en la economía balcánica. «Estos planes de gran alcance avivan la imaginación —escribió el historiador Hugh Seton-Watson en 1954 —. Ni siquiera un observador extranjero puede evitar que le afecten

el entusiasmo y el optimismo de los planificadores. Además, es seguro que la industrialización a gran escala, las obras públicas y la mecanización de la agricultura son los remedios apropiados para el exceso de población y la pobreza en los medios rurales, y la falta de bienes manufacturados, que tanto llamaban la atención en la antigua Europa del este». [21]

«Grecia, más que los otros países de la Europa oriental —prosiguió—, necesita un programa de industrialización planificada», y advirtió que dependería de la ayuda extranjera durante años. Aunque lo primero nunca se hizo realidad, la predicción fue acertada: después de darse a conocer la Doctrina Truman en 1947, Grecia se convirtió en la mayor beneficiaría per cápita de la largueza norteamericana y en 1963 ya había recibido ayuda militar y económica por valor de más de tres mil millones de dólares. A partir de entonces, un acuerdo de asociación con el Mercado Común dio al país acceso privilegiado a los mercados de la Europa occidental. Si se tiene en cuenta la entrada de gran cantidad de capital extranjero, las tasas de crecimiento eran altas pero no excepcionales y se basaban en la exportación de textiles, en las remesas de miles de trabajadores en Alemania occidental y, de forma creciente, en el turismo de masas: en 1974 el número de visitantes ya era de dos millones al año, y en 1980, de seis millones. Dentro del país, el capital se invertía menos en la industria que en bienes raíces, bienes de consumo y en el sector servicios. El estado griego desempeñó un papel enorme en la economía y construyó carreteras y mejoró las comunicaciones, pero hizo poco por fomentar las manufacturas u otras industrias.

Al otro lado del telón de acero el crecimiento fue al principio mucho mayor que en Grecia. Los gobiernos comunistas hicieron de la inversión forzosa en la industria pesada la piedra angular de su política económica. Controlaban el consumo y como, a diferencia de Grecia, no recibían ayuda norteamericana, encauzaban los fondos de la nación hacia los bienes de capital. Siguiendo el modelo soviético, aunque sin llegar a los mismos extremos, trataron de colectivizar las propiedades agrícolas —con éxito limitado— y reclutaron mano de obra civil de varias formas. Sus esfuerzos por declarar la «guerra de clases en el campo» tropezaron con la resistencia decidida de los campesinos a principios del decenio de

1950. No obstante, la rápida electrificación, las nuevas industrias de máquinas herramientas y la ampliación de los sistemas de carreteras y ferrocarriles indicaron que los comunistas estaban decididos a triunfar donde sus predecesores habían fracasado y hacer que los estados-nación de los Balcanes fueran económicamente viables y modernos. En 1939 el 24 por 100 de los ingresos nacionales de Bulgaria procedían de la industria y el 56 por 100, de la agricultura; en 1952 las cifras ya eran del 47 por 100 y el 34 por 100, respectivamente. Antes de la guerra, el 76 por 100 de la fuerza laboral de Rumania trabajaba en la agricultura y solo el 11 por 100 en la industria; en 1986 las cifras respectivas ya eran del 28 por 100 y del 45 por 100. Si los estados comunistas no hubieran tenido la obligación de comerciar con la URSS, y en su lugar hubiesen podido comerciar con la Europa occidental, como Grecia, su crecimiento hubiera sido todavía más rápido. [22]

Es evidente que en el plazo de un par de decenios ambos lados del telón de acero experimentaron una transformación social de proporciones verdaderamente revolucionarias. Las tasas de crecimiento alcanzaron cotas sin precedentes y el estancamiento de los años de entreguerras parecía haber quedado atrás. En una sola y notable generación las sociedades de los poblados campesinos habían dado el salto hacia la vida urbana moderna. «Todo está cambiando… y cambiando con rapidez —comentó un libro de Time-Life sobre los Balcanes en 1966—. Los antiguos Balcanes, aquel mundo de nacionalismo apasionado, casi místico, y de lealtades de clan profundamente sentidas, no pasarán del presente siglo, ni siquiera en los remotos enclaves montañeses de Albania y Montenegro. Como si se tratara de una planta hambrienta, la tecnología occidental pone sus zarcillos en todas partes. Incansables brigadas de trabajadores dinamitan los puertos de montaña… Tractores y gradas de discos revuelven los campos colectivos… Los pastores llegan en camión a los pastos todas las mañanas. En la costa del mar Negro, los trusts turísticos del estado edifican hoteles de cristal y cemento pretensado». El historiador William McNeill, que visitó Grecia a intervalos entre 1947 y 1974, se mostró aún más franco: «Si se toma como criterio la satisfacción de las necesidades y las aspiraciones humanas —escribió—, entonces el desarrollo de Grecia

a lo largo de los últimos treinta años debe considerarse como un éxito extraordinario. Cosas que parecían imposibles en 1945 son ahora una realidad para millones de griegos». [23]

Las ciudades crecieron a un ritmo asombroso: entre 1960 y 1991 Atenas pasó de 1,9 a 3 millones de habitantes; Bucarest de 1,4 a 2,2 millones; Belgrado de 585 000 a 1,1 millones: en ciudades más pequeñas tales como Tesalónica, Skopje y Sarajevo el número de habitantes aumentó más del doble. Altos bloques de pisos rodeaban los antiguos centros de las ciudades decimonónicas de Bucarest a Larisa; hasta en el campo, pequeñas poblaciones se convirtieron en junglas de cemento con bloques de oficinas construidos de acero y cristal, calles asfaltadas con crecientes problemas de tráfico. El campo empezó a despoblarse y en las montañas podían verse algunos poblados fantasmas. En el decenio de 1980 ya era raro encontrar campesinos vestidos a la usanza tradicional salvo en las regiones más remotas y pobres. Los campesinos abandonaron el campo y criaban hijos que iban a la escuela, adquirían concepciones nuevas del consumo y el ocio y ganaban dinero suficiente para pasar las vacaciones a orillas del mar Negro, del Adriático o del Egeo.

A pesar de todo, los campesinos conservaban el apego al poblado y a la tierra incluso después de mudarse a la ciudad y cambiar su forma de vida. El sentimiento religioso era con frecuencia más fuerte que el ateísmo comunista; y, lo que tal vez era más importante, los poblados seguían suministrando alimentos frescos, cerdos y fruta más dignos de confianza y más baratos que los que proporcionaban la distribución y el sistema minorista racionados oficialmente. Las redes sociales fueron trasplantadas del poblado o la familia al gobierno, el ejército y la economía. Dicho de otro modo, a menudo la urbanización significaba llevar el poblado a la ciudad. Y quizá en algunos sentidos el poblado se apoderaba de la ciudad: las interacciones personalizadas, los regalos y los favores que lubricaban el trato con los oficiales del estado podían parecer formas de «corrupción» a los ojos de los no enterados, cuando en realidad eran respuestas naturales a los mecanismos impersonales del gobierno moderno.

En algunos aspectos, el contraste entre el comunismo y el capitalismo resultó importar menos de lo que hubiera podido

pensarse. Las pautas de crecimiento eran diferentes, pero las tasas globales eran parecidas. La desigualdad de la renta era mayor en Grecia que en los estados comunistas, pero los ingresos medios también eran más altos. En ambos sitios, aumentaron las diferencias de la renta entre los trabajadores rurales y los urbanos. En la totalidad de los Balcanes, se crearon las instituciones sociales del moderno estado de bienestar: escolarización generalizada y educación universitaria, hospitales y cooperativas agrícolas. En Rumania había 26 500 estudiantes de educación superior antes de la guerra, y 157 000 en 1957. En toda la región, mientras tanto, la ciudad sustituyó a la economía rural, el analfabetismo desapareció y los poblados dejaron de reproducirse.

Ni que decir tiene que las diferencias políticas eran muy grandes. El estado policía de Ceausescu en Rumania fue el único lugar donde en el abandono del campo por la ciudad se llegó al extremo de destruir de forma deliberada la vida campesina y crear nuevas agropoblaciones de cemento «sistematizadas». Entre la vigilancia sistemática de que eran objeto los izquierdistas en Grecia después de la guerra civil y la proliferación de la policía secreta en Rumania había una diferencia cualitativa y no cuantitativa, aunque los efectos de la primera en la vida del país fueran más corrosivos de lo que creyeron muchos extranjeros. El anticomunismo conformista de los círculos oficiales griegos limitó la libertad intelectual y cultural, pero no tanto como el marxismo-leninismo en los países situados en el norte. **[24]**

Detrás del telón de acero se hablaba mucho de las posibilidades de llevar a cabo reformas económicas en un estado de un solo partido. En Yugoslavia, los comunistas partidarios del reformismo trataron de conciliar la planificación centralizada y la ley de la oferta y la demanda con el fin —según dijeron— de crear «una economía de mercado moderna, muy productiva, estable y racional». Pero era como tratar de lograr la cuadratura del círculo. Los precios subieron de manera acusada, y lo mismo ocurrió con el desempleo, a la vez que disminuían las tasas de crecimiento. Solo se permitía la empresa privada en escala limitada y la falta de experiencia de gestión en empresas competitivas obstaculizó todos los esfuerzos por modernizar y racionalizar las empresas estatales. El descontento obrero era mayor bajo el comunismo que bajo el

capitalismo: en Yugoslavia los obreros respondieron a la descentralización económica y la relajación de los controles con resentimiento dirigido contra los potentados del partido y con una oleada de nacionalismo. En Bulgaria y Rumania, en cambio, hubo menos reformas y la mayor represión policial impidió la oposición declarada. [25] A partir de mediados del decenio de 1970, el contraste entre la Grecia capitalista y los países socialistas se acentuó mucho. Las crisis del petróleo y la desaceleración de la economía mundial obligaron a hacer cambios en todas partes. Pero los regímenes comunistas, que habían dedicado tanta energía a potenciar la industria pesada en un intento de lograr la autosuficiencia nacional, se encontraban con que habían conseguido resolver los problemas económicos del decenio de 1930, pero ahora las cosas habían cambiado. En las postrimerías del siglo XX, la industria pesada que requería mucha mano de obra y era protegida por un estado nacional no podía competir con sus rivales capitalistas en el extranjero. Ni siquiera pudo salvarlos la obtención de grandes empréstitos de los bancos occidentales, que significó la repetición en el decenio de 1980, bajo el comunismo, de una estrategia que sesenta años antes habían seguido sus detestados predecesores burgueses. Solo por medio de una represión extrema pudieron pagarse las cargas de la deuda externa. Ceausescu, que contaba con una policía secreta cuya magnitud y redes de agentes empequeñecían a la Gestapo, pagó a los acreedores de Rumania a expensas de los niveles de vida de su propia población; pero en otras partes, y especialmente en Yugoslavia, el estado central era sencillamente demasiado débil para hacer lo mismo. El estado búlgaro era más fuerte que el yugoslavo y tenía una experiencia en la concentración de recursos que se remontaba a antes de la guerra, y recurrió mucho menos a los empréstitos extranjeros, debido en parte a la generosa ayuda soviética. [26]

En Grecia, la debilidad crónica del estado se veía contrapesada por la flexibilidad del sector privado, por los ahorros de personas que tenían mucha experiencia en evitar que su dinero fuese a parar a manos del estado y por las transferencias de recursos de la Comunidad Económica Europea, de la cual Grecia era miembro —y beneficiaría— desde 1981. Pero la democracia —reinstaurada después de la caída de la junta de coroneles

(1967-1974)
— también dejaba espacio para el descontento popular sin amenazar el conjunto del sistema político. Después de 1974 Grecia disfrutó de un sistema democrático bipartidista y estable en el cual el partido socialista y el conservador se alternaban en el poder. En los países comunistas, la crisis económica puso en entredicho la legitimidad del sistema político mismo.

Las consecuencias tendrían la mayor gravedad en Yugoslavia, donde la muerte de Tito en 1980 ya había debilitado a la federación. El lema del partido —«Después de Tito, Tito»— era una confesión de bancarrota ideológica. El FMI acudió en ayuda del gobierno, pero solo de manera temporal: la «estabilización» requería que se tomaran difíciles decisiones políticas. La congelación de los salarios hizo que el gobierno perdiera el apoyo de los trabajadores; las elites políticas serbia y eslovena en particular se resistieron a ella. De esta manera la crisis económica mermó la fuerza del gobierno federal y dio paso a las luchas nacionalistas por los recursos económicos y el poder político en el nivel regional y en el de la república.

«El marxismo no puede conciliarse con el nacionalismo —había afirmado Lenin una vez—. A diferencia de todas las formas de nacionalismo, el marxismo promueve el internacionalismo, la amalgamación de todas las naciones en la unidad superior». Pero, en realidad, los regímenes comunistas de la posguerra pronto se encontraron con que, les gustara o no, tenían que llegar a un acuerdo con el fuerte nacionalismo popular en los Balcanes. La dominación comunista no subsumió los estados-nación en una federación más amplia como habían esperado algunos teóricos durante el período de entreguerras. Después de 1918 el orden internacional permaneció intacto en gran parte. [27]

En su mayor parte las minorías habían disminuido. Pero en lo que se refiere a sus minorías, los regímenes comunistas se comportaron de forma bastante parecida a sus predecesores y combinaron la represión y la asimilación en nombre de la modernización. En su forma de tratar a los húngaros de Transilvania, Rumania osciló entre el liberalismo aparente de la Constitución de 1952, que había previsto instaurar una región autónoma húngara, y la política de asimilación forzosa que se siguió

unos cuantos años después cuando el propio partido adoptó una tendencia más nacionalista y se declaró contrario a «las manifestaciones de aislacionismo nacional».

En Bulgaria las campañas contra la minoría turca del país obligaron a miles de personas a huir al extranjero en 1950 y de nuevo en 1968. A principios del decenio de 1970 muchos aldeanos musulmanes fueron obligados a entregar sus antiguos carnés de identidad y a dar las gracias en público a los oficiales por sus nuevos nombres búlgaros. La campaña de asimilación de 1984 atacó el ayuno durante el ramadán por considerar que era una «superstición destructiva». «Los búlgaros de las regiones del Ródope se han quitado de encima su fundamentalismo islámico —comentó Stanko Todorov en 1985—, se han liberado de la influencia del conservadurismo en sus vidas y han reforzado su conciencia patriótica búlgara». Bulgaria era, según él, «un estado con una sola nación» en el cual «no hay ninguna parte de ningún otro pueblo y nación». En 1989 el agonizante régimen comunista provocó otro éxodo masivo y trescientos mil musulmanes salieron del país para trasladarse a Turquía. En 1990, sin embargo, las tropas búlgaras ya habían empezado a frenar la salida de personas y casi ciento treinta mil regresaron. El mismo año, el nuevo gobierno poscomunista aceptó la restauración de los antiguos nombres de los musulmanes y detuvo a Zivkov, al que acusó, entre otras cosas, de «incitar a la hostilidad y al odio étnicos». **[28]**

En Yugoslavia, en cambio, la caída del comunismo tuvo consecuencias muy diferentes y empeoró la difícil situación de las minorías, en vez de mejorarla. Las dos fuerzas que preservaban la unidad del estado federal eran el poder del partido comunista y la persona de Tito. Bajo Tito, las tensiones entre las repúblicas se resolvían en el nivel federal del estado y el aparato del partido. Incluso antes de morir Tito en 1980, las tensiones eran visibles tanto en Belgrado como en Zagreb debido a que surgieron corrientes nacionalistas entre los cuadros del partido. El partido bosnio, que tenía los líderes de línea más dura de todas las repúblicas, adquirió creciente importancia en lo que se refería a apoyar a los líderes federales contra las tendencias centrífugas que surgían de las bases. Pero después de la muerte de Tito, los líderes federales, debilitados por la prolongada crisis económica, tuvieron

menos éxito en la tarea de equilibrar las reivindicaciones rivales de las diferentes nacionalidades. Con la ascensión del nacionalismo serbio a mediados del decenio de 1980, el sistema empezó a venirse abajo.

El régimen de Tito se había basado en un sistema muy complejo de grupos nacionales oficiales, e incluso había creado varios grupos «nuevos». Ya en noviembre de 1943 los comunistas yugoslavos habían reconocido a Macedonia como república independiente dentro de la federación y habían declarado que sus habitantes eran miembros de una nación «macedonia» distinta. En 1971 por primera vez se reconoció a los musulmanes bosnios como nación distinta también. Yugoslavia fue uno de los últimos países donde se preservó la antigua distinción habsburguesa entre «naciones» y «nacionalidades»: entre estas últimas la mayor era la que formaban los albaneses, que vivían principalmente en la provincia autónoma de Kosovo. El número de albaneses era cada vez mayor que el de serbios y otros grupos; representaban alrededor del 85 por 100 de la población total de Kosovo y más o menos el 20 por 100 de la población de la vecina república de Macedonia.

Incluso antes de la caída del comunismo, Milosevic empezó a reafirmar el poder serbio en Kosovo y Voivodina. Al principio, el objetivo de su política era reforzar la influencia serbia dentro de Yugoslavia. Pero cuando las repúblicas de la federación se separaron resultó claro que Milosevic no luchaba por Yugoslavia, sino más bien por la creación de una Gran Serbia que permitiría que las minorías serbias de Croacia y Bosnia siguieran formando parte de la misma comunidad política global que los serbios de Serbia y de Montenegro. Después de 1991 el apoyo internacional a la independencia de Croacia y Bosnia acabó ocasionando el fracaso incluso de esta política: los serbocroatas fueron expulsados de Krajina a la vez que se obligaba a los serbios de Bosnia a ceder territorio y aceptar que formaban parte de Bosnia. Al finalizar el decenio, Milosevic sufrió un nuevo fracaso cuando la OTAN entró en guerra con Serbia para crear un territorio autónomo aparte para los albaneses en Kosovo. En 1999 las fronteras de la república de Serbia ya volvían a estar casi en el mismo sitio que en 1878, en tiempos de Milán Obrenovic. Milosevic había fracasado; lo único que consiguió fue conservar el poder en Belgrado.

Las expulsiones en masa para asegurar la dominación étnica permanente había sido el objetivo de la política serbia en Bosnia después de 1992; seis años más tarde, se temía que fuera su política también en Kosovo. Los historiadores veían ejemplos de esta política en el pasado de Europa. Los politólogos temían que pudiese tener un futuro. Pero era dudoso que las guerras de Yugoslavia indicaran realmente —como preveían muchos— la aparición de un nuevo «nacionalismo étnico». En medio del pesimismo era fácil exagerar. Lo más desestabilizador en potencia eran las repercusiones de las guerras de Bosnia y Kosovo en las regiones vecinas. Las tensiones entre Serbia y Montenegro eran muy grandes, aunque las sospechas que Milosevic inspiraba a los montenegrinos y los sueños de verdadera independencia de estos se veían atenuados siempre por la incertidumbre sobre cómo sería la vida de un pequeño estado montenegrino, flanqueado por Albania en el sur, Croacia y Bosnia. Más preocupantes todavía eran las implicaciones para la estabilidad en Albania y Macedonia si Kosovo —como parecía muy probable— acababa separándose por completo de Serbia. El irredentismo parecía más fuerte entre los albaneses que entre la mayoría de los otros pueblos del sureste de Europa, quizá porque les habían privado de su libertad durante tanto tiempo.

En otras partes, sin embargo, el expansionismo del pasado parecía haber desaparecido. Solo unos cuantos nacionalistas de la diáspora —en Estados Unidos, Australia o Canadá— soñaban con luchar por una Gran Grecia o una Bulgaria de San Stefano. En los Balcanes casi nadie tenía realmente tales aspiraciones. Las actitudes ante la tierra y la expansión territorial habían cambiado como en otras partes de la Europa de la posguerra. Además, la transformación de las sociedades rurales en sociedades urbanas había alterado el papel de las minorías y la actitud de las autoridades ante ellas. Trasladarse de los poblados a las ciudades significaba abandonar zonas fronterizas militarmente conflictivas por espacios políticos más anónimos y menos neurálgicos. Los estados de los Balcanes habían ingresado o deseaban ingresar en instituciones europeas que exigían a sus miembros que se comprometieran a garantizar ciertos derechos humanos, entre ellos los de las minorías. Y el crecimiento económico hizo que los países que antes exportaban mano de obra ahora la importaran: Grecia fue

el primer estado balcánico en darse cuenta de que nuevas comunidades inmigrantes, que procedían de las Filipinas, Pakistán, Ucrania, etcétera, la estaban convirtiendo en una sociedad multicultural, tanto si le gustaba como si no.

Así pues, al igual que en el resto de Europa, los Balcanes veían cómo los asuntos relacionados con el nacionalismo y los derechos de las minorías dejaban de ser cuestiones de guerra y paz para transformarse en cuestiones de fronteras, vigilancia y coexistencia urbana. La larga lucha por crear un estado-nación —cuya fase final podía ser las guerras de Yugoslavia— había durado todo el siglo XX. Lo irónico era que justo cuando esta lucha terminaba, en el nivel internacional se estaban produciendo cambios económicos y políticos que ponían en entredicho la idea misma del estado-nación. El derrumbamiento de los estados monopartidistas del mundo comunista representó la crisis más dramática de la antigua idea de la transformación socioeconómica por medio de la política interna del estado individual; pero el acceso a la Unión Europea obligó, de forma más insidiosa e indirecta, a Grecia y a los futuros solicitantes balcánicos a hacer frente a problemas parecidos. En ambos casos, el desmantelamiento de los aranceles y las industrias estatales protegidas, así como la exposición a la competencia mundial, significó el triunfo de las fuerzas neoliberales. El tradicional estado-nación balcánico ya no se ve amenazado por los antiguos imperios; ni siquiera por la rivalidad y la hostilidad de sus vecinos; la principal amenaza que actualmente se cierne sobre él procede de la economía internacional.

Epílogo

Sobre la violencia

> Al viajar por Europa, vi en todas partes cosas que no me gustaron especialmente. Estupendo… Yo no decía «Eso no está bien». Quería saber por qué las cosas eran así.

Oficial otomano en una conversación con un sacerdote francés, 1848[1]

En el decenio de 1990 las guerras de la antigua Yugoslavia volvieron a poner los Balcanes en el mapa de Europa y despertaron recuerdos angustiosos de la primera guerra mundial. Mientras el resto del continente hacía frente a la inmigración en masa, a nuevas diversidades regionales y a lo que con frecuencia se llamaba de modo eufemístico «sociedades multiculturales», el sureste de Europa daba la impresión de volver a una lógica histórica anterior, una lógica de guerras territoriales y homogeneización étnica. ¿Era el pasado de Europa o su futuro?

Los que eran contrarios a la intervención occidental en los Balcanes tendían a echar la culpa a los determinantes culturales a largo plazo del comportamiento en la región más que a Milosevic. Opinaban que la diversidad étnica era la fuente crónica de tensión en una región del mundo que se encontraba en el cruce de varias religiones importantes, y no interpretaban la limpieza étnica como parte de la lógica europea de construcción de estados-nación, sino como la más reciente de una serie de matanzas y contramatanzas que, según ellos, constituían la esencia de la historia de los

Balcanes. «El conflicto de Bosnia —afirmó John Major, el primer ministro británico, en 1993— fue fruto de fuerzas impersonales e inevitables que nadie podía controlar». Lo que dijo no era nuevo. Un siglo antes, Hanotaux, ministro de Asuntos Exteriores francés, había dicho algo parecido sobre las matanzas de armenios en Anatolia: «Uno de los miles de incidentes de la lucha entre cristianos y musulmanes». [2]

Sin embargo, durante siglos, como ha tratado de demostrar el presente libro, la vida en los Balcanes no fue más violenta que en otras partes; a decir verdad, el Imperio otomano fue más capaz que la mayoría de dar cabida a diversas lenguas y religiones. Para Arnold Toynbee, testigo de sus últimos días, era evidente que el origen de los conflictos estaba fuera de la región. «La introducción de la fórmula occidental [del principio del nacionalismo] entre esta gente —escribió en 1922— ha provocado matanzas… Estas matanzas son solo la forma extrema de una lucha nacional entre vecinos mutuamente indispensables, instigada por esta fatífica idea occidental». Así pues, la «limpieza étnica» —ya fuera en los Balcanes en 1912-1913, en Anatolia en 1921-1922 o en la antigua Yugoslavia en 1991-1995 — no fue la erupción espontánea de odios primigenios, sino el uso deliberado de la violencia organizada contra civiles por parte de escuadrones paramilitares y unidades del ejército; representó la fuerza extrema que requerían los nacionalistas para disgregar una sociedad que, por lo demás, era capaz de hacer caso omiso de las prosaicas fracturas de clase y etnicidad. [3]

Desde luego, no todo el mundo piensa igual. En 1994 un lector austriaco de mi libro *Inside Greece* *Hitler's* sugirió que había sido demasiado severo al juzgar el comportamiento de los militares alemanes en los Balcanes en el decenio de 1940, dado que —como acontecimientos recientes demostraban otra vez, a su modo de ver—, era evidente que existía una propensión peculiar a la violencia entre la gente de la región.

Para mí, el campo de mano de obra esclava en Mathausen durante la guerra indicaba que los austriacos no tenían mucho que aprender de los serbios de Bosnia sobre la violencia. Pero nuestra discusión no era realmente sobre la *violencia*, sino más bien sobre la crueldad: es decir, se refería al comportamiento y no al número. Después de todo, no fueron los habitantes de los Balcanes ni sus gobernantes quienes crearon el gulag, el campo de exterminio o el Terror. El número de personas que mataron los soldados de la Wehrmacht —por no hablar de otras organizaciones nazis— en los Balcanes fue muy superior al número de soldados alemanes que murieron a manos de los habitantes de la región. A lo que mi corresponsal ponía objeciones era a la manera en que mataban los partisanos.

Durante la segunda guerra mundial, la ideología nazi también hizo una distinción entre la violencia impersonal «necesaria» y el comportamiento cruel o sádico de hombres que perdían el dominio de sus sentimientos y sus actos. En 1943, en el juicio de un oficial, un tribunal de las SS en Munich contrastó la matanza ordenada y decente con los «excesos crueles», el «sadismo» y la «atroz brutalidad» del acusado. Semejantes actitudes formaban parte de un esfuerzo occidental más antiguo por definir las reglas de la guerra civilizada, que realzaban un ideal de autodominio individual. Al igual que otros representantes de aquella tradición, los nazis veían en los Balcanes la persistencia del carácter sanguinario primitivo y oriental. [4]

Podemos remontarnos al ensayo de Montaigne sobre la crueldad para ver la aparición del nuevo punto de vista. El escritor francés critica con severidad a los hombres de su propio tiempo por deleitarse en el sufrimiento y describe la pena profunda que siente cuando se inflige un dolor innecesario tanto a seres humanos como a animales:

> Apenas se me podía persuadir antes de verlo de que el mundo pudiera permitirse tener hombres con corazón de mármol y mente salvaje que son capaces de cometer asesinatos solo por placer; de cortar luego en pedazos a sus semejantes; de deleitarse inventando torturas insólitas y tormentos inauditos… En cuanto a mí, jamás soportaría siquiera, sin remordimiento ni pena, ver cómo se persigue y mata a un pobre, tonto e inocente animal. [5]

El desplazamiento hacia un concepto «humanitario» del dolor y el castigo —unido a los conceptos cambiantes de la personalidad humana— fue muy gradual y tuvo lugar durante los siglos XVIII y XIX. Luego, entre 1820 y 1860, de forma relativamente súbita, se redujo de manera considerable en Europa el número de delitos castigados con la pena de muerte, se abandonaron formas más antiguas de castigo tales como el potro, la hoguera y la decapitación, a la vez que se creaba la prisión moderna, que sustituyó al espacio público como lugar principal de las ejecuciones de estado. «Las clases que gozan plenamente de los beneficios de la civilización —escribió J. S. Mill en 1836— ocultan cada vez más el espectáculo e incluso la idea misma del dolor». Gracias a «una perfección de los sistemas mecánicos que solo un alto estado de civilización hace posible», la tarea de infligir dolor puede ponerse en manos «del juez, el soldado, el cirujano, el carnicero y el verdugo». Y añadió: «Gran parte del refinamiento consiste en evitar la presencia no solo del dolor propiamente dicho, sino de lo que sugiera ideas ofensivas o desagradables». [6]

Unos cuantos años después, tales sentimientos animaban a un viajero británico, sir James Gardner Wilkinson, que trató de intervenir en las guerras fronterizas de los gobernantes musulmanes de Bosnia-Herzegovina con sus vecinos montenegrinos. Ambos bandos solían decapitar a sus enemigos y exponer sus cabezas en público, y Wilkinson, indignado por esta costumbre, escribió al obispo-príncipe de Montenegro, el vladika Pedro, y arguyó que una costumbre «tan horrible para la humanidad» en realidad prolongaba las hostilidades porque despertaba el deseo de venganza. Trató de explicar «la diferencia entre los sentimientos engendrados por una guerra civilizada y una guerra en la que se adopte tal costumbre». Podríamos señalar que en 1820, sin ir más lejos, las cabezas de los conspiradores de Cato Street se habían expuesto públicamente en Londres. [7]

La disminución del número de ejecuciones públicas a mediados del siglo XIX en Gran Bretaña, Escandinavia y Alemania reflejó no solo la aparición de nuevos «sentimientos civilizados» y nueva maquinaria industrial, sino también el temor de las autoridades a las multitudes alborotadas y sus pasiones excitables. Las sociedades campesinas rurales como las del sureste de Europa habitaban en un

universo moral, mecánico y político que era diferente. La muchedumbre amotinada no preocupaba a las autoridades otomanas, que eran partidarias de los castigos ejemplares y públicos; pero, por su parte, consideraban que utilizar cadáveres en los experimentos quirúrgicos y la disección, como hacían los europeos, era sacrílego e inmoral. El vladika Pedro, que poco antes se había visto obligado a vengar la muerte de sus propios parientes a manos de los turcos, que habían empleado el procedimiento habitual, rechazó cortésmente la propuesta de Wilkinson porque, según dijo, era inviable. [8]

«Puede que seamos pobres, pero tenemos honor», dijo recientemente una anciana montenegrina a un entrevistador, resumiendo con ello la estrecha relación entre la dureza de la vida de los campesinos y el código de honor. Las actitudes occidentales afirmaban el valor del autocontrol individual; a otros les preocupaba más conservar el honor de la familia. Desde la época bizantina, si no antes, las comunidades campesinas habían regulado la vida, tanto oficial como extraoficialmente, en términos de responsabilidad colectiva y sanciones. Desde hacía mucho tiempo el castigo, incluso cuando lo administraba el estado, reflejaba la opinión popular de que las familias eran responsables de las fechorías de los individuos que las integraban. En el siglo XIX, por ejemplo, para acabar con la creciente delincuencia, los campesinos de Serbia propusieron que tanto el delincuente como su familia fueran desterrados a regiones penales especiales. Era frecuente que las leyes contra el bandolerismo dispusieran que se deportara o multara no solo al bandolero, sino también a sus parientes. [9]

Los políticos modernizadores, sin embargo, se sintieron atraídos por las nuevas normas de la violencia: individualizada, privada e impersonal en lugar de colectiva, familiar y pública. Construir un estado moderno —en los Balcanes como en otras partes— significaba arrebatar la violencia, el castigo y la legislación local de las manos de todos los agentes no autorizados y centralizar todo ello en las manos de los funcionarios. Opinaban, según dijo un periodista griego del decenio de 1920, que el estado tenía «la obligación de demostrar que se encuentra por encima de todos y de todo». Los ejércitos regulares sustituyeron a los grupos que se armaban por cuenta propia; las burocracias judiciales y penales

ocuparon el lugar de los tribunales rurales y de la sanción consuetudinaria; se persiguió a los bandoleros. En Montenegro, donde la ley tribal había sido todopoderosa, el sucesor del vladika Pedro II, Danilo, impuso un nuevo código de leyes en 1851 —menos de un decenio después de la primera intervención de Wilkinson— y puso freno a la decapitación. También proscribió la costumbre de las venganzas de sangre, que amenazaban con impedir la unión de las tribus del país en un conjunto cohesivo. [10]

La conquista de los nuevos valores no fue ni instantánea ni completa. Las matanzas de judíos y serbios que durante la guerra perpetraron los ustachis croatas, especialmente en el campo de exterminio de Jasenovac, o la Guardia de Hierro rumana en sus pogromos de
1940-1941
representaron una fusión de mentalidades y tecnologías antiguas y nuevas. En 1947, durante la guerra civil griega, el *Daily Mirror*, indignado, publicó en primera plana una fotografía de monárquicos armados desfilando a caballo con las cabezas de rebeldes griegos. «Las cabezas son baratas» era el título del artículo, que destacaba las «crueldades y atrocidades» que cometían unidades regulares de la policía y el ejército. En realidad, órdenes ministeriales habían prohibido la exhibición de cabezas de decapitados y recomendado que las fotografías se usaran para identificar a los guerrilleros muertos. Oficiales británicos deploraron entre bastidores el empleo del término «atrocidades». Señalaron que «La exhibición de cadáveres de criminales no era una costumbre privativa de Grecia y que incluso en tiempos normales se recurría a ella para convencer a la población asustada de que algún asesino muy conocido había muerto». En las sociedades donde la vigilancia era deficiente la decapitación demostraba que la víctima estaba muerta y afirmaba el valor de quien la había matado o el poder del estado. Transportar cadáveres enteros resultaba pesado y las cámaras fotográficas eran caras: los cazadores de recompensas norteamericanos lo sabían también. Y lejos de ser baratas, aquellas cabezas eran valiosas, ya que se había puesto precio a ellas. [11]

Así pues, ¿existía realmente en los Balcanes una propensión especial a la crueldad que persistió hasta la época moderna? Quizá todo depende de lo que se quiere decir al hablar de crueldad.

Después de todo, podría contarse una historia muy diferente. En los Balcanes no había nada análogo a la violencia racial de las turbas linchadoras de Estados Unidos entre 1880 y 1920 o a la violencia de clases que las protestas obreras provocaban en ese país y en otros. La Europa occidental tenía sus propios mitos de violencia revolucionaria —de Sorel en adelante—, cuyos efectos fueron mucho mayores que en el rincón suroriental del continente. Sin embargo, tales mitos solían considerarse heroicos en lugar de bárbaros. La violencia política de 1930 a 1960 —procedente de la izquierda y de la derecha— no era mayor en los Balcanes que en otras partes, tanto si comparamos las prisiones búlgaras y soviéticas de la posguerra como los campos de prisioneros de Grecia y España después de sus respectivas guerras civiles.

Asimismo, más allá de la política los estados balcánicos no han mostrado ninguna inclinación a matar o encarcelar a más ciudadanos suyos que otros países. Comparada con Estados Unidos, donde hay once millones de sospechosos de haber cometido algún delito y dos millones de presos, así como con Rusia, cuya población penitenciaria es enorme, la Europa suroriental contemporánea parece bastante humanitaria. En Estados Unidos 554 personas de cada cien mil estaban entre rejas en 1994; en Rumania, 195; en Macedonia, 63; y en Grecia, 16. Ninguna de ellas se encontraba ante una perspectiva de ejecución judicial, mientras que Estados Unidos utilizó la silla eléctrica o la inyección letal decenas de veces al año. Y si es difícil argüir que los estados balcánicos son ahora más crueles que otros, es igualmente difícil hacer la misma acusación a sus sociedades: los índices de delincuencia no son superiores a la norma europea, y menos aún en lo que se refiere a los delitos violentos. El alcohol no provoca tantas agresiones como en la Europa protestante y lo mismo cabe decir del odio racial. **[12]**

Sin embargo, los observadores occidentales, al buscar pruebas del carácter sanguinario de los habitantes de los Balcanes, a menudo han confundido los mitos que forjaron los nacionalistas románticos del siglo XIX con verdades eternas. De un extremo a otro de Europa —de Irlanda a Polonia— los visionarios poéticos soñaron con la resurrección, el sacrificio y la sangre derramada por el futuro de la nación. Para tomar solo el ejemplo más conocido de este género, la glorificación en *La corona de la montaña* del supuesto

exterminio de musulmanes en Montenegro un siglo y medio antes fue fruto de la imaginación poética del vladika Pedro Njegos y no de hechos históricos: loaba como atrocidad histórica la historia real y mucho menos sangrienta del éxodo de musulmanes de tierra montenegrina, que fue gradual y duró más de un siglo. El nacimiento de la leyenda de Kosovo durante el siglo XX fue parecidamente engañoso, una manifestación de prejuicios modernos y no medievales. En ambos casos, las epopeyas balcánicas que hablaban de derramamiento de sangre y unidad nacional no nacieron de manera fortuita; surgieron en momentos del siglo XIX en que el proceso de construcción de naciones empezaba a soportar grandes tensiones. Esto, y no el pasado primigenio, fue el origen de la polarización étnica de los sentimientos. [13]

Asimismo, como se hizo evidente por primera vez en el conflicto del Golfo, ha aumentado la tendencia occidental a ver la guerra como un espectáculo. En su intervención en Kosovo y Serbia la OTAN utilizó una tecnología impersonal y distante con el propósito de tranquilizar al público occidental en el sentido de que ahora era posible llevar a cabo una campaña militar con un mínimo de bajas o de derramamiento de sangre en ambos bandos. Quizá de esta manera se esté despersonalizando la guerra como antes ocurriera con la violencia social. Descartar la violencia balcánica por primitiva y nada moderna permite a Occidente guardar las distancias con ella. Sin embargo, de hecho, la limpieza étnica no es un fenómeno específicamente balcánico. Se llevó a cabo en gran parte del centro y el este de Europa durante la guerra de Hitler e inmediatamente después de ella: en el decenio de 1940 tuvieron lugar más de cincuenta desplazamientos forzosos de población que significaron la muerte y el traslado de millones de alemanes, polacos, ucranianos y muchos otros. Las raíces de su ferocidad no están en las mentalidades balcánicas, sino en la naturaleza de una guerra civil que se hizo con los recursos tecnológicos de la era moderna. A diferencia de las guerras entre naciones, las guerras civiles no unifican a la sociedad: del modo que, por ejemplo, la segunda guerra mundial contribuyó a unificar a la sociedad británica. Al contrario, exacerban tensiones y diferencias latentes a la vez que se produce un desmoronamiento total de las instituciones sociales y gubernamentales. [14]

«Qué aspecto podrían tener los Balcanes si desapareciera la violencia durante un momento». Es verdad que la paz todavía se ve gravemente amenazada en el sureste de Europa, tal vez más gravemente que en otras partes: las relaciones entre turcos y griegos, que el caso de Chipre encona de forma particular, necesitarán más que un terremoto para mejorar, mientras que el bombardeo de Kosovo por la OTAN ha resuelto un problema (la persecución de los albanokosovares por parte de los serbios), pero ha creado otros (la persecución de los serbios por parte de los albaneses, así como la nueva relación entre Albania, Macedonia, Serbia y Kosovo). Del mismo modo que en los Balcanes el proceso de construcción de naciones es más reciente y comprimido que en otras partes, también el nacionalismo étnico sigue siendo más fuerte, y las tradiciones cívicas, más frágiles. No obstante, mientras que en el decenio de 1990 Yugoslavia se sumió en la guerra por razones propias, otros países de la región han seguido un camino más pacífico. Las esporádicas referencias de los griegos al «Epiro del Norte» (es decir, la Albania del sur), los sueños búlgaros relativos a «Macedonia» y la nostalgia que Besarabia y Moldavia despiertan en los rumanos son hoy ecos débiles y sin sentido de asuntos que provocaron guerras e invasiones hace un siglo: allí la política ha dejado de gravitar en torno al expansionismo y la gloria nacional. Quizá algunos nacionalistas albaneses sean los únicos que todavía acarician sueños a los que ya han renunciado sus vecinos.

Durante la guerra fría, una revolución social y económica transformó los Balcanes. El importantísimo desplazamiento hacia una sociedad urbana, industrial —y ahora postindustrial— produjo cambios fundamentales en la naturaleza de la vida cotidiana y lanzó nuevos desafíos a las elites políticas nacionales. El fin de la guerra fría ha permitido a los Balcanes participar en una Europa diferente cuyos valores se inscriben en sus instituciones supranacionales: la Unión Europea, la OTAN y la CSCE, por ejemplo. Y también los ha transformado en el aspecto geopolítico, ya que ahora se encuentran en el centro de un mercado muy ampliado que abarca el mar Negro, la antigua Unión Soviética y Asia central, y ofrece posibilidades de hacer negocios en una región mucho más inmensa que en cualquier otro momento desde la caída del Imperio otomano. Dicho de otro modo, los problemas y las perspectivas del sureste de Europa no son

hoy los del pasado, sino los que de una forma u otra conoce la mayoría de los países europeos: cómo conciliar las antiguas pautas de provisión de bienestar con las presiones competitivas del capitalismo mundial; cómo proporcionar energía asequible al tiempo que se salvaguarda el medio ambiente de la contaminación; cómo impedir la decadencia total de las formas de vida rurales y construir las economías prósperas que son lo único que reducirá los atractivos de la delincuencia organizada y permitirá que florezca la democracia. Quizá la comprensión de la historia de los Balcanes todavía pueda desbrozar el terreno para ver las posibilidades que depara el futuro.

Guía de lecturas complementarias

La obra clásica sobre la historia de los Balcanes es L. S. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, Nueva York, 1958, que se reimprimió hace poco. También valiosa para los siglos XVIII y XIX es G. Castellan, *History of the Balkans*, Nueva York, 1992, y sobre la primera mitad del sigo XX, R. L. Wolff, *The Balkans in our Time*, Nueva York, 1956. B. Jelavich, *History of the Balkans*, 2 vols., Cambridge, 1983, es concienzuda cuando habla de acontecimientos políticos y diplomáticos.

C. y B.

Jelavich, eds., *The Balkans in Transition: Essays on the Development of Balkan Life and Politics since the Eighteenth Century*, Berkeley, 1963, es una importante colección de ensayos. De los mismos autores, *The Establishment of the Balkan National States,*

1804-1920

, Seattle, 1977, también es útil. T. Stoianovich, *Balkan Worlds: The First and Last Europe*, Nueva York, 1994, ofrece muchas percepciones útiles de un eminente historiador social.

Sobre geografía, existen: F. W. Cárter, *An Historical Geography of the Balkans*, Londres, 1977; J. Cvijic, *La peninsule balkanique: géographie humaine*, París, 1918. M. Todorova, *Imagining the Balkans*, Nueva York, 1997, se ocupa de los estereotipos occidentales de la región. Sobre historia económica, M. Jackson y

J. Lampe, *Balkan Economic History,*
1550-1950
, Bloomington, Indiana, 1982; M. Palairet, *The Balkan Economies, c. Evolution without Development*
1800-1914:
, Cambridge, 1997; T. Stoianovich, *Between East and West: the Balkan and Mediterranean Worlds*, 4 vols., New Rochelle,
1992-1995;
N. Todorov, *The Balkan City,*
1400-1900
, Seattle, 1983.

Para períodos anteriores, consúltense: J. Fine, *The Late Medieval Balkans: A Critical Survey from the Late 12th Century to the Ottoman Conquest*, Ann Arbor, Mich., 1987; P. Kitromilides, *Enlightenment, Nationalism, Orthodoxy: Studies in the Culture and Political Thought of Southeastern Europe*, Aldershot, 1994, y *The Enlightenment as Social Criticism: Iosipos Mosiodax and Greek Culture in the Eighteenth Century*, Princeton, 1992; R. Clogg, ed., *Balkan Society in the Age of Greek Independence*, Londres, 1981; D. Warriner, ed., *Contrasts in Emerging Societies: Readings in the Economic and Social History of Southeastern Europe in the Nineteenth Century*, Londres, 1965.

Sobre los Balcanes otomanos, tenemos: P. Sugar, *Southeastern Europe under Ottoman Rule,*
1354-1804
, Seattle, 1977; «Odysseus» (sir Charles Eliot), *Turkey in Europe*, Londres, 1900; H. Inalcik, *The Ottoman Empire: The Classical Age,*
1300-1600
, Londres, 1973; H. Inalcik y D. Quataert, eds., *An Economic and Social History of the Ottoman Empire,*
1300-1914
, Cambridge, 1994; F. Adanir, «Tradition and rural change in southeastern Europe during Ottoman rule», en D. Chirot, ed., *The Origins of Backwardness in Eastern Europe*, Berkeley, 1989. W. Miller, *The Ottoman Empire and its Successors,*

1801-1927, Cambridge, 1936, todavía es valiosa. También debe mencionarse la apasionante C. Bracewell, *The Uskoks of Senj: Piracy, Banditry and Holy War in the Sixteenth Century Adriatic*, Cornell, 1992.

Sobre Serbia: M. Petrovich, *A History of Modern Serbia, 1804-1918*, Nueva York, 1976; sobre Yugoslavia, J. Lampe, *Yugoslavia as History: Twice There was a Country*, Cambridge, 1996, y la notable monografía de Ivo Banac *The National Question in Yugoslavia,* Cornell, 1984. Noel Malcom ha escrito dos libros muy útiles, *Bosnia: A Short History*, Londres, 1994, y *Kosovo: A Short History*, Londres, 1998. Para Bulgaria, R. Crampton, *A Short History of Bulgaria*, Cambridge, 1987, *Bulgaria, 1878-1918*, Nueva York, 1983, y Mercia Macdermott, *A History of Bulgaria, 1393-1885*, Nueva York, 1962; sobre Macedonia, H. N. Brailsford, *Macedonia: Its Races and their Future*, Londres, 1906. Para Grecia, R. Clogg, *Concise History of Greece*, Cambridge, 1992; J. Campbell y P. Sherrard, *Modern Greece*, Londres, 1968, todavía es muy útil. Sobre Rumania, véanse H. Roberts, *Rumania: Political Problems of an Agrarian State*, Nueva York, 1951; K. Hitchms, *Rumania, 1866-1947*, Oxford, 1994. Sobre Albania, véanse S. Skendi, ed., *Albania*, Nueva York, 1956, y su monografía *The Albanian National Awakening, 1878-1912*, Princeton, 1967.

Entre las crónicas de viajes y otros placeres, véanse S. Hyman, ed., *Edward Lear in the Levant: Travels in Albania, Greece and Turkey in Europe, 1848-1849*, Londres, 1988, las cartas turcas de Mary Wortley Montagu, y Ogier de Busbecq, así como los escritos de los grandes viajeros victorianos entre los cuales cabe mencionar a Edith Durham, las señoritas Mackenzie e Irby, el coronel W. M. Leake y el reverendo Henry

Tozer. Memorias más recientes son M. Djilas, *Land without Justice*, Nueva York, 1958, y su *Wartime: With Tito and the Partisans*, Nueva York, 1977, y R. G. Waldeck, *Athene Palace*, Nueva York, 1942.

Índice alfabético



MARK MAZOWER es profesor de historia en la Universidad de Birkbeck, en Londres. También ha enseñado en las universidades de Sussex y Princeton. Es autor de *Dark Continent: Twentieth Century Europe's* (1998) y del premiado *Inside Greece: The Experience of Occupation, Hitler's 1941-44* (1993).

Mazower escribe regularmente para el *London Review of Books* y el *Times Literary Supplement*. También aparece frecuentemente en televisión y radio.

Notas

[1] Friedrich Nietzsche, *The Gay Science*, citado en Todorova, *Imagining the Balkans*, Nueva York, 1997, p. 19. < <

[2] Warrington W. Smyth, *A Year with the Turks*, Nueva York, 1854, p. 169. < <

[3] Conde de Albemarle (George Keppel), *Narrative of a Journey Across the Balcan*, Londres, 1831; M. von Tietz, *St Petersburgh, Constantinople and Napoli di Romania in 1833 and 1834*, Nueva York, 1836, p. 91; teniente general A. Jochmus, «Notes on a Journey into the Balkan, or Mount Haemus in 1847», *Journal of the Royal Geographical Society*, 24 (1854), pp. 36-86; E. Ollier, *Illustrated History of the Russo-Turkish War*
Cassell's
, 2 vols., Londres, s. f., II, p. 15. < <

[4] P. Vidal de la Blache y L. Gallois, *Géographie Universelle*, vol. 7, n.º 2, Paris, 1934, pp. 395-396; J. Pinkerton, *Modern Geography: A Description of the Empires, Kingdoms, States and Colonies, with the Oceans, Seas and Isles in All Parts of the World*, 2 vols., Londres, 1802, I, p. 461; Jochmus, «Notes», p. 64. La crónica indígena más antigua es probablemente D. Filippides y G. Konstantas, *Geografia neoteriki*, 1791: véase la edición a cargo de A. Koumarianou, Atenas, 1988. < <

[5] Rhigas, en R. Clogg, ed., *The Movement for Greek Independence, 1770-1821*, Londres, 1976, pp. 157-163. E. A. Freeman, «Race and Language», *Contemporary Review*, 29 (1877), pp. 711-741. < <

[6] *Cf*. Ami Boue, *Recueil d'itinéraires dans la Turquie d'Europe*, II, Viena, 1854, pp. 327-332; H. E. Tozer, *Researches in the Highlands of Turkey*, I, Londres, 1869, pp. 393-397; Saint-Marc Girardin, citado en T. G. Djuvara, *Cent projets de partage de la Turquie*, París, 1914, p. 496. < <

[7] F. Grousse, *La Péninsule greco-slave*, Bruselas, 1876; T. Fischer, *Mittelmeerbilder*, Leipzig, 1906, p. 44; D. M. Brancoff (Dimitur Mishev), *La Macédoine et sa population chrétienne*, París, 1905, p. 3; J. R. Marriott, *The Eastern Question: An Historical Study in European Diplomacy*, Oxford, 1917, p. 21. < <

[8] H. de Windt, *Through Savage Europe*, Londres, 1907, p. 15; M. Todorova, *Imagining the Balkans*, Nueva York, 1997, p. 122. < <

[9] R. West, *Black Lamb and Grey Falcon*, Londres, 1943, vol. I, p. 23. < <

[10] E. Christiansen, *The Northern Crusades*, Londres, 1997, p. 2; sobre las dos fases de la guerra santa musulmana contra Europa, véanse B. Lewis, *The Muslim Discovery of Europe*, Nueva York, 1982, pp. 20-28; K. M. Setton, *Prophecies of Turkish Doom*, Filadelfia, 1992, p. 4. < <

[11] K. M. Setton, *op. cit.*, y *Europe and the Levant in the Middle Ages and the Renaissance*, Londres, 1974; Knolles, citado en Lewis, p. 32; sobre musulmán y turco como sinónimos, N. Mater, *Islam in Britain, 1558-1685*, CUP, 1998, p. 21. < <

[12] L. Valensi, *Venezia e la Sublima Porta: La nascita del despota*, Bolonia, 1989, pp. 41 y 44; L. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, Nueva York, 1965, pp. 74-75. <<

[13] N. Matar, *op. cit.*, 14, p. 22. < <

[14] Véase A. Pippidi, «La Décadence de ottoman comme concept historique, de la Renaissance aux lumières», *Revue des Études Sudest Européennes*
l'empire
, XXXV,
1-2
(1997), pp. 5-19. < <

[15] Como señala Pippidi, había también una contracorriente, bastante más débil, de críticos proturcos de la sociedad europea contemporánea, de los cuales Montesquieu era uno de los más prominentes: Pippidi, *op. cit.*, pp. 18-19. < <

[16] A. J. Evans, *Through Bosnia and the Hercegovina on Foot*, Londres, 1877, p. 89; H. Holland, *Travels in the Ionian Islands, Albania, Thessaly, Macedonia etc. during the years 1812 and 1813*, Londres, 1815, pp. 69-70; *The War Correspondence of Leon Trotsky: The Balkan Wars, 1912-1913*, Nueva York, 1981, pp. 58-59. < <

[17] E. A. Freeman, *Ottoman Power in Europe*, Londres, 1877, I; A. Oakes y R. B. Mowat, eds., *The Great European Treaties of the Nineteenth Century*, Oxford, 1918, p. 177; véase N. Sousa, *The Capitulatory Regime of Turkey*, Baltimore, 1933, p. 162. Véase también J. C. Hurewitz, «Ottoman diplomacy and the European State System», *Middle East Journal*, 15 (1961), pp. 141-152. < <

[18] Anónimo (lord JR), *The Establishment of the Turkish Empire*, Londres, 1828, p. 27; R. G. Latham, *The Ethnology of Europe*, Londres, 1852, p. 6; y su *The Nationalities of Europe, 2*, Londres, 1863, p. 69; E. Joy Morris, *Notes of a Tour through Turkey, Greece, Egypt, Arabia Petraea to the Holy Land*, Filadelfia, 1842, I, p. 48; E. Durham, *The Burden of the Balkans*, Londres, 1905, p. 104. < <

[19] Ami Boue, *op. cit.*, p. 331; sobre la expulsión de los musulmanes de los estados balcánicos, véase A. Toumarkine, *Les Migrations des Populations Musulmanes Balkaniques en Anatolie (1876-1913),* Estambul, 1995, fuente útil para comparar con la menos equilibrada J. McCarthy, *Death and Exile: the Ethnic Cleansing of Ottoman Muslims, 1821-1922*, Princeton, 1995; sobre la disminución del uso del turco, véase B. Lory, «Parler le turc dans les Balkans ottomans au XIXe siècle», en F. Georgeon y P. Dumont, eds., *Vivre dans Ottoman l'empire*, París, 1997, pp. 237-245; sobre la destrucción de monumentos, M. Kiel, *Studies in the Ottoman Architecture of the Balkans*, edición crítica, 1990. < <

[20] F. Moore, «The Changing Map of the Balkans», *The National Geographic Magazine* (febrero de 1913), pp. 199-226. < <

[21] J. V. de la Roiere, *Voyage en Orient*, Paris, 1836, 23; Trotski, *op. cit.*, p. 272. < <

[22] O. Halecki, *The Limits and Divisions of European History*, Nueva York, 1962, pp. 47 y
77-78;
Marriott, *Eastern Question*, p. 3. < <

[23] Zivkov, citado en M. Kiel, *Art and Society of Bulgaria in the Turkish Period*, Maastricht, 1985, p. 34, n. 1. < <

[24] Mi agradecimiento a Dimitri Livanios por sus utilísimas formulaciones de estos asuntos. < <

[1] Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, Londres, 1972, vol. 1, pp. 25-53. <<

[2] M. Newbigin, *The Mediterranean Lands*, Londres, 1924, p. 46; M. Adelaide Walker, *Through Macedonia to the Albanian Lakes*, Londres, 1864, p. 87. < <

[3] A. J. Evans, *Through Bosnia and the Hercegovina on Foot*, Londres, 1877, p. 359; M. Djilas, *Land without Justice: An Autobiography of His Youth*, Londres, 1958, p. 79. < <

[4] A Kinglake, *Eothen*, Oxford, 1982, p. 22. < <

[5] M. von Tietz, *St. Petersburgh, Constantinople and Napoli di Romania in 1833 and 1834*, Nueva York, 1836, p. 96. < <

[6] H. F. Tozer, *Researches in the Highlands of Turkey*, I, Londres, 1869, p. 382. < <

[7] T. Stoianovich, *Balkan Worlds: The First and Last Europe*, Nueva York, 1994, p. 107. <<

[8] M. Zdraveva, «The Menzil service in Macedonia, particularly around Bitolj, in the period of Turkish domination», *Études Balkaniques*, 2 (1995), pp. 82-88; J. A. Blanqui, *Voyage en Bulgarie pendant 1844 l'anée*, Paris, 1845, pp. 102-103; Kinner, citado por H. E. Tozer, *Researches*, I, p. 150; Walker, *Through Macedonia*, p. 131; D. Warriner, ed., *Contrasts in Emerging Societies: Readings in the Social and Economic History of South-Eastern Europe in the Nineteenth Century*, Londres, 1965, p. 242; J. Baker, *Turkey*, Nueva York, 1877, p. 389; el mejor estudio es B. Gounaris, *Steam over Macedonia, Socio-Economic Change and the Railway Factor 1870-1912:*, Boulder, Co., 1993, especialmente pp. 71-74. < <

[9] J. C. Wagner, *Delineatio Provinciarum Pannoniae et Imperii Turcici in Oriente*, Augsburgo, 1684, pp. 119-120; R. Halsband, ed., *The Complete Letters of Lady Mary Wortley Montagu*, vol. I: 1708-1720, Oxford, 1965, p. 340; K. Mihailovic, trad, de B. Stulz, *Memoirs of a Janissary*, Universidad de Michigan, Ann Arbor, 1975, p. 163; E. S. Forster, ed., *The Turkish Letters of Ogier Ghiselin de Busbecq*, Oxford, 1927, p. 108. < <

[10] M. von Tietz, *op. cit.*; J. K. Vasdravellis, *Klephts, Armatoles and Pirates in Macedonia during the Rule of the Turks (1627-1821),* Tesalónica, 1975, pp. 98-100. < <

[11] *Messager d'Athènes*, 9 de junio de 1925. <<

[12] K. Karpat, *Ottoman Population, 1830-1914*, Wisconsin, 1985, pp. 4-5 y 22-23; J. Lampe y M. Jackson, *Balkan Economic History, 1550-1950*, Bloomington, Ind., 1982, p. 281; B. Ramberi, en L. Villari, *The Republic of Ragusa: an Episode of the Turkish Conquest*, Londres, 1904; W. Lithgow, *Rare Adventures and Painefull Peregrinations*, Londres, 1928, edición original 1632, p. 105. < <

[13] Sobre los cristianos que regresaron, H. Lowry, «The Island of Limnos: a case study on the continuity of Byzantine forms under Ottoman rule», en Lowry, *Studies in Defterology*, Estambul, 1992, pp. 181-209. < <

[14] *The Negotiations of Sir Thomas Roe in His Embassy to the Ottoman Porte from the Year 1621 to 1628 Inclusive…* Londres, 1740, p. 427; K. Kostis, *Ston kairo tis panolis*, Candía, 1995; D. Panzac, *La peste dans ottoman, l'empire 1700-1850*, Lovaina, 1985, especialmente pp. 64-66. < <

[15] La mejor crónica es M. Todorova, «Les Balkans», en J.-P. Bardet y J. Dupaquier, eds., *Histoire des Populations de l'Europe*, vol. 2, Paris, 1998, pp. 465-487; cifras demográficas a largo plazo en C. McEvedy y R. Jones, *Atlas of World Population History*, Londres, 1978, pp. 19, 95-99 y 110-115. Sobre las poblaciones balcánicas, véanse también M. Palairet (para el siglo XIX), *The Balkan Economies, c. 1800-1914: Evolution without Development*, Cambridge, 1997, pp. 6-14; H. Inalcik y D. Quataert, eds., *An Economic and Social History of the Ottoman Empire, 1300-1914*, Cambridge, 1994, p. 652; Royal Institute of International Affairs, *Southeastern Europe*, Londres, 1940, p. 85. < <

[16] Warriner, *Contrasts*, p. 142; K. Hitchins, *The Romanians, 1774-1866*, Oxford, 1996, p. 173. < <

[17] A. Wace y M. Thompson, *The Nomads of the Balkans*, Londres, 1914, p. 33. < <

[18] A. Goff y H. A. Fawcett, *Macedonia: A Plea for the Primitive*, XIV-XV,
p. 8. < <

[*] Trovadores serbocroatas. (*N. del t.*) < <

[19] Mi agradecimiento a Heath Lowry por la información sobre los relojes otomanos; también Stoianovich, *Balkan Worlds*, pp. 248-249; sobre las casuchas de los valacos, Von Tietz, *St. Petersburg*, p. 78. < <

[20] T. Stoianovich, «Land tenure and related sectors of the Balkan economy», en *Between East and West: The Balkan and Mediterranean Worlds*, vol. I, New Rochelle, 1992, pp. 1-15; sobre las chozas búlgaras, véase H. Pernot, ed., *Voyage en Turquie et en Grece de Robert de Dreux*, Paris, 1925, p. 95. < <

[21] P. Sugar, «The least affected social group in the Ottoman Balkans: the Peasantry», en S. Vryonis, ed., *Byzantine Studies: Essays on the Slavic World and the Eleventh Century*, Nueva York, 1992, pp. 77-87. < <

[22] B. McGowan, *Economic Life in Ottoman Europe: Taxation, Trade and the Struggle for Hind, 1600-1800*, Cambridge, 1981, pp. 54-55. < <

[23] S. Vryonis, «Byzantium and Islam: Seventh-Seventeenth Century», IX, pp. 234-235, para la continuación otomana de los impuestos bizantinos sobre la tierra; Inalcik y Quataert, eds., *Economic and Social History*, p. 159. < <

[24] Citado por S. Fischer-Galati, ed., *Man, State and Society in East European History*, Nueva York, 1970, p. 73. <<

[25] Véanse G. Veinstein, «On the Ciftlik debate», en C. Keydar y F. Tabak, eds., *Landholding and Commercial Agriculture in the Middle East*, SUNY, Nueva York, 1991, pp. 35-57; Stoianovich, «Balkan peasants, landlords and the Ottoman state», *op. cit.*, pp. 15-39; Inalcik y Quataert, *op. cit.*, p. 45; para un caso cristiano griego, véase G. Veinstein, «Le patrimoine foncier de Panayote Benakis, Kocabasi de Kalamata», en su *Etat et société dans ottoman,* XVI-XVIII *siècles*

l'empire

, edición crítica, 1994, III, pp. 211-233. < <

[26] J. R. McNeill, *The Mountains of the Mediterranean World: An Environmental History*, Cambridge, 1992, pp. 89-90; M. E. Durham, *Some Tribal Origins, Laws and Customs of the Balkans*, Londres, 1928, p. 273. < <

[27] B. Brue, *Journal de la Campagne que le Grand Vezir Ali Pacha a faite en 1715 pour la Conquête de la Morée*, Paris, 1870, p. 38; Cantemir, citado en Warriner, ed., *Contrasts*, p. 128. < <

[28] J. Koliopoulos, *Brigands with a Cause*, Oxford, 1987, p. 239; D. Urquhart, *The Spirit of the East, Illustrated in a Journal of Travels through Roumeli during an Eventful Period*, Londres, 1838, II, p. 150. < <

[29] D. Urquhart, *The Spirit of the East*, II, pp. 157 y 162-163.
<<

[30] McGowan, *Economic Life*, p. 65; F. Adanir, «Tradition and rural change in southeastern Europe during Ottoman rule», en D. Chirot, ed., *The Origins of Backwardness in Eastern Europe*, Berkeley, 1989, p. 135. < <

[31] Leake, citado en Inalcik y Quataert, eds., *Economic and Social History*, p. 689. < <

[32] H. Lowry, «“From lesser wars to the mightiest war”: the Ottoman conquest and transformation of Byzantine urban centres in the fifteenth century», en Lowry, *Studies in Defterology*, Estambul, 1992, pp. 47-65. < <

[33] S. Vryonis, «Religious change and continuity in the Balkans and Anatolia from the 14th through the 17th century», en Vryonis, ed., *Islam and Cultural Change in the Middle Ages*, Wiesbaden, 1975, pp. 130-132. < <

[34] *Cf.* M. Kiel, *Studies on the Ottoman Architecture of the Balkans*, edición crítica, 1990, introducción, y S. Curcic y E. Hadjitrypohonos, eds., *Secular Medieval Architecture in the Balkans, and Its Preservation 1300-1500*, Tesalónica, 1997. Para cifras demográficas: «Istambul», *Encyclopaedia of Islam*, IV, pp. 226-246; otras ciudades de J. de Vries, *European Urbanization, 1500-1800*, Harvard University Press, 1984, pp. 270-287; Lithgow, *Rare Adventures*, p. 179; R. Halsband, ed., *The Complete Letters*, p. 354. < <

[35] T. Stoianovich, «Model and Mirror of the Premodern Balkan City», en *Between East and West: The Balkan and Mediterranean Worlds, II (Economies and Societies),* New Rochelle, 1992, p. 108; también su «The Conquering Balkan Orthodox Merchant», en *ibid.*, pp. 1-77. < <

[36] Stoianovich, *Balkan Worlds*, p. 75; *The Negotiations of Sir Thomas Roe in His Embassy to the Ottoman Porte from the Year 1621 to 1628 Inclusive*, Londres, 1740, p. 67; Von Tietz, *St. Petersburgh*, p. 79; J. J. Best, *Excursions in Albania*, Londres, 1842, p. 188; Warriner, ed., *Contrasts*, p. 146; H. Andonov, ed., *British Documents on the History of the Macedonian People*, Skopje, 1968, I, p. 287. < <

[37] Stoianovich, «Balkan peasants and landlords», p. 30. < <

[38] *Ibid.*, p. 38 n. 80; Evans, *Through Bosnia*, pp. 334-336. < <

[39] Blanqui, en Warriner, *Contrasts*, pp. 216 y 244; Smyth, *Year with the Turk*, p. 224. < <

[40] J. K. Campbell, *Honour, Family and Patronage*, Oxford, 1964, p. 15. < <

[41] R. Bicanic, *How the People Live: Life in the Passive Regions*, Departamento de Antropología, Universidad de Massachusetts, Amherst, septiembre de 1981, p. 52; Lampe y Jackson, *Balkan Economic History*, pp. 193-194; H. L. Roberts, *Rumania: Political Problems of an Agrarian State*, Nueva York, 1969, pp. 3-9. < <

[42] C. Bracewell, *The Uskoks of Senj: Piracy, Banditry and Holy War in the Sixteenth Century Adriatic*, Cornell University Press, 1992, p. 31; Djilas, *Land without Justice*, pp. 142, 201. < <

[43] Warriner, *Contrasts*, p. 298; Palairet, *Balkan Economies*, pp. 122; sobre el poblado, véase N. Iorga, *Études Byzantines*, vol. I, Bucarest, 1939, p. 172. < <

[44] A. Hulme Beaman, *Twenty Years in the Near East*, Londres, 1898, p. 121. < <

[45] Bicanic, *How the People Live*, pp. 121-123; K. Mandelbaum, *The Industrialisation of Backward Areas*, Oxford, 1945, p. 2. < <

[46] S. Runciman, «Balkan cities — Yesterday and Today», en D. W. Hoover y J. Koumoulides, eds., *Cities in History*, Muncie, Indiana, 1977, pp. 1-13. < <

[1] M. Avgerinos, *Makedonika Apomnimonevmata*, Atenas, 1914, p. 10. < <

[2] E. Durham, *The Burden of the Balkans*, Londres, 1905, pp. 143-144. < <

[3] H. N. Brailsford, *Macedonia: Its Races and their Future*, Londres, 1906, pp. 99-100. < <

[4] H. Lowther a E. Grey, 2 de octubre de 1912, en B. Destani, ed., *Albania and Kosovo: Political and Ethnic Boundaries, 1867-1946*, Londres, 1999, p. 292. < <

[5] P. Charanis, «Ethnic changes in seventh century Byzantium», reimpreso en su *Studies on the Demography of the Byzantine Empire: Collected Studies*, Londres, 1972, pp. 36-38. < <

[6] D. Zakythinos, «Byzance et les peuples de l'Europe du Sud-Est: La synthèse Byzantine», en su *Byzance: État-Société-Économie*, Londres, 1973, VI. 13; sobre el griego en Rumania, S. Story, ed., *Memoirs of Ismail Kemal Bey*, Londres, 1920, p. 21; A. Smith, *Glimpses of Greek Life and Scenery*; A. Ducellier, *Oi Alvanoi stin Ellada aion.), (130s-150s* Atenas, 1994. < <

[7] Véase T. Stavrides, «The Ottoman Grand Vezir Mahmud Pasha Angelovic (1453-1474)», Universidad de Harvard, tesis de doctorado, 1996. < <

[8] Symeon, en M. Balivet, «Aux origines de l'Islamisation des Balkans Ottomans», *Revue du Monde Musulman et de la Méditerranée*, 66:4 (1992), p. 13; C. H. Fleischer, *Bureaucrat and Intellectual in the Ottoman Empire: the Historian Mustafa Ali (1541-1600),* Princeton, 1986, pp. 158-159; Sandys, en S. Purchas, ed., *Purchas, his Pilgrime*, vol. 8, Glasgow, 1905, p. 123; H. C. Barkley, *Bulgaria before the War*, Londres, 1877, p. 179; W. Lithgow, *Rare Adventures*, p. 101; Halsband, *Complete Letters*, p. 390. < <

[9] R. Gradeva, «Ottoman policy towards Christian church buildings», *Études Balkaniques, 4* (1994), pp. 14-36; A. Handzic, *Population of Bosnia in the Ottoman Period*, Estambul, 1994, p. 21. < <

[10] H. Tozer, *Researches in the Highlands of Turkey*, vol. I, Londres, 1869, p. 203; sobre Creta, véase ahora M. Greene, *A Shared World*, Princeton, 2000. < <

[11] S. Vryonis, «Religious change and continuity in the Balkans and Anatolia from the fourteenth through the sixteenth century», en S. Vryonis, ed., *Islam and Cultural Change in the Middle Ages*, Wiesbaden, 1975, pp. 127-141; P. Sugar, «The least affected social group in the Ottoman Balkans: the peasantry», en Vryonis, ed., *Byzantine Studies: Essays on the Slavic World and the 11th Century*, Nueva York, 1992, pp. 7787; N. Sousa, *The Capitulatory Regime of Turkey: its history origin and nature*, Baltimore, 1933, pp. 36 ss.; R. Jennings, *Christians and Muslims in Ottoman Cyprus and the Mediterranean World,*
1571-1640
, Nueva York, 1993, p. 143. < <

[12] N. Filipovic, «A contribution to the problem of Islamicisation in the Balkans under Ottoman rule», en *Ottoman Rule in Middle Europe and Balkan in the 16th and 1 7th Centuries* [Monografías presentadas en la 9.a Conferencia Conjunta de la Comisión Histórica Checoslovaco-Yugoslava], Praga, 1978, pp. 305-359; N. Todorov, «The demographic situation in the Balkan peninsula [late 15th-early 16th century]», en Todorov, *Society, the City and Industry in the Balkans, Centuries*
15th-19th
, edición crítica, 1998, VI. < <

[13] Sobre la interacción católico-ortodoxa, véase L. Hadrovics, *Le Peuple Serbe et son eglise*, especialmente p. 25; K. T. Ware, «Orthodox and Catholics in the 17th century: Schism or Intercommunion?», en D. Baker, ed., *Schism, Heresy and Religious Protest*, Cambridge, 1972, pp. 259-276; G. Hoffmann, *Vescovadi Cattolici della Grecia*, vols. II-V, Roma, 1937-1941.

< <

[*] Comunidades autónomas y autogobernadas. (*N. del t.*) < <

[14] T. H. Papadopoullos, *Studies and Documents*, pp. 1026; Hadrovics, *Le Peuple Serbe*, pp. 95-96. Para un importante nuevo estudio del sistema de los *millets*, véase P. Konortas, «From Ta'ife to Millet: Ottoman terms for the Ottoman Greek Orthodox community», en D. Gondicas y C. Issawi, eds., *Orthodox Greeks in the Age of Nationalism*, Princeton, 1999, pp. 169-181, y también B. Braude y B. Lewis, eds., *Christians and Jews in the Ottoman Empire*. < <

[15] Crusius, citado por S. Runciman, *The Great Church in Captivity*, Cambridge, 1968, p. 180; Stavrianos, *Balkans since 1453*, p. 181. <<

[16] Mansel, *Constantinople*, p. 148; R. Abou-el-Haj, «Ottoman diplomacy at Karlowitz», *Journal of the American Oriental Society*, 87:4 (1967), pp. 498-512; C. Mango, «The Phanariots and the Byzantine tradition», en R. Clogg, ed., *The Struggle for Greek Independence*, Londres, 1973, p. 51. < <

[17] Runciman, *Great Church*, p. 391; Stavrianos, *Balkans since 1453*, p. 225; Evans, *Through Bosnia*, pp. 267-268. < <

[18] P. Kitromilides, «Cultural change and social criticism: the case of Iossipos Mosiodax», en su *Enlightenment, Nationalism, Orthodoxy*, IV: 671, y su «“Balkan mentality”: history, legend, imagination», *Nations and Nationalism*, 2:2 (1996), pp. 163-191; C. Dawson, *The Making of Europe*, Londres, 1946, p. 147; S. Batalden, *Catherine Greek Prelate: Eugenios Voulgaris in Russia, II’s*
1171-1806
, Columbia, 1982; C. Mango, «The Phanariots and the Byzantine tradition», en R. Clogg, ed., *The Struggle for Greek Independence*, Londres, 1973, pp. 41-67. < <

[19] Lithgow, *Rare Adventures*, p. 76. <<

[20] *New Martyrs of the Turkish Yoke*, Seattle, Washington, 1985, p. 321; Fleischer, *Bureaucrat and Intellectual*, pp. 62-63. < <

[21] Forster, *Busbecq*, p. 136; Dreux, 62; W. B. Stanford y E. J. Finopoulos, eds., *The Travels of Lord Charlemont in Greece and Turkey, 1749*, Londres, 1984, p. 39. < <

[22] *New Martyrs*, pp. 185-187, sobre Nicolás de Metsovo; Jennings, pp. 179-181, sobre Chipre; Tozer, *Researches*, pp. 2 y 80; S. Lane Poole, *The People of Turkey*, II, Londres, 1878, p. 225. < <

[23] M. E. Durham, *Some Tribal Origins*, pp. 244-261. < <

[24] Boscovich, citado en L. Wolff, *Inventing Eastern Europe*, Stanford, 1994, p. 175; W. Smyth, *A Year with the Turks*, Nueva York, 1854, p. 22. <<

[25] D. Loukopoulos, *Georgika tis Roumelis*, Atenas, 1938, pp. 163-164; Bracewell, *Uskoks*, pp. 158-159, n. 12; Tozer, *Researches*, I, pp. 206-207; L. Edwards, ed., *The Memoirs of Prata Matija Nenadovic*, Oxford, 1969, p. 17. < <

[26] G. Rouillard, *La vie rurale dans Byzantine l'Empire*, París, 1953, p. 199; *cf.* para útiles comentarios metodológicos, V. Shevzov, «Chapels and the ecclesial world of prerevolutionary peasants», *Slavic Review*, 55:3 (otoño de 1996), pp. 584-613, y C. Chulos, «Myths of the pious or pagan peasant in post-emancipation central Russia (Voronezh province)», *Russian History*, 22:2 (verano de 1995), pp. 181-216. Mi agradecimiento a Laura Engelstein por estas referencias. < <

[27] Citado en Balivet, «Aux origins», p. 18; véase la obra de W. Christian, especialmente *Local Religion in Sixteenth Century Spain*, Princeton, 1981. Mi agradecimiento a Ken Mills por esta referencia. Forster, ed., *Busbecq*, pp. 136-137. < <

[28] Un «mundo compartido» es el título de M. Greene, *A Shared World*, Princeton, 2000; N. Todorov, «Traditions and transformations dans les villes balkaniques avec l'instauration de l'Empire Ottoman», en su *Society, the City and Industry in the Balkans, Centuries 15th-19th*, Variorum, 1998, III, p. 99; Jennings, *Christians and Muslims*, pp. 134 y 142. <<

[29] B. F. Musallam, *Sex and Society in Islam*, Cambridge, 1983; S. Purchas, *Purchas His Pilgrimes*, vol. 8, Glasgow, 1905, p. 276; N. Pantazopoulos, «Church and Law in the Balkan peninsula during Ottoman rule», *Epistimoniki epeterida: Anticharisma ston Nikolao I. Pantazopoulo*, vol. 3, Tesalónica, 1986, pp. 327-329; Stanford y Finopoulos, *Lord Charlemont*, pp. 48-49. La práctica del *kepinion* se describe también en las crónicas del siglo XVII de Thevenot y Rycaut [*History of the Present State of the Greek and Armenian Churches*]. < <

[30] F. Babinger, *Mehmed the Conqueror and His Time*, Princeton, 1978, pp. 16-18; *Memoirs of Ismail Kemal Pasha*, p. 38. < <

[31] Jennings, *Christians and Muslims*, p. 29; Greene, *A Shared World*; C. Imber, «“Involuntary” annulment of marriage and its solutions in Ottoman law», en Imber, *Studies in Ottoman History and Law*, Estambul, 1996, p. 226. < <

[32] R. Dankoff, trad., *The Intimate Life of an Ottoman Statesman Melek Ahmed Pasha as portrayed in Evliya Book of Travels [Seyahat-name] (1588-1662), Celebi's*, Albany, Nueva York, 1991, pp. 249-250; véase también Bracewell, *Uskosks of Seni*, pp. 181-182. < <

[33] F. W. Hasluck, *Christianity and Islam under the Sultans*, Oxford, 1929, II, p. 554; Durham, *Burden of the Balkans*, p. 356. < <

[34] Durham, *Burden of the Balkans*, p. 51. < <

[35] *New Martyrs*, p. 39; Durham, *Some Tribal Origins*, pp. 290-291. < <

[36] Ramsay, citado en V. H. Dadrian, *The History of the Armenian Genocide*, Berghahn, 1995, p. 158; Von Tietz, *St. Petersburgh*, p. 135, citando un viajero anterior cuyo nombre no se indica; Jennings, p. 101. < <

[37] R. Gradeva, «Ottoman policy towards Christian church buildings», pp. 14-35; J. V. de La Roiere, *Voyage en Orient*, París, 1836, p. 273. < <

[38] D. Warriner, ed., *Contrasts in Emerging Societies*, p. 234. < <

[39] S. Deringil, *The Well-Protected Domains: Ideology and the Legitimation of Power in the Ottoman Empire, 1876-1909*, Londres, 1999, p. 115. < <

[40] *New Martyrs* [Martyrdom of Holy New Hieromartyr, Serafim, Bishop of Phanarion], p. 361. < <

[41] F. Venturi, *The End of the Old Regime in Europe, 1768-1776*, Princeton, 1989, pp. 10-29. < <

[42] G. Finlay, *The History of Greece under Ottoman and Venetian Domination*, Londres, 1861, pp. 323-324; Varlaam, citado por T. Prousis, *Russian Society and the Greek Revolution*, Dekalb, Illinois, 1994, p. 6; T. Blancard, *Les Mavroyeni*, III, París, 1909, pp. 84-85; Dapontes en Mango, «Phanariots and the Byzantine tradition», p. 55. < <

[43] Números de libros publicados citados por C. Koumarianou, «The contribution of the intelligentsia towards the Greek independence movement, 1798-1821», en Clogg, ed., *The Struggle for Greek Independence*, p. 70. < <

[44] P. Kitromilides, «The Enlightenment East and West: a comparative perspective on the ideological origins of the Balkan political traditions», en su *Enlightenment, Nationalism, Orthodoxy*, I:

51-70;

Clogg, «Aspects of the movement for Greek independence», en Clogg, ed., *The Struggle for Greek Independence*, p. 26. < <

[45] Texto en Clogg, ed., *The Movement for Greek Independence, 1770-1821*, pp. 157-163. < <

[46] Clogg, «Aspects», pp. 25-29; Clogg, *Movement*, pp. 58-61 y 89-90.

< <

[47] Paisii, citado por Clogg, «Aspects of the movement», en Clogg, ed., *Struggle*, p. 21. Sobre la Ilustración en Rumania, véase K. Hitchens, *The Rumanian National Movement in Transylvania, 1780-1849*, Cambridge, Mass., 1969. < <

[48] P. Silgar e I. Lederer, eds., *Nationalism in Eastern Europe*, Seattle, 1969, pp. 106-116,
373-379
y
401-402.
< <

[49] P. Kitromilides, «“Imagined communities” and the origins of the national question in the Balkans», en su *Enlightenment, Nationalism, Orthodoxy*, XI, p. 158. < <

[50] C. Frazee, *The Orthodox Church and Independent Greece, 1821-1852*, Cambridge, 1969, p. 31. < <

[51] Frazee, *Orthodox Church*, p. 188; P. Ramet, ed., *Eastern Christianity and Politics in the Twentieth Century*, Durham, NC, 1988, pp. 10-11. < <

[52] Sobre los misioneros, J. Clarke, *American Missionaries and the National Revival of Bulgaria*, Nueva York, 1971, reimpresión de una tesis de 1939, pp. 233-234; Runciinan, *Great Church*, p. 396.
< <

[1] Percy Bysshe Shelley, *Hellas*. < <

[2] L. von Ranke, *The History of Servia and the Servían Revolution*, Londres, 1853, p. 365. < <

[3] T. G. Djuvara, *Cents projets de partage de la Turquie*, París, 1914. < <

[4] Djuvara, *Cents projets*, pp. 278-305. < <

[5] Kolokotronis citado por Stavrianos, *Balkans since 1453*, p. 212; H. Temperley, *England and the Near East: The Crimea*, Londres, 1936, p. 57. < <

[6] A. Suceska, «The 18th century Austro-Ottoman wars' economic impact on the population of Bosnia», en G. Rothernberg *et al.*, eds., *East Central European Society and War in the Pre-Revolutionary 18th Century*, Colorado University Press, 1982, pp. 339-348; H. Andonov-Poljanski, ed., *British Documents on the History of the Macedonian People*, I, Skopje, 1968, p. 180. < <

[7] Ranke, *History of Servia*, p. 66. < <

[8] L. Edwards, ed., *The Memoirs of Prota Matija Nenadovic*, Oxford, 1969, p. 192. < <

[9] Ranke, pp. 188-199; W. Vucinich, ed., *The First Serbian Uprising, 1804-1813*, Nueva York, 1982. < <

[10] D. Skiotis, «The Greek Revolution: Ali
Pacha’s
Last Gamble», en N. Diamandouros, ed., *Hellenism and the First Greek War of Liberation*, Tesalónica, 1976, pp. 97-109; K. Fleming, *The Muslim Bonaparte: Diploniacy and Orientalism in Ali Greece Pasha’s*
, Princeton, 1999. < <

[11] Citado en Prousis, *Russian Society*, pp. 139-140. < <

[12] B. Jelavich, *Russia’s Balkan Entanglements, 1806-1914*, Cambridge, 1993, pp. 49-75. < <

[13] H. A. Lidderdale, trad., *Makriyannis: The Memoirs of General Makriyannis, 1797-1864*, Oxford, 1966, p. 14; H. Andonov-Poljanski, ed., *British Documents on the History of the Macedonian People*, I, Skopje, 1969, p. 221; T. Kolokotronis, *Memoirs from the Greek War of Independence, 1821-1833*, Londres, 1892, p. 157. < <

[14] Prousis, p. 51; Marriott, *Eastern Question*, p. 214. < <

[15] H. Andonov-Poljanski, ed., *British Documents on the History of the Macedonian People*, I, Skopje, 1968, p. 264. < <

[16] Vucinich, *The First Serb Uprising*, p. 251. < <

[17] Blanqui, *Voyage en Bulgarie*, p. 67; sobre urbanismo en los Balcanes otomanos, véase A. Karadimou-Gerolympou, *I anoikodomisi tis Thesalonikis meta tin pyrkaia tou 1917*, Tesalónica, 1995. < <

[18] Blanqui, *Voyage en Bulgarie*, p. 91. < <

[19] B. Jelavich, *Russia's Balkan Entanglements, 1806-1914*, Cambridge, 1993, pp. 75-90; B. Jelavich, *History of the Balkans*, I, Cambridge, 1983, p. 265. < <

[20] K. Hitchins, *The Romanians, 1781-1866*, pp. 161-166; C. Giurescu, *History of Bucharest*, Bucarest, 1976, pp. 48-51. < <

[21] F. Kellogg, *The Road to Romanian Independence*, Purdue University Press, W. Lafayette, Ind., 1995, p. 5. < <

[22] M. Pinson, «Ottoman Bulgaria in the First Tanzimat Period — the Revolts in Nish (1841) and Vidin (1850)», *Middle Eastern Studies*, 11:2 (mayo de 1975), pp. 103-146; Odysseus (sir Charles Eliot), *Turkey in Europe*, Londres, 1900, p. 347; M. Macdermott, *A History of Bulgaria, 1393-1885*, Londres, 1962, p. 124. < <

[23] Jelavich, *History of the Balkans*, I, pp. 340-341. < <

[24] J. F. Clarke, *Bible Societies, American Missionaries and the National revival of Bulgaria*, Nueva York, 1971, reimpresión de tesis de doctorado de 1937; Macdermott, *History of Bulgaria*, pp. 194-195. < <

[25] Jelavich, *History of the Balkans*, I, p. 347. < <

[26] Sobre la presión política ejercida por los irredentistas, véase J. Koliopoulos, *Brigands with a Cause: Brigandage and Irredentista in Modern Greece, 1821-1912*, Oxford, 1987. < <

[27] Sir Charles Eliot, *Turkey in Europe*, p. 271. < <

[28] D. Livanios, «“Conquering the souls”: nationalism and Greek guerilla warfare in Ottoman Macedonia 1904-1908», *Byzantine and Modern Greek Studies*, 23 (1999), pp. 195-221. < <

[29] A. Rappoport, *Au Pays des Martyrs: Notes et souvenirs ancien consul général en Macedoine*
d'un
d'Autriche-Hongrie
(1904-1909),
París, 1927, p. 18. < <

[30] *British Documents on Foreign Affairs*, 1.a parte, serie B, vol. 19 (USA Public, 1985), pp. 500-507. < <

[31] H. C. Barkley, *Bulgaria before the War*, Londres, 1877, p. 272. <<

[32] J. Baernreither, *Fragments of a Political Diary*, Londres, 1930, pp. 22-27, 51 y 136. < <

[33] B. Schmitt, *The Annexation of Bosnia, 1908-1909*, Cambridge, 1937. < <

[34] V. Dedijer, *The Road to Sarajevo*, Londres, 1966; J. Baernreither, *Fragments of a Political Diary*, pp. 244-246. < <

[35] Lowther-Grey, 2 de octubre de 1912, en B. Destani, ed., *Albania and Kosovo: Political and Ethnic Boundaries, 1867-1946*, Londres, 1999, p. 292. < <

[36] L. Stavrianos, *The Balkans since 1453*, Londres, nueva edición 2000, p. 535. <<

[37] N. Stone, *The Eastern Front*, Londres, 1975, pp. 71, 264 y 277; R. W. Seton Watson, *A History of the Roumanians*, Cambridge, 1934, cap. 16. < <

[38] D. Lloyd George, *War Memoirs*, II, Londres, s. f. < <

[39] Mansel, *Constantinople*, p. 408. < <

[40] K. Calder, *Britain and the Origins of the New Europe, 1914-1918*, Cambridge, 1976, p. 16. < <

[41] I. Banac, *The National Question in Yugoslavia*, Ithaca, 1984. <<

[1] Citado en J. D. Bell, *Peasants in Power: Alexander Stamboliski and the Bulgarian Agrarian National Union 1899-1923*, Princeton University Press, 1977, p. 4. < <

[2] V. Dedijer, *The Road to Sarajevo*, Londres, 1966, p. 73; O. Jaszi, «The irresistibility of the national idea», en su *Homage to Danubia*, Lanham, Md., 1994. < <

[3] M. S. Anderson, *The Great Powers and the Near East, 1774-1923*, Londres, 1970, p. 32; Naval Intelligence Division, *Jugoslavia*, II, s. l., 1944, pp. 104-107. < <

[4] A. Toumarkine, *Les migrations des populations musulmanes Balkaniques en Anatolie (1876-1913),* Estambul, 1995, pp. 27-50. < <

[5] Sobre la constitución rumana, K. Hitchins, *Rumania, 1866-1947*, Oxford, 1994, pp. 16-17; P. Michelson, *Conflict and Crisis: Romanian Political Development, 1861-1871*, Nueva York, 1987. < <

[6] *Report of the International Commission to Inquire into the Causes and Conduct of the Balkan Wars*, Washington, D. C., 1914, pp. 154-155. < <

[7] F. Fellner, ed., *Das politische Tagebuch Josef Redlichs*, I, Viena, 1953, pp. 280 y 289; HMSO, *The Jugoslav Movement*, Londres, 1920, pp. 21-23. < <

[8] M. Mazower, «Minorities and the League of Nations in Interwar Europe», *Daedalus*, 126:2 (primavera de 1997), pp. 47-65. < <

[9] Para documentos griegos sobre esta disputa, véase B. Kondis y E. Manda, eds., *The Greek Minority in Albania: A Documentary Record (1921-1993),* Tesalónica, 1994. < <

[10] H. Pozzi, *Black Hand over Europe*, Londres, 1935, p. 181. < <

[11] O. Janowesky, *People at Bay: The Jewish Problem in East Central Europe*, Oxford, 1938. < <

[12] R. Lemkin, *Axis Rule in Occupied Europe*, Washington, D. C., 1944, pp. 612 y 626-627; A. Djilas, *The Contested Country: Yugoslav Unity and Communist Revolution, 1919-1953*, Harvard, 1991, cap. 4. <<

[13] Sobre los chetniks, véase I. Banac, «Bosnian Muslims: from Religious Community to Socialist Nationhood and Post-Communist Statehood, 1918-1992», en M. Pinson, ed., *The Muslims of Bosnia Hercegovina*, Harvard, 1994, pp. 142-143. < <

[14] N. Malcom, *Kosovo: A Short History*, Londres, 1998, p. 312; J. Koliopoulos, *Plundering of Loyalties: World War II and Civil War in Greek West Macedonia*, Nueva York, 1999. < <

[15] R. King, *Minorities under Communism: Nationalities as a Source of Tension among Balkan Communist States*, Harvard, 1973; P. Shoup, *Communism and the Yugoslav National Question*, Columbia University Press, 1968. < <

[16] D. Mitrany, *Marx against the Peasant*, Chapel Hill, NC, 1951, p. 118. < <

[17] H. Tiltman, *Peasant Europe*, Londres, 1937. < <

[18] Para el estudio de un caso, véase M. Mazower, *Greece and the Interwar Economic Crisis*, Oxford, 1991. < <

[19] Hoare a Halifax, 5 de julio de 1940, *British Documents on Foreign Affairs*, vol. 21, 23:5, Bethesda, Ma., 1998, cap.
5 n.
º 55. Estoy en deuda con Kate Thirolf por esta referencia. < <

[20] E. Barker, *Truce in the Balkans*, Londres, 1948, p. 255. < <

[21] E. Barker, *Truce in the Balkans*, Londres, 1948, p. 255; H. Seton-Watson, *The East European Revolution*, Londres, 1954, pp. 254-255, 335 y 388. < <

[22] R. L. Wolff, *The Balkans in Our Time*, Nueva York, 1978, cap. 14; M. E. Fischer, «Politics, nationalism and development in Romania», en G. Augustinos, ed., *Diverse Paths to Modernity in Southeastern Europe*, Nueva York, 1991, p. 149. < <

[23] E. Stillman, *The Balkans*, s. l., 1966, p. 146; W. H. McNeill, *The Metamorphosis of Greece since World War II*, Oxford, 1978, P. 247. < <

[24] N. V. Giannaris, *Geopolitical and Economic Changes in the Balkan Countries*, Londres, 1996; M. E. Fischer, «Politics, nationalism and development in Romania», en G. Augustinos, ed., *Diverse Paths to Modernity in Southeastern Europe*, Nueva York, 1991, p. 157; C. Deltuere de Brycher, «Quelques images de la systématisation», en N. Pelisser *et al.*, eds., *La roumanie contemporaine*, París, 1996, pp. 13-49. < <

[25] F. Fejto, *A History of the Democracies People's*, Harmondsworth, 1974, pp. 376-377. < <

[26] J. Lampe, «Belated modernisation in comparison: development in Yugoslavia and Bulgaria to 1948», en Augustinos, ed., *Diverse Paths to Modernity in Southeastern Europe*, Nueva York, 1991, pp. 32-45. < <

[27] Citado en R. King, *Minorities under Communism: Nationalities as a Source of Tension among Balkan Communist States*, Harvard, 1973, p. 21. < <

[28] G. Stokes, *From Stalinism to Pluralism: A Documentary History of Eastern Europe since 1945*, Nueva York, 1991, pp. 232-233; H. Poulton, *The Balkans: Minorities and States in Conflict*, Londres, 1991, pp. 112-113, 126, 131 y 153-165.

< <

[1] Oficial otomano citado en J. Mislin, *Les Saints Lieux: Pélerinage a Jerusalem*, 3 vols., París, 1876, I, p. 72. < <

[2] Ambas citas de Mark Levene, «Introducción» a Levene y P. Roberts, eds., *The Massacre in History*, Nueva York, 1999, pp. 1-2. < <

[3] A. J. Toynbee, *The Western Question in Greece and Turkey*, Londres, 1922, pp. 17-18. < <

[4] «Verdict against SS-Untersturmführer Max Taeubner, 24 May 1943», en E. Klee, W. Dressen y V. Riess, eds., *«Those Were the Days»: The Holocaust as seen by the Perpetrators and Bystanders*, Londres, 1991, pp. 196-207; sobre las reglas de la guerra, G. Best, *Humanity in Warfare*, Oxford, 1980; sobre el proceso civilizador, la obra clásica es N. Elias, *The Civilising Process*, Oxford, 1978. < <

[5] Montaigne (traducido por John Florio), «Of Crueltie», en *The Essayes of Michael Lord of Montaigne*, Oxford, 1906, II: 134. < <

[6] V. Gatrell, *The Hanging Tree: Execution and the English People, 1770-1868*, Oxford, 1994, p. 598; también T. Haskell, «Capitalism and the Origins of the Humanitarian Sensibility», *American Historical Review*, 90:2-3 (abril-junio de 1985), pp. 339-361 y 547-566.

Mi agradecimiento a Liz Lunbeck por esta referencia. < <

[7] J. Gardner Wilkinson, *Dalmatia and Montenegro*, Londres, 1848, II, pp. 80-82. <<

[8] P. P. Njegos, *The Mountain Wreath* (traducido por V. Mihailovich), Irving, Ca., 1986, y también M. Sells, *The Bridge Betrayed: Religion and Genocide in Bosnia*, UCLA, 1996, pp. 40-42. El hermano y los primos del vladika habían sido decapitados por los turcos en 1836 y serían vengados apropiadamente cuatro años más tarde: M. Aubin, *Visions Historiques et Politiques dans Poétique de P. P. Njegos* *l'Oeuvre*, París, 1972, pp. 175-178; sobre las actitudes turcas ante la disección, véanse las memorias de un cirujano norteamericano al servicio de los otomanos, J. O. Noyes, *Romania: the Borderland of the Christian and the Turk*, Nueva York, 1857, p. 263. < <

[9] Z. Milich, *A Stranger's Supper: An Oral History of Centenarian Women in Montenegro,* Nueva York, 1995, p. 47; G. Stokes, *Politics as Development: The Emergence of Political Parties in Nineteenth-Century Serbia*, Durham, NC, 1990, p. 147. < <

[10] Véase también C. Boehm, *Blood Revenge: The Anthropology of Feuding in Montenegro and Other Tribal Societies*, Kansas, 1984. <<

[11] *Daily Mirror*, 10 de noviembre de 1947; correspondencia en PRO, FO 371767011, R 15110, Norton-Londres, 12 de noviembre de 1947; R 15227, Norton-Londres, 15 de noviembre de 1947. He contraído una gran deuda con Polymeris Voglis por esta información. J. Axtell y W. C. Sturtevant, «The Unkindest Cut, or Who Invented Scalping?», *William and Mary Quarterly*, 37:3 (julio de 1980), pp. 451-472. < <

[12] Cifras de las Naciones Unidas (G. Newman, ed.), *Global Report on Crime and Justice*, Nueva York, 1999; R. Hood, *The Death Penalty: A World-wide Perspective*, Oxford, 1996, p. 74. < <

[13] Sobre Njegos, Aubin, *Visions Historiques*, pp. 232-235. < <

[14] Mi agradecimiento a Polymeris Voglis por esta indicación. Véase también M. Ignatieff, *Virtual War*, Londres, 2000; sobre la segunda guerra mundial como guerra civil, y formas de violencia, véase C. Pavone, *Una Guerra Civile: Saggio sulla moralita nella resistenza*, Turin, 1991. < <